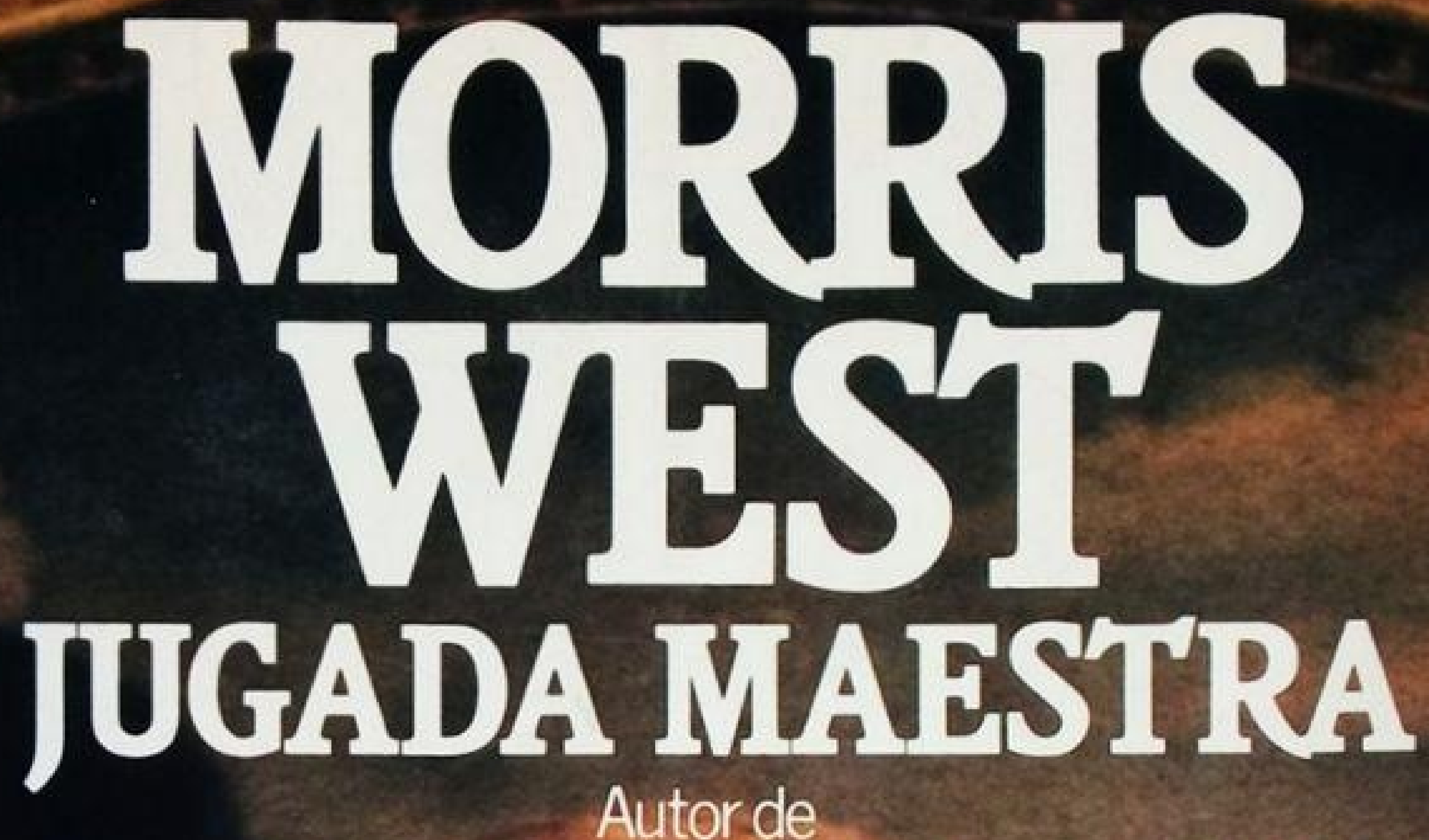

MORRIS
WEST
JUGADA MAESTRA
Autor de
«Las sandalias del pescador» / «El abogado del diablo»
Lectulandia

Maxwell Mather, un norteamericano historiador de arte, es contratado como archivero y responsable por Pia Palombini, matriarca de una aristocrática familia italiana que posee una valiosa colección de arte. Ambos se convierten pronto en amantes y cuando Pia muere le deja al protagonista «cualquier objeto que le interese de su archivo». Maxwell se siente atraído por una antigua bolsa de lona con un envoltorio en su interior y allí, estupefacto, descubre que se halla ante dos cuadros del pintor Rafael y algunos bocetos… El valor del hallazgo puede cambiar su vida, pero sabe que tiene que actuar debidamente para convertirse en el dueño incuestionable de unas obras de incalculable precio. Mather comienza a elaborar un complicado plan de acción que le llevará a Suiza y New York. Idea una jugada maestra sin omitir detalles, pero ignora que se verá inmerso en una serie de acontecimientos que llegarán a poner en peligro su propia vida.

Morris West

Jugada maestra

ePub r1.0
diegoan 25.06.2019

Título original: *Masterclass*
Morris West, 1988
Traducción: Aníbal Leal Fernández

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

Índice de contenido

CAPÍTULO I

A los treinta y cinco años, Maxwell Mather se consideraba un hombre afortunado. Su salud era excelente. Su cuerpo no reflejaba el paso del tiempo. Su cuenta bancaria tenía un agradable saldo a su favor. Una relación prolongada con personas más ricas que él mismo le había enseñado frugalidad y le había inculcado cierta habilidad en el manejo del dinero. Poseía una reputación modesta como erudito, tanto en el estudio de los manuscritos antiguos como en la historia de la pintura europea. Contaba con una protectora generosa que lo albergaba en condiciones de discreto lujo en una torre antigua que era un anexo de la villa que ella ocupaba. Tenía una profesión que no le agotaba en absoluto; consistía en la custodia y la conservación del archivo Palombini: millares de libros, folios y manojos de papeles amarillentos, almacenados estante sobre estante en las bóvedas cavernosas que otrora fueran los establos y la sala de armas de la guardia del lugar.

Al principio, el lugar había sido llamado Torre Merlata, porque se erigía sobre una torre de vigía con almenas y protectores para los arqueros y los artilleros. Con el transcurso de los siglos se habían abreviado las palabras y desembocado en el nombre de Tor Merla, la Torre de los Mirlos.

El nombre era apropiado, porque había un gran castaño en el patio donde las aves cantoras formaban sus nidos, a salvo de los fríos vientos de la montaña, protegidas del calor abrasador del verano toscano. Por las mañanas, Pía Palombini usaba un ascensor eléctrico que la llevaba de la villa al nivel superior, y se instalaba en una tumbona dispuesta en un rincón bañado por la luz del sol, desde donde podía contemplar a Max mientras él trabajaba y comentaba los relatos contenidos en las páginas amarillas y frágiles: los juicios legales y las trampas, las conspiraciones y las intrigas de las grandes familias florentinas, entre ellas los Palombini.

Por la noche, él cenaba en la villa, en el refectorio abovedado donde los troncos de pino ardían en el gran hogar, bajo el escudo tallado de los

Palombini… «sobre campo de azur, gules cruzados, con palomas volando». Después, una vez despedidos los criados, hacían el amor en el gran letto matrimonio, con sus cortinas de brocado y las borlas doradas y su antigua historia de encuentros apasionados. A veces, sin previo aviso, Pía se cansaba del ritmo pastoral que llevaban allí y lo arrastraba a Venecia, a París, a Londres o a Madrid, para realizar compras extravagantes y divertirse con todo lujo.

Era una existencia agradable, y Mather la aceptaba sin sentimiento de culpa y sin dudas. Era un hombre de buen carácter y apuesto, potente en la cama, un acompañante de modales educados, un conversador inteligente, un huésped aceptable cualquiera que fuese el tipo de reunión. Se adaptaba perfectamente al papel histórico del damigello, esto es, del caballero, del erudito residente, que se ganaba su pensión y ocupaba su lugar, y no representaba una amenaza para los herederos, porque *milady* podía amarlo pero jamás desposarlo.

Y de pronto, un hermoso día de primavera, Pía, que en los últimos tiempos no se había encontrado bien, fue a consultar a su médico de Florencia. Él la envió de inmediato a Milán para realizar exámenes clínicos amplios. El veredicto fue unánime: una enfermedad de las neuronas motoras, una dolencia que desgastaba y atrofiaba el sistema nervioso. No tenía remedio. El pronóstico era enfáticamente negativo. Solo cabían dudas acerca de la posibilidad de que el fin fuera rápido o lento.

En todo caso, el avance de la enfermedad sería inexorable: el decaimiento de los músculos y los tejidos, una disminución permanente del sistema nervioso, el riesgo cada vez más acentuado de que la paciente se ahogase o muriese asfixiada.

Cuando Pía comunicó a Mather la noticia al mismo tiempo le preguntó sin rodeos si deseaba permanecer o irse. Él respondió que se quedaría. Ella preguntó la causa, y él consiguió decir la mentira más elegante de su vida, y respondió que la amaba. Ella lo besó, rompió a llorar y salió presurosa de la habitación.

Esa noche él tuvo un sueño macabro en que aparecía encadenado a un cadáver, en el antiguo lecho de cuatro postes. Cuando despertó, sudoroso y aterrorizado, su primer impulso fue hacer las maletas y huir. Después, comprendió que jamás podría vivir con la vergüenza de una deserción semejante. La indolencia y el interés propio acentuaron la convicción. Estaba viviendo en un invernadero. ¿Por qué tenía que abocarse al frío invernal? Pía

prodigó sus demostraciones de gratitud. No era difícil ofrecerle la sencilla decencia de la ternura y la compasión.

Durante las comidas Max se sentaba junto a ella, pronto para ayudarla si se ahogaba o soltaba un tenedor o perdía el aliento. Cuando los espasmos fueron más frecuentes y el desgaste más visible, él la bañaba y vestía, la paseaba en la silla de ruedas, le leía hasta que ella se adormecía junto al fuego.

Las mujeres de la casa, que al principio lo habían llamado el perro faldero de la señora, ahora murmuraban elogios en voz baja. Incluso Mateo, el mayordomo, áspero y malhumorado, comenzó a llamarlo Professore y a decir a sus amigos en la taberna que él era un hombre de honor y buen corazón.

La propia Pía reaccionó con el desesperado afecto de una mujer que ve destruida su belleza, amortiguada su pasión, reducida su vida a unos pocos meses prestados. Le ofreció regalos caros: un reloj Tompion que había pertenecido a su abuelo inglés, un anillo de sello del siglo XVI con las armas de los Palombini grabadas sobre una esmeralda, un juego de gemelos y de botones de camisa realizados por Buccellati. Cada regalo venía acompañado por una nota de su mano otrora firme, y ahora temblorosa e insegura: «A mi queridísimo Max, mi erudito residente cuyo hogar está en mi corazón… Pía». Las notas correspondían todas a distintas festividades: Ferragosto, Pascua, el día onomástico de Pía, el cumpleaños del propio Max. Él conservaba las notas, y las atesoraba con otros recuerdos. Acerca de los propios regalos, se quejó a Pía:

—Esto es excesivo, ¡y son demasiado preciosos! Me colocan en una posición falsa. ¡Mira! Me pagas con generosidad. Pero yo trabajo. No soy un mantenido. No quiero serlo. Cuando vine, el archivo Palombini era un desorden vergonzoso. Ahora comienza a adquirir un aspecto respetable. Si dispongo de tiempo, puedo convertirlo en algo que enorgullezca a la familia. Es un modo de pagarte parte de la deuda que he contraído contigo. No estás enojada conmigo, ¿verdad? ¿Enojada? ¿Cómo podría estar enojada? A lo sumo, él conseguía provocar en Pía nuevas expresiones de afecto. Algunos días ella no soportaba que él estuviese fuera de su vista. Había noches en que ella rogaba que la llevase a la cama, no por afán sexual, sino sencillamente por un anhelo de confortación, como si de un niño enfermo se tratara. Después, cuando él la abrazaba, Pía se mostraba petulante y dolorida, porque él no se excitaba como antaño.

Felizmente, los fines de semana él estaba libre. La familia de Pía venía a visitarla; los tíos, las tías, los primos, los sobrinos, las sobrinas, todas las

categorías de parientes políticos. Venían a presentar sus respetos, a mostrar solicitud y a asegurarse de que sus nombres, sus hechos y su parentesco habían sido recordados en el testamento de Pía. Habían desaprobado las locuras escandalosas de Pía; pero ahora que la relación sexual con Mather sin duda había concluido, estaban dispuestos a aceptarlo como un agregado a la familia, como un médico o un confesor. Aprobaban la geografía del asunto, que determinaba que ella permaneciese en la villa y él estuviese relegado al celibato y la soledad en la Tor Merla.

En realidad, los fines de semana de Max no estaban consagrados al celibato ni a la soledad.

Tenía una amiga en Florencia, Anne-Marie Loredon, una rubia neoyorquina de piernas largas, hija de un veterano subastador de «Christies», que estaba estudiando en Italia gracias a una beca de las Belle Arti. Se alojaba en un lugar caro para una estudiante, un apartamento del último piso situado detrás del «Teatro de la Pérgola». Se habían conocido mientras bebían en el Bar de Harry, llegaron a la conclusión de que se gustaban, pasaron una noche juntos, comprobaron que también eso era agradable y en el acto, cerraron trato. Mather se instalaría como residente del fin de semana y pagaría su cuenta con vino, comida e instrucción erudita en las artes. Ambos convinieron que el sexo era una bonificación sin ataduras, ni condiciones, ni preguntas.

El arreglo funcionó bien. Constituían una pareja de egocéntricos convictos y confesos, y cada uno utilizaba con toda franqueza al otro. Al finalizar sus estudios, Anne-Marie se convertiría, siguiendo las huellas de su padre, en marchante de arte y subastadora. Por el momento, disponía de un acompañante apuesto y de un pasaporte que le permitía ingresar en el mundo popular de Florencia, las viejas familias artesanales de escultores, los fundidores de bronce, los tallistas de la piedra, los trabajadores de la madera y el cuero, los pintores, los grabadores y los alfareros.

Por su parte, Mather obtenía una relación sexual segura, una base en la ciudad, un centro de comunicaciones y una identidad legítima frente a los suyos. En compañía de Anne-Marie podía olvidarse de los pesares de la casa Palombini; frente a los florentinos podía presentarse como un erudito profesional, el bibliotecario y archivista de una familia noble. Esta identidad pronto llegaría a ser un aspecto de vital importancia para él. Su protectora se estaba muriendo. Se vería obligado a encontrar un lugar nuevo en el mundo académico.

De modo que eligió con mucho cuidado a sus amigos florentinos. El más importante de ellos era el Custodio de los Autógrafos de la Biblioteca

Nacional, un sabio de cabellos blancos parecido a Toscanini. Mather demostró a este hombre una deferencia especial. Todos los sábados se llevaba consigo un artículo o dos de la colección Palombini y comentaba su significado y su valor con este anciano que trataba con afecto a su discípulo más joven.

En las artes, su amigo más íntimo era Niccolo Tolentino, un pequeño gnomo con una joroba en la columna vertebral y una sonrisa maravillosa y limpia. Era napolitano y se había iniciado como aprendiz de un artista de moda que vivía en Sorrento. Ahora, era el principal restaurador en las Pitti, y afirmábase que se trataba de uno de los grandes copistas y restauradores de la profesión. Mather le llevó un panel de un tríptico muy maltratado del Sueño de la Virgen y le rogó que lo restaurase para ofrecerlo como regalo de cumpleaños a Pía. El hombrecito convirtió el panel en una bella imitación de Duccio, con toda la superficie recubierta con hojas de oro y un azul celestial. Mather se sintió complacido y le pagó al instante en efectivo. Tolentino respondió invitando a cenar a Mather y narrándole historias espeluznantes de falsificaciones y supercherías, y de los siniestros millonarios de Grecia, Brasil y Suiza, que encargaban el robo de obras maestras y su exportación ilegal.

Entretanto, en compañía de Anne-Marie, cortejaba a todos los grandes eruditos y conocedores de la ciudad. Visitaban con frecuencia las galerías. Mather daba a entender que estaba trabajando en una pequeña monografía titulada Economía doméstica en Florencia a principios del siglo XVI.

Debía basarse en uno de los títulos menos espectaculares del archivo Palombini, un conjunto de libros de cuentas llevados de 1500 a 1510 por el mayordomo de la villa. Allí se registraban las ventas y las compras de todos los artículos concebibles: vino, aceite, lienzo, cuerdas, velas, ganado en pie, muebles, arreos y adornos para los caballos. Eran también los volúmenes que él mostraba con más frecuencia al Custodio de los Autógrafos, para pedirle su interpretación de los nombres arcaicos y las abreviaturas poco conocidas. El carácter de la tarea que él se había propuesto armonizaba a la perfección con la imagen del erudito que vive con toda comodidad, con un subsidio holgado, satisfecho de avanzar despacioso llevado por una corriente interminable de trivialidades históricas.

Su libertad concluía a las ocho de la tarde del domingo. Pía le esperaba, cansada y temerosa después del asedio de los parientes. Max cenaba con ella té y sandwich de estilo inglés. Ella esperaba una amable y breve reseña de sus aventuras y encuentros durante el fin de semana, y la exposición debía ser más o menos exacta porque incluso en sus momentos más desesperados ella

era muy capaz de comprobar los detalles gracias a los servicios de informantes que residían en la ciudad. Una familia que había portado el gonfalón de los Médici era todavía un nombre que obtenía resultados en Florencia.

Ella sabía que él se alojaba en el apartamento de Anne-Marie Loredon; no le agradaba la idea, pero aceptaba la ficción de que el padre de Anne-Marie era un antiguo amigo y de que Mather no alimentaba un interés sexual por la muchacha, ni ella por él. Pía no estaba dispuesta a creer que él vivía una vida asexuada, de modo que él le explicaba que obtenía sus placeres en una casa de citas conocida y exclusiva, donde el sexo era limpio pero estaba a un mundo de distancia del amor apasionado y generoso que él profesaba a Pía Palombini. Como no había una rival que la humillase, Pía desechaba el asunto como una complacencia necesaria. A veces, le obligaba a compartir la diversión, y él le relataba escabrosas anécdotas de la vida y la práctica del burdel. Pía lo mantenía hablando hasta casi la medianoche, y entonces él la transportaba a la cama, la acomodaba sobre las almohadas y se alejaba fatigado en dirección a la torre, negra y amenazadora contra el fondo del cielo nocturno.

Una vez allí, ya no necesitaba mentir. Estaba a solas con él mismo, un erudito de mediana calidad, un hombre perezoso y venal que cumplía su obligación con una amante moribunda y se preguntaba cómo demonios organizaría el resto de su vida.

Mientras tanto, un día doloroso tras otro, Pía Palombini se iba inclinando hacia la muerte. Aún se mostraba lúcida; pero los espasmos de sofocación y los bloqueos respiratorios eran cada vez más frecuentes. Adelgazaba de prisa, y cuando él la levantaba en sus brazos la sentía frágil como una muñeca de Dresde. Al llegar a este punto, Mather insistió ante la familia en la necesidad de contar con una enfermera diurna y otra nocturna, y en que el médico la visitara a diario. Odiaba verla sufrir, y más todavía odiaba verla humillada por su enfermedad. De los rincones más inverosímiles de su propio carácter Max extraía briznas de confortación para ella. Cuando Pía le rogaba que pusiera fin a su sufrimiento, él se sentía tentado de conformarla más de lo que jamás hubiera creído posible. Incluso llegó al extremo de proponer el asunto al médico, que le dirigió una mirada sagaz pero impregnada de simpatía, y le advirtió:

—Señor Mather, esto no es Holanda. En nuestra ley tenemos mucho más cristianismo y mucha menos compasión. De modo que olvídese de la muerte por compasión. Conseguiríamos liberarla.

Pero usted y yo iríamos a la cárcel. Concédale su amor un poco más. Pronto llegará el momento en que ella, de repente, dejará de respirar.

Y eso fue exactamente lo que sucedió: una fría noche de invierno, mientras la enfermera tejía junto al fuego y él estaba sentado en el diván, sosteniendo en sus brazos a Pía, ella levantó una mano minúscula y encorvada para tocarle la mejilla. Y entonces, como si el esfuerzo hubiera sido excesivo, emitió un breve suspiro de fatiga, volvió la cara hacia el pecho de Max y murió. Él la llevó al piso de arriba, observó a la enfermera mientras la acomodaba decentemente en la cama, llamó al médico y a la familia y al cura de la parroquia, y después se sentó junto al fuego moribundo, más solo de lo que jamás se había sentido en toda su vida. Por fin había escapado de ella, como durante tanto tiempo había deseado. La auténtica ironía era que ella había escapado de él. Pía había sido el foco de la vida de Max durante tanto tiempo, que ahora no tenía hacia dónde volver los ojos, si se exceptuaba una ojeada interior a la imagen fragmentada de su propio ser.

En el funeral trató de evitar incomodidades a la familia y se incorporó al grupo formado por el personal de la villa; pero cuando introdujeron el ataúd en la bóveda y se cerraron con llave las puertas de bronce, comenzó a llorar sin control. De pronto sintió un brazo protector sobre los hombros, y oyó la voz del viejo Mateo que canturreaba una letanía de consuelo.

—¡Vamos, Professore! Debe sentirse feliz por ella. Ya no sufre. De nuevo es bella. Quiere que usted la recuerde así…

Era fácil creer todo eso. Lo que no podía entender era la sombría desolación en su fuero interno.

Cuando unos meses antes le había dicho que la amaba, lo había hecho con la reserva convencional que siempre acompañaba a la relación entre los dos. Se amaban, eran amantes oficiales, eran todo el resto de lo que podría hallarse en el diccionario sobre el episodio. Pero el amor mismo podía vivirse solo en el sufrimiento, en la terrible contracción de las fibras del corazón.

Al regresar a la villa, presentó sus respetos rituales a todos los miembros de la familia y después, tan pronto la decencia lo permitió, regresó a Tor Merla, se sirvió una generosa medida de *brandy* y se sentó en el patio, observando el tenue viento helado que desprendía las primeras hojas del otoño.

Allí, una hora después, fue visitado por Claudio Palombini, el sobrino que era el albacea del testamento de Pía. Era un florentino apuesto, de mirada fría, que concedía las palabras con tanto cuidado como si hubieran sido florines de

oro. Entregó a Mather una copia del testamento de Pía, un documento ológrafo de estilo italiano. Anunció con gravedad:

—Parece, señor Mather, que usted necesita más simpatía que la familia de mi tía.

—Siento… —Max Mather formó muy lentamente las frases—. Siento como si yo estuviera encerrado en esa bóveda y Pía se hubiese alejado volando.

Claudio se sirvió un *brandy* y se acomodó sobre el borde de la mesa rústica. Ofreció una disculpa formal:

—Confieso, señor Mather, que de mala gana he llegado a admirarlo. Usted hizo muy feliz a mi tía Pía. La cuidó con una abnegación que pocos maridos habrían demostrado. Todos se lo agradecemos mucho.

Mather asimiló en silencio el cumplido y después replicó con frialdad:

—Ustedes nada tienen que agradecerme. Amaba a su tía. La extrañaré mucho.

—¿Usted sabe que ella le incluyó en su testamento?

—No, no lo sabía.

—Recibe dos años de sueldo, retiene el automóvil y los regalos personales. Puede elegir un recuerdo del material de archivo en que estuvo trabajando. Creo que el legado es razonable.

—Es más que razonable. —El tono de Mather era brusco—. He sido pagado con generosidad.

No esperaba otras recompensas.

—Me complacería, y me ayudaría mucho, que usted contemplase la posibilidad de permanecer aquí, para continuar su trabajo en el archivo.

—Gracias, pero no acepto. Sin Pía, la soledad de la Torre sería insoportable. Pero si usted está dispuesto a contemplar una sugerencia…

—Por supuesto.

Mather condujo a su visitante al interior de la Torre y le mostró, en el papel de guía de un museo, las pilas de libros y manuscritos y folios distribuidos en las antiguas cámaras abovedadas. Dijo:

—A menos que usted lo vea con sus propios ojos, no puede comprender cuánto trabajo implica un archivo de esta dimensión.

Tomó un manojo de papeles asegurado con una cinta que estaba desintegrándose, sopló el polvo que cubría las hojas y las entregó a Palombini.

—Por ejemplo, esto. El primer documento indica la fecha de 1450. No me atrevo a abrir todo el paquete, porque la mayor parte se desintegrará. Aquí

puede haber cosas valiosas, o tal vez no. En todo caso, necesita un trabajo especializado de conservación, en las condiciones apropiadas. Lo que quiero decir es que el archivo tiene importancia histórica, pero necesita trabajo, una labor constante y costosa. Incluso si yo permaneciera aquí, no podría hacerlo solo. La clasificación misma es una tarea enorme. La conservación es harina de otro costal: Una labor para expertos. ¿Por qué no se entrega todo a la Biblioteca Nacional? Sería un gesto principesco, y al mismo tiempo aliviaría a la familia de una pesada carga financiera y de una gran responsabilidad cultural.

Palombini meditó la idea unos minutos, y después asintió con gesto enérgico.

—Bien, muy bien. ¿Quién sabe? Es posible que la propiedad obtenga alguna ventaja fiscal, y que la provincia se beneficie.

—Puedo aclarar sin dificultad la posición fiscal —dijo Max Mather—. El Custodio de los Autógrafos es mi amigo.

—¿Estaría dispuesto a permanecer un tiempo más, lo necesario para poner en marcha los arreglos? No habría problema si desea que un amigo lo acompañe. Vea, necesito otro servicio.

—¿Cuál es?

—Un catálogo profesional y una evaluación de las obras de arte que están en la villa. ¿Puede hacer eso?

—Arreglarlo, sí. Pero no prestar el servicio. Le aconsejaría que llame a Niccolo Tolentino, de los Pitti.

—Por supuesto, aceptaré su recomendación. Pero estos son pasos muy importantes en el arreglo de la herencia. Me sentiría muy feliz si pudiese confiárselos.

—Le concederé seis semanas —dijo Max Mather—. Después, tendré que marcharme. Necesito reconstruir mi vida.

—Gracias.

—La cosa tiene un precio —dijo Max Mather—. Duplique mi salario actual y el costo de mi retorno a Estados Unidos. El legado permanecerá intacto y será pagado antes de mi partida.

—¡Hecho! —De pronto, Palombini se mostró muy animado—. Usted es buen comerciante. Me agrada eso. Lamento que no nos hayamos conocido antes.

—Una de las ironías de la vida —dijo Mather con una sonrisa desprovista de alegría—. Uno apenas ha estrechado la mano del otro cuando ya llega el momento de irse. ¿Piensa mantener el mismo personal en la villa?

—Por ahora, sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—Si no le importa, me trasladaré a la ciudad y vendré aquí en automóvil todos los días. Si permanezco aquí durante la noche, creo que enloqueceré.

—Sé lo que usted siente. —De pronto, el rostro de Claudio Palombini se ensombreció—. Es un país viejo y ensangrentado. Las viñas crecen hundiendo sus raíces en las bocas de los muertos.

Esa misma noche Mather fue a Florencia en automóvil y se alojó en una pequeña pensión. No llamó a Anne-Marie. El pacto entre ambos especificaba que su habitación estaba disponible solo los fines de semana. En mitad de la semana podría haber otras personas, y él no estaba de humor para soportar a desconocidos o afrontar situaciones embarazosas.

Telefoneó al Custodio de los Autógrafos para hablarle de su inminente partida y de la donación del archivo Palombini. El anciano se condolió solícito con su amigo por la muerte de Pía, pero era evidente que estaba complacido ante la idea de adquirir el archivo para su institución. Prometió comentar el asunto con sus directores y examinar las exenciones impositivas que podían concederse al donante. Advirtió que el proceso llevaría tiempo, como sucedía con todos los actos oficiales, pero dijo que él haría lo posible para apresurar el asunto.

Después, Mather telefoneó a Niccolo Tolentino, que enseguida propuso distraerlo de sus problemas con una cena en el Gallodoro.

Era la posada favorita de Tolentino: un espacioso sótano con las paredes encaladas y el cielo raso abovedado, todo cubierto con dibujos de artistas florentinos. Sobre la cocina se dibujaba la gran imagen dorada de un gallo en actitud de pelea, la figura que daba su nombre al establecimiento.

Niccolo Tolentino, que lo había pintado, ocupaba siempre el lugar de honor, una mesa puesta en un rincón, con una silla elevada y un taburete, de modo que ninguno de los clientes comunes pudiese mirar con altivez al hombrecito que, a juicio de sus iguales, en realidad era un gran hombre. Cuando Mather llegó, Tolentino ya estaba en su lugar, con una copa de «punto mes», un plato de pistachos y su cuaderno de bocetos y el lápiz dispuestos frente a él.

El encuentro entre los dos hombres fue como siempre emotivo.

—¡Eh, Max!

—¡Eh, Nicki!

Un largo abrazo, después más exclamaciones que cesaron solo cuando trajeron la copa destinada a Mather. La comida ya había sido elegida, el vino servido en una jarra (una cosecha principesca cuyo productor había

abastecido al pintor con una bodega privada). El anciano elevó su copa en un brindis.

—¡Por su dama, Max! Requiescat.

—Que en paz descanse —dijo Max Mather.

Bebieron tragos abundantes. El anciano depositó su copa sobre la mesa y habló con voz suave, como de pasada.

—Las antiguas costumbres son todavía las más sabias. Después de una muerte, uno come y bebe y recuerda las cosas buenas y trata de reír otra vez. El dolor a nadie aprovecha, y menos todavía que a nadie a los que se fueron, que ahora están para siempre al margen del asunto. Usted está sufriendo, ¿eh?

—Más de lo que creía posible, Nicki, ¡mucho más! Tolentino le dirigió una mirada rápida y sagaz, y formuló una pregunta extraña.

—Max, ¿alguna vez estuvo en la cárcel?

—Todavía no. —Mather rio a pesar de sí mismo—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Dicen que el momento más difícil de la sentencia es el día en que lo arrojan de nuevo a la calle. Usted estuvo sujeto a su Pía durante mucho tiempo. Ella recuperó la libertad. Usted todavía tiene que aceptar su liberación. Construirá una nueva vida, con otra mujer; no mañana ni la semana próxima, pero pronto llegará el momento de comenzar a buscar. Alégrese de que no es como yo, pues mirar es todo lo que puedo hacer. Dígame: esa joven a quien usted visita en Florencia, la que desea ser tratante de arte y subastadora…

—¿Anne-Marie Loredon? ¿Qué hay con ella?

—Es lo que yo le pregunto, Max. ¿Qué hay con ella? Sé que usted vive en su casa los fines de semana. Visitan juntos los estudios y las galerías. Es evidente que no se odian el uno al otro.

—Somos buenos amigos. Le agrada mi cocina. Cree que soy un buen tutor.

—Y usted, Max, ¿qué piensa de ella?

—Creo que proyecta hacer carrera y no figuro en ese plan. Ahora, cambiemos de tema. ¿Usted está en libertad de aceptar encargos privados?

—¡Por supuesto! ¡Como todos los empleados oficiales en Italia, vivo de ellos! ¿Qué tiene en mente?

—Claudio Palombini desea catalogar y cotizar los cuadros de la villa. Le sugerí que usted era el hombre más apropiado para esa tarea.

—¿Y él qué dijo?

—Que siguiera adelante y lo arreglase.

Niccolo Tolentino lo miró con expresión de absoluta incredulidad. Después prorrumpió en una carcajada aguda que atrajo las miradas de todos los comensales. Rio hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas y Mather temió que sufriese un ataque. Cuando reaccionó, pidió más vino y anunció entre nuevos estallidos de regocijo:

—Eso, amigo mío, ¡es la broma más divertida que escuché en muchos años! ¿Quiere decir que Claudio no sabía quién era yo?

—Al parecer, no.

—¡Oh, hermanito Max! Yo hice de esa colección lo que es hoy. ¡Conozco cada uno de los pedazos de chatarra que hay allí, y también las pocas piezas valiosas que se ocultan en las sombras!

—¡Parece evidente que no se siente muy orgulloso de eso!

—En cierto modo, estoy orgulloso. ¿Su dama Pía nunca le relató la historia de Luca Palombini, el mismo a quien llamaban l’ingannatore, el Estafador?

—No. Nunca.

—Entonces… reservemos el asunto, como cumple a dos caballeros, para las peras y el queso. Aquí la comida es demasiado buena para arruinarla con la charla.

La comida estuvo a la altura de la promesa; pero la historia narrada por Niccolo Tolentino fue con mucho el mejor plato del menú.

—Durante la época fascista y hasta el fin de la guerra en Europa, el jefe del clan Palombini fue un viejo pirata sin escrúpulos a quien los lugareños denominaban Luca l’ingannatore, esto es, Luca el Estafador. —Niccolo Tolentino agitó un dedo en señal de advertencia.

»No se deje engañar por el nombre. No solo fue el espejo perfecto de su tiempo; era el arquetipo perfecto del príncipe mercader florentino. No importa el siglo en que viviese, habría sido el mismo individuo encumbrado. Los Fugger le habrían prestado dinero. Cosimo, y el propio Lorenzo el Magnífico lo habrían honrado. Los franceses, los romanos y los venecianos habrían negociado con él —¡pero siempre habrían contado sus dedos después de cada apretón de manos!—. Era implacable en la realización de sus ambiciones, y sin embargo poseía un encanto singular y siempre el frío dominio del jugador.

»Para Luca, el mercado era el hábitat natural del animal humano. Cada hombre y cada mujer, cada bestia, cada fruta y cada vegetal tenían un precio. Todos los precios eran negociables, y Luca comerciaba en el pasado, el presente y el futuro. El arte —es decir, el arte vendible— pertenecía al pasado. Su valor estribaba en su rareza, en el hecho de que estaba revestido

por una pátina, reconocidamente duradera e incluida en los catálogos, como el contenido de los Uffizi, o del Museo Vaticano. De acuerdo con Luca, los turistas eran los que formaban el mercado de antigüedades: los globetrotters que eran nuevos ricos, los barones del acero y los reyes del petróleo, los individuos a quienes Duveen y Berensoh y otros por el estilo atiborraban con una tardía y sospechosa educación.

»Sin embargo, a diferencia de los productos naturales, el arte era un producto que se obtenía una sola vez. No era posible sembrarlo. Aunque sí cabía imitarlo y reproducirlo. De manera que Luca contrató a cierto joven napolitano que tenía talento, es decir, yo mismo, en aquellos días lejanos. ¡Yo era joven, inteligente y barato!, para copiar todas las obras importantes de la colección Palombini. Después, utilizando los mismos transportes que trasladaban sus vinos, sus frutas y sus sedas y los artículos de cuero a través de Europa, comenzó a despachar algunas de las obras maestras originales a depósitos seguros en Suiza. También transportó al mismo tiempo algunas de mis copias, pues calculaba, como buen traficante, que si el comprador no conocía la diferencia entre un bolso de seda y una oreja de cerdo, recibía exactamente lo que creía que estaba pagando.

»¿Quién sabía lo que estaba sucediendo? ¿A quién le importaba, en esos prósperos tiempos fascistas en que el Mediterráneo era el Mare Nostrum y nuestros trenes eran muy puntuales y los campesinos calabreses colonizaban Eritrea y Hitler acababa de anexionarse Austria? Luca sabía. Luca se preocupaba, Luca tenía sólidos valores en la neutral Suiza. Y en Portugal, Brasil y Argentina. Un Perugino o un Caravaggio eran un artículo más negociable en Río o Nueva York que en su propia patria. Pero la villa de Luca y los apartamentos que él amueblaba para sus amantes no parecían distintos, porque Niccolo Tolentino, el pequeño jorobado de Nápoles, era un pintor espléndido, un genio de la copia.

»Pero, mi querido Max. —Tolentino interrumpió el desarrollo de su relato para destacar un punto—. Yo no era y nunca fui un falsificador. Nunca quise presentar la obra de una copia como el trabajo del Maestro. Cuando Luca negociaba mis copias con los nazis por grandes sumas de dinero, o para obtener protección, no me importaba. De todos modos, yo odiaba a esos bastardos. Pero él era el tratante, y yo no tenía nada que ver. Deseo que recuerde eso, porque en mi caso es una cuestión de honor.

—Lo recordaré, Nicki —lo tranquilizó Mather—. Pero ansío escuchar el resto de la historia.

—Max, la noche es demasiado corta para contarlo todo. Pero este es el resto. Al principio de la guerra, en 1939, Luca envió a Suiza a su esposa y a dos hijos pequeños, a cargo de sus banqueros y los directores de su filial en Ginebra. Después, se instaló en la villa con una asociación de interesantes amigos. Cuando la guerra comenzó a tomar mal aspecto, hizo tratos con todos: los fascistas, cosas buenas y malas, de originarles y copias, ¿por qué Luca se tomó el trabajo de ocultarla en Tor Merla?

El hombrecito sonrió y abrió las manos en una serie de gestos elocuentes.

—Como ve, usted ya olvidó su nombre. Luca el Estafador. En su caso, nada era jamás lo que parecía. El mero hecho de amurallar los materiales en la bóveda le asignaba un valor. Tenían que ser preciosos. Si lo traicionaban o descubrían, Luca no perdía gran cosa. Pero si, como sucedió, sobrevivía y retornaba triunfante a la luz pública, en ese caso cada artículo, incluso mis copias, ¡se convertían *ipso facto* en obras maestras! De ese modo financió el imperio de su familia en Italia y el extranjero durante la posguerra.

—Bien, ¿se hará cargo de la tarea?

—Por usted y por el dinero de los Palombini, por supuesto que lo haré. Ahora, si usted promete llevarme después a la seguridad de mi lecho ¡beberemos otro *brandy*!

A la mañana siguiente muy temprano, Mather regresó a Tor Merla, con un fuerte dolor de cabeza pero liberado de sus demonios. Claudio Palombini continuaba en la villa. Le agradó saber que el archivo probablemente saldría de sus manos y que era posible obtener exenciones impositivas.

Encargó a Mather que comenzara las negociaciones con la Biblioteca Nacional y que supervisara la evaluación de las obras de arte que Tolentino debía llevar a cabo. Entregó a Mather un cheque por seis semanas de sueldo, le dijo que su legado sería pagado en un plazo de treinta días y partió para Suiza.

Mather se entretuvo una hora en el archivo, y observó lo que se había hecho con respecto a la inspección que realizaría el directorio de la Biblioteca Nacional. Necesitaba mesas de caballetes y estantes para retirar del piso las pilas de documentos, antes de que fuesen devorados por las cucarachas y los gusanos del papel. Sabía muy bien, aunque no había mencionado el hecho a Palombini, que la Biblioteca, escasa de personal y de espacio para almacenamiento, bien podía asustarse ante la engorrosa masa de documentos que aún había que examinar.

Llamó a la villa y pidió a Mateo que a la mañana siguiente ordenase al carpintero que comenzara el trabajo. Después, dado que el día era soleado y la

temperatura en el patio era agradable, se preparó café y se instaló bajo el castaño con sus propios libros de referencia y el texto inconcluso de la monografía.

Estaba revisando el libro de cuentas del año 1505 cuando tropezó con una entrada poco usual en el mes de octubre. El octavo día de ese mes la anotación decía que se había pagado la suma de 80 florines al Maestro Rafaello, pintor de Urbino, por dos retratos, uno de Donna Delfina Palombini, esposa del Confaloniere Andrea Palombini, el otro de su hija, la Doncella Beata. Además, constaba un pago de 60 florines por 5 cartones para una pala, es decir un retablo, destinado a la capilla de San Gabriele, en los límites de la villa. La nota agrega que estas sumas representaban el pago total, es decir, que se habían cumplido los encargos y entregado las obras.

Esta entrada le fascinó. Se trataba del tipo de prueba que los tratantes de arte y los historiadores deseaban que les cayese del cielo. Pero él no podía recordar ninguna referencia a retratos o cartones de Palombini en el catalogue raisonné de las obras de Rafael. Examinó los volúmenes de su propia biblioteca y encontró un Passavant y un Carli. Ninguno incluía referencias a los retratos o al retablo.

Por lo tanto, ¡otro de esos misterios tan apreciados por los eruditos y los investigadores! ¿Las obras habían sobrevivido a los siglos? Y en caso afirmativo, ¿dónde estaban ahora?

Otra línea de investigación: ¿Había constancias de otras compras de obras de arte en los viejos libros de cuentas? Se le enfrió el café mientras repasaba con sumo cuidado la escritura antigua y las desconcertantes abreviaturas. Apenas había llegado a la mitad de enero de 1506 cuando el mayordomo Mateo llegó desde la villa con el carpintero Luigi, para medir los estantes y los caballetes que él necesitaba.

Eran problemas prácticos que exigieron su atención respetuosa y total durante media hora. Debía ofrecer café y un vasito de grapa. Tuvo que escuchar el lamento del falegname Luigi, que afirmó que era injusto reclamar un buen trabajo de carpintería tan de prisa. Max Mather comprendió lo que estaban pidiéndole. No había modo de luchar contra el viento que descendía de los Apeninos. Uno le volvía la espalda, se protegía las orejas y esperaba hasta que se calmaba su furia. Colocó una señal en el libro de cuentas, apartó sus notas y se consagró en cuerpo, alma y pantalones a los problemas de la producción de los estantes, las mesas de caballetes y la elección entre la madera cepillada o basta. Si aceptaba madera basta podía tener el trabajo al día siguiente. Si exigía un trabajo artesanal, tendría que esperar dos semanas

más. En el momento mismo en que Mather, desesperado, se disponía a desistir, sonó el teléfono. Anne-Marie Loredon estaba en la línea. Ella también deseaba formular una queja.

—Max, acabo de conocer la noticia de tu duelo. Seguramente te sientes muy mal. ¿Por qué no me llamaste?

—Si deseas saber la verdad, me sentía muy avergonzado.

—¿Por qué? Somos amigos, ¿verdad? ¿Para qué sirven los amigos si no puedes compartir con ellos el dolor? Nicki Tolentino me dijo que duermes en la ciudad. ¿Qué tiene de malo mi apartamento?

—Nada, excepto que mis derechos se limitan a la visita el fin de semana, ¿lo recuerdas?

—¡Tonterías! Vendrás a mi casa esta noche. Si de ese modo te sientes mejor, compra la comida y prepárala. De todos modos, Max, tenemos que hablar. Necesito hablar contigo de cierto proyecto. ¿A las siete y media?

—Estaré allí.

Cuando cortó la comunicación experimentó un súbito sentimiento de gratitud y alivio. Un hombre abatido era casi tan vulnerable como un hombre enamorado. Ambos, aunque por distintas razones, temían hacer el papel del tonto.

En el mismo momento comprendió que Mateo y el falegname Luigi aún esperaban su respuesta, y también un segundo vaso de grapa. De modo que sirvió el ardiente licor y anunció con firmeza:

—Use la madera que encuentre. Solo deseo espacio para acumular los archivos y los libros que están sobre el piso. No estamos construyendo un apartamento para el Papa.

—Pero tenemos nuestro orgullo. —De pronto, Luigi recobró la elocuencia —. Cuando los caballeros de la Biblioteca vengan, no podemos meterlos en un chiquero. ¡A su buena salud, Profesor!

Esa noche, Mather preparó una cena principesca para Anne-Marie Loredon. Las ceremonias previas consiguieron que la conversación íntima fuese difícil, pero Anne-Marie se contentó con esperar hasta que concluyó la preparación de la comida, y los dos se sentaron cerca el uno del otro y en silencio, contemplando la luna amarilla que se elevaba sobre los campanarios. Después ella comenzó, con mucha paciencia, a apremiarlo para que hablase.

—Max, ¿qué sucederá ahora con tu empleo?

—He aceptado continuar seis semanas, organizar la entrega del archivo y la evaluación de la colección de arte. Después, ¡quién sabe! Nunca hasta

ahora había advertido cuánto dependía de Pía y en qué medida contaba con la prolongación de nuestro vínculo.

—Nunca me explicaste bien qué tipo de relación era.

—Jamás me lo pregunté yo mismo. Aceptaba todo por su valor aparente, hasta el fin, cuando un día llegó a depender por completo de mí. Yo la alimentaba, la bañaba, la vestía, la llevaba de un lugar a otro como a un niño enfermo. Murió literalmente en mis brazos.

—Sin duda, la amaste mucho.

—Seguramente. —Mather esbozó una sonrisa breve, avergonzada—. ¿Te sorprende?

—Un poco. Es necesario que seas bastante fuerte para ofrecer esa clase de apoyo. Con franqueza, nunca creí que fueras esa clase de hombre. El resto es perfectamente lógico. Una viuda adinerada, un erudito apuesto, una unión del interés y la conveniencia.

—Fuera lo que fuese, ha concluido. Finita la commedia! Pero ya hemos hablado bastante de mí. Dime cuáles son tus planes.

—Vuelvo a casa. Estoy buscando local para una galería y he empezado a reunir a un grupo de artistas y clientes. Mi padre me prestará dinero suficiente para empezar.

—¡Me alegro por ti!

—Me preguntaba, Max, si te interesaría trabajar para mí. Mather consideró la idea durante un tiempo prolongado, y después meneó la cabeza.

—Trabajar para ti, ¡no! Trabajar contigo, sobre cierta base que me permita ser un colaborador libre… sí, quizá. ¿Podemos dejar en pie la discusión hasta el momento en que yo regrese a Nueva York?

—Por supuesto. Pero dime, con sinceridad, ¿por qué no contemplas la posibilidad de trabajar para mí?

—Porque —respondió sin rodeos Max Mather— ya he tenido patronazgo en medida más que suficiente. He vivido de ese modo mi vida anterior —subsidios, becas, dotaciones y fondos suministrados por damas acaudaladas como Pía—. Mi relación con ella no me preocupaba tanto, porque pude devolverle parte de la deuda que había contraído, pero de aquí en adelante, amor mío, volaré solo. Si caigo del cielo, ¡tanto peor! Tal vez eso no te parezca muy importante, pero para mí es asunto de vida o muerte. En el terreno académico soy un hombre sólido: aunque siempre fui demasiado perezoso para alcanzar un nivel superior. Pero, ahora o nunca. Tengo que ponerme a prueba y descubrir de qué metal estoy hecho.

—Brindaré por eso Max. Me interesará ver cómo te pones a prueba. Dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Qué le dijiste de mí a Pía?

—No mucho. Sabía que me alojaba aquí los fines de semana, y que estaba guiándote en historia del arte y en la técnica de la apreciación. Aparte de eso, nada.

—¿Y ella creyó que eso era todo?

—Prefirió creerlo así.

—No debes haber compartido demasiado sexo con ella durante su enfermedad.

—En efecto. Ella aceptaba que yo obtuviera mi satisfacción aquí o allá. Pero mientras no le mostrase una rival visible o identificable, no convertía en un problema todo el asunto.

—No estoy segura de que yo me pudiera mostrar tan complaciente.

—Lo harías… ¡si no desearas perder a un buen cocinero! Sin hablar de un compañero de cama que no acarrea problemas.

—Ese se parece más al Max que yo conocía.

—¿A ese? Bien, últimamente viene y va. Nunca estoy muy seguro de si está aquí o se ha marchado.

—Averigüémoslo, ¿qué te parece? —dijo Anne-Marie Loredon—. Es una vergüenza malgastar esta luna.

Durmieron hasta bien entrada la mañana siguiente, de modo que Mather regresó a mediodía a Tor Merla. El falegname Luigi había cumplido su palabra. Los estantes estaban terminados. Había completado el cuadro de la mesa. Una nota decía que Luigi estaba buscando madera para la tapa.

Regresaría más tarde. Su caja de herramientas yacía abierta sobre el suelo.

La primera tarea de Mather consistió en ordenar los archivos sobre los estantes. Fue una tarea engorrosa, durante la cual levantó mucho polvo, de modo que sufrió un ataque de alergia. Cuando terminó, descubrió que los archivos habían estado descansando, no sobre el piso de piedra de la cámara, sino sobre un jergón de madera semejante a los usados por los obreros para apilar ladrillos o paquetes del mismo tamaño. Una inspección más atenta reveló que no se trataba de un jergón, sino de una caja de listones de unos noventa centímetros de largo, sesenta de ancho y quince de profundidad, rellenada con un acolchado de paja.

Una ociosa curiosidad, más que la esperanza de un descubrimiento, lo indujo a abrir los listones y retirar el acolchado. Dentro había un sobre ancho

y grueso de fuerte lona, cosida con una puntada marinera y sellada, para proteger el contenido del aire y el agua, con cera de abejas marrón. Sintió que se le paralizaba el corazón. Un instante después estaba temblando y jadeando. Cerró y echó llave a la puerta de entrada, con mucho cuidado devolvió el acolchado de paja a la caja, clavó otra vez los listones y llevó el sobre de lona a su dormitorio, en lo alto de la torre.

Cerró las persianas, de manera que se atenuase la luz de la cámara. Después, con una hoja de afeitar apartó la cera que cerraba un borde del sobre y comenzó, concentrando toda su atención en ello, a desarmar las gruesas puntadas en las que se había utilizado hilo de zapatero. Ahora, su actitud era completamente profesional y trabajaba con movimientos lentos y rítmicos. No importaba cuál fuese el contenido del paquete, debía ser un material precioso. El que lo había empaquetado se había entretenido en protegerlo del aire y la humedad. Sería un error imperdonable dañarlo a causa de la manipulación imprudente. Sus dedos exploraron el interior y primero sintieron dos objetos rígidos envueltos en terciopelo. Debajo del terciopelo había otra cosa, envuelta en cera.

Extrajo con mucho tiento los objetos cubiertos con terciopelo: se trataba de dos paneles de madera vieja, dos retratos, uno el de una mujer, el otro el de una niña; la cabeza, los hombros y el busto sobre un fondo de colinas toscanas y cielo estival. Era evidente que las obras habían sido limpiadas antes de empaquetarlas, porque no se veían pruebas de que existieran retoques. Ambas exhibían el escote cuadrado de la época y, pintada en los botones de una y el bordado de la otra, estaba la firma: «RAFAELLO URBINAS FEC».

De pronto, Mather se sintió aturdido. Se arrodilló junto a la cama, apoyó los cuadros en una almohada y permaneció así durante largo rato, con su mirada fija en ellos como un monje en actitud de orar. Pero ahora no estaba orando. Su cerebro funcionaba con la aceleración de una sierra mecánica. Las malditas cosas tenían que ser precisamente eso. Tenían la apariencia exacta, suscitaban la impresión exacta: la técnica del dibujo, las pinceladas, la paleta… Se le enturbiaron los ojos, los cerró y apoyó la cabeza en el cubrecama.

Su aturdimiento se disipó. Extrajo el resto del tesoro, los cartones, descoloridos por el paso de los siglos, pero todavía legibles, aún vibrantes por el toque del maestro. El primero era el diseño del retablo entero, la Entrada de Cristo en Jerusalén, montado en un asno mientras la gente agitaba ramas de palma como estandartes y voceaba hosannas. El resto estaba formado por estudios de los distintos elementos, los animales, las figuras, la arquitectura;

salvo Cristo, todos los personajes vestían el atuendo florentino del período y armonizaban con un fondo de la Toscana rural. Los hombres que agitaban las palmas eran los jóvenes varones Palombini, cortesanos de los Médici. Las mujeres eran sus consortes.

De nuevo todo parecía ocupar su lugar. Los objetos coincidían con la descripción del antiguo libro de cuentas. El papel tenía el aspecto y el tacto apropiados. El dibujo parecía característico del joven maestro. Todo había sido empaquetado con mucho cuidado, pero había sido almacenado a toda prisa, en una situación urgente, durante la guerra. Había permanecido sepultado bajo un montón de papel durante cuarenta años. El único hombre que podía haber sabido de la pérdida estaba muerto. El único hombre en el mundo que conocía su existencia era Max Mather, y apoyándose en el legado de su amante muerta, ahora podía reclamar con derecho la posesión.

La ley italiana difería de la anglosajona en un aspecto importante: asignaba más importancia a la forma del documento que a su intención. Y la forma del legado que le había dejado Pía era muy clara. En primer lugar, era un documento ológrafo. La testadora lo había escrito de su puño y letra.

Lo cual determinaba como una presunción muy sólida, que este testamento expresaba cabalmente sus deseos. En segundo lugar, el texto italiano era específico: «… la sua propia scelta d’un oggetto ricordo del archivio…». (Lo que él elija del archivo, como recuerdo…). Los restantes herederos —¡si llegaran a saberlo!— sin duda cuestionarían el derecho de Mather.

Afirmarían, no sin razón, que un paquete de obras de arte del antiguo maestro, con un valor de decenas de millones de dólares, mal podía ser un oggetto ricordo. Las Belle Arti, por supuesto, intervendrían, y embargarían las obras en espera de un fallo del tribunal, que podían tardar años. E incluso entonces, podrían prohibir la exportación de tesoros nacionales.

De manera que el más sencillo sentido común le imponía comenzar de inmediato a proteger su derecho a las obras del maestro y sacar estas cuanto antes de Italia para llevarlas a un depósito en Suiza. Pero mientras hacía eso, debía ocuparse de que el origen perfecto de las obras no se viese dañado ni destruido.

Las obras habían sido encargadas a Rafael por y para la familia Palombini. Allí, en dos auténticos libros de cuentas del período estaba el registro de la transacción: octubre de 1505. Era evidente que las obras habían permanecido en poder de la familia hasta el momento actual; pero durante el período en que Luca el Estafador había administrado la propiedad, esas

creaciones habían ido a parar al archivo, donde habían permanecido enterradas más de cuarenta años bajo montones de papel polvoriento.

… Y entonces llega Max Mather, que revisa el archivo en busca de un recuerdo que él mismo elegirá, un legado que le dejó Pía Palombini. Tropieza con un extraño sobre de lona. Sin duda, es parte del archivo. La fantasía lo lleva a decidir que este sea su recuerdo, un paquete sorpresa. No lo abre en el acto, y solo cuando se encuentra en suelo neutral descubre las obras de arte y las relaciona con la entrada que aparece en los libros de cuentas de la familia.

Incluso entonces, no está seguro de que las obras sean las originales. Sabe que Luca el Estafador ordenó realizar copias de muchas obras maestras, de modo que es necesario someter estas piezas al juicio de los expertos. Hasta que se haya confirmado su autenticidad, no hay razón para discutir. En todo esto, no se puede censurar a Max Mather, ni su actitud despierta sospechas. Se ha comportado con perfecta propiedad. Si en una etapa ulterior se cuestiona su derecho a las obras, puede hacérselo solo en el terreno civil y no en el penal.

En general, parecía una excelente posición legal. Max Mather podía alentar dudas íntimas acerca de la moralidad de su actitud, pero no se podía pretender darle carácter público y que se autocalificase de hombre codicioso o venal. Después de todo, los Palombini también eran capaces de realizar maniobras dudosas y equívocas. Se atenían a una sola norma: que el otro se ocupase del asunto. Cabía la posibilidad de que se mostrasen dispuestos a concertar un trato para obtener la devolución de los cuadros. Era esta otra situación que merecía ser examinada si en cierto momento el juego llegaba a parecer muy difícil.

Después de haber adormecido de forma momentánea la conciencia, el movimiento siguiente era retirar de Italia las obras. Fue suficiente que reflexionase un momento para convencerse de que debía hacerlo sin pérdida de tiempo. Podía llegar en coche a Milán en un viaje de dos horas y media, tomar el último vuelo a Zurich, visitar su Banco por la mañana, dejar los cuadros en una caja de seguridad y regresar en avión por la tarde. Después, ¡podía dormir tranquilo y planear con severidad un próspero futuro!

Depositó uno por uno los cuadros y los cartones sobre la superficie del escritorio, y tomó una serie de fotografías en color con *flash*. Después, con sumo cuidado volvió a envolverlo todo y repuso las obras en el sobre de lona. Cosió con torpeza el lienzo, fundió la cera con un encendedor y reselló por completo el paquete. Descubrió que se acomodaba muy bien en la maleta en que solía llevar sus trajes, y que aún había espacio para una chaqueta y los

pantalones. Estas prendas y una muda de camisa y ropa interior era todo lo que necesitaba para realizar el viaje. Examinó su cartera: dinero, pasaporte, tarjetas de crédito, cheques de viaje. En los viejos tiempos, con Pía se había acostumbrado a decidir en un instante la realización de un viaje.

Levantó la maleta y descendió la escalera. Cuando salía, pasó frente a Luigi y su ayudante, un espigado joven de la aldea. Mather les agradeció el trabajo que ya habían realizado, y les entregó media botella de grapa para alentarlos a terminar el día siguiente. Ya estaba saliendo cuando sonó el teléfono. Era el Custodio de los Autógrafos. Estaba muy excitado.

—¡Max, amigo mío! Noticias grandes e importantes. Nuestro director ha mostrado un enorme interés en recibir el archivo. Desearía inspeccionarlo conmigo el martes próximo, a las diez de la mañana.

—¡Magnífico! Estaré aquí para darles la bienvenida.

—Y puede decir al señor Claudio Palombini que hay exenciones de impuestos para el donante. Se las explica en una carta que le enviaremos hoy.

—Me parece magnífico. ¿Algo más? Tengo que irme a toda prisa para alcanzar un avión.

—Incluso así, es necesario que escuche la última noticia. Si la Biblioteca acepta el archivo, es muy posible que me designen curador, y es casi seguro ya que usted sea incorporado a nuestro Libro de Oro de benefactores!

—Amigo mío, estoy de verdad conmovido. Solo lamento tener que marcharme con tanta prisa.

Le llamaré apenas regrese. Entretanto, el martes a las diez de la mañana. Extenderé la alfombra roja.

A presto! Ciao!

Cortó la comunicación y caminó con rapidez hasta el garaje. Tres minutos más tarde se hallaba en la calle y se dirigía hacia la entrada de la autopista.

Las últimas semanas de su trabajo al servicio de los Palombini pasaron con lentitud. La transferencia del archivo a la Biblioteca Nacional lo enzarzó en interminables discusiones con el director y exasperantes llamadas telefónicas a Palombini. La Biblioteca tenía poco espacio de almacenamiento y escasas instalaciones para la conservación. De momento, los documentos tendrían que permanecer en Tor Merla. Además, estaban los problemas de la seguridad, los seguros, la responsabilidad por la custodia y el pago de las cuentas. Las exenciones de impuestos que beneficiaban a Palombini fueron menores de lo que él había esperado. Sus abogados recomendaron que se explorasen otras instituciones, y así sucesivamente, hasta que Mather sintió vivos deseos de enviar a todos al infierno y retirarse a un refugio tropical.

Fue más fácil lidiar con Niccolo Tolentino. Visitaba las habitaciones y los corredores de la villa con una libreta e iba midiendo telas, escribiendo notas, formulando brevísimos comentarios acerca de lo que estaba haciendo. Sus modales eran tan bruscos que Mather consideró necesario preguntar si había ofendido al hombrecito. Tolentino frunció el ceño, desconcertado.

—¡Ofendido! ¿Cómo podría haberme ofendido? Somos amigos. Si quiere saber por qué me muestro irritable le diré que siempre soy así cuando trabajo. Necesito estar solo. No puedo dispersarme en preguntas y comentarios. Después comentaremos las cosas. Más tarde.

Llegó el día en que Anne-Marie salió de Florencia. Mather organizó una gran fiesta de despedida en el Gallodoro. Llegaron todos los amigos de la joven —eruditos, artesanos, pintores, escultores, representantes de las galerías — y la reunión no se disolvió hasta las dos de la mañana. Después, Mather la acompañó hasta su apartamento, y atravesaron la ciudad dormida en una extraña y nostálgica peregrinación que, para ambos, señaló el fin de una vida y el comienzo de otra. Anne-Marie le dijo:

—Fue un final maravilloso para un tiempo realmente maravilloso. ¡Gracias, Max!

—Fue mi agradecimiento a ti, porque me permitiste compartir los momentos buenos.

—Habrá otros en Nueva York.

—Sin duda. ¿Qué sientes al regresar?

—Estoy contenta, pero también atemorizada. Abrigo la esperanza de ser bastante fuerte para sobrevivir entre los tiburones.

—Estoy seguro de que lo lograrás. No lo dudes. No permitas que el miedo debilite tus propias convicciones ni la opinión que tienes de ti misma. Aquí has vivido con los mejores, has absorbido la tradición con tu café de la mañana. Ahora no estás adivinando. ¡Sabes! Sé fuerte en tu propio conocimiento.

—Lo escucho, maestro. No le decepcionaré. ¿Y cuáles son tus planes?

—Ante todo, iré a Suiza, tengo cosas que hacer en Zurich. Después, me concederé unas vacaciones en la nieve. Probablemente recorreré los lugares de descanso, veré a antiguos amigos, concertaré nuevas relaciones… es lo que necesito. Confío en que regresaré a Nueva York a fines de enero.

—¿Y pensarás en la posibilidad de que trabajemos juntos?

—Ya estoy masticando algunas ideas. Es probable que podamos hacer algo. ¿En qué punto te encuentras ahora?

—Están sucediendo cosas interesantes. Un agente de bienes raíces me ofreció el alquiler de cierto espacio en una galería del Soho. Pertenece a un hombre llamado Ed Bayard. Es un abogado que representa a la Asociación de Tratantes de Arte de Estados Unidos. Su esposa fue una artista que murió en circunstancias trágicas hace cierto tiempo. El propio Bayard es un coleccionista conocido. Quién sabe, es posible que consiga un dueño de casa y un cliente en un solo movimiento.

—Parece prometedor.

—Lo es, pero ¿qué me dices de ti? Max, ¿qué deseas hacer en realidad?

—¿A nivel profesional o personal?

—En ambos sentidos.

—Ya te lo dije. Estoy harto de depender de otros. Debo asumir el control de mi propia vida. Para lograrlo, necesito ganar dinero, mucho dinero, si puedo. ¿Cómo lo conseguiré? Carezco de capacidad creadora. No soy como un artista o un escritor, cuyo dinero está en su propia cabeza. Debo negociar lo que tengo en relación con el saber y la experiencia. Por eso voy a Suiza, para recibir algunos consejos legales y financieros acerca del modo de empezar.

—¿Te quedarás en Europa?

—Es una alternativa que estoy contemplando. Soy políglota. Me siento cómodo en ambos lados del estanque. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque si estuvieses aquí y yo viviese en Nueva York, en verdad podríamos hacer buenos negocios: intercambio de artistas, compra y venta en ambas direcciones, importación y exportación de exposiciones… Piénsalo, Max. Prométeme que lo pensarás con mucho cuidado.

—Te lo prometo.

—Me pregunto si sabes cuánto te echaré de menos.

Max se detuvo, levantó la cara de Anne-Marie y le besó con gesto delicado los labios.

—Sin duda, me echarás de menos. Yo también a ti. Pero, querida, seamos sinceros. El duelo no durará mucho en Manhattan. Te sobrarán los varones, y vivirás enfrascada en nuevas ambiciones.

Pero tú y yo siempre seremos amigos, porque sabemos qué significan las palabras, y nunca hemos necesitado diccionarios para aclarar su sentido. Tal vez eso es menos de lo que necesitamos para convertirnos en los amantes más apasionados del mundo, pero es más de lo que muchos otros encuentran en el curso de una vida entera. ¡De modo que volvamos cuanto antes a casa antes

de que el frío se apodere de nosotros y perdamos la agradable calidez de la fiesta!

El día que Max salió de Florencia su partida fue mucho menos ceremoniosa. Escribió sus iniciales en el borrador de la donación del archivo y lo envió por correo a Suiza, donde Palombini debía firmarlo. Recibió el inventario de Tolentino y la evaluación de las obras de arte para remitirla a los abogados que atendían la administración de la propiedad. Cuando comentó el número de obras que exhibía la indicación «atribuida a», «escuela de», «copia por mano desconocida», «copia, posiblemente contemporánea», Tolentino dio una explicación suave:

—Max, es todo lo que pude hacer, en vista de que el viejo Luca fue el primero que me pagó para proteger sus intereses. Mis anotaciones encenderán luces rojas de advertencia en las casas de subastas prestigiosas. Después, corresponde al comprador extraer sus propias conclusiones.

—Comprendo, Nicki. De todos modos, no me correspondía a mí formular preguntas. Usted es el experto. El documento lleva su firma. Pero una cosa me interesa. ¿Le llamó la atención la falta de muchos viejos amigos en la colección?

—La de algunos, Max; pero si desea que los nombre, no lo haré. Recuerde que hay por lo menos dos versiones de cada uno: la original y mi copia. Sería una locura peligrosa conjeturar dónde puede estar cada una en este momento, y cómo fue adquirida por el propietario actual.

Mather se echó a reír.

—¿No está exagerando un poco?

—¡En absoluto! —El hombrecito se mostró muy enfático—. Imagine que, como sucede a menudo, el propietario de una gran obra de arte la empeña en beneficio de su Banco para obtener un préstamo. Imagine que, al decir una palabra imprudente, usted o yo sugerimos que puede ser una falsificación. El Banco reclama su préstamo. El crédito del prestatario queda destruido, o por lo menos dañado. Suponga un caso más extremo: el comprador pagó muchísimo dinero por una copia. Va a buscar al hombre que se la vendió y lo mata. Pero ¿quién podría emitir el juicio definitivo entre el original y la copia? Un pequeño núcleo de expertos apoyados en las modernas técnicas de laboratorio. Y por supuesto, yo mismo. Mi cifra privada está pintada en todas las copias que ejecuté.

—¿Puedo saber cuál es?

—No puede. Es una marca personal que solo yo puedo identificar.

—Perdóneme, Nicki. Olvide que se lo he preguntado.

—Olvidaré y perdonaré, si usted consigue que esos condenados abogados me paguen cuanto antes.

—Hoy iré a cobrarles mi legado. Intentaré que al mismo tiempo firmen su cheque.

—Usted es un buen hombre, Max. Le echaremos de menos.

Era agradable oír la observación, pero en el fondo de su corazón conocía la verdad que todos los extranjeros en Italia aprenden más tarde o más temprano: la familia ocupa el primer lugar, los amigos de la sangre y el corazón, y los amigos extranjeros son un lujo del que se puede prescindir porque subsisten al margen de la intrincada red de derechos y obligaciones y de deudas y créditos que mantienen unida a la sociedad. De modo que un abrazo, una despedida, un intercambio de regalos —un boceto al lápiz de Tolentino, una edición de Petrarca en el siglo XVIII de Mather— y la ceremonia concluyó.

En el estudio de los abogados todo fue brusca cortesía. Sí, sin duda, el cheque para Tolentino saldría con el correo de la tarde.

—Aquí tiene lo suyo, señor Mather, una liquidación en dólares por el monto del legado, y por supuesto deseamos que nos firme un recibo. Entendemos que usted saldrá de Tor Merla por la mañana y entregará las llaves al mayordomo Mateo.

—¿No necesita nada más de mí?

—Nada más, señor Mather, excepto agradecerle en nombre de la familia los servicios que usted ha prestado y desearle buena suerte en el futuro.

—Gracias, caballeros, ¡y buenos días!

Casi no podía creer en su buena suerte. Nadie se había tomado la molestia de pedirle que identificase o firmara un recibo por el recuerdo, cualquiera que este fuera, que había retirado del archivo. Había recorrido la mitad del camino de regreso a la villa antes de comprender la lógica muy latina de la omisión. Para todos los fines prácticos, el archivo había pasado de la familia al Estado. Era tarea del Estado ocuparse de sus propios asuntos. Todo eso ya no interesaba a la familia. Los Palombini se habían educado durante siglos en la norma de que todo lo que no produjese un florín —hombre, mujer u olivar— no merecía que se le prestase verdadera atención. Lo cual significaba que Max Mather tenía la posesión legal de dos retratos putativos de Rafael y un juego completo de dibujos, todos con un origen impecable. La única sombra que se cernía sobre los retratos era la posibilidad de que se tratase de copias realizadas por Niccolo Tolentino…

Mientras conducía el automóvil en ese atardecer, en dirección a la masa sombría de la Tor Merla, Max Mather se echó a reír. Ahora el juego empezaba a interesarle, y con suerte y un plan muy elaborado era posible que al final del mismo hallase una fortuna.

CAPÍTULO II

El día en que se cumplía el primer aniversario de la muerte de su esposa, Edmund Justin Bayard, abogado, tenía una cita en la Colección Frick, de la Quinta Avenida.

La distancia no era grande: diez calles a partir de la 17. La distancia en el tiempo era mucho mayor: doce meses de reclusión, un sombrío desierto de días durante los cuales él había funcionado como una máquina, precisa y previsible, con un ritmo perfecto y desapasionado.

Pero ese diáfano día de invierno la máquina se convirtió en un hombre, de pronto ansioso de ver, oír y tocar a sus semejantes. La peregrinación a la Colección Frick fue su compromiso con la deidad hostil, cualquiera que esta fuera, que gobernaba el universo azaroso.

Un grupo de cámara del Juilliard estaba ejecutando el Concierto para Clarinete en La Mayor, de Mozart. La pequeña música formal armonizaba con el estado de ánimo elegíaco de Bayard.

Madeleine había amado ese lugar y todas sus certidumbres elegantes.

—Es todo tan reposado —decía en ese tono sereno pero enfático que le era propio—. Es como una cena de gala súbitamente cristalizada de repente. Puedes venir este año o el próximo y elegir cualquier plato del menú.

En realidad, el lugar mismo era un espléndido anacronismo: una villa de estilo italiano todavía encaramada arrogante en uno de los rincones de Nueva York en que el suelo era muy valioso, con interiores diseñados por un inglés eduardiano, y una colección de cuadros, esculturas, muebles y adornos que reflejaban, no el estilo de vida principesco de su fundador, sino los gustos de Duveen, extraordinario tratante de arte. Henry Clay Frick, cuyo busto adornaba el vestíbulo, había amasado su fortuna con el carbón del acero en Pittsburgh. Había sido disparado y apuñalado como enemigo del pueblo, pero sobrevivió para convertirse en el benefactor póstumo de la gente, con parques, hospitales, subsidios a la educación y esta colección de obras de arte.

Después de un saludo silencioso a la esbelta imagen de mármol, Bayard atravesó de prisa el Salón Sur y entró en el salón, que para Madeleine había sido siempre el corazón de la colección. Era como si ahora ella estuviese a su lado. Pintora de méritos propios, se mostraba tan obsesionada como los holandeses por los interiores, y componía pequeñas improvisaciones verbales con el fin de adaptar la cualidad de los mismos a su propia visión.

—Puedo imaginar lo que seguramente fue, sentado en esta habitación una noche de invierno, el fuego llameante, el café y el *brandy* servidos, después de que los criados se hubieran retirado. Y ahí está el propio Henry Clay Frick, con san Jerónimo que lo mira desde la repisa de la chimenea, y los dos enemigos mortales, Thomas More y Thomas Cromwell, enfrentándose en medio de las llamas.

Hay dos Tiziano que miran por encima de su hombro: Aretino, que murió festejando un chiste obsceno, y un joven de gorro rojo que sueña los sueños de un joven, mientras el san Francisco de Bellini eleva extasiado los ojos al cielo. No llega un solo ruido del exterior, a causa de la nieve; y como la gente está tan silenciosa, sin duda se siente satisfecha. El señor Frick manifiesta una buena voluntad tal y tal filantropía que puede perdonar incluso al anarquista que trató de matarlo.

En el caso de Madeleine, no hubo tiempo para la absolución. La habían matado a puñaladas en su propio estudio del Soho. Un crimen insensato y sangriento, y por lo que parecía creer la Policía cometido por un adicto que necesitaba con desesperación una dosis. Jamás había sido posible descubrir al asesino ni encontrar el arma que él había utilizado.

El recuerdo de ese día había llevado muchas veces a Bayard al borde de la locura, pero hoy podía contemplar el episodio con una suerte de distancia, como la ilustración de un libro de historia, algo que estaba muy alejado del contexto de su vida personal. El drama se había disipado, representado una y otra vez, hasta el agotamiento. Bayard se había ausentado demasiado tiempo del mundo cotidiano. Había llegado el momento de abordar la tarea de renacer.

—¿Señor Bayard? ¿Señor Edmund Bayard?

Se volvió con brusquedad hacia la persona que preguntaba. A primera vista la joven tenía un extraño parecido con el retrato de *lady* Meux por Whistler, exhibido en el Salón Ovalado. Contestó de modo tajante.

—Sí, soy Bayard.

—Anne-Marie Loredon. Usted sugirió que nos encontrásemos aquí.

—¡La hija de Hugh Loredon! ¡Por supuesto! Hace mucho que no lo veo. —Se encogió brevemente de hombros—. Tras la muerte de mi esposa, me alejé de mucha gente. Hoy es el aniversario de su fallecimiento.

—Ha sido muy amable de su parte aceptar esta entrevista. Por primera vez él sonrió, y la sonrisa pareció quitarle diez años.

—En absoluto. Me alegro mucho de conocerla. ¿Recorremos la galería?

Cuando llegaron al Salón Ovalado, él se sentía bastante sereno, y se atrevió a pedirle que pasara junto al retrato de Valerie, *lady* Meux, para comprobar si de veras existía cierta semejanza. AnneMarie protestó.

—Es mucho más bonita que yo.

—No estaba pensando en la belleza —dijo Bayard con una sonrisa—. Era una mujer temperamental, como creo que usted podría serlo. Surgió de la nada, contrajo matrimonio con un barón de la cerveza y provocó ruidosos escándalos por todas partes. Oí decir que cierta vez apareció en una cacería del zorro del condado montando un elefante.

—¿Y usted cree que yo podría hacer lo mismo?

—Quizá —dijo en tono imparcial Edmund Justin Bayard—. Creo que quizá podría.

—¿Y usted puede ver todo eso en el retrato?

—En realidad, no. Me limito a exhibir mi colección de informaciones inútiles. —La sonrisa desapareció, y él la atrajo de nuevo hacia sí y los dos estudiaron el cuadro—. No sé muy bien qué queda de lo que Whistler puso realmente allí. Algunos de sus materiales no eran muy estables, y varias de las técnicas que utilizaba eran discutibles. El tiempo no ha sido muy benigno con todos sus cuadros. Por ejemplo, vea el caso del Montesquieu.

Se interrumpió, avergonzado de pronto de su propia pedantería. Anne-Marie lo indujo a continuar hablando.

—¡Adelante, por favor! Estoy interesada de verdad. Bayard se encogió de hombros y rehusó.

—Mi esposa era la pintora. Yo no soy más que un coleccionista. Ella me aportó sus ojos y sus intuiciones. Juntos organizamos nuestra colección.

—Me encantaría verla.

—La verá. Se lo prometo. Dejemos a Whistler y vayamos a conversar con algunas de las figuras importantes de la Galería Oeste. Mientras caminamos, usted puede decirme qué necesita de mí.

—Es muy sencillo. Usted es dueño de un edificio con varios estudios en el Soho.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo el agente de bienes raíces con quien estoy tratando. Me agradaría alquilar ese lugar.

—¿Con qué fin?

—Para organizar mi propia galería.

—Es un proyecto ambicioso.

—Creo que estoy preparada para hacerlo. He consagrado toda mi vida de posgraduada al negocio del arte. Me entrené con Sotheby's. Trabajé en Agnew's y el Marlborough y asistí a cursos de verano patrocinados por las Belle Arti en Roma y Florencia. Todavía soy novicia, pero imagino que reúno más calificaciones que mucha gente que tiene placas de bronce en la Calle 57. ¿Usted aceptaría?

—No poseo información suficiente para formular una opinión.

El tono de Bayard era seco y distante. Cuando ella lo miró, advirtió sorprendida que estaba viendo al otro Edmund Bayard: el abogado de mirada fría, el tercero en la lista de socios de un prestigioso estudio de asuntos comerciales, cuyas opiniones merecían profundo respeto y le permitían obtener elevados honorarios. Anne-Marie lo desafió:

—¡Abogado, usted me está esquivando! ¿Por qué duda de que sea buena comerciante?

—Por ningún motivo especial. Me limitaba a señalar que una educación en el área de las bellas artes es solo el primer paso. Del mismo modo que el diploma de abogado es solo el comienzo en mi profesión. Como usted sabe, hay un elemento de confianza en ambas profesiones. Usted es la casamentera entre el comprador y el vendedor. Ambos tienen que confiar en lo que les diga. «Que el comprador cuide sus propios intereses» es un mal lema en el negocio del arte. Han existido muchas falsificaciones y muchas falsas certificaciones de origen y excesivo número de promotores sin escrúpulos, que intentaron dar gato por liebre. En general, esa gente ha inflado los precios y desvalorizado el circulante.

—Señor Bayard, qué discurso. ¿Tanto le afecta el tema?

—Es inevitable que así sea. Su padre seguramente le dijo que nuestra firma representa a la Asociación de Tratantes de Arte de Estados Unidos. Por lo menos tenemos que realizar un esfuerzo para lograr que haya cierta honestidad.

—¡Sus palabras me impresionan!

—No es necesario que lleguemos a eso. Hablemos de la galería que usted se propone abrir. Estoy seguro de que comprende que se necesita bastante tiempo para formar una lista de clientes y crearse el tipo de reputación que

permite atraer de manera seria la atención del periodismo y los grandes compradores.

—Mi padre ha prometido ayudarme. Me adelantará un poco de dinero para garantizar el alquiler de las instalaciones de la galería.

Bayard dirigió a la joven una rápida mirada de reojo.

—¿Su padre inspeccionó la instalación?

—No. Este es mi negocio. Él no desea entrometerse. No me sobrará el dinero, pero ¡qué demonios! Estaré haciendo lo que deseo y me divertiré mucho.

Bayard asintió en un gesto de aprobación.

—Es otra clave del asunto: divertirse mucho. Mientras a usted le complazca lo que hace, es muy probable que lo haga bien. Me temo que la vida ha sido poco grata para mí desde el asesinato de mi esposa.

—Me enteré del asunto cuando estaba en Italia. Lo siento por usted.

—No se inquiete demasiado. Ahora, todo eso es historia. Lo mencioné porque no me agrada fingir cuando estoy con otra persona. Ella lo miró sorprendida.

—Qué observación tan extraña.

—No sé decirlo de otro modo. Me parece que he perdido el talento para la comunicación cortés.

—¿Ha estado viviendo solo todo este tiempo?

—¿Solo? No. Pero sí solitario. Una pareja de filipinos se ocupa de mi casa. Trabajo en la oficina durante el día. Voy al teatro, a conciertos, a exposiciones. Paso el día con otras personas, pero evito la compañía. Hasta cierto punto se puede decir que se trata de la vida de un sonámbulo.

—¿Por decisión propia?

—¡Claro que no! —De pronto, se mostró vehemente—. ¡Tiene que entenderlo! Un crimen de este género es una maldición que afecta al sobreviviente. Permanecí alejado de la sociedad porque me sentía como un leproso con una campanilla colgada del cuello, obligado a anunciar a todos que no era un ser limpio.

—Como acaba de hacer conmigo.

—Sí.

—Entonces, sus palabras fueron un cumplido para mí. Se lo agradezco.

—¿Qué hará el resto del día?

—Ya no quedan muchas horas. Estoy dispuesta a escuchar sugerencias.

—Venga a mi apartamento. Le mostraré mi colección, y también la de Madeleine. Podemos estudiar el tema del alquiler, y también cenar temprano

en Le Cirque. ¿Qué le parece?

—Me agradaría mucho.

Mientras descendía por Madison, él formuló la pregunta ritual:

—¿Está casada?

—No.

—¿Comprometida con alguien?

—No. Soy una persona activa y feliz. Mientras organizo mi carrera prefiero tener las manos libres.

Bayard entró en una casa de apartamentos antigua, pero todavía elegante, atravesó con ella el vestíbulo ante los ojos curiosos del portero, y ocupó el ascensor que llevaba al último piso.

Anne-Marie había previsto un lugar recargado, con muebles antiguos: quizá paneles de roble, en todo caso piezas de estilo, un amontonamiento de artículos caros, un desorden de solterón. En cambio, halló mucha luz y espacios libres, y un mínimo de muebles diseñados de manera que fuesen cómodos y no entorpecieran el paso. Todas las paredes que no tenían carácter estructural habían sido eliminadas, y así un ambiente fluía hacia otro sin perder su perfil específico, sin renunciar a su propia esfera de intimidad. Los libros, los cuadros y las esculturas estaban dispersos para armonizar con el ritmo del espacio y la luz, y así era posible gozar de cada cosa y contemplarla con comodidad. Anne-Marie no disimuló su sorpresa.

—¡Extraordinario! Muy distinto de lo que esperaba. ¿Quién lo diseñó?

—Madeleine. Tenía ideas maravillosas acerca de los espacios para vivir. Solía decir: «Las paredes y las puertas no crean intimidad. Si uno puede resolver el problema de calentar y refrescar grandes áreas —y puede hacerlo— ¿por qué tenemos que dividirlas en cubículos?». Al principio yo no le creía, pero le dejaba hacer su voluntad. Este es el resultado. El único cambio que se produjo consistió en transformar el comedor en una galería para los cuadros que ella pintó. Como usted verá, es una habitación enorme y, por otra parte, ya no ofrezco cenas a mis amigos y conocidos. Reserve esa vista para el final.

Durante un momento Madeleine, muerta doce meses atrás, fue una presencia palpable en la habitación. Anne-Marie experimentó un súbito aguijón de miedo. Los muertos debían permanecer enterrados y permitir que los vivos continuaran su propia vida. Preguntó, en actitud intencionadamente distante:

—¿Dónde exponía Madeleine?

—Nunca organizó una exposición. Vendía a título privado a través de Lebrun. De todos modos, a menudo contemplé la posibilidad de organizar una exposición póstuma. Hay en total alrededor de cincuenta obras. Me interesará conocer su opinión después que usted las haya visto. De todos modos, realicemos primero el recorrido de cinco dólares…

—Usted conduzca. Yo lo seguiré.

Experimentó la súbita necesidad de reestablecer un contacto físico que excluyese el espectro.

Ofreció su mano, de modo que él tuvo que tomarla y guiarla en un circuito a través del dominio.

—Nuestra colección conjunta comienza aquí. Esta tela pertenece a Annibale Caracci, uno de los tres hermanos que pintaron en Emilia durante la última mitad del siglo XVI y primera parte del XVII. Como usted probablemente sabe, una colección completa de obras de Caracci fue vendida por monedas en Londres en 1947. Descubrí esta pieza en la tienda de un tratante de antigüedades de Devon. La obra siguiente fue hallada por Madeleine, es una versión temprana de Los sargazos y el mar azul de Milton Avery. Todas las obras norteamericanas fueron elegidas por Madeleine. Yo soy responsable de las extranjeras.

—¿Cómo explica eso? ¿Cada uno de ustedes tenía derecho a comentar la decisión del otro? ¿Quién adoptaba la decisión definitiva en lo referente al dinero?

Bayard le dirigió una mirada rápida y apreciativa, y después sonrió.

—¡Ahora sé que usted será una buena comerciante! ¡Ante todo, usted tiene que saber quién toma las decisiones en cuestiones de gusto, y después quién firma los cheques!

—Es una pregunta razonable, ¿no le parece?

—Por supuesto. Y trataré de contestarla para usted. La visión entera de Madeleine como artista era la que caracteriza a los Estados Unidos urbanos. Por mucho que ella viajase, Manhattan era siempre el centro de su mente. Le interesaba la historia, pero solo en la medida en que embellecía o explicaba el presente. De todos modos, prestaba mucha atención a los artistas y los artesanos que trataban de expresar otros aspectos del continente. Mantenía correspondencia con ellos. Recorría el país para conocerlos. Compraba las obras que esos artistas creaban y les ayudaba a encontrar mercado. Sobre todo, manifestaba respeto. Era una relación muy especial, en la que nunca quise entrometerme. Yo era, y soy, un animal distinto.

—Me interesaría —ahora Anne-Marie se mostraba intencionadamente provocativa— saber qué clase de animal es usted en realidad.

—¿Por qué no mira los cuadros en lugar de atender a mi persona? —Su reprensión era solo a medias una broma—. Este es un Klimt, que cayó en mis manos un día de escasas ventas en Sotheby's.

—Es una belleza. Me encanta ese dinamismo intenso y seductor de sus mujeres… Usted tiene buen ojo para la calidad.

—Lo sé; pero mi bolsillo ya no me permite pagar esa calidad. Mire esto…, un boceto de lo que después fue el retrato de *Madame* Rivière por Ingres. Lo compré hace diez años por diez mil dólares. Tenía veinticinco años cuando comencé a comprar cuadros. Ahora tengo cincuenta. El precio del arte se ha inflado en mayor proporción que incluso las monedas más infladas. De modo que el cinquecento está fuera de mi alcance, y los impresionistas son tan inaccesibles como Marte.

—Me parece que usted se ha desenvuelto muy bien. Esta es una colección importante y muy valiosa. ¿Qué lo indujo a comenzarla? Él meditó un momento la pregunta.

—Supongo que fue porque muy pronto advertí que yo era muy vulnerable.

—¿Vulnerable? Qué cosas tan extrañas dice.

—¡Mire! Soy abogado, un hombre atado a su escritorio. Con facilidad podría convertirme en un individuo atado a un cerebro. De modo que siempre necesité encontrar otras regiones en las que vivir. Un tiempo lejano, un país exótico, incluso una familia imaginaria.

—Eso parece más bien peligroso.

—Lo es, porque puede conducir a un divorcio total de la realidad, que es lo que casi me ha sucedido durante estos últimos doce meses. Pero mi padre me había enseñado otro modo de usar la imaginación. Era devoto de los antepasados, un hombre que creía en la continuidad. Me enseñó a interpretar la historia en una galería de arte, a través del vestido y de la arquitectura y de los detalles de la vida cotidiana. Él mismo era médico, y me guio a través de la historia de las artes de la curación, desde Esculapio hasta la tribu Arunta de Australia. Solía decir: «Ayer, hoy y mañana son todo uno en el río del tiempo. Allí y aquí hallamos el mismo país; porque coexisten en la mente de uno».

—¡Hombre sabio! Me habría agradado conocerlo.

—Yo lo amaba. Mi mayor pesar es que Madeleine y yo nunca pudimos darle un nieto antes de que él falleciera.

Fue como si hubiese caído una barrera y todos los recuerdos contenidos detrás afluyesen en un espumoso remolino de palabras. Los cuadros colgados de las paredes cobraron un resplandor de vida nueva a medida que cada uno adquiría una aureola coloreada por el recuerdo personal.

—Este es un boceto a lápiz de mi abuela francesa, realizado por Tissot mientras pintaba en Londres. Era una mujer hermosa, muy cortejada en su juventud; aunque en la época en que yo la conocí era una anciana formidable, y por cierto nada orgullosa de su torpe nieto. Creo que la verdad era que no le agradaban en absoluto los niños. Le recordaban su edad. Tissot sabía de verdad cómo pintar a las mujeres, ¿no cree? Observe el ángulo de la cabeza y la curva sutil de los labios. Poseía mucha más sutileza que la que los especialistas le atribuyen. Sus cuadros siempre estuvieron muy bien terminados. Uno puede demorarse en ellos largo rato…

—Usted admira eso, ¿verdad? ¿El toque propio de la obra acabada?

—No es exactamente eso. —Bayard parecía ansioso de explicarse—. Es el talento, la capacidad personal para ejecutar lo que uno elige: un instante de coraje, una textura hecha con esmero que reluce durante siglos… Eche una ojeada a esta pequeña belleza. A primera vista usted juraría que es un Monet. En realidad, fue pintada por el japonés Seiki Kusoda, y se remonta al año 1912. Me lo regaló un cliente de Kyoto, para quien yo acababa de organizar una filial norteamericana. El cliente era un hombre interesante en sí mismo. Su padre había sido un fabricante de cubos de madera para los libros de colores destinados a los niños. Había transmitido la artesanía a su hijo, y sobre esa base él organizó una de las mejores imprentas japonesas. Incluso propuso encargarse del catálogo ilustrado si un día yo aceptaba organizar una exposición de las obras de Madeleine.

De pronto, un sentimiento de inquietud la dominó. La colección le provocaba la misma impresión que el hombre. Algo difuso, inconcluso, una colección de elementos valiosos sin coherencia. Le dijo con brusquedad:

—Aquí hay demasiado, y no puedo asimilarlo de una sola vez. Me gustaría suspender esto, y examinar la obra de Madeleine.

—¡Por supuesto! He sido muy desconsiderado. Y me temo que soy un guía bastante aburrido.

—Usted no es aburrido. Lo único que ocurre es que no advierte el efecto emocional que provoca, en el centro de una colección que refleja una parte tan importante de su vida. Si estoy destinada a gozar con la obra de su esposa necesito concentrar en eso mi atención.

—Podríamos dejarlo para otro día, si así lo desea.

—No. Preferiría hacerlo ahora.

—En ese caso, ¿podría complacer un deseo? Que vea sola los cuadros.

El deseo la inquietó por un instante.

—¿Por qué?

—Ya no puedo ver los cuadros de Madeleine; percibo tan solo una única y brutal imagen de violencia. Quiero que usted contemple su obra con ojo crítico, con el ojo de un tratante de arte. Pregúntese usted misma si en verdad puede apoyarla como lo haría un promotor en el mercado. Dígame su juicio definitivo. Bueno o malo, no me molestará; solo deseo que sea sincera.

El instinto dijo a Anne-Marie que este era un momento peligroso, y que de él podía depender el resultado final de la relación comercial entre ambos. De manera consciente o inconsciente, estaba poniéndola a prueba, comparándola con una escala privada de cuyas normas ella nada sabía. Vaciló, en busca de las palabras apropiadas, y después le formuló la pregunta directa:

—¿Qué depende de mi respuesta?

La contestación de Bayard fue breve y precisa.

—Cada uno de nosotros ha revelado un interés privado. El suyo es organizar una galería y una tienda de arte. El mío es la exposición póstuma de la obra de Madeleine. Estoy tratando de determinar si es posible satisfacer a la vez ambos intereses, o si es necesario mantenerlos separados.

—¡No! —De pronto ella se encolerizó—. ¡No! ¡No! ¡No! Usted me pone en una posición imposible. Sabe que necesito la galería. Yo sé que usted puede conceder o negar el alquiler. Si digo que no me agrada la obra, le ofendo mortalmente. Si le digo que me agrada, quedo comprometida por una decisión determinada por mi propio interés. Creo que será mejor dejar aquí el asunto.

Durante un momento prolongado él clavó su mirada en ella, y Anne-Marie no pudo leer ningún mensaje en esos ojos fríos o en la máscara pétrea que los enmarcaba. Finalmente, Bayard dijo:

—Ahora que usted ha conseguido insultarnos a los dos, ¿por qué no dejamos una situación bien delimitada? Vea los cuadros de Madeleine. Y resérvese su opinión.

—Usted está manipulándome.

—¿Con qué propósito?

—No lo sé. Solo sé que siento como si estuviese abriendo la última y fatídica puerta del Castillo de Barba Azul.

Él echó hacia atrás la cabeza y se rio.

—Después que usted haya descubierto el secreto de Barba Azul, él la estará esperando para servirle una copa y pagarle una cena.

Abrió la puerta, encendió las luces y dio un paso hacia un lado para permitirle entrar en el comedor.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Anne-Marie se sintió dominada por el pánico. Cerró los ojos y apoyó la espalda contra los paneles, y gritó en silencio para dominar sus nervios que estaban al borde de la histeria.

—¡Qué demonios esperabas! En teoría, estabas negociando el alquiler de una casa. En cambio, permites que te lleven a beber cócteles con un viudo de edad madura que se parece a Cary Grant, habla como un personaje salido de una obra de Henry James, tiene una siniestra historia personal y también una secuela emotiva. Posee por lo menos seis millones de dólares en obras de arte colgadas de sus paredes y te obliga a entrar en esta gran cámara blanca porque desea —eso es lo que él dice— un juicio independiente acerca del talento de su esposa fallecida. ¡Bien, adelante! ¡Concédele lo que pide! ¡Cuánto antes lo hagas, antes saldrás de esta región absurda!

Por fin, abrió los ojos y trató de concentrarse en los cuadros distribuidos a lo largo de las paredes como las banderas de un antiguo ejército.

De nuevo la magnitud misma de la obra la aturdió y confundió. Necesitaba un paseo prolongado y lento que le permitiese concentrarse. Ante todo, Madeleine Bayard era una tradicionalista, tanto por el estilo como por la educación. Su dibujo era impecable. Las pinceladas estaban controladas por completo. Las armonías de su paleta correspondían al modo clásico. A primera vista, todo lo que aparecía en la tela estaba ejecutado con tanta pulcritud que el espectador no atinaba a prepararse para soportar la impresión del tema dominante.

Todos los cuadros representaban interiores de Manhattan: un apartamento del último piso en los suburbios, un inquilinato de Harlem, una tienda, un tren subterráneo, un camino cubierto, una choza construida con cajones de embalar, la cabina de un remolcador en el río. A simple vista, cada interior enmarcaba un episodio de la vida urbana, reflejado de manera hermosa pero expresando de un modo o de otro la inestabilidad y la inquietud. Después, llegaba a ser evidente que todos los personajes estaban aprisionados y en su propio medio y pugnaban desesperados por liberarse. Se veían atraídos —lo mismo que el observador— de modo irresistible, hacia un fragmento del mundo exterior: un geranio en un pequeño cuadro de jardín; una amplia perspectiva de las calles oscuras de la ciudad, con apenas un atisbo del cielo y el agua al fondo; una gaviota solitaria, planeando sobre un espejo de agua.

Había un cuadro sorprendente que parecía un Sueño de la Virgen, y allí una vieja vagabunda, muerta de frío en el portal de una iglesia, miraba, plácida y sin ver, a una niñita que descendía por una calle alfombrada de nieve.

A pesar de los ambientes sombríos, el eje principal del sentimiento de la pintora se orientaba hacia fuera y hacia arriba, hacia el sueño norteamericano: una esperanza todavía visible, un paraíso con el que aún se soñaba, una libertad que todavía no era inalcanzable.

Sin duda, Madeleine Bayard se había sentido aprisionada, porque de lo contrario jamás habría podido pintar con tanta crueldad la frustración del alma encarcelada. Pero ¿dónde o por qué estaba maniatada? ¿Por el matrimonio con Bayard? ¿Por la limitación de la vida urbana, el horizonte concreto, la luz atenuada por la niebla espesa, los seres humanos que brotaban por doquier y atestaban las calles de Manhattan? Fuera lo que fuese, un asesino enloquecido la había liberado de eso. Ahora, el marido estaba sujeto al recuerdo de Madeleine, y a causa de cierta lógica extraña y retorcida estaba utilizando la obra de toda la vida de Madeleine para liberarse él mismo. Lo cual conducía a otra muda autoinquisición de la propia Anne-Marie Loredon.

«¿Qué dirás cuando salgas de esta habitación…? Señor Bayard, gracias por haberme permitido ver la obra de su esposa. Muy impresionante. Ahora, si no tiene inconveniente, omitiré la cena e iré a casa a lavarme el pelo. Usted sabe que no puedo hacer eso. Es un insulto a su propia inteligencia. Está contemplando la clase de talento que aparece una vez en un cuarto de siglo. No es posible, no debe hacerlo, no permita que eso se cubra de moho en este mausoleo… Y otra cosa, muchacha, ¡no exageres tampoco el altruismo! Hueles dinero —mucho dinero— y una reputación que puede forjarse de la noche a la mañana. De modo que habla como la hija de un buen subastador, y promueve lo que tienes e incluso lo que no tienes. Si Edmund Justin Bayard desea que lo empujen, ya puedes cerrar trato. Si no lo acepta, por lo menos sabrás dónde está enterrado un par de depósitos de tesoros artísticos; y eso vale mucho, lo mires por donde lo mires».

Era fácil protagonizar la escena en la soledad y en un espectáculo mudo, pero no resultaba ni la mitad de fácil representarla frente a un actor muy complejo. De modo que se demoró un rato, y estuvo contemplando la acuciante imagen de la anciana vagabunda, envuelta en sus harapos helados, bajo el arco normando de una iglesia elegante. Cuanto más miraba el cuadro, más le parecía una obra maestra, con la soberbia escultura de los rasgos cerúleos, los viejos harapos convertidos de forma sutil en una mortaja

encerada, el hábil tratamiento de la piedra gris y la luz invernal y la inocencia de una niña solitaria.

De pronto, Anne-Marie experimentó otro breve escalofrío de miedo. La mujer que había pintado este cuadro era incluso en la muerte demasiado formidable para tenerla como enemiga. Había que aplacarla, elogiarla, convertirla en amiga y aliada. ¿Acaso existía un modo mejor que convertirse en su patrocinadora póstuma, en el alma sabia y compasiva que revelaba al mundo su genio?

Respiró hondo, se acercó a la puerta y salió a la entrada para reunirse en Edmund Bayard. El hombre le dirigió de forma intencionada un saludo distraído.

—¿Qué beberá?

—¿Qué tiene?

—Vodka con Martini.

—Estará bien, gracias.

—He telefoneado a Le Cirque. No pueden proporcionarnos mesa para cenar antes de las nueve.

—Es muy tarde. ¿Por qué no bebemos nuestras copas y dejamos así el asunto?

—Como prefiera. —Si sentía desagrado, en todo caso no lo manifestaba —. ¿Con aceituna?

—Sí, por favor. Se lo diré de modo directo y claro: estoy trastornada por los cuadros de su esposa, me han trastornado. Ella fue y es un gran talento. La pregunta siguiente es: ¿Qué se propone hacer al respecto? En resumen, ¿su intención es mantener intacta la colección, o dividirla y venderla?

—Conservarla yo mismo carecería de sentido. Tendría que encontrarle un lugar en una institución. La institución necesitaría crear una reputación póstuma, y después gastar muchísimo dinero organizando exhibiciones en distintos lugares. Si yo fuera el fideicomisario de un organismo así, declinaría con elegancia el honor y preferiría colecciones más conocidas. No… —De pronto pareció tenso y habló con énfasis—. Yo amaba a mi esposa. Ella ha muerto, pero sus cuadros la mantienen viva. Necesito sacarlos de mi casa, ¡y expulsar de mi cama a su fantasma!

Era un grito de auténtica desesperación, pero Anne-Marie no reaccionó. Se limitó a decirle con aire sereno:

—Por lo tanto, usted elegirá las telas que desea conservar y pondrá en venta el resto. Si adopta ese criterio, desearía se me concediera prioridad para

organizar la exposición de venta. Pero antes de que usted haga nada, es necesario que adopte otra decisión.

—¿Cuál es?

—Tan pronto se expongan esas obras, la historia del asesinato de su esposa volverá a ocupar la primera plana. ¿Puede afrontar eso?

—Parece que no tengo muchas alternativas. Quizás una confrontación pública definitiva con el pasado sea el remedio más eficaz en mi caso.

—¿Cuánto podrá soportar en beneficio del plan?

—No la entiendo.

—Una exposición con tanta publicidad como esta convertiría el asesinato de Madeleine en un episodio de la historia del arte, con el mismo derecho que la oreja de Van Gogh.

—Es una afirmación bastante cruel.

—Es la verdad. Usted puede aceptarla o no, como le parezca. Está en juego su propia vida.

—¿Y para usted qué está en juego?

—Mi carrera. Esta exposición podría significar un comienzo lleno de éxito. Pero antes de que lleguemos a eso, es necesario resolver otras cuestiones.

—Adelante.

—Usted me dijo que su esposa solía vender por medio de Lebrun. ¿Hay un contrato o siquiera una obligación de cortesía entre usted y él?

—Nada. Posee una pequeña galería muy exclusiva en la que reúne a los impresionistas y posimpresionistas que pertenecieron a personas fallecidas, y los lanza al mercado. Sus ventas para Madeleine fueron un favor personal, y en cada caso la transacción implicó un solo cuadro. No sabría qué hacer con la colección de Madeleine. Sabe que existe. Ni siquiera ha solicitado verla.

—Excelente. Ahora, acerca del estudio que su esposa ocupaba…

—Es un antiguo depósito en Weat Broadway. Madeleine usaba los dos pisos superiores; la planta baja estaba vacía. Pensábamos reformar todo el edificio. Cuando ella murió designé a alguien para que se encargara de ello y traté de olvidar el lugar.

—Lo he visto. Estoy segura de que puede convertirse en galería. Le pido que me ofrezca un arriendo decente con un alquiler razonable, y una opción de compra. Haré arreglos y organizaré la exposición en el lugar en que Madeleine creó las obras. Lo llamaré «Liberación», porque a eso se refieren los cuadros.

Él la miró con expresión de absoluta incredulidad.

—¡Eso es macabro!

Anne-Marie atacó al instante.

—¿Macabro? ¡Dios mío! ¡Qué podría ser más macabro que ese mausoleo de la habitación contigua, un lugar donde usted ni siquiera se atreve a entrar! Aunque eso es asunto suyo… Creo que me agradaría otra copa.

—¿Usted siempre se muestra tan brutal?

—Solo cuando me amenazan.

—¿Y yo la amenazo?

—Sí.

—¿Cómo, por Dios?

—Creo que usted manipula a la gente. Está tratando de manipularme.

—Es la segunda vez que utiliza esa palabra. Empiezo a considerarla ofensiva.

—En ese caso, sugiérame otra. Usted fue quien se refirió a las normas básicas y al interés mutuo.

Usted pidió la opinión de un tratante de arte acerca de los cuadros de su esposa. Le he expresado mi opinión. He formulado una propuesta en el sentido de representar la colección en el mercado. He propuesto alquilar una propiedad que en este momento no le rinde un centavo. Creo que a usted le corresponde contestar.

—Me parece —Bayard hablaba ahora despacio— que lo que usted me está pidiendo es que confíe en su talento y la provea de una galería y una exposición inaugural.

—¡No es así! —Había un deje de cólera en la voz de AnneMarie—. Por lo que se refiere a la galería, le pagaré un precio justo por el alquiler. Con respecto a mi talento comercial, usted se arriesga con él como se arriesgaría con otro candidato cualquiera. En mi caso, el riesgo es menor, porque soy una persona educada, entusiasta y hambrienta. Piénselo, abogado.

—¡Lo haré, señorita Loredon! —Sus rasgos tensos se diluyeron en una sonrisa—. Y no se enoje conmigo. Los abogados son animales prudentes. Lo cual me lleva a la siguiente pregunta:

Supongamos que usted cuenta con una galería y una exposición inaugural. A partir de eso, ¿qué viene a continuación? ¿Cómo encuentra artistas que ofrezcan sus obras a exposiciones futuras?

—Con viajes, correspondencia y el teléfono. Puedo decirle ahora qué talentos se ofrecen en Taos o Toronto o Cleveland. Soy muy eficaz con los archivos y los índices cruzados, y tengo corresponsales en Londres, París, Florencia y Sydney, Australia. No me preocupa la continuidad en sí misma:

pero la continuidad del talento superior es otro asunto. De todos modos, el riesgo es mío, no suyo.

—Lo sería si fuésemos socios.

Ella dedicó unos instantes a asimilar la idea, y después la rechazó con énfasis.

—Debo decírselo con franqueza: jamás contemplaría un arreglo así.

—¿Y si yo lo pusiera como condición de nuestro trato?

—La respuesta continuaría siendo negativa. Piense un momento. Esta actividad ha sido siempre perversa. En vista de los precios astronómicos que ahora se obtienen en las subastas, puede ser directamente mortal. Si se difunde el más mínimo rumor de patronazgo o retribución entre usted y yo, la exposición morirá antes de nacer: la reputación de Madeleine como artista quedará destruida y mi carrera frustrada desde el primer día. Además, ambos conocemos las reglas del juego. Usted es frágil. Yo estoy organizando una carrera personal. No compliquemos nuestra vida.

—Me agradaría mucho contar con su amistad.

—Yo apreciaría la suya. Pero, con toda sinceridad, no deseo complicar una situación comercial.

—Lo cual a sus ojos parece más importante que otra cosa cualquiera.

—En este momento, lo es. He trabajado duro durante mucho tiempo, preparándome para una oportunidad. Desde el lugar que ahora ocupo la cosa parece una manzana grande y roja que corona la fuente de las frutas. Solo tengo que extender la mano y tomarla.

—¿Qué sucede? —preguntó con calma Edmund Bayard.

—¿Qué sucede si de pronto aparto el frutero: ni alquiler ni exposición?

—Entonces sabré que usted es un hombre cruel y destructivo, y no querré tener nada más que ver con usted. No juguemos, señor Bayard. Acepte o calle. ¿Es un trato?

Pareció que pasaba una eternidad antes de que él respondiese.

—Es un trato.

CAPÍTULO III

Max Mather entró en Suiza por la ciudad fronteriza y cabecera ferroviaria de Chiasso. Soplaba un viento frío y llovía sin descanso. Los italianos lo saludaron al pasar y los suizos le permitieron entrar con trámites mínimos. Hubiera debido sentirse muy cansado, pero la adrenalina ejercía toda su presión. Avanzó directamente hasta Zurich, se alojó en el Baur au Lac y durmió hasta las doce del día siguiente.

Su primera visita después del almuerzo fue a un taller de fotografía, al que encargó revelase sus tomas de las obras de Rafael y le preparase dos juegos de ampliaciones.

Después, visitó al cónsul general de Panamá, un caballero cortés y elegante de unos cuarenta y cinco años. Hablaba con gran fluidez español, inglés, francés, alemán e italiano, y sus explicaciones eran elocuentes y de admirable claridad. Dijo a Max Mather que por un pago por adelantado y una cuota anual podía adquirir, lista para usar, una compañía legal, registrada en Panamá, un conjunto de directores panameños, una carpeta repleta de acciones al portador que era su derecho legal a la compañía, un libro de actas y un documento de procuración que le permitiría, a él o a otra persona, actuar en nombre de la compañía.

Podía elegir el nombre de la compañía de una lista ya preparada, o inventar uno. Puesto que esta última alternativa implicaba ciertas demoras de carácter administrativo, Mather eligió un nombre de la lista: Artifax S. P. A. Con respecto a las funciones de la compañía, esta podía hacer lo que a él se le antojara, desde extraer petróleo a fabricar ropa interior femenina. Pagó en efectivo al consulado y se encaminó directamente al Union Bank de Suiza, en la Bahnhofstrasse. Allí, después de exhibir los documentos de registro y las acciones al portador, abrió una cuenta para la firma, con la liquidación en dólares procedente del legado Palombini. Hecho esto, alquiló en nombre de la compañía una caja de seguridad, donde guardó los cuadros, los cartones y los documentos de fundación de Artifax S. P. A.

Ahora poseía dos identidades, una personal y la otra corporativa. La corporativa era una máscara casi perfecta, pues la verdadera propiedad de la firma correspondía no necesariamente al comprador, sino al tenedor de las acciones al portador. Por lo tanto, una identidad podía estar separada por completo de la otra. Para coronar este divorcio, se dirigió al estudio de un abogado recomendado, con puntillosa renuencia, por el propio Banco.

—Señor Mather, por lo general no hacemos esto, pero en su caso, como se trata de un cliente nuevo, de un forastero en nuestra ciudad, faltaremos un poco a las normas. Este hombre goza de mucho prestigio. Se llama Aloise Liepert.

Aloise Liepert era un pulcro caballero de cuarenta años con una sonrisa agradable, un apretón de manos firme y un excelente dominio del inglés de Oxford. También tenía una colega, a quien presentó como la doctora Gisela Mundt, exprofesora de jurisprudencia de la Universidad de Zurich.

Ella parecía estar al principio de los treinta, tenía una risa divertida, usaba prendas hechas a medida muy caras y hablaba con fluidez francés, italiano, inglés, alto alemán y su schweitzerdeutsch nativo.

Mather mostró su carta de presentación del Union Bank. Aloise Liepert aceptó —si mediaba un honorario de cinco mil francos suizos— asumir el papel de abogado de Max Mather; por su parte, la doctora Gisela Mundt sería la procuradora de Artifax S. P. A., de acuerdo con una delegación limitada de poderes. Así, en el espacio de quince minutos, se creó una ficción en virtud de la cual Artifax S. P. A. gozaba de existencia legal independiente, pero su propiedad estaba envuelta en un secreto casi impenetrable, y sus activos, quizá por valor de decenas de millones de dólares, estaban guardados en una bóveda bancaria de la Bahnhofstrasse. Aquí, la doctora Gisela Mundt se rio con expresión alegre y dijo:

—Ahora, señor Mather, usted se ha adueñado de nosotros. ¿Cómo desea utilizar nuestros servicios?

—En primer lugar —dijo Mather—, quiero saber cómo funciona el privilegio legal en Suiza.

—Entre el abogado y el cliente es absoluto.

—¿También entre el abogado suizo y el cliente extranjero?

—En efecto —dijo Aloise Liepert—. Somos un país neutral, una válvula de seguridad para el mundo. El secreto es nuestro activo más valioso. Sin él, dudo que pudiéramos sobrevivir.

—En ese caso —dijo Max Mather con voz pausada— deseo realizar una declaración, que ustedes refrendarán y mantendrán en una caja de seguridad.

Deseo darle el carácter más formal posible, con el fin de que ustedes, que son mis abogados, puedan responder de buena fe a los interrogantes que quizá surjan en el futuro acerca de mi persona o mis asuntos. Pueden realizar las indagaciones que les parezcan convenientes para comprobar mis afirmaciones; pero una vez que las hayan confirmado, les exigiré del modo más absoluto que me aconsejen y procedan de acuerdo con mis mejores intereses. Ustedes me mantendrán siempre en el terreno legal, y no propondrán ni me permitirán actitudes que me lleven a zonas arriesgadas o mal definidas. ¿Me expreso con claridad?

—Así es —dijo la doctora Mundt—. Debemos incorporar la declaración que acaba de realizar a un escrito formal de instrucciones que usted firmará después. Bien, si considera que es oportuno dictar ahora mismo, la máquina está conectada.

—Me llamo Maxwell Mather. Soy ciudadano norteamericano. El número de mi pasaporte es 9 378 567. Soy soltero. Soy académico profesional. Poseo un doctorado en paleografía de la Universidad Princeton, y un grado de master en historia del arte europeo. Durante los últimos cuatro años estuve empleado como archivista de la familia Palombini, en la villa que esta posee y que se denomina Tor Merla, cerca de Florencia. Asimismo, durante la totalidad de este período, fui el amante reconocido de la señora Pía Palombini, dueña de la propiedad y jefa de la familia. Hace unas seis semanas ella falleció, después de una prolongada dolencia de las neuronas motoras, y durante la mayor parte de su enfermedad yo la cuidé día y noche. Los legados que ella me dejó, registrados en el testamento hológrafo —del cual entrego una copia para adjuntar a esta declaración— fueron los siguientes: dos años de sueldo, pagados en dólares norteamericanos, todos los legados personales que ella me había hecho, el automóvil que compró para mi uso y un recuerdo que yo debía elegir del archivo en el que había estado trabajando. La familia no se opuso a estos legados. El albacea de la herencia, Claudio Palombini, elogió con agradecimiento la atención que yo había prestado a su tía. Siguiendo mi consejo, donó el archivo a la Biblioteca Nacional de Florencia y me pidió que permaneciese un tiempo para completar las negociaciones de la transferencia. Nos separamos de forma amistosa y con sentimientos de mutuo respeto. Mi intención es trabajar en Europa y Estados Unidos como tratante y asesor de bellas artes. Poseo fondos suficientes, y espero que usted, doctor Liepert, y usted, doctora Mundt, me aporten el asesoramiento legal que necesitaré de vez en cuando. Fin de la declaración.

—De perfecta claridad. —Aloise Liepert parecía desconcertado.

—Pero lo que no está tan claro —dijo en tono áspero Gisela Mundt—, es qué le indujo a formular una declaración tan vacía.

—La razón —dijo Max Mather con voz neutra— es que el regalo que elegí del archivo fue un sobre de lona cosido con hilo de zapatero y sellado con cera de abejas. Estuvo sepultado bajo una pila de papeles desde que yo mismo comencé a trabajar en el archivo. En el mundo soy la única persona que conoce la existencia del sobre o su contenido.

—Que es, precisamente… —Liepert formuló la pregunta.

—Que puede consistir, repito, puede consistir, en dos retratos sobre madera de Rafael y un juego completo de dibujos para un retablo. Todas estas obras se remontan a 1505.

—Por lo tanto —dijo en voz baja Gisela Mundt—, quizás usted sea un hombre muy rico. ¿Nadie le preguntó cuál era el recuerdo elegido en el archivo?

—Nadie. Ni los abogados de la sucesión ni el propio Claudio Palombini, con quien yo estaba en contacto regular.

—¿Eso no le pareció extraño?

—En efecto. Pero al reflexionar comprendí que ya no tenían interés en el archivo; lo habían donado a la Biblioteca. La familia ya no estaba interesada en el asunto.

Liepert y Mundt se miraron. Liepert se volvió hacia Mather y preguntó:

—¿Su intención es conservar este legado?

—En efecto.

—¿Está dispuesto a litigar por él?

—Sí.

—¿Dónde están ahora los cuadros?

—En una caja de seguridad, aquí, en Zurich.

—¿Cómo los sacó de Italia?

—Los traje conmigo, de un modo absolutamente legal.

—Es ilegal exportar obras históricas de valor sin un permiso —dijo Gisela Mundt.

—Conozco la ley, doctora Mundt. Afirmo y puedo demostrar que en este momento existe una duda muy grave acerca de la autenticidad de las obras, y que, por consiguiente, no se ha cometido ninguna infracción.

—Señor Mather, ¿cuál es la duda que afecta a estas obras? De nuevo era Gisela Mundt quien lo apremiaba.

Les dio una explicación extensa y detallada de sus conversaciones con Niccolo Tolentino y les habló de las copias que este había ejecutado para

Luca Palombini el Estafador. Al acabar su narración, Max realizó un amplio gesto de invocacion.

—En fin, díganme ustedes, ¿el derecho está o no de mi parte?

—Si todo lo que usted nos dijo es verdad —contestó midiendo sus palabras Aloise Liepert—, sin duda tiene la ley de su parte.

—Al margen de que el derecho esté de su lado… —Gisela Mundt pronunció estas palabras con una sonrisa inocente— hay otro interrogante al que usted debe contestar por sí mismo. Nosotros nos ocupamos tan solo de la ley; por lo tanto, señor Mather, usted puede decir que es un hombre muy afortunado. Quizás usted vale una fortuna, y acaba de contratar a dos de los mejores abogados de Zurich para garantizar su conservación…

—En cuyo caso —dijo Max Mather con expresión feliz— pasaré mañana para firmar la declaración. Aquí tienen una copia del testamento, que ha sido registrado por el Anagrafe de Florencia. También les entregaré mañana los negativos y una serie de fotografías de las obras. Sugiero que completemos la educación de mis dos abogados con una visita privada al baluarte del Union Bank. Si les parece bien, podemos hacerlo en cuanto yo haya firmado la declaración.

—Y una vez concluidos estos trámites —preguntó Gisela Mundt—, ¿cómo desea que procedamos?

—Exhibiendo una magistral inactividad —contestó Max Mather con simpatía—. No hagan nada hasta que reciban mis instrucciones. Me concederé un mes de vacaciones. Después, ya veremos.

Gracias a ambos por su cortesía. Hasta mañana.

Una vez Max se hubo marchado, Liepert y Mundt se miraron. Mundt formuló la primera pregunta:

—Bien, Aloise, ¿qué piensa de él?

—Creo que dice la verdad, ¿y usted?

Gisela Mundt tenía una expresión pensativa.

—Me interesa. Me pareció un académico que nunca ha corrido riesgos en su vida. Es una ave doméstica, que siempre anida bajo la protección de los aleros. Ahora quiere la libertad y está volando con los halcones. Le agrada. ¡Solo abrigo la esperanza de que no lo despedacen!

Max Mather llegó a Nueva York, esbelto y bronceado después de un mes en las pistas de patinaje. Se alojó en un apartamento con servicios centrales, en el alto East Side, ordenó sus libros y papeles, realizó cierto número de llamadas telefónicas que le permitieron reintegrarse a los circuitos de Manhattan, y comenzó a planear la etapa siguiente de su campaña, que

consistía en preparar, en una maniobra de gran alcance, un mercado de compradores para los tesoros que, según creía, había encontrado. El propio Max no se comprometería en la venta. La tarea estaría a cargo de Artifax S. P. A. Pero podía, respetando todas las formas y con absoluta seguridad, avivar el interés con algunas revelaciones y conjeturas eruditas. Había aprendido mucho acerca del mercado de arte gracias a Niccolo Tolentino y a los tratantes y conocedores de Florencia, así como a sus propios viajes con Pía.

Otro aspecto también muy importante del ejercicio consistía en conquistar la posibilidad de actuar sin que nadie cuestionase su propiedad, sin que hubiera litigios civiles que inhibieran la venta de las piezas.

En general, el asunto excitaba su sentido del humor. Estaba actuando una fantasía que había dejado de ser tal para convertirse en una fantasquerie, un capricho descabellado como un jugador que juega con el dinero de la casa, y gana, pierde o empata.

Su maniobra inicial fue un almuerzo con Harmon Seldes, director jefe de la revista Belvedere; era uno de los personajes reconocidos del mundo del arte. Había sido difícil pescar a Seldes.

Cultivaba una reputación de elegancia, distanciamiento y autoridad olímpica. Pero en definitiva el encanto profesional de Mather —y el hecho de que también él se había diplomado en Princeton— consiguieron imponerse, y se concertó el almuerzo. Seldes conocía el tema del patronazgo y el ascenso. Él mismo era hasta cierto punto un esnob, y le intrigaba la idea de que alguien pudiese ser el archivista privado de una familia noble. Infatigable recolector de fondos, le impresionaba el hecho de que Mather hubiese orquestado la donación del archivo Palombini a una institución pública. Tenía curiosidad por saber la razón que había inducido a Mather a invitarlo. Mather explicó con puntillosa modestia:

—Estoy realizando un estudio acerca de la economía doméstica en Florencia a principios del siglo XVI y trabajo sobre la base de un conjunto de libros de cuentas de la época. Los he recibido en préstamo del archivo Palombini.

—Parece interesante —Seldes se mostraba cortés, pero sin emitir juicio.

—Gran parte de este material implica una repetición bastante aburrida, pero creo que en definitiva descubriré algo valioso. Pero esa no es la razón por la que deseaba verlo. El hecho es que he tropezado con un detalle bastante extraño, y no sé adónde acudir con el asunto, o incluso si en efecto debo hacer

algo. Me pareció que, en vista de su larga experiencia y de las relaciones que usted mantiene con las artes, podría estar dispuesto a aconsejarme.

—Ese detalle extraño, ¿qué es exactamente?

—Dos retratos y cinco dibujos de Rafael para un retablo. Y nada de todo eso aparece incluido en el catalogue raisonné. Seldes lo miró atónito.

—¿Quiere decir que usted vio esas cosas? ¿Se las ofrecieron? ¿Comprobó su autenticidad? ¿De qué se trata?

—Puedo demostrar que las obras fueron pintadas y pagadas. También puedo señalar la fecha: octubre de 1505. Lo que les sucedió después aún no está claro. Pero me agradaría mostrarle la prueba que he recogido. No es algo que puedo llevar de aquí para allá, y por eso me dije que después del almuerzo usted quizás esté dispuesto a acercarme a mi apartamento. Se halla a solo dos calles de aquí.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Se trata de una noticia importante. Podría provocar bastante agitación en nuestro pequeño mundo.

—Eso es lo que me ha estado molestando. —Mather esbozó una breve y dubitativa protesta—. No tengo la certeza de que esa clase de publicidad sea conveniente. Desde mi punto de vista, sé que no podría afrontarla, y detestaría molestar a la familia Palombini, que se ha mostrado muy buena conmigo. Creo que esa fue la verdadera razón por la que acudí a usted. Seguramente sabe cómo manejar este problema de un modo discreto y, ¿cómo decirlo?, académico de verdad.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Coincido del todo con usted. —Las palabras fueron dichas con aparente indiferencia, pero los ojos de Seldes denotaban ansiedad y un atisbo de codicia—. Ante todo, hay que determinar qué podemos hacer: es decir, si se trata de un sencillo proyecto de investigación o de una búsqueda de escala mundial para hallar obras maestras desaparecidas, como es lógico, en el supuesto de que hayan sobrevivido a los ataques del tiempo. El segundo interrogante consiste en saber qué desea usted obtener personalmente de todo esto.

—¿Yo? —La risa de Mather era alegre e incluso aniñada—. ¡Sabe Dios! A lo sumo, un comentario breve en la historia del arte, una acreditación que realce mi trabajo de estudioso. Y por lo menos la diversión de la búsqueda de un tesoro.

—Eso me alienta. —Seldes asintió con un gesto grave de aprobación—. Nada perjudica tanto un proyecto como la esperanza del beneficio personal. ¡Vea! No es imposible que podamos financiar algunas investigaciones. Podría encargar un artículo para la revista, y también, sin dificultad, encontrar un

patrocinador que pague un año de trabajo en Florencia. La respuesta al enigma probablemente está en el propio archivo, y según usted me dice ese material está clasificado solo en parte. ¿Usted podría abordar este trabajo?

—Tengo acceso privilegiado tanto a la familia como a la Biblioteca. Por otra parte, hay una inhibición muy real. —Vaciló apenas un instante, lo suficiente para expresar un atisbo de emoción—. Pía Palombini y yo nos amábamos de verdad. La cuidé durante su última enfermedad.

No podría volver sin ella a la villa o a la ciudad. De modo que más vale excluirme de la tarea.

—Perdóneme. —Era difícil saber si Seldes se compadecía o más bien se sentía aliviado—. Lo comprendo, por supuesto. Pero ¿usted podría orientar y ayudar a otro investigador?

—Desde luego.

—En ese caso, incluso yo podría delinear personalmente el proyecto, escribir el texto introductorio, definir la orientación de las investigaciones, por así decirlo.

—¿De veras lo haría? —Mather era el perfecto inocente de mirada deslumbrada—. Eso era lo que no me había atrevido a esperar.

—Pero ante todo tendré que verificar su material, comprobar las fuentes…

—Hagámoslo ahora. Yo pagaré la cuenta.

Dos horas más tarde, Harmon Seldes estaba repantigado en un sillón del apartamento de Max Mather, con un *brandy* en la mano, leyendo el último documento de la cadena de pruebas, una carta reciente enviada a Mather por el Custodio de los Autógrafos.

> Estimado colega y amigo:
>
> Le echo de menos. Todos le echamos de menos. Ahora que la encantadora señorita Loredon también nos dejó nos sentimos doblemente abandonados. En la ciudad de las flores necesitamos amigos para compartir la primavera.
>
> Le complacerá saber que la transferencia del archivo Palombini a nuestra custodia ha terminado y que he sido designado curador de la colección. A causa de este honor, que también influye sobre mi futura jubilación, he contraído una gran deuda con usted.
>
> Organizamos una gran ceremonia para celebrar la ocasión. Estuvieron Palombini, nuestro director, el alcalde, los principales miembros de la Comune, y funcionarios de las Belle

Arti. Se dijeron cosas amables de usted. Su nombre ha sido inscrito en nuestro libro de Oro de benefactores.

Usted me hizo también otro favor. En esa fiesta de despedida, alegre y divertida, en honor de la señorita Loredon, usted propuso que yo investigase la vida y la época de Luca Palombini. No tomé muy en serio la idea. Como la mayoría de los eruditos me siento más cómodo en el pasado seguro y distante. Además, tengo mis propios y desafortunados recuerdos de la guerra, y no sentía deseos de renovarlos. Fue un período de confusión moral y sentimientos de lealtad contradictorios, y la mayoría de nosotros quedó con cierta deuda de culpa íntima. De todos modos, el concepto se abrió paso en mí y finalmente me sedujo.

Sé que nuestro amigo Nicki le relató algunas cosas de Luca. Usted manifestó un interés especial en las mujeres de su vida. Entre todas —y mi lista es extensa pero incompleta— su esposa fue quizá la menos interesante. Era una mujer de buena cuna, educada en un convento, y vivió la vida entera protegida por una serie de certidumbres de las cuales ella no dudaba. Luca le dispensó el respeto debido a la señora de la casa. La apreció y quiso a sus hijos, y organizó el resto de su vida a su gusto y comodidad. Por supuesto, en eso era tan absolutamente convencional como su esposa.

Con sus amantes se mostró generoso, pero nunca despilfarró el dinero. Les compraba joyas, las vestía según la moda más elegante, las alojaba en casas cómodas. Según los informes, era un amante brioso. Fue también un tirano que no toleraba escenas ni murmuraciones. El más mínimo indicio de que la mujer se avenía a relatar secretos de alcoba implicaba el fin instantáneo de la relación.

La cantante de ópera Camilla Dandolo parece haber sido un caso especial. Su voz era mediocre; nunca fue una «diva». Pero era hermosa e inteligente, y Luca Palombini aprovechó a fondo su talento. Tengo la impresión de que ella fue, en distintas ocasiones, agente, correo y un personaje de confianza en la vida política de su amante. Tal vez ello explique el respeto que todavía le profesan los varones más maduros de la familia Palombini. También explica por qué se mostraron renuentes a

comprometerla en las disputas o el litigio con la esposa de Palombini. Es evidente que él la dejó bien protegida. Le compró una parcela de tierra en la Romagna. Le dio paquetes de acciones en diferentes enti. Pero no está claro si le regaló objetos valiosos de la familia. Estimado colega, usted advertirá que he actuado como un *voyeur* activo y ¡muy feliz!

Tras la muerte de Luca, Camilla Dandolo regresó a Milán. Ya no se la requería como cantante, pero las autoridades de La Scala de buena gana le permitieron cumplir la totalidad de su contrato.

Cantó en funciones benéficas, adiestró a los cantantes y actores jóvenes, y se comportó de manera ejemplar.

Y de pronto, hecho sorprendente, contrajo matrimonio —fue en noviembre de 1947—. El novio fue un tal Franz Christian Eberhardt, brasileño, residente en Río de Janeiro. Adjunto, para su información, el resumen de los registros Ufficio Anagrafe de Milán. De acuerdo con la crónica periodística, la pareja fue primero a Lisboa, donde pasó la luna de miel, y después se embarcó para Río.

Pero existe cierto rumor no confirmado, que mi mente vieja y retorcida me dice que podría ser cierto. Dicho rumor afirma que Franz Eberhardt fue uno de esos oficiales nazis que huyó al sur, en dirección a Italia, y después, con la ayuda de viejos amigos de la Iglesia y el Estado, se fugó de forma definitiva a América del Sur.

Y aquí, mi querido y joven colega, concluye la historia, como sucede con todas nuestras narraciones italianas, con un atisbo de melodrama. Y bien, ¿qué me dice usted? ¿El trabajo va bien? Me fascina el borrador de material que me ha enviado acerca de sus tesis. Me pregunta sobre cierta antigua capilla que estaba en los límites de la villa Palombini. Realicé algunas investigaciones al respecto, y descubrí que en efecto existía todavía a mediados del siglo XVII una capilla votiva consagrada a san Gabriele. Pero fue el escenario de la violación y el asesinato de particular brutalidad de una joven campesina del lugar. La construcción fue desconsagrada y arrasada por completo. La madera y las piedras fueron usadas para construir graneros y anexos de la villa. Los campesinos afirman que el

lugar todavía está embrujado por una doncella con la cara velada, que espera a los muchachos desprevenidos para atraerlos a la destrucción.

Creo que esta es una de las fascinaciones de nuestra profesión: uno vuelve una página polvorienta y ante sus propios ojos se despliega una historia completa. Pero estoy mostrándome lírico… y cuando eso sucede, mi esposa dice que soy muy aburrido.

Escríbame pronto. Me intrigan sus relatos de ciertas travesuras en los campos nevados. Aún me intriga más su consagración a deportes tan enérgicos como las carreras cuesta abajo. Son cualidades inverosímiles en un erudito. ¿O tal vez ese mismo sentimiento revela mi ignorancia?

Después de todo, los británicos siempre destacan el valor de las proezas deportivas, y los rusos las convirtieron en un elemento político. Nuestras proezas se manifiestan en la cama o en el campo de batalla. ¡Eheu fugaces! Sea como fuere, me estoy volviendo demasiado viejo para practicar esos juegos.

Afectuosos saludos.

GUIDO VALENTE

(Custodio de los Autógrafos y ahora curador del Archivo Palombini)

Seldes dobló con cuidado la carta y la devolvió a Mather. En su tono se manifestó un respeto distinto.

—Parece que usted tiene talento para la amistad.

—Guido Valente es un individuo muy especial: un hombre del Renacimiento hasta la punta de los dedos.

—¿Puedo preguntarle Max? ¿No se opone a que le llame Max, verdad? Usted llámeme Harmon…

—Gracias.

—¿Puedo preguntarle, Max, si usted ha compartido esta información acerca de las obras de Rafael con la familia Palombini o con su amigo Valente? Esta carta parecería indicar que así fue.

—Todo lo contrario. Por muy buenas razones, me he abstenido de comentar el asunto.

Seldes le dirigió una mirada rápida y apreciativa, y dijo midiendo las palabras:

—Quizá me confundió la referencia a la Capilla de san Gabriele, tanto en la carta como en los libros de cuentas.

—Así es. —Mather habló con cierta aspereza—. La capilla y las referencias a Luca Palombini pertenecen al contexto de mis conversaciones con Pía durante los últimos meses de su vida. Ella padecía una enfermedad que la debilitaba, la llamada dolencia de las neuronas motoras. Dormía mal y siempre temía que un espasmo que la sofocara pudiera sumirla en la oscuridad. Yo solía sentarme junto a ella y la alentaba a hablar y a relatarme episodios de sus parientes y sus recuerdos tribales.

Debido a las circunstancias mismas de la narración, los relatos eran desordenados y fragmentarios.

En los últimos tiempos he estado intentando evocarlos y ponerlos por escrito. Esto no elimina el dolor, pero parece que así es más soportable.

—Lo comprendo —dijo en tono benigno Seldes—. No quiero ofenderlo, pero ¿puedo saber por qué prefirió abstenerse de comentar el asunto de las obras de Rafael con la familia Palombini?

Después de todo, fueron los propietarios originales.

Por dos razones. —La respuesta de Mather fue rápida pero denotó cierta tensión—. En primer lugar, di con la referencia solo después de la muerte de Pía. Por otro lado, Pía me había hablado de ciertas disputas en la familia acerca de la administración de los activos del grupo por parte de Luca durante el período fascista y la ocupación alemana. Es evidente que Luca estaba pagando su propia supervivencia y apostando a todos los números. Nunca pedí detalles, y Pía jamás me los dio.

Éramos amantes, pero yo continuaba siendo el extraño. Ahora bien, tras su muerte, la familia se mostró muy respetuosa y considerada. Esa relación es muy importante para mí. Quiero mantenerla intacta. De modo que mantengo quieta la lengua cuando se trata de asuntos de familia. Confieso, en la intimidad de esta habitación, que a menudo me pregunté si Luca había utilizado estas y otras obras perdidas para concertar acuerdos con los alemanes, es posible que con los representantes de Goering para las cuestiones de arte, individuos que por entonces desarrollaban una intensa actividad en Italia. Pero como usted sabe, los italianos no miran con buenos ojos ese tipo de indagaciones cuando las realiza un extranjero.

—Así, pues, ¿la familia nada sabe de estas líneas contenidas en los libros de cuentas?

—Eso es. Pero antes de que aquí se publique nada yo me sentiría obligado a informarles de la situación, y por lo menos a invitarlos a que cooperen con

las averiguaciones.

—Es precisamente lo que pienso. —Resultaba obvio que Seldes se sentía satisfecho—. Si usted me ofrece otra copita de *brandy,* me marcharé en cuanto me la haya bebido.

Alzó su copa y no protestó cuando Mather le sirvió una cantidad generosa.

—Max, vayamos al grano. Me gustaría publicar unos cuantos extractos de su tesis en Belvedere.

Pagamos bien. Es probable que la publicación le ayude cuando usted salga a buscar editor. Desde mi punto de vista proporcionaría un tono académico apropiado a un proyecto de investigación. ¿Qué me dice?

—Me encantaría, de veras. Por supuesto, necesitaré su guía en la selección de los pasajes apropiados.

—Para resolver eso, le suministraré la ayuda de uno de nuestros editores principales. ¿Se opone a trabajar con una mujer?

Max Mather advirtió enseguida la trampa escondida en la proposición. Sonrió.

—Al contrario. Me gustan mucho las mujeres.

—¡Bien! —Seldes pareció aliviado—. Esto me lleva al punto siguiente. Si queremos hacer bien esto, hay que imprimirle el sello apropiado, es decir, un patrocinador de categoría. Después de ver todo su material, y sabiendo que hay mucho mucho más que debe ser examinado, estoy seguro de que podré convencer a los directores de Belvedere de la conveniencia de respaldar el proyecto. ¿Qué le parecería eso?

—Me sentiría muy halagado.

—¿Consideraría la posibilidad de unirse a nosotros, sobre la base de cierto honorario, con el título de, por ejemplo, editor ayudante?

—Bien, si usted cree que estoy a la altura de las circunstancias…

—¡Mi estimado Max! —De pronto, Seldes se mostró efusivo—. Usted es un estudioso distinguido. Su experiencia es limitada, pero muy especial. Posee su propia escala de valores. Me sentiría agradecido si usted los compartiese conmigo. Incluso es posible que yo trate de arreglar mi programa de actividades con el fin de incluir un viaje a Florencia a fines de mayo o principios de junio. Si usted no pudiera acompañarme, tal vez arreglaría las presentaciones…

Max Mather apenas podía contener su alegría. La codicia de Seldes era muy evidente. Deseaba se le atribuyese el mérito del descubrimiento. Olía que después conseguiría grandes ventajas. ¡Que así fuera! Seldes era una potencia en el mundo del arte. Adonde él iba, lo seguía el dinero (dinero de las

galerías, de los clientes, de las fundaciones). No importaba lo que hiciera, jamás podría encontrar los cuadros, pero todo lo que este hombre hiciera contribuiría a elevar el valor comercial definitivo. Pero Seldes también sabía eso, y era probable que se comportase como un inquisidor tenaz, dispuesto a deparar sorpresas peligrosas. Preguntó:

—Esta señorita Loredon, mencionada en la carta, ¿tiene algo que ver con Hugh Loredon, el hombre de Christies?

—Es su hija. Estuvo trabajando en Florencia bajo los auspicios de las Belle Arti. Una joven inteligente.

—Supongo que es hermosa…

—Muy hermosa.

—En su tiempo, Hugh fue también un demonio apuesto.

—No lo conozco.

—Debería conocerlo. Sabe mucho de arte, ¡pero aún más del comercio con el arte! Y a propósito —en ese momento desvió la conversación en otra dirección—, no hemos hablado de la propia colección Palombini. Seguramente usted la conoce muy bien.

—Bastante bien. Supervisé la catalogación practicada para el albacea por Niccolo Tolentino. Debo decirle que, salvo unas pocas obras de calidad, la mayor parte es chatarra, copias y originales de calidad inferior. Una cosa puedo afirmar: aquí no hay obras de Rafael. Sabemos que otrora estaban con el resto. Pero ¿cuándo salieron de allí y en beneficio de quién? Sea como fuere, si viaja a Florencia me las arreglaré para que usted pueda visitar la villa y conocer la colección. También prepararé entrevistas con Guido Valente, Niccolo Tolentino y un par más de personas interesantes de Florencia.

—Muy generoso por su parte, Max. Muy generoso. Por supuesto, tengo mis propios amigos en Florencia, pero sí, me encantaría conocer a su gente. —Los laureles olímpicos de Seldes comenzaban a desordenarse un poco—. En cuanto al empleo, llámeme el lunes. Fijaremos un día para charlar y conocer a algunos de mis mejores colaboradores. Si me lo permite, me llevaré una copia de su manuscrito, de manera que podamos realizar una lectura antes de nuestra próxima reunión. Y con respecto a las obras de Rafael, el asunto queda entre usted y yo, hasta que lo hayamos organizado todo. Capisce?

Mather lo acompañó hasta la salida y lo miró mientras Seldes descendía por la calle en dirección a Lexington. Quizás era un asno vanidoso, ¡pero poseía inteligencia! Con unos pocos movimientos ágiles había asumido el control de la investigación, había concentrado en su persona toda la publicidad respectiva y, por lo tanto, los beneficios que pudieran surgir del

asunto. Que era exactamente lo que Max Mather había planeado. Harmon Seldes y su revista representaban una patente más de legitimidad. Y alejaban de forma considerable a Mather de los propios cuadros. Lo convertían en un humilde erudito, que actuaba a la sombra de otro mucho más grande. ¡Amén! ¡Que así fuera! Harmon Seldes sería siempre un amigo inseguro que podía convertirse de la noche a la mañana en un enemigo peligroso; pero Dios no permitiese que lo asesinaran o que un taxi lo atropellase. Por el momento, valía mucho dinero para Maxwell Mather.

Con ese pensamiento feliz burbujeando en su cerebro, Mather descolgó el receptor del teléfono, llamó a Anne-Marie Loredon y la invitó a beber y cenar en Gino’s. La protesta de Anne-Marie repiqueteó en el receptor.

—Max, eres un monstruo. No me has invitado a comer desde tu llegada, y ahora lo mejor que puedes ofrecerme es Gino’s.

—¿Acaso hay algo mejor? Me encanta ese viejo local, me gustan las cebras y todo lo demás. Me abrazan cuando entro. Me sirven una Sambucca gratis antes de que me marche. El vino es bueno. La comida es buena. Y ambos podemos pulir nuestro italiano. A propósito, recibí una carta de Guido Valente. Te echa de menos. Todos te echan de menos en Florencia.

—Yo también los he añorado.

—¿Me has añorado?

—No demasiado. Estuve atareada. Y he tenido suerte. Te lo contaré todo mientras bebemos.

—Yo también tengo noticias para ti. Pero reservaré las mías para la pasta. Te amo.

—No lo creo, pero es agradable oírtelo decir. ¿Te va bien a las siete y media?

—A las siete y media. Ciao, bambina!

Cuando colgó el teléfono y comenzó a ordenar su escritorio y a lavar las copas, le asaltó una oleada de tristes recuerdos: de la Torre de los Mirlos; de Pía Palombini, frágil y temerosa, aferrándose a él en busca de cariño; de Niccolo Tolentino, el jorobado de los ojos luminosos y las manos mágicas. También recuerdos de Anne-Marie, cuando despertaba al alba en su apartamento para escuchar el sonido de las campanas del Angelus y preguntarse, aunque fuese solo un instante, dónde y cuándo había desaparecido toda la inocencia de las cosas.

El súbito asalto del recuerdo confirió un toque especial de emoción a su encuentro con AnneMarie. Se abrazaron con ternura. Se instalaron frente al

mostrador para beber un cóctel cada uno, y después se acomodaron frente a una mesa junto a una pared entera pintada con cebras rampantes.

Pidieron pasta, vitello toscana y una botella de Barolo. Mientras esperaban, Anne-Marie continuó el nervioso recital de sus noticias.

—En definitiva, el resultado es que tengo la galería. Comienzo con la exposición de los cuadros de Madeleine Bayard. El propio Bayard me ha encargado que lo represente, tanto en la compra como en la venta. Su colección es muy valiosa, pero es una mezcolanza heterogénea que necesita selección y un nuevo enfoque. Aparte de eso, no he podido planear nada. Bayard negoció en términos duros. Me ha concedido un alquiler de cinco años con opción a renovar el contrato por tres años más, pero insiste en que ocupe el edificio entero. De modo que ahora tengo que subalquilar los dos pisos superiores para pagar la renta. Lo cual me deja más apretada de lo que yo deseaba estar.

—¿Contemplarías la posibilidad de subarrendarme los dos pisos?

—¿Qué harías con ellos?

—Convertiría uno en un apartamento para mí mismo. Organizaría un estudio y sala de conferencias en el otro. Tengo el propósito de invitar a Nicki Tolentino a Nueva York, con el fin de que ofrezca una serie de conferencias y clases magistrales. Si eso funciona, invitaré a otros expertos.

Anne-Marie meditó la propuesta un buen rato, y después preguntó:

—¿Compartirías conmigo a Nicki?

—¿De qué modo?

—Dividimos los costes y los ingresos, pero yo lo dirijo con los auspicios de la galería. Sería una maravillosa tarjeta de presentación: de un solo golpe contaríamos con la categoría de profesionales serios.

Mather le dirigió una sonrisa por encima del borde de su copa.

—Y ahora, ¿quién está negociando con dureza? ¿El trato incluye algún premio? Piensa ahora con cuidado, porque tengo noticias que todavía no has escuchado.

—¿Qué clase de premio tienes en mente?

—En Florencia propusiste que colaborásemos. ¿Todavía estás interesada?

—¿Qué te propones hacer?

—Exactamente lo que sugeriste. Me instalo en Europa. Tú me usas como comprador, vendedor y negociador. Dividimos las comisiones. Yo viajo entre Estados Unidos y el Continente, de modo que estaremos en contacto permanente.

—¡Hecho!

—Entonces, y para que sepas qué afortunada eres, ¡acabas de contratar al nuevo editor ayudante de Belvedere!

—¡Max, viejo zorro! ¡No puedo creerlo!

—Bambina, será mejor que lo creas. Hoy he almorzado con Harmon Seldes. Hemos acordado publicar extractos de mi monografía florentina. También me ha incorporado al elenco. De modo que, señorita Loredon, como usted ve, tiene un amigo en el periódico de arte más prestigioso del mundo. Usted ha pegado un buen salto y ya está en el aire.

—¿Qué parte de todo esto planeaste antes de llegar a Nueva York?

—No mucho, amiga mía. Soy un improvisador inspirado. ¿Eso te molesta?

—No, me alegro de que estés aquí. Últimamente me siento… digamos que muy expuesta.

—¿A qué? ¿O es mejor preguntar a quién?

—A todo; pero en especial a Bayard. Estuve dependiendo totalmente de su buena voluntad.

Todavía lo estoy.

—Me parece que él ha negociado contigo un acuerdo bastante bueno. El alquiler de su local, los cuadros de su esposa ofrecidos en el mercado, una representante entusiasta y hermosa que trabajará para su propia colección… ¿hay que agregar algo a la lista?

—Max, no es nada que deba importarte.

—Dadas las circunstancias, me importa. No estoy buscando un mènage á trois.

—¿Por qué no, Max? Por lo que sé, te sientes bastante cómodo con ese tipo de arreglo.

Apenas pronunció las palabras Anne-Marie se arrepintió. La reacción de Mather fue extraña.

Guardó silencio largo rato, los ojos fijos en el dorso de sus manos. Después, como si no concediera importancia a lo que decía, respondió:

—Por supuesto, tienes razón. Soy muy eficaz en las situaciones triangulares, mientras conozca las reglas fundamentales desde el primer día. Soy flexible, muestro un discreto buen humor, soy el tipo que vive y deja vivir. He conseguido conservar la amistad de la mayoría de las mujeres a quienes conocí.

Anne-Marie extendió las manos y encerró entre las suyas las de Max.

—¡Por favor, Max! He sido perversa, y me disculpo. No hay nada entre Bayard y yo, excepto el negocio. Me hizo una insinuación, pero fue el primer

día. Después se ha mostrado muy correcto, muy firme en nuestros tratos. De todos modos, sé que se siente atraído por mí, y por eso estoy en guardia cuando lo trato. Por favor, ¿puedes olvidar lo que he dicho? Deberíamos estar celebrando, no riñendo.

Max Mather le dirigió una sonrisa torcida.

—Deberíamos hacer eso. Y lo haremos. Pero ante todo hablemos un poco más de negocios. La exposición de Madeleine Bayard. ¿Adviertes que la historia del asesinato volverá a la superficie? ¿Y cómo afrontarás el asunto?

—¡Lo aprovecharé en todo lo que vale!

—¿Y Bayard aceptará eso?

—Ya ha aceptado.

—¡Está loco… y tú también!

—¡Primera norma, Max! Nunca me digas cómo debo dirigir mi negocio.

Mather replicó con aspereza.

—No vivirás para dirigir tu negocio si practicas juegos psicológicos en esta ciudad. ¿Has oído hablar de los crímenes por imitación? ¡Por Dios, deja eso en la sombra! La nota elegíaca: «La vida es breve. El arte es perdurable. La obra inmortaliza a Madeleine Bayard». Compondré para ti el condenado texto si es necesario.

—¡Está bien, Max! ¡Está bien! Lo pensaré.

—¿Cuándo proyectas inaugurar la galería?

—Ahora estamos a fines de enero. Quiero abrir a lo sumo a mediados de abril. He planteado una paga especial a los contratistas si pueden terminar hacia el primero de abril.

—Lo cual significa que podrás presentar dos exposiciones antes del Cuatro de Julio. Inauguras con Madeleine Bayard. ¿Qué sigue?

—Oliver Swann, de Nuevo México. Pinta paisajes que expresan una fuerza tan elemental que uno casi no puede creerlo. Y además, es un personaje pintoresco. Permitirá ofrecer buenos textos.

Después, no estoy segura de lo que haré durante el verano.

—Ese podría ser el momento oportuno para presentar a Niccolo Tolentino, que durante un mes pronunciará conferencias y dictará clases magistrales. Podrías cobrar un precio de entrada muy elevado. Si organizas una buena publicidad la gente formará fila frente a la galería. Piénsalo. Si lo apruebas, hablaré enseguida con Nicki.

Sin que viniera a cuento de nada, Anne-Marie dijo:

—Has cambiado, Max. Veo a un hombre distinto del que vivía en Florencia.

—¿Cambiado en qué sentido? ¿Mejor? ¿Peor? ¿Más, menos?

—Más energía, más cálculo. De pronto, eres un hombre que tiene prisa. Nunca fuiste así. Solías venir a la ciudad. Nos divertíamos. Después, te marchabas sin prisa. Eso me gustaba. Ahora, no estoy segura…

El camarero depositó frente a ellos dos platos de fetuccine, junto con la pimienta y el parmesano, sirvió el vino, les deseó buen apetito y se alejó. Estaban por la mitad del plato de pasta cuando Mather dijo en tono casual:

—Querría pedirte un favor.

—Di.

—¿Me presentarías a tu padre? Estoy pensando en vender un par de objetos bastante valiosos.

Quisiera asesorarme, pero, a ser posible con un experto bien dispuesto.

—¿Qué clase de objetos, Max?

—Reliquias de familia: un reloj Tompion que, según me dijeron, es muy valioso, un anillo antiguo con una esmeralda tallada, y un par de cosas más. Necesitaré dinero en efectivo para pagar el subarriendo y la renovación del local.

—Mi padre no evaluará personalmente esas cosas, pero conseguirá una opinión experta en la compañía. Le diré que atienda tu llamada.

—¡Gracias! —Max alzó su copa para brindar—. ¡Por los viejos tiempos… y por otros mejores!

Comieron y bebieron, y conversaron. Una hora después él anduvo con Anne-Marie a lo largo de las seis calles que lo separaban del apartamento que ella ocupaba. Anne-Marie no lo invitó a pasar.

Él tampoco se demoró. La besó en las dos mejillas, al estilo italiano, y se giró dispuesto a seguir su camino. Ella lo detuvo.

—¡Max!

—¿Sí?

—¿Estás enojado conmigo?

—Por supuesto que no… aunque me enojaré si permaneces aquí y comienzas a explicarme que tienes jaqueca. Te llamaré por la mañana, y no olvides telefonear a tu padre.

—No lo olvidaré. Buenas noches, Max.

Un beso al aire y él se fue, caminando briosamente y silbando una versión desentonada de La ci darem la mano. No se sentía del todo insatisfecho. Un poco de sexo después de la cena hubiera sido agradable, pero podía conseguir lo mismo descolgando el teléfono. Lo importante era que su identidad, borrosa después de una prolongada ausencia, ahora estaba cobrando formas

reales y concretas. La publicación de su monografía le conferiría la autoridad de un erudito. Con carácter de editor ayudante de una revista importante podía ir a muchos lugares y formular las preguntas que deseara. Como colaborador de una galería nueva y bien vinculada, sería cortejado por los tratantes en general.

Ahora necesitaba cierta orientación legal referida a las condiciones locales, ¿y quién mejor podía suministrarla sino el propietario de la casa de Anne-Marie, abogado de la Asociación de Tratantes de Arte de Estados Unidos?

Edmund Justin Bayard se recostó en su sillón, unió las yemas de los dedos de ambas manos y mirando por encima de estas estudió a su visitante. Lo que vio le pareció agradable: un indiviuo joven y apuesto, bien cuidado, el traje confeccionado por un buen sastre, la camisa y la corbata hechas a medida, los gemelos de los puños y el reloj caros pero no ostentosos. Bayard preguntó:

—Señor Mather, ¿quién le recomendó que viniese a verme?

—Su nombre surgió en una conversación con la señorita AnneMarie Loredon, con quien cené anteanoche. Me dijo entre otras cosas que usted es el abogado de la Asociación de Tratantes de Arte de Estados Unidos. Por eso estoy aquí.

—Señor Mather, ¿en qué puedo servirle?

—Permítame aclararle, en primer lugar, que no soy tratante de arte. Soy un erudito, paleógrafo e historiador, interesado sobre todo en la historia del arte europeo. Me propongo publicar cierto material en la revista Belvedere, donde acabo de ser designado editor ayudante. La señorita Loredon me pidió que la representase en Europa. Nunca lo hice antes, y por eso consideré que debía familiarizarme con los elementos legales referidos a la adquisición y la entrega de obras de arte importantes originadas en Europa. Si voy a recomendar una compra, debo conocer los requerimientos legales acerca del título de propiedad, el origen, la exportación y la importación. En este campo soy novato del todo.

Bayard sonrió tolerante.

—Señor Mather, no se preocupe demasiado por el asunto. Hay unos cuantos principios sencillos.

A partir de eso, usted tendrá que lidiar con normas y reglamentos que varían de un país a otro.

—Pensé que quizá se habían publicado algunas orientaciones, un manual redactado por la Asociación de Tratantes.

Edmund Bayard se rio, con un sonido seco y agrio, que concluyó en una exclamación.

—¡Mi estimado Mather! ¡Eso que ha dicho es la auténtica prueba de su inocencia! ¿Manual? ¡Dios Mío! El tratante hace todo lo posible para publicar poco o nada, y prometer un poco menos acerca de los artículos que él vende. Él es siempre el inocente, que actúa de buena fe entre un comprador dispuesto y un vendedor dispuesto. Dígale que usted compró un Del Sarto en una subasta de Lichtenstein; se mostrará dispuesto a aceptar su palabra. Y se sentirá del todo feliz si usted puede presentarle algunos papeles más o menos razonables. Si alguien cuestiona su derecho a la obra, el tratante dará un paso atrás y dejará que ustedes dos disputen. Muéstrele una falsificación más o menos decente y él la mirará con su ojo ciego y calculará sus posibilidades de venderla a un tercero. No necesita una calculadora para decirle en qué fecha expira el reglamento de limitaciones en relación con una obra de arte robada. No garantiza el origen, aunque pueda hacerlo. Lo que vende es lo que el propietario representa, lo que el comprador ve. Si la obra cae de la parte trasera de un camión y el propietario aparece gritando y reclamando la pieza, el tratante rehúsa toda responsabilidad… En serio, señor Mather, en tanto que tratante o agente su posición más segura es tratar cada caso por sus méritos y traspasar la responsabilidad al comprador. Si hay dudas acerca del título de propiedad o el origen, limítese a formular sus reservas; deje el resto a cargo de la señorita Loredon y de sus abogados.

—¿Es decir, usted mismo?

—No necesariamente; aunque una vez ella sea miembro de la Asociación, tendrá acceso a mi asesoramiento. Como probablemente ya le dijo, ella comprará y venderá para mi colección personal. Por lo tanto, habrá ocasiones en que usted y yo estaremos relacionados de modo directo.

—¿Usted estaría dispuesto a aceptarme como cliente?

—Sí, si usted me elige.

—Me gustaría hacerlo. —Mather le entregó su tarjeta—. Esta es mi dirección y mi número de teléfono, ambos provisionales. Abrigo la esperanza de subarrendar los dos pisos altos del edificio de la señorita Loredon.

Bayard lo miró con un nuevo y súbito interés.

—¿Dos pisos? Es mucho espacio.

—Uno para vivir, el otro como sala de conferencias y estudio. Proyecto traer al principal restaurador de las Pitti de Florencia para dirigir una serie de seminarios de verano acerca de la conservación y temas afines. La señorita

Loredon está interesada en la idea. Desearía participar. Si el asunto tiene éxito, traeré a otros expertos europeos en disciplinas afines.

—Un proyecto interesante, en serio. ¿Usted conoció a la señorita Loredon en Florencia?

—Sí. Estuvo allí bajo los auspicios de las Belle Arti. Yo era archivista de una de las viejas familias de la ciudad. Nos conocimos por casualidad. Puede presentarle a los artistas y artesanos locales. Visitamos juntos muchas galerías e iglesias.

—Señor Mather, ¿percibo matices románticos?

—No. La dama florentina de quien yo estaba profundamente enamorado falleció hace pocos meses. No estoy dispuesto a asumir un nuevo compromiso. La señorita Loredon tiene sus propias ambiciones, que no incluyen a mi persona.

—¿Cree que podrá realizarlas, aquí en Nueva York?

—Es probable. Tiene buen gusto y una educación amplia. Es muy decidida. La gente simpatiza con ella. De modo que, en efecto, yo diría que tiene más que una buena posibilidad. A propósito, se sintió muy impresionada con los últimos cuadros de su esposa.

—Lo sé. Por eso le encargué que pusiese en venta las obras.

—Y eso me lleva a otro de los motivos de mi visita. Considero difícil abordar el tema sin parecer impertinente.

—¡Por favor! Diga lo que crea necesario.

—La señorita Loredon y yo estuvimos comentando la exposición y las inevitables evocaciones del asesinato de su esposa en el periodismo. Me dijo que usted había analizado el asunto y decidido afrontar e incluso aprovechar la publicidad.

—Sí, ese es más o menos el asunto.

—Discrepé —dijo sin rodeos Mather—. Y se lo dije a Anne-Marie.

—¿Y…?

—Primero me dijo que me ocupase de mis propios asuntos; después, aceptó pensar en ello.

—¿Cuál era su objeción?

—La repetición del crimen. La posibilidad de incitar a individuos inestables con historias sangrientas relatadas de un modo espeluznante. Por otro lado, las obras de arte originan una magia poderosa, sobre todo cuando la gente se congrega para verlas.

Bayard reflexionó un momento sobre las palabras de Mather, y después asintió de manera cautelosa.

—Comprendo su razonamiento. Volveré a hablar del asunto con la señorita Loredon. ¿Alguna cosa más?

—Desearía formularle dos preguntas más.

—Señor Mather, usted paga mi tiempo. —Bayard de nuevo parecía haberse serenado.

—¿Qué constituye exactamente el título de propiedad cuando se trata de una obra de arte?

—En primer lugar, la posesión. Aún sigue siendo nueve décimas partes del derecho. Después, una prueba cualquiera de traspaso legal: una nota de venta, un documento de donación, un testamento, incluso una tarjeta de felicitación con motivo de un cumpleaños.

—He oído decir que el título puede caducar después de cierto período de tiempo.

—Si un artículo se ha perdido, fue robado, se extravió durante treinta años, se entiende que el título ha caducado.

—¿De manera que, treinta años después de haberlo robado, el ladrón puede aparecer frente a usted, en la puerta de su propia casa, y ofrecerle la venta del artículo que le arrebató?

—Exacto. Si usted no satisface su precio, puede meterse la obra bajo el brazo y alejarse, libre como el viento. Como ve, está protegido en dos aspectos. No puede ser acusado por el delito porque el reglamento de limitaciones es aplicable y, después de treinta años, el título del objeto es suyo por derecho de posesión.

—La siguiente pregunta: la exportación y la importación. Algunos países limitan o prohíben por completo la exportación de obras de arte importantes consideradas tesoros nacionales.

—Así es.

—Sin embargo, casi todos los países permiten la importación de obras de arte exportadas de forma ilegal.

—No es del todo así, señor Mather. El concepto en realidad tiene carácter negativo. La mayoría de los países no se consideran obligados a preguntar si la exportación fue o no legal, sobre todo si el asunto no implica otros actos criminales; por ejemplo, los objetos no están incluidos en las listas de la Interpol como artículos robados. Lo que sucede en la práctica es lo que le he explicado al principio: el tratante, o el subastador, no pregunta. Se da por satisfecho con la prueba del título. Está complacido ante el origen claro de la cosa. Nadie pretende que él se comporte como funcionario de aduana de los franceses, los británicos o los italianos. Pero ese hombre es lo bastante

sensato como para no comprometerse de forma directa con operaciones de contrabando. Se abstiene de pagar un centavo hasta que los artículos están sanos y salvos en sus propias manos, en el país donde proyecta venderlos.

—Parece que tengo mucho que aprender —dijo Mather con una sonrisa seca.

—Estoy seguro de que es capaz de asimilar con rapidez —dijo Bayard en tono neutro—. Ahora, yo le formularé una pregunta.

—Adelante.

—¿La señorita Loredon le ofreció una participación en su negocio?

—No. ¿La pregunta responde a un motivo específico?

—Muy sencillo. Le pedí que considerase una asociación conmigo. Me rechazó.

—Yo no lo tomaría como una cuestión personal.

—Señor Mather, me complace que diga eso. No disimularé el hecho de que la dama me interesa mucho.

—En ese caso —dijo Mather con una sonrisa—, le ofreceré un consejo… ¡gratuito! No se apresure. ¡Es una mujer muy independiente!

—Lo recordaré, señor Mather, y gracias.

—Gracias a usted, señor Bayard.

Apenas Mather se marchó, Bayard descolgó el receptor del teléfono y marcó un número de Murray Hill.

—¿Lou? Bayard. Otro nombre en el círculo de Loredon: Maxwell Mather. La conoció en Italia.

Se asociará con ella en la galería. No creo que haya nada más que amistad, pero me gustaría saber qué lugar ocupa exactamente este hombre en el plan de Anne-Marie Loredon. Le leeré la dirección… ¿Qué? Oh, sí, hasta ahora estoy muy satisfecho. La considero una candidata más apropiada de lo que esperaba.

CAPÍTULO IV

Hugh Loredon, subastador extraordinario, era la imagen perfecta de un caballero rural: los cabellos blancos, el cutis rojizo, la afición a los *tweeds* y los chalecos de fantasía, un ojo atento a las mujeres, un ingenio agradable, una lengua elocuente y un instinto de animal salvaje para el gusto y el estado de ánimo del público de una subasta. Mather, que lo había invitado a almorzar en su apartamento, hacía una hora que escuchaba las explicaciones y las anécdotas de su huésped.

—… Cuando uno los ve desde el estrado, parecen un canasto repleto de cobras dispuestas a erguirse y morder. De modo que ante todo es necesario seducirlos, producir música, hipnotizar a la gente para que acepte el ritmo de las ofertas. Todos han estudiado el catálogo; todos saben lo que desean comprar, y todos se preguntan si cuentan con dinero suficiente en el bolsillo. Un rato más tarde uno aprende a identificar a los concurrentes habituales. Si se logra calmarlos, ayudan a tranquilizar al resto de la multitud. He trabajado en Londres, París, Nueva York, Ginebra. Cada lugar es diferente, pero todos son iguales: codiciosos y falsos. A veces uno percibe una auténtica corriente sexual que proviene de la sala. Hay una mujer que formula una oferta tocándose el pezón izquierdo con la mano derecha. Otra que abre y cierra las piernas como un fuelle. Lo cual es irritante, se lo aseguro, porque tiene unas piernas muy hermosas… A propósito, esta comida es espléndida. ¿Dónde aprendió a cocinar?

—Recibí lecciones.

Loredon asintió con gesto aprobador.

—¡Hombre sensato! Muchas jóvenes no saben cocinar, y todas tienen mucho apetito.

Mather se echó a reír.

—¿La voz de la experiencia?

—Una larga, una prolongada experiencia. El único problema cuando uno cena en los restaurantes es que después la distancia hasta el dormitorio es muy

grande… Dijo que podría mostrarme algunas cosas.

—Sírvase usted mismo un vaso de oporto mientras yo las traigo.

Mather dejó un espacio en la mesa y depositó allí su reducida serie de tesoros: el reloj Tompion, la esmeralda tallada, una caja esmaltada, un par de pistolas de duelo del siglo XVII (las había admirado en Brescia, y Pía había insistido en comprarlas).

Loredon extrajo del bolsillo una lupa y examinó cuidadosamente cada artículo. Su veredicto fue breve.

—A menos que sea indispensable, es un tonto si vende estos artículos. Deposítelos en un Banco y consérvelos como seguro para su vejez. Este reloj es una belleza. La inscripción indica que lo fabricaron en 1704, el año en que Tompion fue designado Maestro de la Compañía de Relojeros de Londres. Es una pieza de museo. Le producirá entre setenta y cinco mil y cien mil. Vendí uno hace diez años por cincuenta. La joya… es interesante, pero no tan importante como para impresionar en una gran subasta. La caja es hermosa, Luis XIV. Quizá treinta mil. Las pistolas, más o menos diez. El valor aumenta cada año que estos objetos permanecen con usted. A usted le toca decidir. Si lo desea, pediré a nuestros especialistas que realicen una inspección completa de los artículos y después conversen con usted para arreglar una reserva y una fecha apropiada de presentación. Por otra parte, podríamos tratar de negociar una venta privada. Tenemos una lista bastante amplia de clientes internacionales.

—Llévelos a subasta —dijo con brusquedad Max Mather—. Estoy tratando de aliviar parte de la carga que pesa sobre mi vida. Todavía no me apremia la necesidad de dinero, aunque es posible que me vea en esa situación cuando firme el subarriendo con Anne-Marie y comience a arreglar un apartamento.

Infórmeme cuando esté preparado —dijo Loredon en tono casual—. Yo diría que aquí dispone fácilmente de cien mil dólares, una vez descontada la comisión. En un día bueno, tal vez más.

—¿Qué determina un día bueno?

—¡Sabe Dios! Para mí, es el modo en que el martillo se adapta a mi mano cuando lo elevo.

—Desearía mostrarle otra cosa. Ni siquiera Anne-Marie está al corriente de esto. En breve aparecerá mi artículo acerca de este asunto en Belvedere. Deseo que hasta ese momento usted no comente el tema.

Hugh Loredon sonrió y se encogió de hombros.

—¡Usted es muy confiado! El mundo del arte es el negocio en que las murmuraciones están al orden del día. Pero creo que puedo guardar un secreto… hasta que escuche la misma cosa en labios de otro. Adelante.

Mather trajo los libros de cuentas de la familia Palombini y tradujo para Loredon las diferentes entradas. Loredon frunció el ceño, desconcertado.

—¿No le parece extraño? Las obras fueron pintadas en 1505 por un hombre a quien incluso en vida se reconocía como un gran maestro… y después nadie las vio ni las mencionó.

—¿Extraño? Sí; pero la cosa no carece de precedentes.

—¿Y qué cree que sucederá cuando se publique su artículo?

—Lo mejor sería una respuesta que indique que las obras han sobrevivido. Imagino que lo peor sería el silencio.

—Quizá suceda más de lo que usted anticipa.

—No entiendo.

Hugh Loredon se sirvió otra copa de oporto y cortó una fina rebanada de queso. Mordisqueó el queso y lo acompañó con un trago de oporto. Se pasó la servilleta por los labios y con voz pausada formuló su advertencia.

—Max, usted está hablando de tesoros. Si puede conseguir cuarenta millones de dólares en la subasta de un girasol de Van Gogh, ¿cuánto cree que pueden valer estas obras? Digamos cien millones, y es un cálculo prudente. Si las llevamos a subasta solo los subastadores recibirán comisiones del diez por ciento del comprador, y del diez por ciento del vendedor, es decir, veinte millones. De modo que nosotros somos partes muy interesadas desde el principio. Después, piense en las restantes víboras del grupo: los tratantes, los grandes coleccionistas, las instituciones, las fundaciones. Todos manifestarán su interés en usted, Max. Agitarán el dinero bajo su nariz, querrán emplearlo, ofrecerle los honorarios que se reservan para el descubridor… Es más, lo seguirán dondequiera vaya. ¿Entiende? Es un ejercicio barato. Usted es el hombre que posee el mapa del tesoro, un mapa auténtico, absolutamente real, veraz en todos los detalles. Incluso yo me sentiría muy complacido de convertirme en su sombra durante doce meses, solo para garantizar que mi compañía no pierda la oportunidad de obtener una comisión de veinte millones. Y hasta aquí estoy hablando de los intereses legítimos; pero ¿qué me dice de los muchachos del mercado negro? En Atenas hay un armador millonario que protege a un ladrón de arte que trabaja solo para él. Hay un coleccionista colombiano, nuestro cliente, del que todo el mundo sabe que recibe obras de arte robadas. ¿Por qué no debería hacerlo? Tiene una fortaleza

en la montaña y un ejército privado que lo protege. En todo esto no hay nada nuevo. En los viejos tiempos, los condottieri solían vivir del botín…

—¿Quiere decir que no debería publicar mi artículo?

—No tengo derecho a decir tal cosa. Usted es un erudito. Yo soy un subastador. Ambos deseamos que las obras aparezcan, cada uno por sus propias razones. Me limito a señalarle que este no es un juego de salón… Nada tiene que ver con la estética o los valores absolutos. Esto es comercio, comercio de artículos raros y limitados, tan especializado como el antiguo tráfico de especias o el nuevo de los secretos comerciales. Este no es un lugar apropiado para los aficionados. Las recompensas son elevadas. El juego es duro, sucio y a veces francamente peligroso. Además, es posible que entrar en este juego les cueste mucho dinero… Entiendo que desde el punto de vista económico usted se encuentra en una posición cómoda, pero no es rico. Por lo que me ha dicho AnneMarie, le agrada la vida serena del académico. Me limito a advertirle que el próximo par de pasos que usted dé puede llevarlo a la Cocina del Infierno.

—Imaginemos —dijo con serenidad Max Mather—, imaginemos que decido abstenerme de publicar y realizo mi propia investigación.

—No puede. —Hugh Loredon se mostró enfático—. Es demasiado tarde.

—¿Por qué no puedo?

—Porque cuando habló con Harmon Seldes, fue como si ya hubiese publicado su trabajo. Él sabe lo que usted sabe. Conoce la fuente de su información. Ya está conversando con sus patrocinadores financieros… Mi posición es la misma. Sé lo que usted sabe. A lo sumo, me he comprometido a mantener el secreto hasta que ya no sea secreto, en un momento cualquiera, a partir de ahora. Pero como usted es amigo de mi hija y es buen cocinero y detestaría que lo maltraten, le formulo esta advertencia.

—Soy un idiota —dijo Max Mather con absoluta convicción.

—Solo ignorante —dijo en tono alegre Hugh Loredon—. Eso nada tiene de malo. Ser estúpido es distinto… Ahora, debo pedirle un favor.

—Dígalo.

—Estoy preocupado por la relación de Anne-Marie con Ed Bayard.

—¿Dios mío, por qué?

—Está unida demasiado estrechamente a ese hombre; y él ha conseguido manipularla.

—Es una mujer. Sabe decir que no.

—¿El asunto no le molesta?

—¿Por qué debería molestarme?

—Creí que ustedes dos…

—No. Anne-Marie y yo pasamos momentos agradables en Italia. Nos divertimos mucho y ninguno de los dos lo lamenta. Aquí, en Nueva York, la diversión ha concluido y somos nada más que amigos que trabajan juntos. Lo cual nos acomoda a ambos. De modo que, si desea salir con el *Sha* de Persia o con el recolector de residuos, es un asunto que solo a ella le concierne.

—Entonces, se lo diré de otro modo. —De pronto, el rostro de Huhg Loredon adquirió una expresión sombría, y su cara rubicunda pareció ensombrecerse y hundirse—. La esposa de Ed Bayard era una bella mujer y una excelente pintora. Él velaba por ella de un modo absurdo. Trató de separarla de sus amigos, de mantenerla en un estado de permanente incertidumbre acerca de su talento. Nunca le permitió exponer, a lo sumo realizar ventas privadas. La mantuvo en un estado que resulta destructivo para un artista: la constante duda de sí misma. En el campo del derecho, es un hombre brillante. En su vida privada, es un sádico retorcido…

—¿Y cómo sabe todo eso?

—Madeleine Bayard y yo fuimos amantes.

Mather emitió un silbido de sorpresa.

—¿Bayard lo sabía?

—Creo que sí. Carezco de pruebas en ese sentido…

—¿Y usted permitió que su hija llegase a un acuerdo con él?

—No pude impedírselo. Resolvió todo el asunto antes de hablar conmigo: firmó el alquiler, y el contrato por la exposición. Agitó los documentos bajo mi nariz como un estandarte, porque deseaba que me sintiera orgulloso de ella… ¿qué sentido tenía exhumar un sórdido fragmento de mi historia?

—¡Hugh, usted es un condenado tonto!

—Lo sé. Desaproveché el momento.

—Tonterías. Dígaselo ahora, si usted no lo hace, yo me encargaré. ¿La Policía nunca le interrogó acerca del crimen?

—Sí, por supuesto. Pero lo único que pudieron probar fue que Madeleine y yo éramos amigos que a veces compartíamos la cama.

—De modo que el asunto está registrado y no es secreto. ¿Qué más les dijo?

—Nada. Tiene que entender que hasta el fin yo traté de mostrar un perfil muy discreto. No deseaba el escándalo; para mi compañía las apariencias son muy importantes. En ese momento había otros asuntitos, porque las mujeres acaudaladas dominan el escenario del arte. No tenía nada que decir a la Policía, excepto que Bayard había labrado la desgracia de su esposa. Lo cual

no pareció muy convincente en vista de que él era el marido ofendido y yo el amante de dedicación parcial.

—Pero Bayard, en efecto, tenía un motivo para el crimen.

—Quizá. Pero la Policía lo borró de la lista de sospechosos en un momento muy inicial de la investigación.

—Entonces, ¿por qué me lo dice usted ahora?

—Porque… porque tengo miedo. Estoy seguro, como lo estoy de mi propio nombre, de que Ed Bayard utilizará a mi hija para vengarse de mí.

—Probablemente eso no es una expresión sincera de sus sentimientos de culpa, pero no cuadra con los hechos. Anne-Marie me dijo que llegó al estudio de un agente de bienes raíces.

—Pero una vez que comenzaron a negociar, cuando Bayard supo quién era ella… ¿entiende?

—Entiendo por qué usted está preocupado. No veo qué puede hacer, salvo decirle la verdad.

—Si lo hago, ¿usted me prometerá permanecer cerca de ella? ¿Tratará de saber lo que está sucediendo entre ella y Bayard?

—Ese no es mi estilo, Hugh.

—Mi hija me ofreció una versión distinta. Me dijo que usted acompañó a su amiga italiana hasta que ella murió en sus brazos. Que usted es bueno en la cama. Que es generoso con sus amigos. Que no hace escenas y limpia la cocina. Afirma que en usted hay mucho más de lo que parece a primera vista.

—Es un truco social —dijo Mather con humor ácido—. Más o menos como extraer conejos de una galera de seda.

—Lo sé, Max. Usted lo sabe. Pero mientras sepamos cerrar la boca, la ilusión es eficaz.

Unas horas después, Loredon se retiró, serenado por el café negro, y un tanto entristecido por los recuerdos que él mismo había evocado. Mather recogió la impresión de un actor envejecido que había encontrado la técnica necesaria para continuar trabajando mientras así lo deseara, pero para quien el papel ya no encerraba sorpresas y cuya representación carecía de convicción. Su encanto desenvuelto y su cinismo superficial parecían enmascarar una sombría soledad.

Para el propio Mather, el almuerzo había sido un episodio provechoso. La revista, la casa de subastas, la galería; todos estos elementos eran patentes de respetabilidad. Por otra parte, poco a poco las ficciones comenzaban a entrelazarse con los hechos correspondientes a otras vidas, frente a las que hasta ese momento él había conseguido mantener cierta distancia.

El dilema de Hugh Loredon ilustraba acerca de algo que el propio Mather había aprendido gracias a una dura experiencia: la debilidad y el poder del cavalier’s sirvente, el caballero profesional. Su existencia pública era una vida a medias, durante la cual la amante lo enarbolada como una bandera al alba, y después lo arriaba y plegaba al atardecer. Por lo demás, era una posesión personal de la señora: la vida en común era una actividad secreta en la cual la sensualidad y la venalidad, la pasión y la perversidad confluían en una combinación química inestable. El único elemento que la mantenía en equilibrio era su intimidad. Solo el caballero veía los defectos y las arrugas de *Milady*. Solo *Milady* conocía la cobardía de su servidor. Tan pronto otra persona entraba en la habitación, la frágil combinación adquiría un carácter explosivo.

Al principio, Mather había mirado con simpatía a Loredon, porque lo comprendía y podía sentir por él. También abrigaba sentimientos cálidos respecto de Anne-Marie, que avanzaba tan confiada a través del campo minado de las locuras de su padre. No deseaba intervenir en los asuntos de ambos, pero como había elegido usarlos para sus propios propósitos era como un insecto atraído de forma inexorable hacia la flor atrapamoscas.

Estaba moviéndose en su cocina, apilando platos, secando cubiertos y reflexionando sobre este cambio de su perspectiva, cuando sonó el teléfono. Era Anne-Marie.

—Max, ¿qué haces?

—En este momento limpio mi cocina. Tu padre y yo hemos almorzado juntos. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Salgo ahora mismo de casa y voy al estudio. Me reuniré allí con el arquitecto. Creo que deberías conocerlo para hablarle del plan que deseas ejecutar en tu sector.

—Buena idea. Pasa a recogerme. Te esperaré en la calle.

El viaje hasta el centro fue una pesadilla. El chófer haitiano, sordo a todas las protestas y maldiciendo sin cesar en créole, se precipitó sobre el tránsito como si los Ton-Ton Macoute estuvieran persiguiéndolo con machetes. Cuando llegaron al estudio, Mather estaba dispuesto a matarlo con las manos desnudas, y Anne-Marie, aturdida por las maniobras temerarias del automóvil, incluso jadeaba.

Mather la tranquilizó y la obligó a caminar media calle, y a respirar aire fresco. Después, permanecieron unos instantes contemplando la parte exterior del almacén, cuya fachada era de hierro, fundida y trabajada en los tiempos opulentos de los barones del acero. Tenía un doble frente, con una ancha

puerta en el centro y ventanas de barrotes a cada lado. La puerta tenía en cada nivel una escotilla a través de la cual los artículos elevados con un torno podían ser llevados a cada sector de almacenamiento.

En el interior, el lugar se hallaba desnudo por completo. Había un ascensor anticuado y una amplia escalinata. Al fondo de cada piso, un cuarto de baño. Aparte de estas dependencias, los cuatro pisos tenían abundante espacio libre, interrumpido solo por las delgadas columnas de hierro fundido que sostenían el peso de las vigas de acero del piso y la carga del techo.

Ascendieron por la escalera, inspeccionaron cada piso y después descendieron juntos en el ascensor. Mather observó sorprendido que los pisos habían sido pulidos poco antes, y que la totalidad del interior tenía una primera mano de pintura. Preguntó a Anne-Marie:

—¿Tú has hecho esto?

—No. Lo recibí así. El contrato de alquiler dice que debo reintegrarlo en la misma condición. ¿Qué te parece, Max?

—¡Es una ganga! La estructura es sólida. No hay indicios de filtraciones en el techo, la carga reposa sobre vigas de acero y pilares de hierro. La plomería es antigua pero sólida. El ascensor necesita un motor nuevo. También tendrás que contar con aire acondicionado de ciclo dual. Aparte de esto, todo consiste en colocar tabiques y pintar, con un buen plan de iluminación. El resto es superficial: algunos cuartos de baño sencillos y atractivos, una cocina bien equipada y un poco de vajilla…

—¿Qué te parece como futura galería?

—Está bien. El distrito está progresando. Es una población joven y próspera. Puedes acceder a los compradores veteranos de la parte alta de la ciudad, a los que poseen dinero desde siempre, con anuncios y correspondencia directa. Imagino que tu padre puede ayudarte a confeccionar una buena lista de clientes.

—Puede hacerlo, y lo hará. ¿Os habéis entendido?

—Sí, muy bien, le ha gustado mi cocina. Y su conversación ha sido muy agradable. Aprueba que trabaje para ti. Cree que puedes recurrir a un tutor.

—Empiezo a creer que lo necesito.

—¿Alguna razón en especial?

—En realidad, no… salvo que estoy invirtiendo mucho dinero, y no gano nada; de modo que es natural que me sienta nerviosa. Además, Ed Bayard es un poco más de lo que necesito ahora.

—¿Más insinuaciones?

—No. Lo único que ocurre es que él se muestra tan… tan intenso. Ayer me pasé dos horas en su casa, catalogando cuadros para la exposición. Al cabo del día me sentía agotada. Incluso aquí tengo una sensación extraordinaria de… de presencia.

—¿A pesar de la limpieza que hizo Bayard?

—¿Quieres decir que él intenta cubrir con pintura los recuerdos?

—¿Cuántos propietarios neoyorquinos te conceden una limpieza y un trabajo de pintura gratuita cuando alquilan un depósito?

—¡Hablas como si fuese algo siniestro! Yo lo creo maravilloso.

—Tienes razón. Lo es. Le encenderé una vela cada mañana.

En ese momento llegó el arquitecto, con una gran cantidad de planos y la cabeza rebosante de sugerencias para la galería, el almacén, el sector destinado a conferencias y la residencia de Max Mather. Dos horas después los tres estaban sentados y comían en un restaurante del vecindario dirigido por dos jóvenes vietnamitas conocidas como las hermanas Trung. La comida era buena, y el servicio era pródigo en sonrisas. El arquitecto, que ahora residía en Soho, tenía abundante información.

—… He estado difundiendo la noticia de la inauguración de la galería. A todo el mundo le gusta que se instalen ustedes aquí. Ello borra la maldición que pesaba sobre el lugar, por así decirlo… Yo me trasladé a este distrito poco antes del asesinato, y les aseguro que durante un tiempo el valor de la propiedad descendió. Fue un asunto muy macabro.

—Lo sabemos —dijo en tono seco Max Mather—. Estamos tratando de olvidarlo, y usted ha venido para diseñar una galería, no un mausoleo.

—Disculpen. —El arquitecto se deshizo en excusas—. No hablaré más del tema… ¡jamás! Ahora, volviendo al asunto de la iluminación…

Así, por muy poco margen fue posible salvar la comida, pero Mather mantuvo la inquietante convicción de que el silencio era más peligroso para Anne-Marie que una declaración franca y directa de las locuras de su padre. Pero como debía prestar atención a su propio interés secreto, llegó a la conclusión de que no sería él el portador de malas noticias. Era frecuente que la muerte fuese la única recompensa que esos mensajeros recibían, y así terminaban con dos monedas de cobre para asegurar que sus ojos permaneciesen cerrados. En el caso de Max Mather la conducta más sensata era mantener los ojos abiertos y la boca cerrada, y ser el buen amigo de todo el mundo: los Loredon, Bayard, Harmon Seldes, el tío Tom Cobbley y la joven de los anuncios de shampú.

Permaneció levantado hasta tarde, y escribió una carta detallada a Claudio Palombini. Se trataba de un relato sencillo y franco de las referencias acerca de las obras de Rafael, una mención de la inminente publicación del material y una petición de ayuda en relación con investigaciones ulteriores.

> … Es evidente que la publicación de mis comprobaciones suscitará mucha curiosidad acerca de las obras perdidas, en el supuesto de que en efecto se hayan perdido y no estén sepultadas en una de las colecciones más recónditas que según sabemos existen, pese a que jamás se publican los catálogos correspondientes a las obras.
>
> Por supuesto, es posible que usted sepa acerca de estas piezas detalles que yo no poseo. En caso afirmativo, y si usted cree que está en libertad de comunicarse conmigo, me complacerá disponer la publicación, con el correspondiente reconocimiento.
>
> Confío en que usted y su familia gocen de buena salud. El recuerdo de mi querida Pía todavía agobia mis sueños. En medio del estrépito del tráfico neoyorquino añoro el sonido de los mirlos frente a mi ventana…

No era todo mera charla. El sentimiento nostálgico era casi auténtico. Su papel de erudito ingenuo era también casi sincero. Lo que no podía manifestar era la excitación de su nueva actividad, un licor potente como el alcohol de alta graduación; y la satisfacción de ver que un plan de campaña cobraba forma y de observar el campo de operaciones con el propósito de descubrir las minas y las trampas.

Se frotó los ojos fatigados y abordó la última tarea de la noche: la preparación de sus notas para el encuentro con Harmon Seldes en Belvedere.

Seldes le ofreció una calurosa bienvenida calculada de antemano: un recorrido por las oficinas, una copa de jerez con los principales editores, un almuerzo con el director y el abogado de la firma, quien le propuso un contrato de doce meses como editor ayudante y una cifra que era un cincuenta por ciento más elevada que lo que él había previsto. Después del café, Seldes lo llevó a su propia oficina para mantener una conversación privada acerca de lo que él denominaba «esos cuadros suyos de Rafael».

—Max, he pensado profundamente en el asunto. Esta es mi propuesta. Publicaremos su trabajo en el número de abril. Estamos sobrecargados de material, de modo que eso es lo mejor que podemos hacer. Los responsables

del material gráfico buscarán algunas ilustraciones interesantes. Ahora bien, propongo a Leonie Danziger como editora de su trabajo. Es una colaboradora independiente, y una de las mejores en la ciudad. Ya ha leído su material, y ha formulado algunas sugerencias excelentes. Trabaja en su propio apartamento. Lo espera allí, a las tres de la tarde. ¿Le parece conveniente?

—Por supuesto.

—Ahora bien, con respecto a la referencia a Rafael, propongo eliminarla de su texto. La presentaremos en un recuadro, desde luego referido a usted, y aclararemos la relación con la fuente que usted mismo trajo; pero yo mismo me ocuparé de la presentación. De ese modo, usted contará con todas las ventajas de nuestra aprobación y nuestro respaldo a su trabajo. ¿Ve algún problema en este criterio?

—Ninguno en absoluto.

—Debo decir, Max —de pronto Seldes pareció un tanto inquieto—, que lo veo muy pasivo en relación con todo este asunto.

—Soy un hedonista feliz —dijo Mather encogiéndose de hombros—. Los celos académicos me impacientan.

—He estado pensando en eso —dijo Harmon Seldes—. Por supuesto, lo he investigado. La información académica es adecuada, pero escasa. La historia social es —por qué no decirlo— ¡interesante!

La sonrisa de Mather era la expresión misma de la sinceridad. Abrió los brazos en un gesto muy latino.

—Dígalo de una vez, Harmon. Usted publica mi artículo, me emplea, y se pregunta si he leído la tarjeta con el precio.

—Max, ¿qué dice la tarjeta del precio?

—Usted quiere llevar en persona la investigación sobre las obras de Rafael.

—¿Y cuál es su reacción al respecto?

—Me siento satisfecho, estoy tranquilo, soy un hombre feliz… no hay el más mínimo problema.

—Usted me sorprende.

—¿Por qué? Recuerde que yo vine a buscarlo. Procedí así porque usted es una de las pocas personas que pueden organizar y llevar a cabo una investigación tan amplia y costosa. ¡Por supuesto, el asunto me interesa! Pero no soy un hombre dispuesto a trabajar demasiado. Si puedo ayudar mientras me ocupo de mis propios asuntos, lo haré, pero no estoy buscando la fama ni los fondos de una fundación, ni dinero para mantenerme. De buena gana

compartiré con usted la información que aparezca mientras investigamos el tema.

—Max, eso es muy generoso por su parte.

—Trate de creer que es la verdad —dijo Mather con una sonrisa—. Dormirá mejor. Deseo que recuerde una cosa.

—¿Qué?

—Una vez que usted publique el artículo, el mundo y sus alrededores comenzarán a revisar todos los desvanes en busca de las obras perdidas.

—Y todos se volverán hacia mí y la revista Belvedere con el deseo de que evaluemos lo que ellos encuentran… De todos modos, ahora que hemos llegado a entendernos, lo prepararé un poco para Danny Danziger. Es una joven sin duda formidable. Me dicen que tiene preferencias sexuales un tanto específicas. Por supuesto, no son más que rumores. Por mi parte, jamás mezclo los negocios con el placer.

En todo caso, ella resultó ser una sorpresa: una mujer alta, pelirroja, en la treintena según el calendario, de ojos verdes, perfil clásico y un cuerpo que habría enloquecido a los prerrafaelistas.

Iba con una bata hogareña de brocado, gafas de concha y babuchas orientales. Su saludo fue indiferente, su apretón de manos un contacto frío y fugaz.

Llevó a Mather a un desván amplio y desordenado, desde el que se divisaba el agua hasta las orillas de Jersey. Le indicó que se sentara en una mesa de refectorio española, y se encaramó, severa como una madre abadesa, en una silla de respaldo alto que estaba directamente frente a Mather. Sus primeras palabras fueron para formular una áspera sentencia condenatoria.

—Señor Mather, usted es un escritor muy aburrido.

—Lo sé. —Mather le dirigió su sonrisa más seductora—. Es lo que me convierte en un regalo de Dios para los editores. Todo lo que yo puedo hacer ellos lo hacen mejor.

—¿Ha publicado mucho?

—Muy poco. En la práctica soy archivero, y según mis gustos, un ocioso. Bien, ¿por dónde quiere empezar?

—Explicándole cómo trabajo. En primer lugar, me pagan por mi trabajo editorial. Y además percibo honorarios adicionales cuando escribo para la publicación. En otras palabras, no escribiré su trabajo, pero tal vez intercale comentarios, que contribuyen a mi prestigio y a mis ingresos. Si el comentario deforma o representa mal su intención, dígamelo. Lo modificaré.

En este caso, soy la persona que presenta el material que usted aporta. ¿Entendido?

—Sí.

—Bien, su material. Sin duda, el contenido es válido. Sus comparaciones con la vida doméstica moderna son interesantes. Sus conclusiones son sólidas, aunque a veces superficiales. Pero usted escribe todo de un modo monótono. Sé que Belvedere es una revista almidonada, ¡pero no es necesario llegar a ese extremo! De modo que, lo que me he propuesto hacer es seleccionar las partes mejores y más interesantes de su tesis y unirlas con un comentario más o menos ágil.

—¿Cómo es posible…? —Mather se recostó en su asiento y la estudió como hubiera podido hacerlo un médico—. ¿Cómo es posible que yo sea un tipo superficial y escriba un material aburrido… y que en cambio usted sea una intelectualoide y pueda escribir comentarios entretenidos?

Por primera vez una luz apareció en los ojos verdes y en las comisuras de su boca se dibujó una sonrisa.

—La ley de las compensaciones. Un hombre no merece ser tan apuesto como usted. Una mujer no merece tener mi aspecto de intelectualoide. Por eso usted se convierte en un escritor mediocre y yo puedo ser una editora ingeniosa… ¿Vamos a trabajar?

Mather tuvo que reconocer que ella estaba bien preparada. Había recibido un manuscrito de unas treinta mil palabras, extraído de allí una veintena de secuencias y las había reunido en un vivaz mosaico de la vida en un fundo aldeano de Toscana a principios del siglo XVI. Tenía vista para el detalle vivo: cómo se teñía la lana y se curtía el cuero, de qué modo se canjeaba por vino y queso de Toscana el grano enviado de Sicilia a Pisa, cómo se pagaban con hierro procedente de Elba los barriles de atún procedentes de Trapani, cómo las sedas tejidas y los arreos de montar los caballeros se intercambiaban con polvo de oro de Djerba y esclavos negros de la costa de Berbaría.

Había conseguido animar la prosa seca de Mather con la savia de la experiencia personal.

Mather, muy consciente del trabajo descuidado que había realizado en un tema que no le interesaba en absoluto, se sentía estimulado a sostener una discusión crítica y a evocar recuerdos gratos. Casi había perdido la noción del tiempo cuando Leonie Danziger apagó el magnetófono y anunció:

—Son las seis. Suficiente por hoy. Usted habla mejor de lo que escribe. Tal vez deberíamos incorporarlo al circuito de conferencias. Me muero por una copa. ¿Me acompaña?

—*Bourbon* y agua, si tiene.

—Allí, en el armario… Puede prepararme un vodka con agua tónica. Hay un limón en el frutero…

Mientras Mather preparaba las bebidas ella ordenó los papeles y se dirigió a él en su estilo despreocupado.

—Max Mather, usted me intriga.

—¿Por qué?

—Es la representación el tipo feliz. Usted entra, yo le arrojo un pastel a la cara. Usted se limpia y me sonríe. Reconoce que escribió una tesis descuidada. El tema tiene tan poca sustancia que no alcanzo a imaginarme por qué se molestó en escribirlo. Después, le hago trabajar. ¡Oh, maravilla! Un hombre distinto, el erudito serio que persigue la excelencia. La mente crítica aplicada a las categorías clásicas. Bien, ¿cuál es el ser real en usted?

—Usted tiene lo que puede ver.

—No lo creo.

—¿Cómo prefiere el limón, prefiere una rodaja o el jugo?

—Una rebanada, por favor… ¿Es homosexual?

La pregunta le sorprendió, pero consiguió sonreír y respondió:

—No. ¿Y usted?

—Sí, casi siempre. ¿Harmon no se lo dijo?

—No había motivo para que lo hiciera.

—Él no necesita una razón. Es un intrigante natural. Mather trajo las copas y elevó la suya para brindar por Leonie Danziger.

—No obstante, sí me dijo que usted es una editora de primera clase.

—Puedo devolver el cumplido, y decirle a Harmon que usted es un escritor que sabe cooperar.

—¡Magnífico! Necesita que lo tranquilicen.

—Usted lo desconcierta. No atina a imaginar por qué no compite por el mérito de las Referencias a Rafael. Es posible que en definitiva sean muy importantes.

—No para mí. No estoy buscando una carrera académica. Soy un estudioso a quien agrada la vida fácil. Seldes necesita el olor del dinero de los subsidios, la autoridad de las grandes instituciones, el poder de las fundaciones acaudaladas. ¡Que las aproveche!

—No me extraña que lo llamase el erudito gitano.

—¿De veras? Bien, es una clasificación astuta, pero es una copia directa de Mathew Arnold.

—En todo caso, agregó algo por su propia cuenta.

—¿Qué?

—El erudito gitano con su pene de hierro, listo para erguirse ante el chasqueo de los dedos de una mujer.

—Qué amable de su parte decirlo.

—Con la condición, dijo Harmon, de que ella sea viuda o divorciada y posea un ingreso de seis cifras.

—Es un bastardo malicioso, ¿verdad?

—Posee el carácter de una bestia. Y además agregó que no ha oído quejas de su comportamiento. Todas las damas parecen guardar mucha fidelidad al recuerdo de su relación con usted. Después de este breve primer encuentro, comprendo la razón.

Mather se irritó ante esa provocación demasiado obvia.

—¿Todo esto es parte del servicio editorial?

—Es la parte que no cobro, mi placer personal, el juego que consiste en «conocer al otro». Me complace conocer a mis autores… ¿Están casados? ¿Cuál es su salud, su disposición mental? Esa clase de asuntos.

—Bien, ahora —dijo Mather con ecuanimidad—, veamos si paso la prueba. ¿Casado? No. ¿Domicilio estable? Ninguno. ¿Enfermedades contagiosas? Ninguna. ¿Y qué me dice de usted?

—Lo mismo. ¡Por favor! —Apoyó una mano fría sobre la mejilla de Mather—. Ahora dejaremos el juego. Me parece que a usted no le gusta.

—Es un juego maligno. —Mather, brusco y colérico, se preparó para golpear—. Es cruel y calculado. Señorita Danziger, usted juega con excesiva rudeza. No me gusta el pastel en la cara.

Nunca me ha gustado el sadismo como deporte para los espectadores… y si Harmon Seldes está mirando me complace todavía menos. De modo que le agradezco la copa y sigo mi camino…

Llámeme cuando esté preparada para realizar otra sesión de trabajo. Ese aspecto me ha complacido mucho. No dude que diré a Harmon Seldes que usted ha mostrado una actitud sumamente profesional.

Había recorrido la mitad de la distancia que lo separaba de la puerta antes de que ella recobrase la voz.

—Por favor, espere.

Mather vaciló un momento, y después se volvió con ademán brusco para desafiarla.

—¿Qué debo esperar?

—Me he equivocado… lo siento.

—Nada de disculpas. Explíquese. Usted, Seldes, y todo el resto.

—Bien, siéntese. Necesito otra copa. ¿Y usted?

—Sí, gracias.

Mientras ambos bebían ella se tomó su tiempo, siempre apoyada sobre el borde de la mesa, de modo que miraba a Mather desde cierta altura. Después, empezó una narración de frases entrecortadas.

—… Harmon Seldes y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Yo era su ayudante en Belvedere. Descubrió que sabía escribir. Me utilizó para redactar sus discursos y supervisar los materiales destinados a la publicación. Nos llevábamos bien, porque él no siente un interés muy profundo por las mujeres, y de todos modos la mayor parte del tiempo yo prefiero vivir según el estilo sáfico… Todavía me emplea porque le proporciono el mejor producto de la ciudad… Y entonces usted aparece en el escenario. Me muestra el material. Creo que es un artículo pedestre, pero acepto ocuparme de usted. Conversamos, y me cuenta cómo usted se le acercó por el asunto de las referencias de Rafael. La primera idea de Harmon fue que usted estaba organizando una complicada trampa porque, como ya le dije, creyó que usted era demasiado bueno para ser cierto. No puede criticarle esa reacción. Hace mucho que está en esta profesión. Ha visto todas las estafas concebibles. Sea como fuere, lo investigó.

—¿Y cómo, dígame, reunió los datos necesarios?

—Envió cables a Palombini y a la Biblioteca de Florencia. Dijo que usted había solicitado empleo en Belvedere, y que los había mencionado como referencias.

—Astuto Harmon —dijo en voz baja Mather—. Astuto, astuto Harmon.

—No me mostró las respuestas, pero sí me dijo que eran recomendaciones del más alto nivel.

Aún no puede concebir cómo se las ganó, pero ese es otro asunto. Después, comenzó a investigar su historia social, a partir de Princeton. Al parecer, de allí surgió la imagen bastante clara del amante de conveniencia que se une con damas de edad madura. De ahí las frases acerca del erudito gitano y el pene de hierro y todo el resto… Lo cual nos conduce de nuevo a mi persona.

—En efecto —dijo sin rodeos Mather—. A eso nos conduce.

—¡Oh, Dios mío! No es fácil.

—No tiene por qué serlo. Si usted desparrama mierda por toda la casa, después tendrán que limpiarla. Continúe.

—Soy editora. Trato con toda clase de escritores: hombres, mujeres, genios, idiotas, sociópatas… lo que usted quiera. De manera que me he visto

a obligada a crear una técnica. Me impongo desde el primer momento. Primero trato de desequilibrarlos, y después los suavizo. Es lo que hice con usted. En cambio, usted me destrozó. Me disculpo. Ahora, necesito otra copa.

—No se mueva. Yo se la traeré. Aún no he terminado. No alcanzo a comprender un aspecto de Seldes. Las entradas acerca de Rafael en los libros de cuentas tienen una antigüedad de cuatrocientos ochenta años. Piense cuántas obras de arte se perdieron, fueron robadas o destruidas durante ese lapso período de tiempo. Lo que sucedió con ellas es una conjetura fascinante pero ¿por qué pueden quitarle el sueño a un hombre como Seldes? Él escribe sus artículos. Hay correspondencia, unas pocas pistas falsas y… ¡listo! Volvemos al punto de partida.

—Señor Mather, ahí está su error. Seldes tiene un montón de secretos guardados en sus archivos… y muchos más en su cabeza. Se cartea con coleccionistas acaudalados de Europa y América del Sur. Puede informarle —pero no lo hará— acerca de qué obras conocidas de colecciones muy conocidas son falsificaciones. Por lo tanto, puede aprovechar la información acerca de los cuadros de Rafael según modos que usted ni siquiera sueña. Lo que menos desea es un joven ambicioso que le siga los pasos.

—Más bien preferiría que lo destruya una Gorgona que adopte la forma de editora.

—Max Mather, es usted, de verdad, un bastardo.

—Ya lo sé. Usted sabe que lo soy, pero, como dice Harmon Seldes, mis mujeres me recuerdan complacidas. Con un poco de práctica, incluso usted y yo, podemos aprender a ser corteses uno con el otro. Gracias por el trabajo que hemos realizado. Adiós.

Fue una salida ágil pero sin elegancia, y cuando llegó a su propio apartamento Mather se sintió avergonzado. Mientras se duchaba y vestía buscó algunas palabras, algún gesto de enmienda.

De pronto recordó una baratija que había elegido una mañana, después de la muerte de Pía.

Estaba en Florencia, y cruzaba distraído el Ponte Vecchio, divorciado por completo del presente. En el escaparate de un orfebre que se especializaba en reproducciones vio un pequeño camafeo que representaba a dos mujeres abrazadas. Entró en la tienda, regateó media hora y compró el pendiente por cincuenta dólares. Solo cuando salió a la calle con el pequeño paquete en la mano recordó que Pía estaba muerta y que la joya ya no tenía sentido para él. Le sentaría bien a Leonie Danziger, con sus cabellos rojos y su aire de la Bendita Damozel…

Con uno de sus pañuelos de seda preparó un paquete de regalo al estilo japonés y lo envió con un mensajero especial. También adjuntó una nota:

> «Una disculpa por los malos modales de su cliente. Se supone que los eruditos también son caballeros. Ansío llegar a nuestra próxima sesión de trabajo».
>
> **M. M.**

CAPÍTULO V

Esa noche Anne-Marie Loredon estaba invitada a cenar con Edmond Justin Bayard. Era un compromiso al que no podía negarse, porque tenía que analizar con Bayard los precios que se asignarían a los cuadros de Madeleine, y la publicidad que sería necesaria para presentarlos con éxito en el mercado. Era la primera prueba importante de la habilidad y el criterio de Anne-Marie como tratante de arte. Si fijaba precios demasiado bajos, perdería dinero y el respeto de un cliente que aún poseía una importante colección propia. Si fijaba precios muy altos en una nueva galería del centro, se arriesgaba a sufrir un fracaso ignominioso. El problema se complicaba porque en este caso se trataba de la exposición póstuma de una artista que no había vendido más que en operaciones privadas, a través de un tratante especializado.

Ella ya había hablado con Lebrun, quien al principio se había mostrado reticente y más o menos hostil. Era un francés regordete, de escasa estatura, de cabellos blancos como la nieve, manos pequeñas y expresivas y el andar saltarín de un veterano maestro de *ballet*. Dijo que no veía cómo podía entenderse que el señor Bayard no lo hubiese consultado directamente en relación con la venta de los cuadros de su esposa. Él había apoyado el desarrollo del talento de Madeleine, a menudo en circunstancias difíciles. Habría creído que… en fin… quizá no era el caso… Por supuesto, aceptaba que la señorita Loredon no tenía ninguna culpa en la cuestión. Era joven, iniciaba su carrera. Aún no tenía conciencia de las sutiles cortesías de la profesión, de la necesidad de contar con alianzas cordiales. De todos modos, se mostró bastante conmovido por la sinceridad y el encanto de la señorita Loredon, y le dio algunos consejos.

La finada Madeleine Bayard había sido sin duda una excelente pintora que poseía su propia y especial visión. Él la había exhortado muchas veces a exponer, pero Madeleine siempre se había negado. Al parecer, el marido era un personaje de carácter represivo, celoso del talento de su esposa, temeroso quizá de perderla. De modo que Lebrun había presentado el trabajo de

Madeleine a algunos clientes que manifestaban interés por el talento norteamericano moderno. Era muy posible que también les interesase enriquecer su caudal de piezas de Bayard. Con mucho gusto los presentaría, si podía contar con la comisión que correspondía al intermediario. ¿Los precios? No eran altos en vida de Madeleine —dos mil, cinco o diez mil como máximo —. Por supuesto, con una inauguración bien organizada, una publicidad eficaz y un periodismo bien dispuesto, era posible alcanzar niveles más elevados.

La señorita Loredon podía contemplar la posibilidad de presentar en el mercado un solo cuadro, poco antes de anunciar la muestra, y quizás incluso lograr que su padre o uno de los colegas de este mencionara el asunto ante el público de una subasta. A veces este método era eficaz, y otras no. A propósito, ¿cuáles eran las intenciones del señor Bayard? ¿Dispersar la colección entera o conservar algunas obras? ¿Sería posible organizar una muestra previa para ciertos clientes de Lebrun? Había que tener en cuenta el valor de cierto tratamiento de nación más favorecida…

Anne-Marie comprendió muy bien. No entendió, y tampoco preguntó, cuál era el sentido exacto del carácter represivo de Bayard y de los celos que sentía por el talento de su esposa. Llamó a su padre y repitió la sugerencia del pequeño francés acerca de la presentación de un cuadro de Bayard en un remate. La sorprendió la negativa enfática de Hugh Loredon.

—¡De ningún modo! ¡Absolutamente no! Es una distracción peligrosa. Te expones a todas las murmuraciones del ambiente. ¡Muchacha, tienes que apuntar al premio mayor! Un salto y ganas o pierdes. ¿El precio? Compromete a tu cliente. Que te diga lo que él aceptará. Bayard tiene sus propios medios de acceso a la información comercial… Buena suerte.

Edmund Bayard con mucho gusto estaba dispuesto a comprometerse; pero tenía que trabajar toda la jornada en la oficina, de manera que ahí había una excelente excusa para proponer una discreta cena à deux y después un recorrido para ver los cuadros. Esta vez fue imposible negarse. De modo que, a las ocho en punto, ella se presentó en el apartamento de Bayard.

Cenaron en el amplio comedor, rodeados por todos los cuadros de Madeleine. Pero esta vez no hubo una sensación opresora. Bayard se mostraba sereno. La comida estaba impecablemente preparada, y fue servida por la pareja filipina. Los vinos eran excelentes. La conversación abarcó temas amplios y fue tranquila. Bayard tenía un caudal de historias divertidas acerca del mundo del arte y sus habitantes más excéntricos. Anne-Marie

evocó su vida en Italia. Una vez servido el café, ambos abordaron el asunto de los precios de los cuadros. Bayard comenzó con un anuncio muy claro.

—He decidido realizar la venta de todas las obras de Madeleine… Es la catarsis definitiva.

—Por supuesto, tiene derecho de hacerlo. —Anne-Marie adoptó una cuidada actitud neutra—. Debo señalar que desde el punto de vista de la inversión quizás está cometiendo un error. Si yo creo un buen mercado para las obras de Madeleine usted podría perder mucho dinero, porque no tendrá reservas.

Bayard sonrió con expresión tolerante.

—¿Cuál es el total de telas?

—Cincuenta y cinco. Por supuesto, además de setenta y tantos bocetos y estudios de distintas proporciones.

—Por lo tanto, expondremos veinte piezas importantes y unas dos docenas de obras menores para atraer a los que están dispuestos a gastar menos. Conservamos el resto y poco a poco lo ponemos en venta.

Le habló de su visita a Lebrun. Bayard asintió con gesto de aprobación.

—Autorice en todos los sentidos la visita de sus compradores a una muestra previa. Son un grupo fiel, y confían en el consejo de Lebrun…

—También pregunté a mi padre si podíamos intentar llevar a subasta un cuadro. Se opuso de modo rotundo.

—Lo mismo digo. —De pronto, Bayard se mostró tenso—. Las relaciones que usted mantiene con su padre son algo que solo a usted concierne. Pero usted es mi única representante. No trataré con ninguna otra persona. Compréndalo así.

—Por supuesto. —La vehemencia de Bayard la desconcertó—. Pero soy muy nueva en esto. Necesito consejo. Lo busco donde puedo y mi padre es uno de los mejores en la profesión.

—Yo mismo no soy malo. —Bayard sonrió y le palmeó la mano—. He comprado muchos cuadros por mi cuenta, de modo que usted y yo decidiremos, ¿eh? Si nos equivocamos, ¡mala suerte! Lo compensaremos en la vuelta siguiente. Ahora, coja su cuaderno y vayamos a recorrer la colección entera. En primer lugar, realizaremos cálculos individuales. Después, los compararemos.

Recuerde que esta primera exposición implica una responsabilidad especial. Usted tiene que amortizar parte de lo que gastó en el edificio; su cuenta de publicidad será casi el doble de la normal… y lo que no venda se

convierte en inventario muerto, que ocupa espacio de almacenamiento… Bien, ¿cuál es a su juicio el mejor cuadro de la colección?

—Acerca de eso jamás tuve la más mínima duda. Deseo que La vagabunda sea el centro de la exposición.

—Muy bien. ¿Cuánto?

—Cincuenta mil.

—¿Eso es lo que vale?

—Deberíamos obtener mucho más.

—En tal caso, digamos setenta y cinco. Si no se vende, le aplicamos el rótulo de «vendida», y de hecho la reincorporamos a nuestras existencias… De modo que hemos comenzado con setenta y cinco. ¿Cuál es el precio base que asignamos a una tela terminada?

—No puede ser menor de veinticinco mil.

—¿Los bocetos y los estudios?

—Partimos de quince, y descendemos a dos mil.

—¡Excelente…! Prepararé mi lista, y usted confeccionará la suya. Después, compararemos las cifras.

El desafío la excitó. Ahora estaba poniendo a prueba su criterio profesional, en comparación con el saber de un abogado que asesoraba a los tratantes norteamericanos, y que personalmente se había dedicado a comprar cuadros durante más de un cuarto de siglo. Sabía también que él estaba cortejándola —no del modo torpe e inseguro usado la primera vez—, sino con serenidad, con mucha habilidad, atrayéndola paso a paso hacia el círculo encantado de su vida privada.

La decisión de vender todos los cuadros de Madeleine era un gesto teatral urdido para demostrarle que estaba exorcizando de su recuerdo a Madeleine y depositando los cuadros bajo la protección de Anne-Marie Loredon, al mismo tiempo que dirigía hacia la cuenta de la joven el cuarenta por ciento de los ingresos.

Anne-Marie sentía los ojos de Bayard fijos en ella mientras caminaban en direcciones opuestas alrededor de la habitación. Percibió la burla en la sonrisa del hombre, pero la interpretó como la burla afectuosa y provocativa de un amante en ciernes.

Tuvo una sensación breve pero intensa de triunfo cuando compararon notas y ella descubrió que sus cálculos eran inferiores solo en un cinco por ciento a los de Bayard, así como que el concepto que ambos tenían de los valores relativos de las telas coincidían de manera casi exacta.

—De modo que usted es el vendedor —dijo Anne-Marie con una sonrisa —. Adoptaremos su evaluación.

—Completemos algunos cálculos aritméticos. —Bayard tenía una actitud amable pero al mismo tiempo se mostró muy concreto—. Contamos con un total de ciento treinta piezas, y expondremos un tercio de las mismas. El valor aparente de ese catálogo es un millón doscientos veinte mil dólares. Practiquemos un cálculo razonable y digamos que vendemos la mitad. Es decir, seiscientos mil dólares. Su ingreso bruto es un cuarto de millón. ¿Qué parte de ese total destina usted a publicidad? Por supuesto, recuerde que tendrá que pagar las cuentas, aunque no venda uno solo de los condenados cuadros.

—He hecho un presupuesto de cincuenta mil —dijo Anne-Marie—, y me rechinan los dientes cada vez que pienso en eso. He intentado por todos los medios hallar el modo de obtener freebies; Max Mather me prometió que intentaría incluir un anuncio en Belvedere. Ha sido nombrado editor ayudante. Mi padre me entregará algunas listas valiosas y enviaré correspondencia directa a las personas incluidas en ellas. Wally Brent me prometió que fotografiaría todas las telas y que me cobraría solo la tarifa mínima y los costos del material… Eso es algo que debo arreglar con usted. ¿Puede trabajar aquí? No dispondrá de tiempo si postergamos el asunto hasta que el estudio esté terminado.

—¡Por supuesto! Y ya que hablamos de freebies, le diré que tengo mis propios contactos con el periodismo y las revistas. Pensé en la posibilidad de ofrecer aquí una cena antes de que traslademos los cuadros. ¿Usted estaría dispuesta a representar para mí el papel de anfitriona?

Y ahí estaba, la maniobra magistral, bellamente preparada, inevitable como la muerte y los impuestos. Anne-Marie reflexionó un momento y aceptó.

—… Sujeto siempre a lo que dije al principio de mi proyecto. Es necesario que todo el mundo vea que soy una persona independiente. Ninguno de los dos puede tolerar que haya murmuraciones, rumores de patronazgo o interés romántico entre usted y yo.

—No habrá nada de eso, se lo prometo.

—En ese caso, con mucho gusto accederé a su pedido.

—Bien. Será una ocasión muy especial. Prepararemos juntos la lista de invitados, y considere que nuestros huéspedes estarán viendo los cuadros como usted los vio la primera vez. Recuerdo que le impresionaron muy profundamente.

—También esta noche he experimentado la misma emoción. Por supuesto, ello tiene que ver con esta habitación, con su modo personal de distribuir los cuadros. Abrigo la esperanza de que podamos obtener lo mismo en la galería, por lo menos, no perder gran parte de ese efecto… lo cual me lleva a otros asuntos. El catálogo está en marcha. El taller de grabaciones artísticas me ha ofrecido un buen precio por la producción. Pero lo que necesito es material biográfico y personal acerca de la propia Madeleine. Si queremos acallar la historia del crimen, es necesario que yo disponga de material distinto para ofrecerlo al periodismo. Además, la personalidad de Madeleine está tan marcada en sus obras que los compradores y el público querrán saber todo lo posible acerca de ella.

Bayard se movió incómodo en su silla. Se sirvió más vino y lo bebió de un trago.

—Lo que el periodismo quiere y lo que yo deseo son dos cosas distintas.

Anne-Marie trató de calmarlo.

—Sé que este es probablemente el aspecto más doloroso de todo el proyecto. Si usted cree que está en condiciones de hablar conmigo, podemos trabajar aquí, de forma discreta, con un magnetófono. Si eso es demasiado difícil, tal vez existan notas, diarios, incluso material publicado que yo pueda usar… Pero usted comprende cuál es mi problema.

—Lo comprendo. —Bayard estaba recobrando el dominio de sí mismo—. Créame, estoy avergonzado de mi fragilidad; lo que sucede es que no podría soportar una sesión de preguntas y respuestas, ni siquiera con usted, querida. Lo que en verdad prefiero es una biografía breve y condensada. La prepararé para usted. En mi opinión, las obras de Madeleine dirán todo lo que ella deseaba que se supiera acerca de su persona. ¡Por favor, confíe en mí en este asunto!

—Por supuesto, será como usted desea. Pero necesito responder a una pregunta, porque la Prensa me interrogará. ¿Por qué Madeleine no expuso mientras vivió?

—Nunca confió bastante en su talento.

—¿Y usted, que era su esposo?

—Jamás pude convencerla de que adoptara una actitud diferente.

—Es muy lamentable.

—Más lamentable de lo que usted imagina. —Bayard habló con voz helada—. Durante mucho tiempo la felicidad nos fue negada. No tuvimos la oportunidad… de reconstruir nuestra relación. Pero todo eso es cosa del pasado. Lo que ahora ansío es empezar de nuevo.

Era un terreno peligroso. Anne-Marie no se atrevió a permanecer allí, y un Bayard melancólico era más de lo que ella podía soportar.

—Entonces, dejemos así el asunto. Gracias por la espléndida cena y por la ayuda que me prestó en la evaluación de las obras. Imprimiré la biografía exactamente como usted me la envíe. Le haré llegar el texto del catálogo, para contar con su aprobación, y aún tenemos que fijar el momento en que vendrá el fotógrafo. Por supuesto, yo lo acompañaré.

—Querida, usted siempre es bien venida aquí. Ya lo sabe.

—Gracias, Edmund. Por favor, ¿puede llamar un taxi?

—Miguel la llevará. —Quien ahora hablaba era el imperioso Bayard de costumbre—. Detesto las despedidas prolongadas. Abrigo la esperanza de que llegará el momento en que serán innecesarias.

La tomó en sus brazos y la besó en los labios.

Ella no se resistió, pero su reacción fue fría y desapasionada. Bayard no hizo comentarios. Llamó a Miguel, que descendió a la calle con Anne-Marie en el ascensor y en silencio la llevó a su casa.

Ya en el apartamento, Anne-Marie permaneció una hora en un baño caliente, tratando de aliviar la tensión de sus músculos; pero no pudo eliminar la idea que se aferraba de forma tenaz a ella: o Lebrun o Bayard le habían mentido. Lebrun era un hombrecito complicado, que se sentía un poco ofendido porque no se le había ofrecido la oportunidad de continuar negociando la obra de Madeleine. Por otra parte, era un entusiasta que amaba la pintura, respetaba el talento y sin duda había gozado de la confianza de Madeleine Bayard.

El marido de Madeleine era un hombre herido, torturado por el sentimiento de culpa, inclinado más bien a rechazar el recuerdo de su esposa que a perpetuarlo. Y además estaba el problema real: con pasos lentos y cuidadosos él estaba colocando a Anne-Marie Loredon en el lugar de Madeleine.

El primer acuerdo, sencillo y comercial, estaba convirtiéndose en otra cosa, en una suerte de fideicomiso, en una responsabilidad personal con los vivos y los muertos.

Pese a toda la fragilidad de sus sentimientos, Bayard era un manipulador frío de personas y situaciones, y en su fuero interno ardía la cólera, como el fuego de una forja, a veces amortiguado pero esperando solo el primer golpe de los fuelles para estallar en llamas. Le dolían un poco las partes en que él la había apretujado con los brazos. Los labios de Anne-Marie aún sentían el pinchazo de la barba incipiente alrededor de la boca de Bayard. Incluso así,

ella no podía jurar que ese hombre le desagradaba, o que siempre lo rechazaría.

Max Mather había decidido pasar la velada en casa, dedicado a evaluar lo que había logrado hasta ese momento, y a trazar su estrategia futura. En primer lugar, y lo que era más importante, ahora se encontraba de lleno «en la profesión». Tenía una identidad definida con toda claridad.

Contaba con un historia. Poseía capital y un ingreso. Tenía amigos y colegas que responderían por él. Contaba con representación legal a ambos lados del Atlántico. Se comportaba con la humildad apropiada, porque era el muchacho nuevo del pueblo. No había enredos emocionales; una experiencia poco corriente y a veces inquietante, porque comenzaba a comprender con cuánta rapidez la codicia y la ambición podían amortiguar la pasión sexual. Dejaban muy poco tiempo para la charla íntima, y muy escasa inclinación a cultivar relaciones nuevas.

Con respecto al futuro las prioridades eran claras. En primer lugar, tenía que autenticar las obras de Rafael. Contaba con la publicación en Belvedere y las investigaciones de Harmon Seldes para conseguir que salieran a la luz las posibles copias. Su objetivo fundamental era llevar a Nueva York a Tolentino, para pedirle que examinase las obras y formulase su propio veredicto experto. Pero antes de eso, mucho antes, debía afirmar una presencia en Europa, como había hecho en Nueva York. Necesitaba tener amigos, aliados, relaciones en distintas zonas. Estaba trabajando sobre una lista de tratantes y subastadores suizos, cuando sonó el teléfono.

—¿Señor Mather? Danny Danziger. Tengo su regalo y su nota. Lo llamo para darles las gracias.

Las dos cosas eran innecesarias. Yo fui quien se comportó mal. El camafeo es muy bonito, pero realmente creo que no puedo aceptarlo.

—¡Por favor! Me molestaría que no lo aceptara. Es una chuchería agradable, la reproducción moderna de una obra antigua que está en el museo de Florencia, se denomina las dos cortesanas.

—¿Usted colecciona estas cosas?

—No. Soy un comprador ocasional que tiene buen ojo para las cosas exóticas. Desearía que se lo quedara. Digamos que es la confirmación de nuestra tregua. Tendremos que vernos con frecuencia.

Estoy seguro de que ambos deseamos una relación discreta y profesional.

—Señor Mather, sea usted lo que fuere, una mujer le enseñó modales muy elegantes. Gracias de nuevo y buenas noches.

Regresó a su trabajo, divertido y satisfecho. Era otra pequeña victoria, un posible enemigo convertido en aliado. En el camino solitario que él había decidido recorrer, incluso un desconocido que lo acompañase parte del tiempo era un encuentro feliz. Ahora tenía una vía de acceso a la red de colaboradores e informantes de Harmon Seldes.

Poco después, el portero llamó desde el vestíbulo. Un chófer de Carey Cadillac traía un mensaje urgente. Debía entregarlo en mano. Consistía en una nota y una cartera cerrada, consignada por el señor Hugh Loredon, que había partido esa noche misma desde el aeropuerto de Kennedy, en vuelo a Europa.

La nota era muy breve.

> Estimado Max:
>
> La combinación de la cerradura es 6543. Lea lo que hay dentro. Después, decida cuánto debe saber Anne-Marie. Tendrá que decírselo. Yo no puedo. Me comunicaré desde Europa. Para mí este es un viaje importante.
>
> Con mis mejores saludos.
>
> **HUGO**

La primera reacción de Mather fue un sentimiento de cólera contra Hugh Loredon. Ese hombre era un tramposo de primera, que esquivaba las responsabilidades más fundamentales. Mather prefería no saber si además era otras cosas. Por lo menos, ahora no. Introdujo la nota en el sobre y guardó este en su diario. Después, depositó la cartera en el armario de su vestíbulo, ordenó sus papeles y comenzó a prepararse para dormir. Estaba cepillándose los dientes cuando de nuevo sonó el teléfono. Era Anne-Marie. Su voz sonaba temerosa y angustiada.

—Max, está sucediendo algo extraño. He regresado hace una hora de la cena con Ed Bayard. Su chófer me ha traído a casa. Un poco más tarde, un Ford verde bastante abollado ha entrado en la calle y se ha estacionado casi frente a mi apartamento. Todavía está allí, con el conductor sentado en el interior. El mismo coche ha estado aquí otras noches, cuando he llegado tarde a casa. Pero sobre todo esta noche tengo miedo.

—¿Por qué esta noche?

—Supongo que estoy fuera de mí. Edmund Bayard trató de definir la situación. El asunto es cada vez más grave.

—¡Por Dios, querida! Eres una mujer adulta. Sabes cómo evitar las complicaciones. ¿Qué demonios has estado haciendo en su casa?

—Hemos fijado los precios de los cuadros. Trabaja durante el día, de modo que hemos tenido que reunirnos por la noche. No podía negarme. No deseaba inquietarte, pero tenía que hablar con alguien. ¿Crees que debería llamar a la Policía?

—Todavía no. Siéntate y sintoniza el último programa. Llegaré en pocos minutos. Dos timbrazos dobles. No permitas la entrada a nadie más.

—¡Max, eres un ángel!

—Estoy muy cansado e irritado. Sé buena conmigo. ¡Hasta luego!

Diez minutos más tarde Mather estaba en la calle, vestido con ropa de gimnasia, corriendo por la Avenida Madison. Identificó el Ford, y pasó corriendo junto al vehículo, en dirección al parque, y después volvió sobre sus pasos y golpeó el cristal de la ventanilla. El hombre acurrucado detrás del volante se irguió y lo miró, sobresaltado y hostil. Mather le indicó con gestos que abriese la ventanilla. El hombre descendió el cristal apenas un par de centímetros, y preguntó:

—¿Qué quiere?

Mather le dirigió una sonrisa amplia y cordial.

—¿Usted es el hombre del señor Bayard?

—No sé de qué demonios está hablando.

—En este caso, lamento haberle molestado. Tengo un mensaje para un investigador empleado por el señor Edmund Bayard, el abogado. Me han dicho que estaba vigilando en esta calle, y que conducía un Ford verde.

—Ya lo ha encontrado. ¿Cuál es el mensaje?

—Me han dicho que le pida la identificación antes de comunicarlo.

De mala gana, el conductor rebuscó en su bolsillo y extrajo una tarjeta sucia. Mather la examinó un momento y después la devolvió.

—Gracias. El mensaje es que usted interrumpa ahora la vigilancia y por la mañana llame a su oficina al señor Bayard para recibir nuevas instrucciones.

—Me va bien. Puedo aprovechar las horas de la noche.

Mather esperó hasta que el automóvil se apartó del cordón y se dirigió hacia Madison. Después, cruzó la calle e hizo dos llamadas dobles a la puerta de Anne-Marie. Sin perder tiempo, fue directo al grano y le exigió una información completa acerca de la velada con Bayard.

Ella le habló de su visita a Lebrun, de la afirmación del francés en el sentido de que Bayard había impedido que Madeleine expusiera su obra. También le expuso la versión de Bayard, de acuer con la cual él nunca había logrado que su esposa tuviera confianza suficiente en sí misma.

—Y otra cosa, Max, tengo la sensación constante de que está moviéndome como una pieza de ajedrez en su propio juego. Para despedirme me ha tomado entre sus brazos y me ha besado. Me he sentido como un cubito de hielo, pero eso no le ha importado. Dominaba la situación. Me ha dejado ir sin pronunciar palabra. Y eso me ha asustado tanto, que he tenido que llamarte. Y ahora descubro que en cierto modo me vigila, como si fuera una criminal o una esposa descarriada. No puedo tolerarlo…

—No necesitas tolerarlo.

—¿Qué puedo hacer? Max, tú no lo conoces. Tiene un carácter muy… dominante. Asume el control de todas las situaciones. Sin duda, es lo que hizo con su esposa. Y eso es lo que ella expresa en sus cuadros… el sentimiento de hallarse enjaulada, el ansia de liberación.

—Lo que deberías hacer es cortar con él ahora mismo.

—Max, sabes que no puedo hacer tal cosa. Hemos firmado un contrato. He basado todos mis planes en ese proyecto.

—En tal caso, te diré lo que harás. Estás irritada y avergonzada. Tu vida privada ha sido invadida y violada. Escribe diciéndole eso. Le dices que necesitas mantener la relación futura con él en un plano de formalismo comercial. En resumen, define un límite absoluto. Escribe la nota ahora mismo, mientras estoy aquí. Yo mismo la entregaré en la oficina de Bayard a primera hora de la mañana. Entretanto, llamaré yo mismo a ese hijo de perra. Dame el número de su casa.

Mather marcó el número que ella le dictó y esperó hasta que oyó la áspera respuesta de Bayard.

—¿Qué demonios es esto? ¿Sabe qué hora es?

—Habla Max Mather. Estoy en el apartamento de la señorita Loredon. Usted encomendó a un hombre la tarea de vigilarla. Se llama Lou Kernsak, de la Agencia de Investigadores KNK. Se estacionó varias noches frente al apartamento que ella ocupa. La señorita Loredon está atemorizada y nerviosa. Me ha llamado. He hablado con Kernsak. Le he dicho que tenía un mensaje de usted mismo. Me ha dado su nombre y su tarjeta. Lo llamará por la mañana para recibir nuevas instrucciones. Señor Bayard, cancele ese encargo o tendrá problemas graves.

—Señor Mather, no puedo explicarle cuánto lamento este incidente, pero hay una explicación perfectamente simple.

—¡Guárdesela! ¡Limítese a escuchar! Lo que la señorita Loredon decida hacer respecto de esto es asunto que solo a ella le concierne. Yo le aconsejaría que corte todo vínculo con usted y le entable juicio utilizando todos los

motivos posibles. Y solo para que usted complete su archivo con los datos de la vigilancia de esta noche, le diré que he llegado aquí a las 23.20, respondiendo a la llamada de la señorita Loredon, y que pasaré aquí la noche para comprobar que no hay otras molestias. Buenas noches, señor Bayard.

Cortó la comunicación y se volvió hacia Anne-Marie.

—¿Tienes bebidas aquí? Creo que ambos necesitaremos un trago.

Mientras bebían, Mather le relató su conversación con Hugh Loredon. Anne-Marie meneó entristecida la cabeza.

—No me sorprende. Mi padre solía perseguir a las mujeres. Eso es lo que destruyó su matrimonio con mi madre. Pero por qué no podía decírmelo es algo que me parece incomprensible.

Nunca se mostró reticente con sus restantes relaciones… Entre ellas la que tuvo con una de mis amigas.

—Esta vez —observó Mather con voz firme—, se trata de un asesinato… y de un marido celoso que es un hombre muy influyente en el mundo del arte. Además, Hugh fue interrogado por la Policía en relación con el asesinato. Como ves, una confesión bastante complicada para hacerla a su propia hija. Además, después del episodio de esta noche empiezo a creer que puede tener razón acerca de Bayard.

—En eso, no sé que pensar. Estoy de acuerdo en que debería poner un límite infranqueable. No puedo perder el estudio porque el contrato ya está firmado. Pero si él desea cancelar la exposición, no valdría la pena enredarme en una disputa.

—No perderás la exposición —dijo Mather con voz enfática—, porque Ed Bayard no puede perder imagen. Tiene que hallar una excusa que nos calme a los dos: a ti, porque tiene mucho interés en tu persona, y a mí, porque soy un testigo ocular de la locura que acaba de cometer.

—Pero ¿qué excusa puede ofrecer?

—No intentes adivinar. Esperemos y ya se verá. Ahora, siéntate frente a la mesa y escribe esa nota. Que sea breve, en un tono ofendido e irritado.

Cuando ella comenzó a escribir, Mather se dijo que también él estaba engañándola. Nada había dicho de la cartera ni del súbito viaje de Hugh Loredon a Europa. La verdad era que Mather necesitaba tiempo y un poco de soledad para percibir qué era exactamente lo que Hugh Loredon le había traspasado, y también debía tener libertad para negar, si era necesario, que él jamás hubiese visto nada de todo eso. El asesinato de Madeleine Bayard era todavía un caso abierto, y tan pronto se anunciase la exposición se renovaría la investigación. La Prensa formularía preguntas, Policía respondería con un

gran despliegue de actividad y el antiguo temor del crimen por imitación estaría en la mente de todos, incluida la suya propia y la de Anne-Marie.

Esta era una cara del problema. La otra era que cada encubrimiento y cada verdad a medidas erosionaba otra parte de la relación entre ambos, la dejaba un poco más aislada en un mundo hostil.

De modo que cuando ella terminó su carta, Mather había decidido revelarle los últimos hechos.

—Esta noche, poco antes de que me llamases, ha venido un mensajero mandado por tu padre, quien poco después se ha ido de viaje a Europa. El mensajero me ha entregado una nota y una cartera. La nota se limitaba a autorizarme a decirte lo que acabas de oír. No sé que hay en la cartera y tú no debes enterarte, en el supuesto de que la Policía te interrogue. Mi situación es distinta. No mantengo una relación directa en el tiempo o por referencia con el episodio mismo en cuestión… ¿Entiendes lo que estoy diciéndote?

—Sí, entiendo. Te lo agradezco, y te advierto que ya he asimilado más de lo que puedo soportar en un día.

—Permíteme leer la nota que has escrito a Bayard. Le sorprendió la vehemencia de la protesta de Anne-Marie.

> … Me siento terriblemente aturdida por el hecho de que usted, un abogado respetable, haya cometido tan grosera invasión de mi intimidad. No soy su esposa.
>
> No soy su amante. Soy la inquilina de un edificio de su propiedad. He firmado un contrato que me obliga a exponer las obras de su esposa fallecida.
>
> No puedo imaginar por obra de qué derecho o de qué ficción se atreve usted a pagar a un espía con el fin de que le informe acerca de mis movimientos. Pienso pedir asesoramiento legal para protegerme de nuevas actitudes del mismo género.
>
> Entretanto, reservo todos mis derechos a reclamar reparación por esta violación intolerable.
>
> **ANNE-MARIE LOREDON**

—Está muy bien —dijo Max Mather—. Ahora, acuéstate. Permaneceré una media hora, y después iré caminando a mi casa.

—Pero dijiste que permanecerías aquí.

—Mera propaganda para engañar al enemigo.

—Por favor… Desearía que te quedes. ¡Manhattan es un lugar muy solitario cuando uno tiene miedo!

CAPÍTULO VI

La mañana siguiente, cuando salió del apartamento de Anne-Marie, Max Mather entró en una farmacia y compró dos pares de guantes de goma.

Cuando llegó a su apartamento, conectó el contestador automático del teléfono, se puso los guantes de goma, retiró del armario la cartera de Hugh Loredon y desplegó el contenido, pieza por pieza, sobre la mesa del comedor.

Había tres diarios, encuadernados con cuero y cerrados con un broche de metal. Asimismo, había media docena de cuadernos de bocetos in octavo, dos cuadernos de ejercicios para niños con notas, estudios y diagramas, y tres pilas de cartas aseguradas con cinta rosa rojiza.

La escritura de los diarios y los cuadernos era pequeña, bonita y clara como la de un calígrafo.

Mather, que había pasado una parte considerable de su vida examinando manuscritos históricos, se sintió al instante seducido por la sencilla belleza de las páginas. Los bocetos —con pluma y tinta, lápiz o pincel, algunos coloreados y otros no— tenían la misma fluidez curvilínea, la misma seguridad y economía de línea que la escritura misma. Se sintió tan impresionado por el primer impacto rítmico de las páginas, que por un momento perdió de vista el contenido.

De pronto, la cosa lo golpeó. Estaba contemplando una serie completa de narraciones eróticas, la línea y el color ejecutados de manera meticulosa pero alegre. Mather estaba familiarizado con la pornografía, antigua y moderna; también estaba familiarizado con todos los matices del acto sexual: triunfal, violento, tierno, perverso, destructivo. Pero aquí, el tono dominante era la alegría, orgiástica y exultante…

De pronto, percibió algo más. Las figuras y las caras y los atributos físicos habían sido observados con suma atención: se trataba de imágenes de personajes reales en un relato que se desarrollaba. Una figura báquica, repetida de forma regular, sin duda correspondía a Hugh Loredon.

Otra tenía una sorprendente semejanza con Danny Danziger. Nunca aparecía un personaje que ni remotamente se asemejase a Edmund Bayard, pero la mujer que estaba en el centro de cada episodio tenía que ser la propia Madeleine.

Los cuadernos eran documentos profesionales en el sentido amplio del término: observaciones acerca de la obra de otros artistas, rápidos recordatorios de composiciones poco usuales o armonías cromáticas, una oración o dos en una escena entrevista en un subterráneo, ilustrada por un rápido boceto realizado con lápiz. También aquí había temas eróticos, pero apenas tenían un carácter ocasional. Este era el vademecum de un artesano, en el que los objetivos principales del registro eran el objeto tal como se ve, la visión extrapolada del objeto, los medios de alcanzar y registrar la visión.

El propio Mather había recibido una excelente formación, y tenía que admirar la rigurosa disciplina gramatical que Madeleine Bayard se había autoimpuesto. La fluida gracia de sus bocetos era un triunfo conquistado con esfuerzo. No podía evitar el pensamiento de que ese material podía ser muy valioso como introducción a las obras expuestas y como interpretación de las mismas. Se preguntó de modo distraído qué haría Bayard si de pronto estos elementos aparecieran en el catálogo.

Y entonces, lo asaltó un pensamiento distinto y más sombrío. Si Bayard conocía la existencia de este material, tenía un motivo evidente para asesinar. Si solo sospechaba su existencia, había buenas razones que lo inducían a entregar un edificio tan limpio, con los pisos pulidos, y una primera capa de pintura en las paredes. Primero había revuelto el edificio para encontrar el lugar en que se ocultaba el material… Mather cerró los cuadernos de bocetos y orientó su atención hacia los diarios.

No eran crónicas de hechos, sino el registro de una vida interior, una narración realizada sin cálculo ni restricciones. La franqueza y la intensidad del sentimiento que esas páginas manifestaban en verdad eran asombrosas. De la página surgían frases acerbas…

Poseo el talento de mostrar maravillas, pero vivo en una ciudad de ciegos.

Lo que Edmund ha aprendido del derecho no es la justicia sino la tiranía, y la medida de su tiranía está en que, a pesar de todo lo que me hizo, aún me siento obligada a amarlo.

Ninguno de los hombres que dicen amarme tiene fuerza suficiente para liberarme. ¿O quizá desean verme cautiva, porque la joven esclava está mejor entrenada y tiene menos responsabilidad que la que es libre?

Hay una vena de locura en mi marido. Pero lo terrible es que él la reconoce, la alienta y la evoca a voluntad, como un demonio conocido… Imagino que uno podría decir que yo también estoy loca; pero la mía es una locura feliz, el encuentro voluntario de los cuerpos, un sueño colmado de imágenes luminosas.

Cuando muestro mis telas a Hugh o a Louis o a René, los aburro. Ven solo mi cuerpo y piensan únicamente en el placer que les deparará.

Al tiempo que su mirada recorría la hermosa caligrafía —sin una sola mancha ni una raspadura— Mather se sentía lanzado, como una cáscara de nuez en una corriente marina, entre bajíos y oleadas de sentimientos antagónicos: compasión, indignación, ansia sexual, la maravilla del misterio de esta mujer, que rogaba desde la tumba y sin embargo, en realidad no estaba rogando.

Sencillamente se expresaba, como si escribir, dibujar y pintar fueran por sí mismos un sacramento reparador.

Mather se sentía demasiado turbado para leer a las cartas. Podían esperar hasta que él hubiese identificado a los autores, utilizando los diarios, las notas o los cuadernos de bocetos, o los tres materiales. Volvió a introducir los papeles a la cartera y los guardó otra vez en el armario de la sala.

A continuación, se quitó los guantes de goma, se preparó café y un bocadillo de queso y se sentó para meditar sobre el asunto.

Ante todo, reconoció la habilidad de Hugh Loredon. El hombre era un perfecto artista de la intriga. En una sola mañana había encomendado a Mather el cuidado de Anne-Marie, le había entregado pruebas embarazosas y peligrosas acerca de un asesinato, y se había ido del país. Ahora Max Mather era de hecho el responsable de todo lo que sucediera. Loredon le permitiría representar ese papel, hasta que le conviniese volver a escena. Por otra parte, él podía negar que supiese algo.

Max Mather, cuyos propósitos exigían un plan perfecto, se vería en dificultades para demostrar lo contrario.

Ahora bien, siempre había una contramaniobra, una trampa para retribuir al tramposo, y esta atraía intensamente a Mather…

Anne-Marie se disponía a presentar al mundo a un talento nuevo, hasta ese momento desconocido. Si la exposición tenía éxito, el precio de las obras de Madeleine Bayard se elevaría de forma inesperada. Los biógrafos y los investigadores competirían por el material acerca de su vida.

Los tratantes de arte pagarían elevados precios por los autógrafos, las cartas y sobre todo los bocetos y los estudios gráficos…

Y bien, ahí estaba Max Mather, con una cartera repleta de material autógrafo de escandaloso valor, y una espléndida serie de materiales eróticos que podían canalizarse hacia el mercado clandestino. Por lo tanto, la estratagema era obvia: llevar esas cosas a Europa, guardar los originales en una caja de seguridad de Artifax y obtener copias fotostáticas como cebo para los compradores acaudalados. Y con respecto a Hugh Loredon, podía ir a pasear por Times Square, mientras imaginaba el modo de demostrar su derecho a un material que ante todo no hubiera debido ocultar, y en todo caso jamás habría tenido que traspasar a Max Mather.

No obstante, había otros personajes en el drama; y el papel de cada uno exigía cierta definición crítica. En primer lugar, estaba él mismo, Max Mather, que había regresado a la patria desde el exilio y apenas comenzaba a gozar de respetabilidad y comodidad. Max Mather tenía dos obras de Rafael, es decir, dos retratos y un conjunto de dibujos, y necesitaba llevarlos al mercado sin provocar escándalo. De ningún modo podía poner en peligro el objetivo supremo, o siquiera incurrir en expresiones de retorcido humor.

Después, estaba Anne-Marie Loredon, compañera y amiga de los buenos tiempos en Florencia.

Era valiente y ambiciosa, pero estaba aprendiendo en la dura escuela de la realidad que no había almuerzos gratuitos y que en el mundo del comercio los amigos formaban un grupo muy reducido.

Lo cual llevaba al problema del propio Bayard, el abogado cuya esposa descarriada había sido asesinada por persona o personas desconocidas, pero cuyo testimonio póstumo, si alguna vez llegaba a manos de la Policía, podía poner a Bayard en el banquillo de los acusados. Y sin embargo, sin embargo… ¿qué influencia podía ejercer el testimonio de Madeleine? ¿Qué decidiría el jurado, entre la locura imputada al marido y la locura confesada por la esposa? Pero había otro interrogante, más sencillo e inmediato: ¿qué haría Bayard, si sabía que Max Mather era el depositario actual de los documentos de su esposa? Se vería en dificultades para reclamar legalmente el material. ¿Se sentiría bastante seguro de su inocencia para informar a la Policía y obligarla a recuperar los papeles? ¿Quizás estaría dispuesto a matar para recuperarlos?

Como si intentase responder a ese interrogante, el teléfono sonó. Era Edmund Bayard. Fue derecho al asunto.

—Señor Mather. Me turbó mucho nuestra conversación de anoche. Al reflexionar, comprendí que había cometido una grave tontería; pero no lo hice sin cierto motivo. Usted mismo me dijo que una mala publicidad acerca de la

exposición podía provocar un interés mórbido y conducir a una repetición del crimen por vía de la imitación. Quise proteger a la señorita Loredon, no entrometerme en su vida. Me equivoqué de medio. Mi única excusa es que todavía vivo a la sombra del trágico fin de mi esposa. Estoy escribiendo a la señorita Loredon para manifestarle mi pesar, y le llamo a usted para agradecerle la firme defensa que usted hizo de sus intereses, y mi propio respeto personal en vista de la rapidez con que reaccionó.

—Señor Bayard, esta actitud es muy cortés de su parte. La aprecio, y estoy dispuesto a olvidar el incidente.

—Por desgracia, para mí no será fácil olvidar. La señorita Loredon me escribió una nota de protesta muy enérgica. Comprendo sus sentimientos. Los acepto. De todos modos, creo que es una situación muy lamentable, y le pido ayuda para contribuir a restablecer nuestra relación amistosa anterior.

—Me gustaría darle un consejo, con absoluta seriedad.

—¡Por favor! —Bayard era la expresión misma de la buena voluntad—. ¡Cualquier cosa! ¡Cualquier cosa, de veras!

—Haga precisamente como le pide Anne-Marie. Deje las cosas como están por un tiempo. Que haya cierta distancia entre ustedes. Que ella se dedique a organizar la exposición. Como usted sabe, es una tarea pesada. Anne-Marie recibirá de buen grado un poco de cooperación discreta, sin matices sentimentales. Créame, conozco a esta muchacha. Si hemos continuado siendo buenos amigos la razón es que aprendí a no apremiarla jamás. Le permití que recorriera su propio camino hacia una decisión…

—Señor Mather, aceptaré su consejo, y confío en que el cambio no tarde mucho tiempo en producirse… Muchísimas gracias. Otro asunto…

—¿Sí?

—Anne-Marie deposita mucha confianza en usted y en su juicio.

—Señor Bayard, a decir verdad no es así. Por lo que a mí se refiere, ella está segura de una sola cosa.

—¿Cuál es?

—De que no está en mis planes pedirle nada.

—Pero usted le pidió empleo.

—No es así. Ella me lo ofreció. Antes de que saliéramos de Florencia, me preguntó si estaba dispuesto a trabajar para ella. Me negué. El hecho es que la represento en Europa, pero conservo mi propia autonomía.

—Su sensatez me parece elogiable, señor Mather. Abrigo la esperanza de que un día seamos amigos. Gracias por su paciencia.

—No tiene nada que agradecerme, señor Bayard.

Cinco minutos después Mather se dirigió al centro para cumplir su cita con Leonie Danziger. La encontró despeinada y nerviosa, con un montón de textos frente a ella. La joven se zambulló en el trabajo.

—Aquí lo tiene… este es mi comentario y la combinación con el texto que usted me dio. Siéntese allí, y léalo con atención. Escriba al margen sus notas. Después, le mostraré una pequeña sorpresa…

Lo llevó a una silla y lo obligó a leer y corregir el texto. Mather tuvo que abrirse paso a través de una selva de marcas para el impresor y símbolos tipográficos, pero el esfuerzo valió la pena. El documento que ella había elaborado —extractos del texto básico de Mather, con las anotaciones agregadas por ella misma— estaba desarrollándose con rapidez, de forma clara y autorizada, a gran distancia de la primera versión, bastante torpe. Mather devolvió finalmente el montón de hojas depositadas sobre la mesa.

—El resultado final me enorgullece. Gracias.

—Me alegro de que le guste. Ahora, eche una ojeada a lo que hizo nuestro amo y señor, el gran Harmon Seldes. Tiene que reconocer por lo menos algo: cuando es bueno, es muy muy bueno… Contemple la distribución de las fotografías. Es lo que yo quería decir cuando afirmé que él aprovecharía este relato de un modo que usted ni siquiera soñó. Lea con atención.

Primero, había un editorial, firmado por Seldes. Anunciaba con frases elocuentes:

> … En este número nos enorgullece publicar extractos de una investigación muy notable del señor Max Mather, joven erudito norteamericano, que estuvo trabajando en condiciones de relativa oscuridad como archivero de una noble familia florentina. El trabajo se refiere a la economía doméstica de la región toscana a principios del siglo XVI. Compilado a partir de registros contemporáneos —los libros de cuentas del mayordomo de la propiedad, la correspondencia de la familia y los documentos comerciales— es un trabajo auténtico, informativo y entretenido. Los comentarios brillantes y esclarecedores realizados por la señorita Leonie Danziger han reducido el texto original a proporciones asequibles para los lectores de nuestra revista, sin perjuicio alguna para la continuidad del mismo.
>
> Sin embargo, debemos al señor Mather algo más que el texto. En los libros de cuentas del período descubrió la

referencia a un encargo de la familia Palombini al gran Rafael, esto es, dos retratos y un conjunto de dibujos destinados a un retablo. Reproducimos en el texto el facsímil de dichas entradas. Su autenticidad es indudable.

El señor Mather posee la modestia de un auténtico erudito. Conoce bien la pintura renacentista, si bien no es un experto en la materia. Su verdadera disciplina es la paleografía.

Por lo tanto, llegó a la conclusión de que la investigación del destino de las obras desaparecidas de Rafael debe confiarse a manos más competentes. Así, pues, se acercó a nosotros, a la revista Belvedere, en busca de consejo y orientación acerca del modo de proceder. Movido por su propia modestia, renunció a toda pretensión al mérito o la recompensa, y prometió su cabal cooperación de erudito en la tarea de buscar e identificar los cuadros desaparecidos, si en efecto han sobrevivido al paso de unos cuatrocientos cincuenta años.

Ahora nos complacemos en dar la bienvenida al señor Mather como editor ayudante de Belvedere y en recomendar a nuestros lectores este trabajo, el primero que le publicamos.

HARMON SELDES

Mientras él depositaba sobre la mesa la primera hoja, Danny Danziger le preguntó:

—Bien, ¿qué le parece, señor Mather?

Mather se encogió de hombros y sonrió.

—Es un hijo de perra que se da aires. Pero me suministra una referencia útil. Soy joven, y resulta agradable saberlo. Soy un buen erudito. Soy modesto, lo que significa que sé inclinar la cabeza ante mis mayores y mis superiores. ¿Qué más puedo desear?

—Lo que él quiere obtener para mí mismo… mucha fama y mucho dinero si se llega a descubrir el paradero de esas obras.

—Querida, eso no sucederá nunca. La pista se enfrió durante más de cuatro siglos. Está persiguiendo una quimera.

—¿Usted cree? Lea un poco más…

Mather encontró el lugar en el texto y continuó leyendo.

… En el supuesto de que las obras aún existan, ¿dónde podríamos hallarlas? La primera posibilidad, y la menos

> probable, es que estén acumulando polvo en un desván o colgadas en una villa ruinosa, sin que nadie las haya identificado. La segunda conjetura es que se encuentren en manos de uno de esos conocedores acaudalados pero discretos —griego, alemán, brasileño, mexicano, suizo—, cuyas colecciones son totalmente desconocidas para el público. Después, están los tratantes muy conocidos, las Grandes Figuras y los Señores de la profesión, cuyas posesiones en el área del gran arte son asimismo desconocidas, y que casi siempre negocian en secreto; gracias a un proceso milagroso logran mantener una gran existencia privada de obras maestras, y pese a todo disponer de un flujo de fondos suficiente para vivir como príncipes renacentistas…

—Está cubriendo todas las posibilidades, ¿no es cierto? —Mather tenía una expresión pensativa—. Apunta la idea de que las obras aún existen.

—Hace mucho más que eso. Arroja un cebo con el fin de tentar a los grandes tiburones que surcan el mar —los coleccionistas secretos— y los tratantes más poderosos, como Berchmans y compañía. Usted debe recordar que en su juventud Seldes intentó conseguir empleo con el viejo Berchmans, pero fue rechazado. El desaire no ha sido olvidado. Como usted sin duda recuerda, Berchmans seguramente está sentado sobre un lote de obras maestras de primera categoría más numeroso que el de otro tratante cualquiera del mundo. Sin embargo, hay una dificultad. El valor del arte aumenta día tras día, pero no es posible comerlo ni gastarlo… y cuando usted vende un cuadro, lo pierde para siempre, por supuesto, a menos que exista la oportunidad de que usted pueda representar la propiedad del comprador cuando él muere, y de que reanude el proceso de recirculación… Pero Seldes sabe que siempre existe la posibilidad de que Berchmans esté sentado ahora mismo sobre esos cuadros…

—Hablando con usted me siento como un campesino recién llegado a la ciudad. —… Ahora, observe las ilustraciones elegidas por Seldes. Retratos de Rafael: Isabel Gonzaga, Emilia Pía de Montefeltro, Magdalena Donni. Dibujos de Rafael: estudios para la Historia de la Madonna, para el Sueño del Calvario, para la Madonna de Terranova. Todas estas obras fueron realizadas durante el período 1504-1506. De modo que aquí tenemos un código de identificación que puede aplicarse enseguida a los cuadros si estos aparecen… Le advertí que nunca subestimara a Seldes.

Mather leyó de nuevo el artículo, y trató de imaginarse lo que parecería si se insertara en la secuencia sus propias fotografías. Finalmente, ordenó las páginas y las entregó a Leonie.

—Tiene razón. Aprovechó la información de un modo que yo nunca habría imaginado. ¿Cuánto tardará en imprimir este material?

—Estará listo el viernes. Después, vuelve a mis manos y yo corrijo las pruebas.

—¿Se ocupará de que yo reciba al mismo tiempo una copia de todos los materiales?

—Por supuesto. ¿Qué tiene en mente?

—Se lo explicaré después. Por favor, ¿quiere pasarme, el teléfono?

Ella le pasó el aparato Mather marcó el número de la revista y pidió hablar con Harmon Seldes.

—¿Harmon? Habla Max Mather. Estoy con la señorita Danziger. Acabo de aprobar el borrador de mi artículo, y ella tuvo la bondad de mostrarme su material. Desearía felicitarlo. Es un enfoque brillante, sin afirmaciones exageradas. Y resulta muy práctica la cita que se incluye del lugar que los posibles descubrimientos ocuparían en el catalogue raisonné. Me pareció una explicación muy clara… ¿quejas? Ninguna. Mi propio trabajo a menudo deja mucho que desear; de ahí que admire al hombre que da en el blanco la primera vez… Cambiando de tema por un momento. Usted conoce mi relación con Anne-Marie Loredon y su nueva galería. Bien, ahora que el trabajo acerca de Rafael ha sido ejecutado, me gustaría escribir un artículo acerca de la inauguración de la galería; la exhibición póstuma de Madeleine Bayard… Dadas todas las circunstancias, creo que podría ser un artículo importante… Bien. Me alegro de que apruebe la idea. De este modo siento que podré ganarme el sueldo. ¿Tiene inconveniente en que discuta el tema con la señorita Danziger? Imagino que usted querrá que ella supervise un poco mi material… al menos por un tiempo. Gracias… Adiós.

Levantó la mirada y descubrió que Danny Danziger lo estudiaba con expresión de desagrado, como si Max hubiese sido un espécimen bajo el microscopio.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! ¡Qué hombre tan zalamero! Seldes lo está explotando con todo descaro y usted le prodiga cumplidos.

Max Mather respondió con una sonrisa.

—Biretta in mano non fa mai danno.

—Usted olvida —le recordó con sequedad la joven—, que no hablo italiano.

—Un antiguo proverbio romano. Nunca perjudica acercarse al Papa con la gorra en la mano.

—No soy papista, de modo que eso no significa nada para mí. Pero me temo que no podré ayudarle con el artículo acerca de Madeleine Bayard. Tengo otros compromisos.

—Lo lamento; pero, desde luego lo comprendo. ¿Tal vez conoció a Madeleine Bayard? ¿Está familiarizada con su obra?

—La conocí de manera muy superficial. Se algo de su trabajo. No me interesa tanto que trabaje en eso.

—Me parece razonable. Entonces, intentaré hacerlo solo… y veré cuánto he aprendido de usted.

—Max Mather, ¿por qué no aprende de una vez? ¡Soy la última mujer en el mundo que necesita cumplidos!

—¿Sabe por qué sucede eso, Danny D?

—¡Dígamelo!

—Porque nadie le enseñó nunca a aceptarlos con elegancia… ¡Lo cual es una vergüenza! Ahora, ¿desea expulsarme de aquí, o me ofrecerá una bebida antes de que salga?

Media hora después, salió al ruidoso atardecer de Manhattan. Lo hacía enriquecido —¡o empobrecido!— por una nueva información: a saber, que Danny Danziger era una de las protagonistas del letal psicodrama de Madeleine Bayard. Mather podía permitirse el lujo de esperar la respuesta a todos los interrogantes que se originaban en esa sencilla idea. Por el momento, se alegraba del estrépito, el desorden y el ajetreo de los neoyorquinos que regresaban a sus hogares. La indiferencia de la multitud confería anonimato al propio Mather, lo resguardaba de los ojos cargados de curiosidad. También lograba que se sintiera desesperadamente solo, como si él hubiera sido la única persona afligida en su propio funeral.

En su buzón había cartas, y el portero le entregó un paquete. Se sirvió una buena copa y se sentó a revisar lo que había recibido: primero una nota del arquitecto, para aceptar el depósito de Mather y manifestar que supervisaría la construcción del estudio y del apartamento; después, una breve carta de Claudio Palombini.

> … quiero agradecerle la cortesía de su comunicación y decirle, con mucho pesar, que no puedo agregar nada a los hechos que usted ya conoce acerca de las obras de Rafael. Es evidente que fueron encargadas y entregadas a mis antepasados, pero nada puedo decirle acerca de su historia ulterior. Una

verdadera lástima, porque en este momento yo podría aprovechar el dinero que sin duda obtendría como resultado de la venta.

Pero, como su experiencia le confirmara, los Palombini siempre fuimos filisteos, que traficaban con objetos materiales: vino, aceite, cueros y artículos manufacturados. A veces fuimos compradores de cuadros, pero solo en ocasiones fuimos patronos de las artes. En realidad, su presencia aquí como erudito residente contribuyó a realzar nuestra reputación.

Tenga la certeza de que lo recibiremos con los brazos abiertos siempre que decida venir…

Afectuosos saludos,

CLAUDIO

El paquete era una sorpresa. Contenía un pequeño dibujo hecho a lápiz de un edificio en construcción. Estaba firmado y fechado: Boccioni, Milán, 1910. Una tarjeta acompañada al dibujo:

Una disculpa y una pequeña muestra de arrepentimiento por mi propia indiscreción profesional en relación con la señorita Loredon.

Estoy seguro de que usted conoce bien la obra de Boccioni. Tengo un retrato y un paisaje que de buena gana le mostraré cuando cenemos juntos…

EDMUND BAYARD

Mather se sintió desconcertado ante la audacia y el estilo del hombre. El dibujo de Boccioni —identificable como uno de los temas desarrollados con destino a La ciudad naciente— era lo bastante valioso como para sugerir una enmienda honorable, pero no tan costoso que pudiese parecer un soborno o un intento de corrupción. La elección del artista —un innovador futurista— implicaba una elegante deferencia a las relaciones italianas de Mather. La invitación a cenar era un toque hábil. No se indicaba una fecha, de modo que no era necesario adoptar una decisión inmediata. Mather se preguntó cómo había tratado Bayard su relación con AnneMarie. Llamó, y descubrió que ella estaba ansiosa por decírselo.

—… Hay una extensa carta explicativa… Estaba preocupado por mi seguridad… en fin, toda esa música. Mi casa está llena de flores. Hay una tarjeta que dice: «Pero el amor es ciego y los amantes no pueden ver, las bellas locuras que ellos mismo cometen». Está firmada E. B. Debió firmarlo W. S. Lo ha sacado de Shakespeare en el Parque.

—No me importa de dónde lo ha sacado. Ha aterrizado aquí con varios ramos de flores exóticas que valen por lo menos doscientos dólares. Y ahora estoy tratando de imaginar cuál es la mejor respuesta.

—¡Es muy fácil! Aplícale la misma línea retórica que él utiliza: «Señor, usted me dispensa un gran honor, pero mi corazón está a las musas dedicado… En resumen, en este mundo no hay ni una maldita posibilidad de que seamos amantes»… A propósito, tengo noticias para ti. Harmon Seldes ha aceptado publicar un artículo acerca de la exposición de las obras de Ma deleine Bayard.

—¡Max! ¡Es maravilloso! ¡Ese artículo favorecerá en gran medida la exposición!

—De modo que pregúntate, y después dímelo, qué hay que decir acerca de la mujer. Yo practicaré mis propias investigaciones, pero necesitaré todos los antecedentes biográficos disponibles. También necesito fotografías de las telas.

—Puedo llevarte a casa de Bayard y mostrártelas.

—Él ya me invitó a cenar, pero necesito las fotografías como referencia mientras trabajo.

—Lo arreglaré. ¿Algo más?

—Sí. Es evidente que el hombre está loco por ti; pero a mi juicio, está loco, y punto. De modo que toma una ducha fría y olvídalo. Buenas noches.

A pesar de las bromas y el tono juguetón que ellos usaban desde que habían pasado de amantes ocasionales a amigos más estables, Mather estaba preocupado. Bayard estaba convirtiendo en triunfo su propia derrota. Era imposible rechazar sus actitudes de arrepentimiento; y sería una locura que Anne-Marie convirtiese a un penitente poderoso en un enemigo ofendido.

De nuevo Mather estaba fatalmente comprometido por su interés personal. Estaba desarrollando una iniciativa paradójica: organizar un comercio legal a partir de un acto de moralidad dudosa. Él menos que nadie podía permitirse el lujo de tener enemigos o detractores. Debía ser el amiguito de todo el mundo. Solo podía esperar que la red de verdades a medias que lo sostenían no se desgarrase y lo enviase al fondo de un pozo.

Capítulo VII

Cuarenta y ocho horas después recibió una llamada de Leonie Danziger, que le espetó un discursito frío y bien ensayado.

—¿Max? Le llamo para decirle que he cambiado de idea acerca del asunto Bayard. Le ayudaré a recoger material. El dinero me irá bien. Y usted, por su parte, puede aprovechar mis conocimientos… Ya le he enviado las pruebas de su artículo acerca de la economía doméstica toscana y del artículo de Seldes referente a Rafael, seis ejemplares de cada uno. Belvedere pagará los gastos.

—Muy amable por su parte. Gracias.

Llamó a Bayard a su oficina, le agradeció el boceto de Boccioni, pero dijo que no podía aceptarlo.

—… El lugar apropiado es la colección que usted posee. De todos modos, con mucho gusto cenaré con usted. Necesitamos hablar a solas acerca de la exposición. Seldes me encargó un artículo relacionado con la inauguración, para Belvedere. Necesito ver los cuadros y tener una idea de la personalidad de la artista. Cuanto antes lo haga, mejor.

—¿Le va bien el jueves? —Bayard habló con firmeza, pero en tono cordial.

—Muy bien.

—Entonces, quedemos de siete a siete y media, en mi apartamento. Cenemos solo nosotros dos…

—Muy bien, el jueves.

—E insisto en que conserve el Bocciardi. No quiero discusiones. Adiós.

A fin de prepararse para la velada, Mather se pasó un día entero en la Biblioteca Municipal, leyendo las noticias periodísticas del asesinato de Madeleine Bayard. También leyó algunas cosas acerca de Bocciardi y los futuristas, y copió la entrada biográfica del Quién es Quién acerca de Edmund Justin Bayard. Finalmente, llamó a Anne-Marie, pero descubrió que Bayard ya se había comunicado con ella.

—… Está muy complacido porque aceptaste su invitación. La idea de que Belvedere publique un artículo le atrae. Cree que tu amistad y tu buena voluntad son importantes. ¿Me informarás de los resultados de la cena?

—Por supuesto. Pero creo que es más importante saber cuáles son tus relaciones actuales con él. ¿Qué hiciste con las flores?

—Más o menos lo que me indicaste: le agradecí la idea, le dije que con mucho gusto continuaría nuestra asociación, pero que no podía aceptar ningún género de expresión emocional.

—¿Lo entendió?

—Digamos que no discutió. No estoy muy segura de que haya entendido mucho. Pero ahora me considero en mejores condiciones para afrontarlo.

—Pregunta: las telas que tú expones, ¿están todas en la casa de Bayard?

—Sí.

—¿Qué me dices de la miscelánea… bocetos, notas, obras inconclusas, distintos proyectos?

—Además de las obras principales, hay unos setenta bocetos y estudios, y también los expondremos. Si hay más, en todo caso Bayard no me lo ha enseñado. Le pregunté acerca de los escritos. Me ofreció una respuesta imprecisa. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque es el tipo de miscelánea que podría adornar muy bien un artículo. De todos modos, le preguntaré sobre el tema durante la cena. ¿Cómo va el estudio?

—El lugar es un terrible desorden, pero los fontaneros y los albañiles se ajustan al calendario. El arquitecto ha hallado exactamente la luz que necesitamos… Oh, y también han avanzado mucho con tu apartamento privado. Deberíamos ir juntos a echarle una ojeada.

—Eso haremos… pero después de mi cena con Bayard. Es extraño, siento que en verdad necesito prepararme para ese encuentro…

—No te equivocas. No te podrás enfrentar a ese hombre sin apelar a todos tus recursos. En ciertos momentos, Bayard exhibe todo el encanto del mundo; un instante después puede mostrarse frío y formidable…

Todo lo cual determinó que Mather se sintiese tan nervioso e inquieto como un alumno que se acerca al momento de una prueba oral ante un tribunal. Cuando llegó el momento, se sintió totalmente desarmado. Él y Bayard enseguida comenzaron a usar los nombres de pila. La comida fue excelente, los vinos verdaderamente selectos. Bayard se mostró tranquilo y franco, un conversador reflexivo y también buen oyente, que sabía obtener de un huésped el mejor comportamiento. Se mostró modesto acerca de su propia

colección y muy elocuente cuando se refirió a las obras de Madeleine. Agradeció de forma efusiva el artículo para Belvedere, pues dijo que sería muy beneficioso. Cuando llegaron al café y el *brandy*, Mather confiaba en la posibilidad de una discusión provechosa. Preguntó:

—¿Está preparado para escuchar mis preguntas?

—Creo que sí.

Mather extrajo un pequeño magnetófono para grabar y lo depositó sobre la mesa, entre los dos.

Explicó:

—Podemos borrar cualquier cosa que usted no desee que quede registrada. Necesito de usted tres clases de información. La primera es para el artículo de Belvedere. Se trata de los antecedentes profesionales y técnicos, la disposición mental de la artista, ese tipo de cosas. La segunda es el material destinado a la Prensa popular, es decir, la biografía, las murmuraciones, los nombres, las celebridades a las que se invitará. La tercera contribuirá a la refutación, en el caso de que los rumores difundidos por la Prensa amarilla durante la época de la muerte de su esposa se repiten ahora.

Bayard se puso al instante en guardia.

—¿Rumores? No sabía que hubiese ningún tipo de rumores.

—Es comprensible. Usted estaba muy angustiado. Probablemente hizo lo que hacemos todos: leyó a medias los diarios y excluyó todos los aspectos desagradables. Ese es el tipo de cosas a las que me refiero… —Repasó su cuaderno de notas—. Esto viene del New York Post: «Madeleine Bayard, una mujer bella y con talento, tenía muchos amigos entre la gente marginal del Soho. Los detectives de homicidios no excluyen la posibilidad de un crimen pasional». Tan pronto se anuncie la exposición, este articulito cobrará nueva vida. Tal vez un par de nombres aparezcan en una columna de murmuraciones: «En un tiempo hubo un vínculo romántico…», ese tipo de cosas. Alguien puede aparecer con un boceto o una carta. Usted sabe que la Prensa amarilla paga bien por esa clase de cosas… ¿Cómo respondemos los responsables de la galería?

—No contestan —respondió con sequedad Bayard—. Lo dejan correr. Si me calumnian, y creo que puedo ganar el juicio, acudo a los tribunales. En cuanto al resto, usted y Anne-Marie y todos los que estén relacionados con la galería se apartan del asunto. No estuvieron implicados en la vida o la muerte de Madeleine. Les importa únicamente su genio… Yo, Max, comprendo lo que pretenden con sus preguntas. Sé que necesitan algunos antecedentes, pues

no desean quedar como tontos. De modo que empecemos por ahí. Desconecte el magnetófono. Esto queda al margen, completamente al margen…

—Entendido; pero en ese caso, usted debe indicarme con claridad lo que puedo usar.

Bayard esperó un momento, y después inició un relato, sencillo e íntimo, más doloroso de lo que Mather había esperado de él.

—… Madeleine nació en Londres y era hija de padres franceses. Su padre fue un coronel de las Fuerzas Francesas Libres, que había iniciado en Londres un negocio como importador de vinos; su madre pertenecía al personal de la Sección Cultural de la Embajada francesa. Yo estaba en Londres, representando al viejo George Bunbury en un caso comercial trasatlántico que afectaba a clientes norteamericanos y canadienses. El juicio fue prolongado y lucrativo. Permanecí en Londres cuatro meses. Madeleine y yo nos conocimos una tarde, en una exposición de la Academia Real. En esa época, ella estudiaba en el Slade. Nos enamoramos. Fue una pasión profunda para ambos. Nos casamos antes de que yo saliera de Inglaterra.

—¿Y después?

—La luna de miel y el regreso a Estados Unidos fueron maravillosos. Después, una lenta caída en el sufrimiento… Yo era un abogado joven y ambicioso interesado en el arte. Ella era artista de la cabeza a los pies, toda fuego y fantasía, incansable en la persecución de sus visiones, siempre necesitada de liberación y renovación, en general, a través de la unión sexual. Sin entrar en detalles, ese es el origen de la referencia periodística. Mi esposa era una gran pintora… y una dama muy promiscua.

—Por lo tanto, esa fue seguramente la dirección que siguió la Policía cuando formuló preguntas acerca del asesinato de su esposa.

—Por supuesto. Yo era el sospechoso natural. Esposa infiel. Marido celoso. Y yo era celoso, no lo dude. Me convertí en un hombre mórbido y tiránico. La amenacé, impuse restricciones a sus movimientos. Le prohibí exponer. Por supuesto, todo eso de nada sirvió. A lo sumo empeoró las cosas. Pero bastó un sencillo cálculo aritmético para demostrar que yo no podía haberla asesinado.

Estaba en una conferencia que se celebró en las afueras de la ciudad. Pedí a una secretaria que llamase al estudio para informar a Madeleine que iría más tarde a buscarla. No hubo respuesta.

Cuando llegué al estudio estaba muerta. Perdí la cabeza. Llamé a la Policía, después la acuné en mis brazos, tratando de revivirla. Así me encontró la Policía… Y esa es la pesadilla con la que vivo.

—Lo que no puedo entender es cómo soportó el infierno que creaban entre los dos. ¿Por qué no se divorció?

Bayard le dirigió una sonrisa extraña y torcida, y levantó las manos en un gesto de derrota.

—Usted es joven, Max. Posee todas las cualidades de un soltero sin ataduras. Ojalá nunca tenga que aprender, como me sucedió a mí, que para algunas personas incluso el infierno es más tolerable que el vacío. Madeleine y yo nos necesitábamos, ¿comprende? Vivíamos del sufrimiento que cada uno provocaba al otro. La tensión que usted percibe en sus cuadros, el ansia salvaje de huir, se originó en ese sufrimiento. Además, yo sabía que ella me daba la mejor parte de su ser. Es lo que está colgado en estas paredes, alrededor de usted.

—Pero lo que no está allí —dijo Mather—, es el otro aspecto de su personalidad, el aspecto sensual y orgiástico. ¿Ella nunca pintó desnudos, uniones humanas?

—Si produjo esa clase de obras, yo nunca las vi. Quizás es mejor que no las haya conocido. Lo que más me costaba soportar era la conciencia de que otros hombres poseían su cuerpo y creían, como yo creía tan fácilmente, todo lo que ella les decía en la cama… Hubiera podido matar por eso… oh, sí. Pero habría asesinado a los amantes, no a Madeleine.

—¿Usted sabía quiénes eran?

—Sí, algunos.

—¿Pintó a algunos de estos hombres? ¿Pintó para algunos de ellos? ¿Escribió cartas?

—No sé muy bien qué sentido tiene la pregunta.

—Hablaré con franqueza: ¿Es probable que durante la exposición aparezcan materiales embarazosos?

—Creo que es posible. Y si se da el caso, no podemos hacer mucho.

—Podríamos comprarlo con discreción.

—No creo que me importe tanto. Estoy eliminando recuerdos, no incorporándolos.

—En tal caso, ¿no sería mejor sepultarlos, o por lo menos mantenerlos en un lugar seguro hasta que el tiempo los prive por completo de importancia?

—Por supuesto, tiene usted razón. Pero de ningún modo seré yo el comprador.

—En tal caso, si se ofrece algo, lo aceptaré por mi cuenta. Si la exposición es un éxito, siempre habrá un mercado para ese material a través de la galería.

—¡No lo dudo! —dijo Bayard, con fría ironía.

Después de todo lo que había oído de labios de Anne-Marie y Hugh Loredon, Mather se sorprendió a sí mismo tratando de armonizar dos retratos distintos del mismo hombre. El problema era conseguir que las imágenes discrepantes coincidieran. Preguntó:

—¿Está enamorado de Anne-Marie?

—Usted sabe que la respuesta es afirmativa.

—¿Hugh Loredon fue uno de los amantes de su esposa? Bayard adoptó al instante una actitud retraída y hostil; parecía un animal doméstico que retorna al estado salvaje.

—¿Cómo demonios supo eso?

—Hugh me lo dijo.

—¿Y por qué tenía que decírselo?

—Sabe que Anne-Marie y yo somos buenos amigos. Me pidió que la cuidase. Según dice, teme que usted utilice a Anne-Marie para vengarse de él.

—¡Dios todopoderoso! —Las palabras se convirtieron en un grito de angustia. Bayard se encogió, como si le hubiesen asestado un puñetazo en el vientre. Escondió su rostro entre las manos y se balanceó a un lado y a otro, gimiendo palabras ininteligibles. Cuando al fin se irguió, su cara era una máscara de sufrimiento. Habló con voz insegura.

—¿Anne-Marie sabe esto?

—Sí.

—¡No me extraña que trate de distanciarse de mí! ¡No me extraña que tema!

—No es la única razón —dijo en tono brusco Mather—. Usted ha heredado una serie de malas costumbres de su matrimonio. Es quisquilloso; presiona a la gente; se muestra suspicaz… y, para colmo, paga a un espía para que siga los pasos de Anne-Marie. ¡Y no me diga que eso fue para protegerla! Fue para asegurarse de que no era otra Madeleine.

Bayard asintió, pero no contestó. Mather le presionó aún más.

—De modo que está enojada. Desea que usted se aleje. Y no puede acusar de eso a Hugh Loredon.

—Lo crea usted o no lo crea —dijo Bayard con voz pausada—, no lo acuso de nada. No acuso a ninguno de los amantes de Madeleine por tomar lo que ella ofrecía. Después de todo, para continuar unido a ella renuncié a la mayor parte de mi propia dignidad.

—¿Madeleine fue asesinada por uno de sus amantes?

—Es posible, pero no probable.

—¿Por qué dice eso?

—Ella nunca formuló la más mínima sugerencia de exclusividad. Entonces, ¿quién necesitaba matar a causa de lo que Madeleine ofrecía a todos como un plato de bizcochos? En una ocasión, pensé que si me negaba a hablar con cada uno de los hombres que me habían puesto los cuernos, terminaría viviendo Como un ermitaño. Durante un tiempo fue lo que hice. Solo después de conocer a Anne-Marie comencé a vivir una vida a medias normal.

—¿La Policía continúa activa en el caso?

—¿Activa? Esa es una palabra muy relativa. Cada varios meses vienen con un par de preguntas nuevas y la repetición más o menos modificada de las antiguas. Es probable que el asunto termine solo después de la exposición.

—¿Ha explorado la posibilidad de que alguien contratase un asesino?

Por primera vez Bayard sonrió, una sonrisa tortuosa, burlona, con un gesto de rechazo.

—Mi estimado Max, cuando comprendieron que yo no la había asesinado —en realidad, que no podía haberla asesinado— comenzaron a concebir toda clase de fantasías. Una era que yo había contratado a un profesional para ejecutar el hecho. El único problema de tal argumento estriba en que los asesinos profesionales no convierten un trabajo que exige un disparo en una masacre… Yo podría haber organizado una docena de pretextos para encontrarme fuera de la ciudad el día de la ejecución… ¡Qué diablos! Qué sentido tiene repasar otra vez toda la tragedia… Max, trate de entender algo, porque nunca lo repetiré, y trate de explicárselo a Anne-Marie, si ella está dispuesta a escuchar: Organizaré esta exposición como tributo a lo mejor que había en Madeleine, la parte que yo amaba, la mujer que me ha tenido cautivo durante todos estos años… Después, se acabó. Sale de mi vida. No quiero vengarme de su asesino. No quiero odiar a sus amantes. Solo quiero olvidarla y comenzar a vivir de nuevo como un hombre íntegro… Con Anne-Marie, si ella acepta… sin ella, si me rechaza.

—En ese caso, acepte un consejo de un solterón empedernido. Ante todo, comience a vivir sin ella. Así, Anne-Marie no tendrá la sensación de ser apremiada con el fin de obligarla a firmar un contrato desventajoso.

—¿La voz de la experiencia? —Había un respeto distinto en el tono de Bayard.

—Funciona en ambas direcciones —dijo Mather con verdadera convicción—. Las mujeres odian al hombre que busca una madre. Los hombres detestan a la mujer que quiere a un hijo como amante. Una pregunta más…

—Abrigo la esperanza de que sea más fácil que las otras.

—Presumo que será ventajoso para usted. Usted me cobra por el asesoramiento legal. ¿Qué debo hacer para formar un sindicato de compra de obras de arte?

—¿Dónde se establecería?

—En Europa, pero operaría en todo el mundo.

—¿Qué propósito tendría?

—Saldré en representación de la galería de Anne-Marie. Pero ella es un tratante de arte, con su propia política. ¿Por qué no puedo atender a cinco, diez, veinte personas? ¿Por qué no puedo negociar por mi propia cuenta?

—Nada se lo impide… siempre que tenga buen criterio y goce de crédito suficiente, y por lo que he visto hasta ahora parece que es posible responder de manera afirmativa a ambas preguntas. Si lo desea, puedo organizar el sindicato casi de la noche a la mañana…

Se interrumpió, y sirvió dos generosas raciones de *brandy*. Mientras calentaba en su mano la copa, preguntó:

—Max, ¿acepta contestar un par de preguntas que ahora mismo le formularé? Por así decirlo, toma y daca.

—Por supuesto. Adelante.

—¿Cuál es exactamente su relación con Anne-Marie?

—Examante, buen amigo, hermano sustituto, asociado comercial. Nos sentimos cómodos, y libres. La pregunta siguiente.

—¿Usted es un mantenido?

—No. He aceptado el patronazgo de mujeres… nunca me mantuvieron. He vivido de mis propios recursos y les ayudé a gozar de los que ellas tenían.

—Una distinción muy particular.

—En su condición de abogado, estoy seguro de que la entenderá.

—¿Y cuál es su ambición?

—Llegar a ser muy rico, y cuanto antes.

—¿Y cree que puede lograrlo?

—Estoy seguro.

—Creo —dijo Bayard en voz baja—, creo que quizá lo logre. Alzó su copa y formuló el antiguo brindis, que de pronto pareció muy nuevo y pertinente.

—¡Por los dos! Salud, dinero y amor, y que Dios nos dé tiempo para disfrutar de todo eso.

Bebieron en abundancia. Decidieron que era una vergüenza no repetir la copa. Después, Bayard expresó la última e insegura bendición.

—Me alegro de que nunca conociera a mi esposa… Si la hubiese visto, yo le habría perdido como amigo. Me robó a todos los amigos… a los mejores.

A las nueve de la mañana —tres de la tarde de París— Harmon Seldes recibió una llamada telefónica de Henri Charles Berchmans, el Viejo. Hablaron en francés. La exposición de Seldes era exacta, pero pesada y pedante. Berchmans aún tenía el tono áspero y a veces agudo de su Alsacia nativa.

—… Ese montón de papeles que usted me envió ayer… ¿Qué quiere que haga con eso?

—¿Hacer? —la voz de Harmon Seldes era dulce como la miel—. ¿Hacer, mi querido Henri?

—Agradecérmelo, por supuesto.

—¿Por qué?

—Porque ser el primero en examinar lo que quizá se convierta en uno de los descubrimientos más sugestivos de nuestros tiempos. Todavía nadie ha considerado este material; pero si no le interesa, por supuesto, podemos pasar a…

—Claro que me interesa —Berchmans el Viejo tenía un carácter notoriamente intempestivo—. No sea estúpido. Este tipo, Martha, Methier…

—Mather… —Seldes le deletreó el apellido.

—¡Dios mío! No necesito una lección de ortografía. ¿Qué clase de hombre es? ¿Su trabajo es auténtico?

—He verificado todas sus referencias con la familia Palombini y la Biblioteca de Florencia.

—Suscita la impresión de un ocioso simpático. Pero eso es engañoso. La obra es totalmente auténtica.

—Yo mismo inspeccioné las fuentes…

—Cuya antigüedad es de cuatrocientos ochenta años. Amigo, es una pista muy fría.

—Nuestra publicación la recalentará.

—Bien… ¿qué desea de mí?

Harmon Seldes sonrió satisfecho. El viejo Berchmans era un aficionado a las carreras de caballos. Siempre insistía en dar las últimas instrucciones a sus *jockeys*.

—Formulo tres preguntas. Primero, ¿en sus propias colecciones hay algo que pueda coincidir con la descripción del libro de cuentas de los Polombini?

—No, no hay nada.

—Segundo, ¿puede identificar o siquiera conjeturar material parecido en otras colecciones?

—En este momento, no.

—Tercero, ¿desea participar conmigo, sobre la base de la exclusividad, en la búsqueda de otras obras?

—¿Cómo define participar?

—Usted redacta un convenio en el que se acuerda una suma para financiar la investigación. Yo la dirijo. Si es posible hallar las obras y llevarlas al mercado, lo hacemos juntos… y nos repartimos los beneficios al cincuenta por ciento.

—¿Y si no encontramos nada… u otra persona realiza el descubrimiento?

—En ese caso, no habremos tenido suerte.

—Pero yo habré disminuido mi capital. De modo que la división de beneficios será de setentatreinta a mi favor.

—Setenta-cuarenta y cerramos el trato.

—Necesito tiempo para pensarlo.

—No tiene tiempo, Henri. Dispone solo de la duración de esta llamada.

—Debo conocer a ese tipo Mather.

—Arreglaré un encuentro… si cerramos el trato.

—¿Qué papel representa en todo esto?

—Ya se lo dije. Su preparación científica es sólida. Personalmente es un diletante. Dispone de medios privados, de modo que no necesita esforzarse demasiado. Es inteligente, y comprende que carece de los recursos y del conocimiento experto para hacer lo que usted y yo podemos hacer.

—¿Estaría dispuesto a firmar la renuncia a sus eventuales derechos?

—A mi juicio sería un error, un grave error, pedírselo. Si queremos que trabaje para nosotros, yo puedo encargárselo. Ya lo he empleado en la función de editor ayudante. Probablemente podría conseguir que acepte un contrato que lo ate de pies y manos y nos reserve todos los frutos de su trabajo… Pero tengo que abordar el asunto con muchísimo cuidado…

—¿Por qué no mete a una mujer como cebo? —La risa seca de Berchmans resonó a través del auricular—. Pregunta siguiente: ¿Cuánto necesita para iniciar sus investigaciones?

—Viajes en primera clase y alojamiento y todos los gastos eventuales. Probablemente yo me encargaré de la parte principal durante mis vacaciones de verano. ¿Puedo contar con que me permita usted hacer uso de sus oficinas y su personal?

—De las oficinas, sí. Del personal hablaremos cuando se presente la ocasión. Indíqueme una cifra… aproximada.

—Cincuenta mil para saber si estamos sobre la pista o persiguiendo un fuego fatuo.

—Es demasiado —dijo Henri Berchmans—. Digamos una cifra global de treinta. Usted se encarga de los excedentes.

—Treinta mil por adelantado, y una división de sesenta y cuarenta del ingreso bruto.

—Es la primera vez que oigo la palabra «bruto».

—No esperaba que dijese «neto», ¿verdad? Aquí estoy haciéndole el servicio más grande de su vida y usted todavía intenta engañarme.

—Está bien, el bruto.

—Magnífico. Trato hecho.

—En tal caso, ¿por qué no suprime el artículo? ¿Para qué alertar al mundo entero acerca de lo que sabemos?

—Porque es imposible que usted y yo cubramos el mundo. De modo que removamos las aguas y veamos lo que sale a la superficie. Usted es el decano de los tratantes de arte, y es probable que los primeros hallazgos lleguen a su umbral, o al mío, en mi condición de editor de la revista.

—Es probable que esté en lo cierto —dijo Berchmans, que no era hombre poco dado a hacer cumplidos. Lo veré en Nueva York, dentro de una semana o dos. Manténgame informado de las novedades. ¿Alguna cosa más?

—Estaba preguntándome —dijo en tono seco Seldes—, cuándo va a decir «gracias».

Hubo un prolongado silencio antes de que Berchmans respondiese con intencionado menosprecio.

—Tenemos un acuerdo. Haré mi parte. Usted hará la suya. Y si ambos hallamos lo que estamos buscando nos arrodillaremos y agradeceremos al buen Dios que nos haya convertido en seres ricos y afortunados. A bientöt, Seldes.

Harmon Seldes colgó el teléfono y contempló su propia imagen reflejada en el espejo. Vio a un individuo de mejillas abultadas que necesitaba afeitarse y cortarse el pelo, y que acababa de concertar un acuerdo muy beneficioso. En el peor de los casos, otro pagaría sus vacaciones de verano; en el menor, ¡demonios!, un hombre podía vivir con todo lujo el resto de sus días con la mitad de la comisión obtenida de dos retratos y cinco dibujos de Rafael. Henri Charles Berchmans el Viejo era un monstruo anciano y de lengua afilada; pero, al igual que todos los grandes tratantes de arte, creía en efecto, en los

milagros: el deslumbramiento milagro del genio que podía transformar una tela vacía en un objeto maravilloso; el milagro de la codicia operado por Midas, que podía transformar en oro el objeto maravilloso.

La mejor manera de entretener al monstruo consistía en entregarle una víctima para que él la destrozara. Llamó a Max Mather, que en ese preciso instante se había despertado con una terrible jaqueca. La cabeza le latía. Tenía los ojos llenos de arena. Tenía la boca pastosa. Su respuesta no fue cordial, ni mucho menos.

—¡Demonios, Harmon! ¿Qué hora es?

—Las nueve y media. ¿El pequeño Maxi ha pasado una mala noche?

—¡El pequeño Maxi está agonizando! Y puede echarle la culpa a Ed Bayard.

—Tengo entendido que su cocina es excelente.

—También sirve el *brandy* como un loco. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tan solo deseaba informarle de que el viejo Berchmans ha aceptado financiar la investigación de las obras de Rafael.

—Les deseo a ambos la mejor suerte. Ahora, ¿puedo volver a dormir?

—Todavía no. Berchmans desearía conocerle cuando venga a Nueva York, dentro de un par de semanas.

—No estaré aquí. Salgo mañana de viaje a Europa. Pero puedo detenerme en París y hablar con él. Con la condición de que Belvedere pague la tarifa del Concorde.

—¿Por qué el Concorde?

—Porque hago esa escala por usted, y usted será quien recoja el beneficio.

—Muy bien. Agréguelo a la cuenta de gastos. Yo lo autorizaré. ¿Cuáles son sus planes?

—Diez días de trabajo tranquilo en el tema de Madeleine Bayard. Anoche vi sus telas… ¡son asombrosas! El artículo puede estar a la altura de las obras. Apenas lo termine lo enviaré a Leonie; ella le dará los últimos toques y se lo entregará. Luego me iré a esquiar una semana en Saint-Moritz.

Y después iré a Florencia. Si desea que haga algo por usted en esa ciudad…

—Ahora llamaré a Berchmans y veré si puede recibirlo este fin de semana.

—¿Qué desea?

—Examinar hasta qué punto usted posee una auténtica conciencia de erudito.

—No es la primera vez que se me somete a un examen. ¿Qué me importa una investigación más o menos?

—Max, para nosotros es importante.

—Para usted, no para mí. Me mostraré amable con él porque usted me lo pide. ¿Desea que haga algo más mientras estoy en Europa?

—Le informaré. Lo que importa es que coordinemos nuestros esfuerzos. Puedo indicarle lo que necesito, pero no debemos despilfarrar los esfuerzos o perseguir objetivos contradictorios.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Ahora, ¿podemos interrumpir esta charla? De veras, me agradaría morir en paz…

Cinco minutos después Max salió de la cama, bebió jugo de naranja y café en abundancia, llamó a Anne-Marie y quedó en salir a correr con ella por Central Park. Una hora y media más tarde, corrían tranquilos por el circuito, mientras Max explicaba la situación a Anne-Marie.

—Mañana me voy a Europa.

—¿Por qué tanta prisa?

—Hay mucho que hacer. Debo ver a Berchmans en París, organizar una filial en Zurich, que es la que utilizaré para arreglar los negocios de tu galería. Quiero esquiar en Saint-Moritz. Después, iré a Florencia para leer ciertas cosas del archivo y organizar la visita de Tolentino y el seminario en la galería. En medio de todo eso, necesito encontrar tiempo para escribir el artículo acerca de Madeleine Bayard y remitirlo aquí, con el fin de que le den los últimos toques.

—¿Es posible que en el camino te encuentres con mi padre?

—Solo si está en Zurich cuando yo pase por allí. Llamaré a Christies y veré si pueden decirme dónde está… pero no lo buscaré. Sin duda, él sabe a qué atenerse. De manera que, si llama transmítele el mensaje.

A la sombra de un viejo arce, ella se detuvo de repente, y besó a Max en los labios. Él respondió de buena gana al beso, y después se apartó unos centímetros y preguntó con dulzura:

—¿Por qué lo has hecho?

—¡Te echaré de menos, maldita sea!

—Yo también.

—No, no es cierto… Estarás muy atareado.

Cuando reanudaron la carrera ella le formuló la pregunta:

—Max, ¿por qué tú y yo no nos enamoramos?

—Tal vez lo hicimos —dijo Max Mather—, pero estábamos tan atareados que no lo advertimos… Corramos un kilómetro más, ¿quieres?

Edmund Justin Bayard tenía su propio método para curar las secuelas de una noche de alcohol, una afección que, si bien él reconocía solo en su fuero interno, en los últimos tiempos había llegado a ser muy frecuente. En realidad, aunque nunca bebía en horas de trabajo, antes de la cena consumía abundante alcohol: martinis con vodka en el cóctel —uno cuando llegaba a su casa, otro cuando se bañaba—, una botella de cabernet con la comida, un *brandy* abundante con el café, otro al acostarse.

Si tenía invitados a cenar, las cantidades aumentaban de forma considerable.

Su terapia consistía en caminar hacia un edificio de apartamentos del centro de la ciudad, donde una *madame* tailandesa y tres mujeres más jóvenes proporcionaban sauna, baño, afeitado, masaje y masturbación manual a los empresarios que se sentían solos o sufrían los efectos de una noche de alcohol. Las instalaciones eran discretas, la ropa de cama limpia, las muchachas cordiales y la operación general carecía relativamente de peligro. Cada aposento estaba revestido con material a prueba de ruidos y equipado con teléfono, de modo que durante el período de recuperación podían arreglarse asuntos en un ambiente de razonable intimidad. Precisamente desde ese lugar Ed Bayard expuso por primera vez, a media docena de amigos y conocidos, la idea de Max Mather acerca de un sindicato de adquisición de obras de arte. Su argumentación fue sencilla y fue volviéndose más persuasiva a medida que la fue repitiendo.

—… A lo sumo diez participantes, cada uno con 50 000 dólares. Es decir, ello supone un capital de explotación de medio millón, que puede usarse para realizar depósitos sobre las obras ofrecidas, y acerca de las cuales la mayoría coincida en que existe un mercado conveniente. Bien, no compraremos obras maestras que valen varios millones de dólares. No podemos competir con ese mercado. Pero todos sabemos que es posible obtener oportunidades cuando la temporada es floja en las galerías y en los días de subasta en que el público se resiste a elevar las ofertas… Tengo al hombre que puede realizar para nosotros este trabajo. Es independiente, se cree libre, posee medios propios modestos y quiere iniciarse en el mundo del arte… Leerán un par de artículos importantes que él escribió en los números de abril y mayo de Belvedere… Max Mather… eso mismo, Mather.

Lo mejor del asunto es que él no controlará los fondos. De esto nos encargaremos nosotros. Él se limita a aconsejar, por télex, indica la obra, el precio y su recomendación. Nosotros autorizamos un depósito mientras realizamos una rápida inspección del mercado… No, no necesitamos

depositar de inmediato los 50 000 dólares; podemos conseguir una garantía bancaria… ¿El reglamento de la Asociación? Tengo aquí el material pertinente, si quiere leerlo. Espléndido. No garantizo que ganemos una fortuna, pero no perderemos dinero y podemos divertirnos mucho… ¡Gracias!

Igualmente…

Cuando comenzó a recobrarse plenamente de los efectos del alcohol y del remedio, contaba con la promesa de cinco contribuyentes, y tres más lo llamarían a diferentes horas del día. Llamó a Max Mather.

—Max, estamos lanzados. Hasta ahora, cinco suscriptores con 50 000 dólares cada uno. Habrá tres más en pocas horas. No he cerrado la lista, pero necesito saber qué función se asigna usted en este cuadro general.

—La respuesta a esa pregunta es muy sencilla. Yo soy el miembro que trabaja. Ustedes reciben un año de mi trabajo y lo retribuyen con una acción por valor de 50 000 dólares. Si después desean que yo continúe, mantendré la participación que me he ganado y concertaremos un nuevo convenio de empleo.

—Me parece justo… en realidad, muy generoso.

—En tal caso, dejo a su cargo la tarea de concertar un acuerdo equitativo para todos los interesados… Parto mañana para Europa. Le enviaré por télex la dirección que podrá utilizar para comunicarse conmigo.

—Está moviéndose deprisa.

—Tengo pendiente una extensa lista de novedades. A propósito, desearía usar su nombre como referencia. Solo por lo que se refiere al carácter, no a la parte financiera. Mis banqueros se ocuparán del resto.

—Mejor aún, redactaré una carta de presentación y la enviaré esta tarde a su apartamento. Ah, otra cosa… Recuerde que a fines prácticos el sindicato ya existe. Nada le impide mencionarlo e incluso usarlo en sus viajes. Yo me ocuparé de las formalidades en Estados Unidos.

—Me alegro de saberlo… Le llamaré apenas esté seguro de mis próximos movimientos.

—Buen viaje, Max.

Las secuelas del alcohol habían desaparecido. Bayard se sentía tranquilo y dispuesto a trabajar de forma activa en su despacho de abogado. Ahora que Mather viajaba, preveía una relación más estrecha y flexible con Anne-Marie Loredon. Se sentía inmerso en un sentimiento de bienestar. Dio una propina de veinte dólares a la muchachita tailandesa, le palmeó de modo afectuoso el trasero y salió y se sumergió en la bruma y la luz solar de Manhattan…

Leonie Danziger demostró ser calculadora, dinámica y concreta. Ya estaba trabajando en los antecedentes del artículo acerca de Madeleine Bayard. Entregó a Mather dos carpetas precintadas.

—Esta contiene notas de las entrevistas con el principal investigador policial. No podrá hacer una alusión directa de las mismas, pero le darán una idea bastante clara de la versión policial del crimen. Los diagramas son fotocopias, y se explican por sí mismos…

—¿Cómo consiguió todo esto?

—Mucha práctica, y una periodista con elevado caudal de encanto. El departamento de policía de Nueva York mantiene una sección de relaciones públicas. Ella les habló de la inminente exposición, del artículo que usted estaba escribiendo para Belvedere, de la inevitable renovación de las conjeturas periodísticas acerca de un crimen que no fue resuelto… Relacionaron a la joven con un simpático muchacho que la llevó al departamento de policía. Ella pagó el almuerzo de los funcionarios que intervinieron en el caso… Voilà! No quisieron desprenderse de ninguna de las fotografías, pero relacionaron a la periodista con la agencia de noticias que envió a un fotógrafo y llegó pocos minutos después que la Policía. Todo lo cual me costó trescientos cincuenta dólares; por esta razón aceptaré un cheque o dinero en efectivo.

—Creo que usted merece una bonificación.

—También eso lo aceptaré.

Él extrajo del bolsillo un objeto pequeño envuelto en papel de seda. Cuando Leonie lo desenvolvió, descubrió una figurilla que representaba a una bailarina de tarantela, en antiguo capodimonte. Los ojos de Leonie se iluminaron de placer, pero limitó con mucho cuidado su agradecimiento.

—Es hermosa. Y usted, Max, es muy considerado. Gracias.

Él extendió un cheque por trescientos cincuenta dólares y lo entregó a Leonie Danziger.

—Le enviaré el texto en cuanto pueda. Lo que por el momento me propongo hacer es trazar un retrato de Madeleine Bayard según la veo, o sea, a través de sus cuadros, los comentarios, de la gente, el registro de su vida y su muerte.

—Y esta vez —dijo en tono amable Leonie Danziger— usted lo hará con verdadero amor, ¿verdad? No con una redacción descuidada, desgranando un tema pensado a medias.

—Sí, maestra.

—¿A qué hora de la mañana sale?

—En el Concorde de Air France, a las diez y media. Llegaré por la noche. Seldes me ha concertado una cita con Henri Berchmans en París para el día siguiente. Después, voy a Zurich.

—No me diga nada más. Me corroe la envidia. Aunque no lo crea, jamás he atravesado el Atlántico. ¡Soy la pequeña señorita de Manhattan! Invertí todo lo que heredé en este apartamento… y en los elementos de la educación de un intelectualoide.

Max Mather sintió deseos de contestar con aspereza pero se contuvo, y en cambio preguntó:

—¿Puede actuar de mensajera mientras estoy en Europa? Por supuesto, según la tarifa comercial.

—Es todo parte del servicio… A propósito, lea con mucha atención el material de la Policía; después, estudie las fotografías. Proporcionan mucho material para la conjetura.

—¿Qué quiere decir?

—Que la teoría del asesino enloquecido por las drogas es una cortina de humo para el público.

La Policía afirma que sabe quién la mató, pero no tiene pruebas suficientes para encarcelarlo.

—¡Interesante idea!

—Sí, ¿verdad?

Hubo un embarazoso momento de silencio, y después, siempre con cuidada formalidad, ella extendió la mano.

—Tenga cuidado, Max. No sé cuáles son sus planes, pero le deseo toda la suerte del mundo.

—Usted también cuídese. Solo deseo…

Ella puso un dedo sobre los labios de Max para impedir que terminara la frase.

—Si los deseos fueran caballos, los mendigos montarían.

—… Bien… también usted cuídese. La llamaré desde Zurich.

CAPÍTULO VIII

Henri Charles Berchmans el Viejo lo recibió con escasa ceremonia en las galerías de Berchmans et Cie cerca de Qai des Orfévres. Era domingo por la mañana, uno de esos días grises y lluviosos en que París y sus habitantes tienen un aspecto sórdido y triste y el rostro contraído. Las únicas personas que había en las galerías eran tres guardias de seguridad que parecían autómatas de edad madura. La entrevista se realizó en una oficina atestada de muebles y desprovista de adornos, un lugar que los fines de semana seguramente ocupaba un empleado de menor categoría.

Berchmans, un hombre pequeño y robusto, de cabellos grises, la mirada dura e inquieta, las manos febriles, había elevado la grosería a la categoría de forma artística. Mather, cuyo vuelo desde Nueva York había llegado con dos horas de retraso, cuya reserva de hotel, por lo tanto, había sido cancelada y que se había visto obligado a pasar la noche en una habitación no muy limpia y tan pequeña como un armario de artículos de limpieza, no se encontraba de muy buen humor. La primera pregunta de Berchmans, en francés, tuvo carácter global.

—Bien, señor Mather, ¿qué tiene que decirme?

—Nada, señor Berchmans. Vine a visitarlo a petición de Harmon Seldes. Estoy haciendo un esfuerzo por complacerlo. Y estoy esperando que usted me formule una pregunta que justifique mis molestias.

—¡Muy bien! —Berchmans no pareció perturbado en lo más mínimo—. ¿Por qué un Rafael, eh? ¿Por qué no Caravaggio, Bellini, Boldini? El catálogo de obras de Rafael está cerrado y completo.

Esas referencias que usted descubrió son indicaciones que no llevan a ninguna parte… Usted es un hombre inteligente. Seguramente lo sabe.

—Si yo fuera inteligente —dijo Mather—, no estaría perdiendo mi tiempo un domingo por la mañana en París. Soy paleógrafo. Por casualidad descubrí una entrada en un conjunto de libros de cuenta florentino. Como soy un erudito, consulte el asunto con una revista especializada… Harmon Seldes me

dijo que había llegado a un acuerdo con usted. Yo no intervine en eso. Tampoco lo pedí.

»Estoy mostrándome cortés con usted y con Seldes, y compruebo que usted es un individuo muy grosero. De modo que, si no tiene inconveniente, seguiré mi camino.

—¡Espere! —Berchmans levantó una mano regordeta para detener a Mather—. Yo soy grosero.

»Usted está irritado. Empecemos de nuevo. Esos libros de cuentas… ¿son auténticos?

—Usted sabe que lo son.

—No lo sé. Sé tan solo lo que me dice Seldes.

—¿No cree en él?

—Me gusta contemplar todas las posibilidades.

—Está en su derecho. Ahora, si me disculpa…

—He hecho un trato con Seldes. ¿Él no le ha ofrecido una participación?

—La he rehusado desde el primer momento.

—Usted es tonto.

—Tengo sensatez suficiente para no jugar con los personajes importantes.

—Pero ¿se propone rehusar un dinero?

—Eso dependería de quién me lo ofreciera.

—Quizás el propietario. No podría aspirar más que a eso, ¿verdad?

—A menos que el *jockey* estuviese pagado, y el entrenador participara en la maniobra…

—Señor Mather, me está usted insultando.

—No. Es usted quien me insulta, señor Berchmans. Primero, trata de presionarme, y ahora quiere comprarme. ¿Para qué? El día en que nos conocimos expliqué a Harmon Seldes que el hallazgo de las obras de Rafael es una posibilidad contra un millón. No dispongo del tiempo, la energía o el dinero necesarios para unirme a la búsqueda. Incluso prometí comunicar la información suplementaria que pueda descubrir. ¡Pero eso es todo! ¡Ahí termina mi participación! Tengo en marcha algunos proyectos interesantes. Estoy buscando obras para una nueva galería. Realizaré algunas operaciones pequeñas en los sectores inferiores del mercado, y continuaré mi propio programa de investigación.

—Quizá yo pueda facilitarle algunos negocios. ¡Anímese!

El viejo aferró el brazo de Mather y lo empujó, sin mucha ceremonia, fuera de la oficina y a través de un salón lleno de obras. Retiró la tela depositada sobre un bastidor y la mostró a Mather.

—¿Puede identificar esto?

Mather estudió unos instantes el cuadro, y después dijo con voz vacilante.

—Pretende ser un Frans Hale… pero no lo es.

—¿Por qué no lo es?

—El trasfondo es demasiado claro, los rasgos de la cara son débiles, el cabello no armoniza con el resto. El traje está bien trabajado, pero el encaje exhibe un dibujo descuidado.

—¿Puede indicar el nombre del pintor?

—No. ¿A qué viene este ejercicio?

—Deseaba saber cuál es el nivel de su capacidad artística.

—¿Puede decirme quién es el pintor?

—No. Excepto que es un restaurador muy bueno y un excelente copista que ha ejecutado algunos trabajos para mí.

—Confieso que he visto cosas mejores.

—¿Dónde?

—Niccolo Tolentino. Este verano lo llevaré a Nueva York, donde pronunciará varias conferencias.

—Señor Mather, ¿usted también es empresario?

—No. Soy un estudioso que está poniendo a prueba sus propias cualidades en una serie de áreas nuevas.

—En este caso, confío en que me enviará una invitación de modo que yo pueda ver y escuchar al señor Tolentino.

—Con mucho gusto. ¿Algo más?

—Sí. Esta es mi tarjeta. Llámeme cuando lo crea conveniente, aquí o en Nueva York.

—Muy amable por su parte.

—Señor Mather, nunca soy amable. Y rara vez soy siquiera cortés. Soy un tratante de arte. Mi única motivación es el beneficio. El hecho de que comercie con cosas bellas carece de importancia.

»No puedo comer un Poussin. Un Cézanne no alimenta a mis caballos ni paga al *jockey* y al entrenador. Son estos beneficios los que lo hacen. Tengo la impresión de que también usted podría serme provechoso, y solo por ese motivo estoy dispuesto a serle útil. En el asunto de los Rafael o en otra cuestión cualquiera.

—Ya hemos hablado de las obras de Rafael. Son un tema entre usted y Harmon Seldes.

—¿Por qué se muestra tan obstinado, señor Mather?

—Porque usted está jugando conmigo: son los juegos de un viejo, los juegos de un rico. Está arrojándome toda clase de cebos y está pendiente de saber cuál muerdo. Soy tan corruptible como cualquiera, pero con sus métodos usted está conduciéndome a toda prisa hacia el camino de la virtud… Bien, ahora debo marcharme. Salgo a las tres y media para Zurich. Iré andando hasta el hotel.

—Estará empapado antes de llegar allí. Ceda un poco. Permítame ocuparme de su traslado.

—Muy bien.

—¡Ya lo ve! —Berchmans sonrió y extendió la mano—. Ya se siente mejor. Seamos amigos. Me gustan los tipos robustos que luchan por sus intereses. ¡Es también la pasta de los buenos artistas!

Un artista tiene que ser duro para sobrevivir a la disciplina, después a los fracasos y a los rechazos…

Seldes me dijo que usted está haciendo algo para él. ¿Cuáles son sus restantes actividades?

—He aceptado la tarea de explorar el continente en nombre de una nueva galería de Nueva York.

La dirige la hija de Hugh Loredon. Supongo que conoce a Hugh.

—Así es. Desde hace años. ¿Su hija y usted son amigos?

—Estuvimos juntos en Florencia.

—¿Y cuál será la primera actividad de la galería?

—Una exposición póstuma de Madeleine Bayard. Dudo que haya oído hablar de ella. Era la esposa de un abogado neoyorquino, y la asesinaron en su estudio.

—Aunque usted no lo crea, señor Mather, la conocí muy bien. Compré tres de sus cuadros a mi amigo Lebrun. Encargué otro, pero ella murió antes de pintarlo… Era una mujer hermosa y una gran artista.

—¿Tiene los cuadros aquí, en París?

—No, están en Nueva York.

—¿Contemplaría la posibilidad de exponerlos con el resto de la colección? Sería beneficioso para ambos.

—Tal vez. ¿Quién es el dueño de las obras?

—El marido. Ed Bayard.

—He hecho negocios con él en alguna ocasión. Posee una colección interesante; pero es como él mismo: fragmentaria, caprichosa.

—La galería de la señorita Loredon representará también esa colección.

—En tal caso, señor Mather, está usted muy bien acompañado.

—Me gusta pensar que soy un colega útil.

—Estoy seguro de que así es; pero por otra parte, no es especialista en bellas artes.

—De ningún modo. Ni siquiera en el estudio de los manuscritos. Seguí cursos complementarios de historia del arte y apreciación del arte. Mi tradición es humanista, razón por la que me sentí muy cómodo mientras viví en Florencia… ¿Tendría inconveniente en que salgamos ahora? Tengo que resolver otras cuestiones antes de viajar.

—Por supuesto.

Mientras regresaban en automóvil al hotel, Berchmans realizó la última maniobra estratégica.

—La familia Palombini… Tengo entendido que usted era el archivero de la casa.

—Sí.

—No estoy al corriente de la colección de arte que ellos tienen.

—No es muy importante. Es más, hace pocos días recibí una carta de Claudio Palombini, y en ella me dice que, si bien su familia compró de vez en cuando cosas buenas, la preocupación principal de la estirpe fue siempre el comercio. Yo le escribí para comunicarle mi descubrimiento.

Y él me contesta que nunca oyó hablar de los cuadros, pero que precisamente ahora no le vendrían mal para atender las necesidades de fondos de sus empresas.

—Como usted ve —dijo sonriendo Berchmans—, no soy un viejo tan agrio ¿eh? Ya ve lo que dice su expatrón.

—Claudio Palombini nunca fue mi patrón —dijo con frialdad Max Mather—. Su tía era la dueña de la casa. Y ella y yo fuimos amantes hasta el día de su muerte.

—Requiescat. —Berchmans se persignó con un movimiento rápido.

—Amén —dijo Max Mather.

—Hasta la próxima —dijo Henri Charles Berchmans.

Sobre las laderas de la Sonnenberg, dominando la ciudad y el lago de Zurich, un dinámico constructor había levantado un bloque de apartamentos con servicios centrales para uso de los empresarios y hombres de negocios que visitaban la ciudad. Cada apartamento contaba con su propio aparcamiento. Había portero en la entrada, un servicio diurno de doncellas, y un restaurante pequeño pero cómodo con la cocina típica de la región.

Mather decidió alojarse allí durante su estancia en Zurich, con el fin de disponer de una residencia y una dirección en el futuro. Necesitaba un lugar

más o menos privado para poder dejar esparcidos sus papeles y documentos sin temer la presencia constante del personal del hotel. El constructor había instalado una pequeña caja fuerte en cada apartamento, por lo que existía cierto grado de seguridad. Un Mercedes alquilado a una agencia resolvió el problema del transporte.

El restaurante le enviaba las comidas al mediodía y por la noche y mantenía bien abastecida su pequeña existencia de licores. La comunicación no representaba un problema; Mather hablaba fluidamente el francés y el italiano y su alemán era aceptable. Por lo demás, había alquilado el apartamento con nombre anónimo. Los suizos eran personas discretas y disciplinadas que se ocupaban de sus propios asuntos y esperaban que sus huéspedes hicieran lo mismo.

Mather debía actuar concentrando toda su atención en las prioridades. Ante todo, tenía que relacionarse con gente de la profesión, con las antiguas firmas de Zurich y otras ciudades, que aún controlaban enormes sumas de dinero en las monedas europeas fuertes. A diferencia de lo que ocurría en Estados Unidos no se hablaba de ellas en las páginas de sociedad de la prensa local. La discreción era el servicio principal. En general, se trataba de un mercado estricto: el viejo capital, nunca ostentoso; el dinero nuevo, desconfiado y prudente. Estas firmas de tratantes conocían con toda exactitud todos los títulos mobiliarios europeos. Y podían decir, calcular, con un escaso margen de error, cuánto valía en efectivo cada título.

Penetrar en ese grupo cerrado exigiría una diplomacia muy cuidada. Alois Liepert y Gisela Mundt se ocuparían de las presentaciones. Su disciplina como erudito le otorgaba un sello de autoridad. Palombini, Berchmans, la revista Belvedere y Harmon Seldes eran referencias importantes. El acceso a medio millón de dólares de fondos del sindicato no era por cierto poca recomendación, y por otro lado su relación con una galería nueva y bien respaldada de Nueva York lo convertía en un comprador interesado en todas las categorías.

Cuando llegase el momento de poner en venta las obras de Rafael, Mather sería, ya que no un animal indígena, por lo menos un ser adaptado a la vida de la jungla. Recordó la imagen de Charles Berchmans el Viejo proclamando el evangelio del depredador: «Mi única motivación es el beneficio. El hecho de que yo obtenga beneficios comerciando con cosas bellas carece de importancia».

Berchmans era ahora el elemento nuevo en todos estos cálculos. Había comprado y encargado obras de Madeleine Bayard. El hecho mismo ya

garantizaba un valor de mercado. Si consentía en presentar en la exposición las telas que él había comprado con el anuncio «no están en venta», se obtendría un resultado positivo inmediato. La autoridad de Berchmans era enorme. Todos los tratantes de Nueva York imitarían su ejemplo.

Por supuesto, el problema era que Berchmans sabía mejor que nadie el valor de su propio nombre. Sería interesante comprobar cuánto cobraría por el privilegio de usarlo… Y eso suscitaba otro interrogante: a saber, si Henri Charles Berchmans el Viejo era mencionado en los papeles de Madeleine Bayard.

Mather extrajo las fotografías y los informes policiales y comenzó una reconstrucción metódica del asesinato de Madeleine Bayard.

La mayor parte del trabajo ya estaba realizada. Danny Danziger había unido el material inconexo de la Policía en una narración coherente, de estilo telegráfico pero clara en todos los detalles esenciales, de modo que no había ninguna posibilidad de confundir las pruebas concretas con las conjeturas.

> … Usted conoce el lugar. Tiene que recordar cómo se utilizaba durante el tiempo en que Madeleine Bayard lo ocupó. La planta baja estaba vacía. Madeleine usaba los dos pisos altos porque tenían mejor luz. Había —y todavía existen— dos entradas en el edificio. La entrada de atrás tiene una sola puerta que da a una plataforma de carga. La entrada de delante tenía un timbre y un amplificador. Podía abrirse desde cualquiera de los dos pisos altos… Se llegaba a estos pisos por la escalera o utilizando un ruidoso ascensor…
>
> Vea la primera fotografía y comprenderá cómo se empleaba el espacio. En el primer piso, había bastidores para depositar telas usadas y vírgenes. También estantes para guardar papel, materiales de dibujo, pinturas y libros. Todo bastante ordenado. Una mesa de trabajo y sobre ella varillas para armar bastidores. Una mesa de dibujo para preparar bocetos y dibujos arquitectónicos. Dos sillas, un taburete para el modelo…
>
> La fotografía número dos muestra el segundo piso. Una gran cama de dos plazas, totalmente preparada con sábanas y mantas y un cubrecama de retazos. De acuerdo con la Policía —y puede verificarlo personalmente—, la cama y el cubrecama aparecen en varios cuadros. Hay un armario, con tazas, platos decorativos, vajilla verde, azul y roja, cuencos, el tipo de cosas

que un artista puede usar para formar una naturaleza muerta… Hay un refrigerador con gaseosas y vino blanco.

También una botella de *whisky* (medio llena), una botella de *Bourbon*… El caballete y el taburete del modelo están dispuestos de manera que reciban la luz de la ventana de la entrada y la del fondo. No hay luces laterales… Como verá, sobre el caballete hay una tela. La tela está preparada con un fondo azul y ocre, y en ella aparece la figura de un hombre con el torso desnudo. La Policía aún conserva esta tela y otros bocetos y estudios. Fue posible identificar a la mayoría de los modelos. Algunos vinieron de una agencia de Soho, y otros fueron hallazgos casuales en la cafetería de Negronis, que es un lugar frecuentado por modelos, artistas y aprendices.

Ahora, vea la fotografía número tres. Muestra lo que Bayard descubrió y lo que la Policía tuvo que recomponer, porque él lo desorganizó todo al abrazar y acunar el cuerpo de su esposa muerta.

Usted verá que el cuerpo está cubierto, como una momia, por la ropa de cama. Yace boca arriba, sobre el colchón. Fue apuñalado a través de la ropa de cama, de manera que no hubo un charco de sangre arterial, y se mancharon tan solo las propias sábanas.

Bajo la ropa de cama, el cuerpo estaba desnudo. Las ropas de Madeleine aparecieron pulcramente ordenadas sobre el respaldo de una silla. No había indicios de agresión sexual ni de unión sexual con un hombre. No había semen en el conducto vaginal. Había alcohol en el estómago y en la sangre, y también restos de un sedante que Madeleine había estado tomando por recomendación de un médico. La secuencia de los hechos parece haber sido que el asesino encontró dormida a Madeleine, la envolvió en las mantas y la mató a puñaladas.

El arma no fue hallada. Los informes de los forenses señalaron que debió ser una hoja larga y angosta, de punta afilada, y doble corte; en resumen, cierto tipo de daga, o un cortapapeles parecido a una daga. Los golpes fueron descargados desde arriba mientras la víctima yacía sobre la espalda. Fueron tres puñaladas, y todas atravesaron el corazón. Los informes médicos dijeron que la violencia podía

interpretarse como «un exceso de precaución, pero no una furia orientada hacia la mutilación».

La Policía preguntó: en ese caso, ¿por qué se utilizó un cuchillo? ¿Por qué no se apeló a una forma más sencilla de ejecución? La explicación más simple pareció ser que el cuchillo había sido el arma impuesta por la oportunidad y que el asesino se la llevó.

Pasemos ahora a las fotografías cuatro y cinco. Son tomas de detalles: alguien revisó el bolso de mano de Madeleine; el contenido apareció desparramado sobre la cómoda. Se llevaron el dinero y probablemente su pequeño diario, pero nada más. Los cajones de ambos pisos fueron volcados sobre el suelo, y también se procedió a abrir muchos libros y dejarlos caer. Todo lo cual, de acuerdo con la Policía, señala que hubo una búsqueda apresurada, pero no un intento de violencia o vandalismo. A pesar de la prisa, no hay huellas digitales. Toda la situación fue premeditada. Sea como fuere, la Policía, de forma intencionada, difundió una versión acerca de un adicto que estaba desesperado porque necesitaba obtener dinero para comprar drogas. La Policía reconoce que hizo todo lo posible por imponer la idea a la Prensa, con la esperanza de que la información errónea llevase al asesino a una actitud de confianza excesiva. La Policía también reconoció que lo que de verdad le interesaba era todo lo que no estaba en la escena del crimen: impresiones digitales, pruebas de violencia sexual, el arma utilizada para cometer el crimen, y el objeto más sencillo de todos: un diario de bolsillo o una agenda de teléfonos. Madeleine Bayard pasaba la mitad de su vida en el estudio. Sus facturas por servicio telefónico eran elevadas. ¿Retenía en la cabeza todos los números? Algunos de los modelos que trabajaron para ella atestiguaron que la habían visto usar ese tipo de agenda, y que la guardaba en su bolso de mano.

Los amigos que habían visitado el estudio declararon que ciertos dibujos que solían estar clavados a las paredes habían desaparecido. Se afirmó que eran dibujos de «contenido sexual».

Bayard sostuvo que era posible que los hubiera visto, pero que en todo caso no estaban en su poder…

Lo cual nos conduce al propio Bayard. Durante mucho tiempo fue el sospechoso principal, a pesar de su coartada. El primer aspecto que lo perjudicó fue que, en tanto que abogado, debería haber sabido mejor que nadie que no debe alterarse de la escena de un crimen. La inestabilidad que se reflejó en esa actitud preocupó a la Policía. Y lo que es peor, Bayard no ocultó los extravíos de su esposa y su propio sufrimiento; sin embargo, se negó rotundamente a nombrar a los amigos o conocidos que podían haber sido los amantes de Madeleine.

Su testimonio en esa cuestión fue claro y repetitivo: «Sé que ella tenía otros compañeros de sexo. No intenté saber quiénes eran. No había nadie en la cama con ella. Ella no mencionó nombres. Todo lo que yo les diga en este asunto sería información recibida a través de rumores o mera sospecha, y en todo caso estaría teñido por la cólera. No puedo hacer eso. No lo haré…». Por supuesto, en definitiva fue imposible hacerle cambiar de actitud. De acuerdo con la Policía, él ya no es sospechoso. Pero hay una frase inquietante pronunciada por uno de los investigadores: «En efecto, tenemos el perfil de un hombre que puede llegar a la violencia… incluso a la violencia extrema».

Nuestro investigador preguntó después si la Policía había identificado a otros sospechosos reales. Respondieron de un modo indirecto. En primer lugar, dijeron, la vida de Madeleine en su estudio respondía a un esquema bastante bien definido. Pintaba por la mañana para aprovechar la luz. Alrededor de mediodía iba a Negronis a tomar café y comer un bocado. Charlaba con las personas que encontraba allí. A veces se relacionaba con un modelo masculino o femenino que le interesaba, lo llevaba al estudio, realizaba una serie de bocetos, y pagaba en efectivo. En ocasiones había episodios sexuales con esos modelos. En otros casos, se organizaban escenas sexuales y Madeleine efectuaba bocetos. Ella era tanto *voyeur* como participante. Le agradaba el sexo tanto con hombres como con mujeres, pero de sus relaciones con la gente del lugar nunca derivaron asuntos importantes. Es evidente que vivía su vida emocional en otro plano y con otras personas.

Por ejemplo, todos los modelos entraban por la puerta delantera. Ahora bien, la cerradura de la puerta trasera estaba bien engrasada y se utilizaba con frecuencia. Los automóviles podían estacionar —y lo hacían— detrás del edificio, sin llamar la atención.

A veces, después de mediodía, ella llamaba un taxi y se alejaba del distrito. Otras veces permanecía en el estudio, pero siempre colgaba una tarjeta en la puerta principal: «No estoy disponible hasta las 17.30 horas».

Esta tarjeta seguía colgada en la puerta cuando Bayard llegó el día del asesinato. Las puertas delantera y trasera continuaban cerradas con llave. No se había visto a nadie entrar o salir del edificio por la puerta principal.

Todos sus amigos fueron interrogados de manera exhaustiva. Parece que algunos reconocieron haber mantenido breves relaciones con ella; pero la Policía no pudo acusar formalmente a ninguno de ellos.

Y esto es todo, Max: una dama con talento, que no hallaba en su matrimonio todo el sexo que necesitaba, iba en busca de aventuras, y terminó acostándose con un asesino. Se trata de un antiguo clisé ataviado en este caso con una bata de artista, y ambientado en el desván de una bohemia. Sin embargo, por diferentes razones muchos estamos implicados en el asunto, y abrigamos la esperanza de que usted arroje luz sobre el caso. Después de todo, usted también es un bohemio, un erudito gitano que tal vez alcance una visión más profunda que el resto de nosotros.

Llámeme si necesita más información; espero que de este trabajo salga una obra de gran calidad.

DANNY D.

Después de concluir la lectura, Mather permaneció largo rato sentado, el mentón apoyado en las manos, los ojos perdidos en el vacío. En el tono y el estilo de esa carta había algo que le inquietaba, aunque por mucho que se esforzaba no atinaba a definir qué era. Después, reunió de modo mecánico los papeles y las fotografías en el sobre y guardó todo en la pequeña caja fuerte. Consultó su reloj; eran las once y media. En Nueva York, seis horas menos.

Seguramente ella estaba completando su jornada, sirviéndose una copa, preparándose para descansar. Acercó el teléfono hacia sí y marcó el número.

El teléfono del apartamento de Danny sonó y sonó. Max permaneció de pie, hipnotizado por el sonido, durante casi tres minutos; después, dejó el receptor y, aturdido por la fatiga, comenzó a prepararse para dormir.

CAPÍTULO IX

En su primer encuentro con Liepert y Gisela Mundt, el abogado suizo le dio un consejo sagaz:

—… Veo que usted ha preparado una lista de contactos convenientes, es decir, de tratantes de arte y subastadores de Zurich. Pero creo que debe tener mucho cuidado en la primera selección de colaboradores. En realidad, usted está más a tono con Europa que muchos norteamericanos. Creo que debería orientarse hacia las firmas en las que el control ha pasado de la vieja a la nueva generación, las firmas que están en contacto con la nueva moda, el dinero nuevo que enfoca de forma global el mercado…

—Todo eso me parece muy sensato.

—Permítame ampliar el concepto. Usted está bien recomendado, y bien relacionado. En una ciudad conservadora como Zurich es una condición valiosa. Pero no quisiera que malgastase ese valor mostrándose demasiado asequible o pareciendo muy ansioso por cerrar negocios…

—De nuevo coincido con usted. ¿Qué sugiere que haga?

—Organizaré una pequeña cena en mi casa. Invitaré a alguien del Banco, a dos tratantes de arte, cada uno especialista en su propio campo, y a un subastador, por supuesto suizo. De ese modo tendremos amigos y no rivales… Debo confesarle que el tema afecta a mis intereses. El subastador es uno de mis clientes. Conozco a los restantes porque he tenido tratos comerciales con ellos, pero el Banco desearía contarlos entre sus clientes… Para mí se trata de un agradable ejercicio diplomático que promoverá mi prestigio. Para usted, es el trampolín que le permitirá saltar a la piscina… Así se hacen los negocios en Zurich. Usted sabe qué se dice acerca de los Bancos locales. ¡Tienen en la nómina de su personal coroneles suficientes para gobernar América del Sud!

—Jamás había oído decir eso.

—Es cierto. Todos los funcionarios de los Bancos realizan juntos el servicio militar, de modo que van escalando posiciones como amigos. Bien,

ahora llamemos a mi esposa y veamos si es posible elegir una fecha.

Tras un breve diálogo en dialecto suizo-alemán Liepert se volvió hacia Mather.

—¿El miércoles?

—De acuerdo.

—De siete y media a ocho. Si desea traer a una amiga, hágalo sin vacilar.

—Viajo solo.

—En tal caso, permítame sugerir la posibilidad de invitar a la doctora Mundt como acompañante. Los restantes invitados traerán a sus respectivas esposas. Como usted comprenderá, una cena en familia resulta más cómoda.

—Doctora Mundt, ¿está segura de que usted no tendrá inconveniente?

—Segura por completo, señor Mather.

—Gracias. Ahora, deseo formular a ambos una pregunta. ¿Sería posible encontrar a cierto matrimonio en Brasil? Ella es italiana. Él es brasileño de origen alemán. Se casaron en Milán en 1947, y después viajaron a Río de Janeiro.

Liepert le dirigió una rápida mirada de reojo.

—¿Puedo saber la razón de la pregunta?

—Se relaciona con la autenticación de los cuadros de Rafael, La mujer, Camilla Dandolo, era una conocida cantante de ópera, y fue amante de Luca Palombini. Se cree que el marido fue el comandante local de la SS durante la guerra. Se trata de aclarar si los cuadros de Rafael, o para el caso otras obras de arte de los Palombini, fueron entregados a la mujer como retribución o al hombre en pago por la protección dispensada durante la guerra.

—Señor Mather, le ruego perdone el atrevimiento de mi siguiente pregunta.

—Adelante.

—¿Usted es judío?

—No. Aunque no entiendo muy bien cuál es el sentido de la pregunta… Pero, en fin, no soy judío.

—A veces se formulan estas cuestiones por otras razones: el deseo de vengar a los parientes perdidos, los crímenes de guerra, la recuperación de la propiedad saqueada por los nazis. Hay que saber antes de intervenir.

—En tal caso seré más concreto. —Mather rebuscó en su cartera y extrajo las pruebas de los artículos destinados a Belvedere y las cartas de Guido Valente y Claudio Palombino—. Lea este material y verá hacia dónde apunto.

Liepert comenzó a leer los artículos. Iba pasando cada página que terminaba a Gisela Mundt. La expresión un tanto tensa de la abogada dio paso

a una sonrisa. Una vez completada la lectura, la doctora Mundt dobló los papeles, los devolvió a Mather y dijo:

—¡Bien! Parece que hemos tropezado con un cliente muy distinguido. Y los invitados a la cena de Alois también estarán muy interesados en este material. Entretanto, puedo iniciar las averiguaciones referentes a los brasileños. Por supuesto, ahora sin duda son personas muy ancianas.

No será conveniente molestarlos demasiado, y tampoco exhibir gruesos fajos de dinero bajo sus narices. ¿Por qué no preparamos un anuncio? «Distinguido estudioso está investigando la historia de las Divas de la Scala. Se agradecerá cualquier información acerca de la carrera y el paradero actual de Camilla Dandolo, etc., etc…». En Zurich hay una agencia que atiende este tipo de anuncios.

—Hagámoslo. —Mather estaba excitado como un niño—. Quién sabe qué puede salir del matorral si hacemos suficiente ruido.

—¿Ha traído parte del material que reunió durante la investigación?

—Todo. Viajaré a Italia, y debo devolver el material que tomé prestado. También he traído algunas obras para ponerlas en venta aquí.

—¿Por qué no las muestra durante la cena? —dijo Liepert—. Sé que interesarán a nuestros huéspedes.

—Si usted está seguro…

—Muy seguro. Son todas personas jóvenes y entusiastas.

—Bien, acepto su consejo. Ahora, si podemos continuar… La pregunta siguiente es importante: el carácter confidencial de la pregunta entre ustedes y yo está garantizado. Lo sé. Pero ¿qué me dice de lo que se hable entre sus amigos y yo durante la cena?

—Prevalece la Ehrenwort. —Alois Liepert se mostró muy firme—. La palabra de honor. Este es un país pequeño, y la ciudad es en muchos sentidos una especie de pueblo anticuado. Si usted falta a su palabra, no puede continuar trabajando.

—Para variar, es un cambio agradable —dijo Max Mather.

Apenas pronunció las palabras se arrepintió, pero ya era tarde. De todos modos, la reacción de Liepert no se hizo esperar.

—Amigo mío, usted es extranjero, y tenemos que protegerlo. De modo que voy a ponerle al corriente de un protocolo rígido. Usted viene y va. Habla de negocios. Explora las posibilidades.

Pero siempre aclara que el único documento obligatorio para usted es una carta que yo firmaré, porque soy su representante legal. Usted habla un alemán excelente. Imagino que posee la misma fluidez en francés e

italiano…, pero nunca confíe en que podrá dominar las sutilezas legales en una lengua que no es la suya. De modo que nada de apretones de mano ni de expresiones de confianza al estilo de los británicos. Usted se limitará a decir: «Alois Liepert o Gisela Mundt redactarán el documento para aclarar y confirmar». Tenga presentes las palabras… aufklären und konfirmieren.

—Las marcaré con fuego en mi cerebro —dijo riendo Mather—, aufklären und konfirmieren, y ustedes serán los encargados de ejecutar la tarea en mi nombre. Unas cuantas cosas más de mi lista. ¿Ustedes pueden recibir dinero de mí y para las compañías?

—Podemos recibirlo y depositarlo en su Banco. No podemos y no debemos administrar sus cuentas bancarias. Si usted lo prefiere, puede dejarme un depósito de unos cinco mil dólares para cubrir los desembolsos y restablecer el nivel de la cuenta en vista de mis gastos.

Mather revisó con una rápida ojeada sus notas. Solo le restaba discutir un asunto con el abogado, pero precisamente en ese punto necesitaba una orientación de claridad absoluta.

—… Representaciones hechas por terceros para mi beneficio, o por mí mismo, con respecto a la autenticidad, la propiedad, la procedencia de los objetos ofrecidos en venta… Parece una tarea demasiado amplia, ¿no cree?

—Es demasiado amplia —dijo Alois Liepert—. Y si usted no es capaz de soportar el esfuerzo, puede terminar en la cárcel… De modo que examinemos siguiendo un orden las cosas. Las representaciones que se le propongan a usted en la condición de comprador… Usted pide que se las confirmen por escrito. Yo verifico y aconsejo en concordancia. Quizás el método determine un procedimiento un poco lento. Y de vez en cuando tal vez usted pierda una oportunidad, pero es el único modo seguro. Usted habrá demostrado legalmente su buena intención. Si se comete un error o hay engaño, usted está a salvo.

—Eso es reconfortante.

—Mi padre fue juez. Solía decir: «Siempre hay una recompensa para un hombre amante de la precisión». Tardé mucho tiempo en comprender lo que quería decir. Ahora, con respecto a la segunda parte de las preguntas, las representaciones realizadas por usted… Por lo que se refiere al título, al derecho de poseer o vender, siempre es necesario demostrarlo. En cuanto a la procedencia… Hay un amplio margen de tolerancia legal en Suiza, porque existe un tráfico tradicional a lo largo de nuestras fronteras. Desde luego, ese tráfico es intensamente lucrativo, de modo que nuestro propio Gobierno no cuestiona cómo llegó aquí la mercancía. Responderán de mala gana a las

representaciones oficiales acerca de actividades delictivas; pero se negarán de forma taxativa a aplicar las normas fiscales o aduaneras de los países vecinos. Así pues, comprobará usted que en el negocio del arte cierta reticencia es necesaria y aceptable. Usted no está obligado a declarar que un italiano acaudalado le vendió un cuadro que él exportó de modo ilegal a través de nuestra frontera. Tampoco está obligado a decir su nombre, si el comprador admite que usted es un proveedor de artículos legales… Pero también en este caso vale nuestro protocolo. Sus clientes apreciarán enseguida la sabiduría del procedimiento… Claro está que todo depende de lo que usted me revele. Yo debo estar en condiciones de confiar absolutamente en lo que usted me diga…

Diez minutos más tarde la conferencia había concluido, y Mather descendía por la Bahnhofstrasse con el propósito de visitar al gerente de su Banco, extraer dinero en efectivo, depositar la cartera de Hugh Loredon y tocar, durante unos segundos, la lona tosca y encerada que guardaba los cuadros de Rafael procedentes de la colección Palombini.

Necesitaba ese contacto para afirmar su coraje en vista del juego en el que esos cuadros constituían el premio mayor. El asunto ahora había empezado en serio. Él se atenía con todo rigor a las reglas. Era aceptado en el salon privé, donde no se imponían límites a las apuestas… Ahora tenía que demostrar que podía actuar a la altura de los maestros del juego que, en el caso de que Max no supiese defenderse, lo desplumarían como a un pollo y se lo devorarían.

Mientras tanto, en París, Henri Charles Berchmans ya estaba preparando sus recursos estratégicos y trazando su plan de acción. Los recursos eran enormes; el plan era global, pues Berchmans no era solo un comprador y vendedor de obras de arte caras, sino también coleccionista y tratante de información, a través de la red mundial de agentes y clientes.

Llevaba a cabo evaluaciones para los Bancos y las compañías de seguros de todos los grandes países. Aconsejaba acerca de la formación y la dispersión de distintas colecciones. Determinaba las tendencias y las modas en el arte. También ayudaba a fijar los precios, del mismo modo que los banqueros de Londres y Zurich fijaban los precios diarios del oro. Se mostraba tan cuidadoso como los comerciantes de diamantes de África del Sur en el control del flujo del producto, de modo que el valor nunca descendiese demasiado. Si el mercado de subastas estaba flojo, intervenía discretamente con su consejo o arreglaba una venta anterior a la subasta que era publicada siempre sobre la base de una cifra inflada. Si Berchmans compraba a ese precio, decían los expertos, la obra debía ser valiosa. Así que

el resto de las existencias de Berchmans acrecentaba su valor; y los tratantes y los subastadores bendecían su nombre.

Frente a los banqueros, aplicaba una política expansionista. Les vendía a precios elevados cuadros destinados a adornar la sala de juntas. Organizaba las exposiciones que patrocinaban. Los alentaba a prestar dinero con la garantía de ciertas obras de arte y de colecciones enteras. Su argumentación era muy sencilla.

—Les ofrezco una valuación segura para realizar el préstamo: el cuarenta por ciento por debajo del precio de reventa. De las obras que yo he cotizado garantizo la compra a ese mismo precio. Pero si tienen que ejecutar el préstamo, les aconsejaré el momento apropiado para vender con un veinte por ciento de beneficio.

En el caso de las compañías de seguros argumentaba lo contrario.

—Cotizo alto; de modo que ustedes tienen derecho a cobrar primas elevadas. En caso de destrucción de la obra, por supuesto, tendrán que pagar mucho. Si es robada, antes o después sabré en qué lugar del mercado negro se oferta, y también sabré, mejor que nadie, cuál es el precio más bajo que puede ofrecerse por su devolución, si la obra está dañada, puedo conseguirles los mejores restauradores del mundo al mejor precio…

En resumen, Henri Charles Berchmans el Viejo era una especie de banquero, que se ocupaba de un mercado restringido con un circulante sumamente controlado. Como todos los banqueros, dependía de la información suministrada diariamente y por completo cierta. Mantenía sus propios centros de datos en París y Nueva York. Sus oficinas estaban enlazadas con una red de computadoras. Sus empleados más valiosos eran los que nunca descendían a la sala de ventas para engatusar a un cliente, y en cambio se dedicaban a acumular fragmentos y retazos de información acerca de los fallecimientos, los matrimonios, los divorcios, las quiebras y los testamentos sucesorios.

Así, mientras Max Mather, el novicio, descendía por la Bahnhofstrasse, Henri Charles Berchmans redactaba un mensaje urgente a todos sus corresponsales:

La información suministrada por Mather y Seldes hasta ahora es válida. Por consiguiente, estamos buscando dos cuadros de Rafael que representan a otras tantas mujeres Palombini y cinco dibujos; ninguna de estas piezas aparece ni siquiera sugerida en el catálogo. Ello se debe a una razón plausible: que los Palombini nunca fueron grandes coleccionistas y por consiguiente es muy probable que relegasen las obras a la oscuridad. En vista de la falta de

descripción de los retratos, opino que en el curso de los siglos pueden haber sido atribuidos por error a otros autores… como, por ejemplo, la Dama del Unicornio fue atribuida a Perugino y el Retrato de Isabel Gonzaga fue catalogado en un principio como obra de Mantegna, y más tarde asignado a Giacomo Lancia y a otros. Otra posibilidad sugerida en una carta de un bibliotecario de Florencia a Mather consiste en que las obras hayan sido entregadas como rescate o pago por protección a un oficial de la SS. Les ruego pidan a nuestros contactos brasileños información inmediata acerca de Franz Christian Eberhardt, que contrajo matrimonio con cierta Camilla Dandolo en Milán el año 1947, y después viajó a Río de Janeiro. Los documentos de Eberhardt indicaban que era un nativo brasileño, pero es posible que haya obtenido la ciudadanía después de la guerra. Nuestros contactos en los campos del seguro y la Banca pueden resultar útiles en este aspecto. Soliciten cuanto antes información.

A mediodía llamó a Seldes, que se quejó somnoliento porque eran apenas las seis de la mañana en Nueva York. Berchmans hizo caso omiso de la protesta.

—Ese individuo, Mather. Lo conocí. Me gusta. Usted me dijo que era un académico de vida ociosa. Es mucho más que eso. Tal vez sea un sinvergüenza, pero también puede prestarnos servicios útiles…

—Entonces, Henri, utilícelo, cuenta con mi bendición. ¿Me despertó solo por esto?

—La exposición de Madeleine Bayard.

—Mather sabe todo lo referente a eso. La representa.

—No está aquí. Se ha ido a Suiza. ¿Tiene su dirección?

—No. Estoy esperando que me llame.

—En tal caso, puede pedirle que se comunique conmigo… y diga a la gente de Mather que me envíe cuanto antes un catálogo y una lista de precios y un juego de diapositivas.

—Así lo haré. ¿Algo más?

—¿Cuáles son, a su juicio, las mejores autoridades acerca de las obras atribuidas a Rafael?

—¡Demonios! Necesito revisar mis fuentes para responder a esa pregunta.

—Bien, cablegrafíeme una lista cuando llegue a su oficina.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Se lo repito… las obras atribuidas a Rafael. Es precisamente lo que estamos buscando. Las personas que tienen esos cuadros tal vez crean que son piezas de Perugino. Harmon, usted suele tener la mente más ágil.

—Por lo general no se me pide que piense a las seis de la mañana.

—No se duerma todavía. Hay algo más, amigo mío. Madeleine Bayard…, ¿qué sucedió con sus documentos, los cuadernos y los bocetos?

—No tengo la más remota idea. Imagino que la Policía secuestró todo lo que había en su estudio.

Es probable que el marido tenga el resto. Y de todos modos, la totalidad del material en definitiva irá a parar a manos de Bayard. ¿A qué viene la pregunta?

—Compré algunas telas de esa dama. Lebrun me la presentó. Solíamos entretenernos un rato cuando yo estaba en Nueva York. Le escribí unas cartas, y quisiera recobrarlas.

—Lo siento muchísimo, mi Henri; pero con un marido como Ed Bayard… ¡despídase de eso!

Además, ¿no le parece que ya ha pasado demasiado tiempo?

—Quizás. He recordado el hecho solo a causa de esta nueva relación entre Mather y Bayard.

—Espere un poco. Max Mather está escribiendo un artículo acerca de Madeleine Bayard para la revista. Sé que estaba buscando documentos y misceláneas. Hablaré del asunto con él.

—Gracias, Harmon. Y no le induzca a esperar una retribución. Las cartas no son tan graves. ¡Peores cosas firmadas por mí fueron publicadas por la Prensa amarilla!

—Haré lo que pueda.

—Bien. Le gustará saber que mis amigos de diferentes países han sido alertados con respecto a las obras de Rafael pertenecientes a la colección Palombini… Vuelva a dormir, y sueñe que ambos somos ricos.

Satisfecho con su trabajo de la mañana, reconfortado por el apretón de manos de un banquero que miró con aprobación el perfil de la nueva empresa, pequeña pero sólida, y que de buena gana le ofreció facilidades de crédito para el caso de que las necesitase, Max Mather resolvió concederse el placer de un buen almuerzo en el restaurante del Baur au Lac.

La comida era excelente. Los camareros de edad madura eran individuos sonrientes y eficaces.

Los huéspedes formaban una sección transversal del mundo financiero de Zurich: estirados, vestidos con discreción, de buenos modales, pero siempre un poco distantes del ausländer como el propio Mather. La charla fluía alrededor de su persona en una mezcolanza de idiomas —francés, italiano, suizo alemán, alto alemán, sueco— y en todos los casos tenía que ver con el

dinero: las tasas de interés, las operaciones a plazo fijo, los márgenes, las posibilidades de beneficio, los factores que elevaban y deprimían el mercado. Mather comía con calma y disfrutaba con la nueva sensación de bienestar y confianza en sí mismo. Por primera vez en años sentía que dependía solo de sí mismo, que realizaba sus propias maniobras, que arriesgaba su propio cuello. Comenzaba a entender cuál era la auténtica atracción de la empresa individual. A lo largo de toda su vida había tenido miedo, y se había aferrado a la seguridad de las faldas de las mujeres. Ahora caminaba sobre la cuerda floja, y debajo no había una red de seguridad. El miedo le oprimió el vientre, pero en su grito silencioso se manifestaba también la arrogancia de un niño: «¡Miren! ¡Puedo hacerlo!».

La euforia persistió hasta que regresó a su apartamento de Sonnenberg. Llamó a Anne-Marie, en Nueva York, y le refirió sus novedades con una voz que denotaba verdadero entusiasmo; después, dictó sus instrucciones:

—Manténte en contacto conmigo a través de Liepert. Este apartamento es solo el lugar donde duermo. Estaré entrando y saliendo de aquí sin parar, pero tienes el número, por si lo necesitas…

Escribe enseguida a Henri Berchmans. Menciona mi encuentro con él en París. Pídele que tenga la bondad de prestarte sus telas de Bayard para la exposición. Tú pagarás el seguro y el transporte. Le reconocerás su aportación, de manera prominente, en el catálogo de la exposición y en todos los comunicados de prensa… y le enviarás por adelantado un juego de diapositivas tan pronto estén listas, de modo que en efecto él tenga derecho a la primera elección… ¿No lo olvidarás? ¿No te demorarás? Bien; porque necesito otro juego de fotografías y catálogos para mis amigos suizos.

Envíalo todo por correo personal. No confíes en los servicios oficiales… ¡Bambina, realmente estamos avanzando!

—¿Qué puedo decirte? Estoy impresionada. Y agradecida… Si no lo parece a primera vista es porque mi padre me preocupa.

—¿Qué sucede?

—Está en la Clínica Londres. Dice que es solo para someterse a un control.

—Probablemente se trata de eso.

—Me ha preguntado que dónde estabas.

—Llámalo y comunícale esta dirección y el número de teléfono.

—Le hablé de la cartera y le dije que no la habías abierto. Comentó: «Entonces, es más estúpido de lo que parece. Dile que estudie con atención el material. Es esencial». Max, ¿qué quiere decir?

—No lo sé. Imagino que tendré que abrir la cartera y averiguarlo.

—Si quieres llamarlo, está en la habitación 137.

—Llámalo tú misma. Él me hablará a su debido tiempo. ¿Cómo se comporta Bayard?

—Debo reconocer que muy bien. Se muestra solícito y comprensivo. Yo corro de un lado para otro a lo largo del día y cuando llega la noche estoy muerta de cansancio. Me llama para saludarme, y eso es todo. Un día almorzamos juntos. Fuimos al Whitney, y paseamos por el parque. Me dejó temprano en casa. Se comporta con mucha discreción, como una especie de buen amigo, y eso me viene bien… Aprobó las notas del catálogo y desea vivamente ver tu artículo. Se sentirá emocionado cuando le hable de Berchmans.

—Es mejor que no digas nada hasta que el asunto esté arreglado.

—Max, eso podría ser embarazoso.

—Será mucho más embarazoso si Berchmans se niega a prestar los cuadros…, y tiene perfecto derecho a proceder así. Ya sabes cómo es Bayard cuando cree que se le desaira.

—Muy bien. Haré lo que tú dices. ¿Estás bien?

—Nunca mejor que ahora… Pero necesito cuanto antes las fotografías y los catálogos.

—Señor, ¿ayer sería satisfactorio?

—Apenas aceptable. Deséame suerte el miércoles.

—Eso haré. Ciao, Max.

A continuación llamó a Danny Danziger. Aunque era temprano por la mañana en Nueva York, ella no estaba en casa. Max dejó sus números de teléfono grabados en el contestador automático y le pidió que comunicase la información a Harmon Seldes. Luego, se preparó café y se instaló para realizar un estudio sistemático de los materiales de Madeleine Bayard.

Primero terminó las cartas. La propia Madeleine las había dividido en tres grupos. El primero era todo material erótico: descripciones en prosa muy colorida de hombres y mujeres que habían compartido con ella una experiencia sexual. Algunas eran bastante toscas; otras, insoportablemente literarias. Todas estaban firmadas con un nombre inventado o muy cariñoso: Pete, Lindy, Lengua de azúcar, Hombre de hierro… Mather se preguntó por qué la pintora se había molestado en conservarlas, y entonces comprendió la frase de Leonie Danziger: «Era *voyeur* tanto como participante».

El segundo grupo estaba formado por cartas de artistas de distintos lugares del país, con quienes ella mantenía correspondencia regular, aunque también

la unía a ellos cierto tipo de relación sexual.

> … Madi, lo que me encanta en ti es que careces de celos profesionales. Contemplas la obra. La amas o la odias y lo dices con franqueza… Tu juicio es duro, pero sabes de qué estás hablando, porque todos los días trabajas frente a tu caballete… Creo que por eso nunca supuse que te mostrarías tan generosa en el amor.
>
> «… Queridísima Madi…». Esta carta pertenecía a una pintora de Arizona. «¿Qué puedo decir? Sentía fuego en las yemas de mis dedos cuando regresé de Nueva York. Me enseñaste a pintar, del mismo modo que me enseñaste a amar: el color crudo, mezclado sobre la tela, la aceptación de todos los riesgos, ninguna reserva…».

Y de un maestro anciano, ahora medio ciego, pero que continuaba pintando en Vermont:

> Te amé desde el día en que nos conocimos; te deseé desde el primer día en que hicimos el amor en tu estudio… Pero me preocupo por ti, Madi. Me preocupan las dos mujeres: la mujer feliz a quien agradaría pintar hermosos *graffiti* en los muros de Manhattan, y la personalidad sombría que está tratando de salir del infierno gracias a la pintura…

Fue en este paquete donde halló cuatro cartas, escritas en francés. Eran muy breves, y habían sido escritas con una grafía grande y enfática, en papel de cartas de un hotel, y estaban firmadas solo con iniciales. En todas la forma era la misma: una sola frase explícita elogiando la actuación sexual de Madeleine Bayard, un breve juicio sobre su obra, y una despedida.

> Quand tu m’enfourches c’est comme si je m’accouple avec un ouragan et je suis transporté au Paradis.
>
> Mais quand je te contemple dans tes peintures, je vois une agonie que je ne sais pas ni partager ni soulager.
>
> Quand même je te convoite nuit et jour. Á bientôt, chérie…
>
> **H. C. B.**

Mather necesitó unos minutos para relacionar las iniciales con Henri Charles Berchmans. Esbozó una sonrisa ante la ironía de la situación; después pensó en el mejor modo de aprovecharla. No podía pensar en el chantaje. Berchmans había tenido dos esposas y una colección de amantes. Una esposa y una amiga lo habían llevado ante los tribunales. Ya se habían sacado en público muchos trapos sucios; pero al mes siguiente, cuando Laurencin, su caballo de dos años, ganó en Chantilly, la multitud le había tributado una ovación.

Max Mather no debía aparecer en el papel del hombre que solicita favores. De todos modos, Berchmans miraría con malos ojos que ese joven entrometido hubiese leído las cartas de amor de un individuo maduro. El método más sencillo era el más digno: «He encontrado estas cosas; se las devuelvo». El único problema era que Mather no se atrevía ni siquiera a tocar los originales mientras no supiera por qué Loredon se los había entregado.

El tercer manojo de cartas nada tenía que ver con el amor o el sexo. Se refería a la economía de la profesión, las compras de cuadros, algunas invitaciones a seminarios y exposiciones, la concesión de becas, recompensas y otras cosas semejantes. Pese al hecho de que no exponía, Madeleine Bayard era muy conocida, y sus colegas de la profesión le rendían un gran respeto. Ahora que había leído la correspondencia, los diarios tenían mucho más sentido. Podía distribuir a una serie de personas reales sobre el paisaje de la vida de Madeleine. Por ejemplo, se registraban las visitas de Berchmans con un afecto teñido de buen humor.

> … Henri está sobre mí, un cuerpo gigantesco que oscurece el sol. Le digo que tenemos que cambiar de lugar. Ríe, y dice que de buena gana me permitirá que yo haga el trabajo. Es potente como un toro e igualmente brutal; pero nunca me deja insatisfecha… En él hay dos personas, del mismo modo que hay dos en mí. Permanece en silencio durante varios minutos seguidos, contemplando una de mis telas, y después se…

> Cuando me encierras entre tus piernas es como si me uniese con un huracán y me siento transportado al Paraíso. Pero cuando te contemplo en tus cuadros percibo una agonía que no puedo compartir ni aliviar. De todos modos, te deseo noche y día. Hasta pronto, querida… H. C. B. vuelve y me palmea la mejilla con ternura extraordinaria… Señala un solo rincón de una obra

> y dice: «Eso está bien hecho, es casi perfecto…». Su fuerza puede ser de terrible carácter destructivo; pero en mi caso posee una gran capacidad curativa…

De Hugh Loredon, Madeleine Bayard escribía con aspereza cada vez más intensa:

> … Se ha convertido en una pareja de baile que mientras tanto siempre está mirando por encima del hombro a otra persona. Su cajita de trucos comienza a asquearme… Sé que ha ofrecido los mismos cumplidos a veinte mujeres. Su solicitud es falsa. «Estás fatigada. Yo te calmaré. Di a Hugh cuál es el problema». No es malo en la cama, pero como hombre trata de darme lo que consigo con mayor abundancia de las mujeres…

Este aspecto sáfico de la vida de Madeleine Bayard aparecía descrito en otro enfoque distinto por completo.

> … Hoy ha venido Paula. Sus hijos se han ido al campamento de verano. Ella se siente muy complacida de estar sola. Cierro con llave la puerta y me consagro por completo a su persona. Hacemos el amor, dormimos, despertamos, bebemos vino. Comienzo a dibujarla, totalmente desnuda sobre la manta de retazos… Realizo una docena de bocetos al carbón y un dibujo grande con acuarela… A pesar de los hijos, todavía tiene el cuerpo esbelto y blanco como el mármol. Cuando la toco, mis manos dejan marcas de pintura. Ambas reímos y comenzamos a pintar cada una el cuerpo de la otra, como niñas…

Había una referencia a Danny Danziger, de quien escribía en un estilo muy diferente.

> … Se esfuerza tanto para conseguir que yo diga con palabras lo que solo puedo expresar sobre la tela o haciendo el amor. Le explico que las palabras se embrollan en mi cabeza, se atascan en mi garganta… Ella se niega a comprender. De modo que yo clavo un papel sobre el tablero, le pongo un pedazo de carbonilla en la mano y le digo: «¡Adelante! ¡Dibuja! Dibújame, dibuja la botella y la copa». Por supuesto, no sabe

> por dónde empezar… «¡Bien! —le digo—. Tú no sabes dibujar. Yo no sé hablar. Ahora, ¡vamos a la cama!».
>
> Que es precisamente el tema central de la discusión. Salvo que ella necesita protagonizar la danza de los velos antes de llegar allí…

Las referencias a Bayard aparecían salpicadas como pasas de uva en una torta.

> … En días como en el de ayer casi puedo creer que quizá logre ser feliz con Edmund. Llevamos a Lebrun un par de cuadros. Los compró enseguida. Después, bajamos por Madison, nos detuvimos en alguna de las galerías más pequeñas, y al final llegamos a un taller que expone el trabajo de alfareros, tallistas, tejedores y artesanos del vidrio norteamericanos.

La actitud de Edmund frente a estas obras revela extraordinaria humildad. Dice:

> «Dios mío, cuando veo esto me siento tan inútil, tan torpe… Mira ese jarrón… Mira ese cuenco de madera, tan sencillo, pero al mismo tiempo tan respetuoso de la madera misma…». Yo me pregunto —no me atrevería jamás a preguntárselo— por qué no muestra el mismo respeto hacia mí y hacia lo que hago. Conozco la respuesta.
>
> Soy una niña descarriada, a quien es necesario castigar evitando aprobar ni siquiera sus virtudes. Tiene ojos y sabe comprender, pero su corazón no es comprensivo…

Estos breves bocetos de caracteres estaban entremezclados con descripciones de encuentros sexuales en el estudio de la pintora y en los apartamentos de amigos y conocidos. Pero mientras examinaba las páginas de bella caligrafía, Mather comenzó a cobrar conciencia de que en realidad estaba leyendo, no un diario, sino una narración organizada con todo cuidado, en parte real, en parte invención, de la vida real e imaginaria de Madeleine Bayard. La escritura misma era la clave. Era demasiado regular, demasiado controlada, como si se tratara de un manuscrito copiado de forma prolija en el scriptorium de una abadía rabelesiana. Era una obra de arte. Describía lo que sus cuadros ocultaban. Ella manipulaba a sus amigos y compañeros de sexo del mismo

modo que disponía a sus modelos, con el fin de obtener la composición más expresiva, la formulación más dramática.

> … Paula y Danny sienten celos una de otra. Yo me aparté de ambas y las llevé a hacer el amor con Lindy.
>
> Después conseguí que Peter se uniese al juego. No ceso de repetir que el amor debe ser diversión, no furia.
>
> Confecciono bocetos mientras ellos juegan. Cuando ven los dibujos perciben la belleza del juego y comienzan a sentirse amigos…

Sin duda, esas relaciones artificiales escondían conflictos profundos; pero hasta un momento ulterior de la colección no aparecía nada que sugiriese un acto inminente de violencia.

> … Hoy ha habido una horrible riña con Peter. De pronto se muestra muy celoso, celos que resultan obsesivos, teniendo en cuenta que se trata de un joven. Quiere que salga con él, desea presentarme a sus amigos. Me niego. Trato de explicarle que mi nido de amor es un lugar íntimo. No soy una posesión para ser exhibida en público. Me aplica calificativos terribles. Me golpea. Me arroja sobre la cama y trata de violarme. La violación fracasa porque yo me muestro muy dispuesta a la entrega… Comienzo a desear que Henri regrese. Su brutalidad siempre está controlada.

Pocos días después, otro episodio de exasperación.

> … Pido a Hugh que me lleve a la subasta del jueves, en la que hay obras impresionistas importantes procedentes de la colección de Chicago. Me ha contado tantas historias divertidas acerca de las mujeres atractivas en las subastas, que siento curiosidad por verlas. Se niega. Para él los días de subasta son días de trabajo. Si deseo ir, prefiere que lo haga sola y me mantenga lejos de él. Le digo que se vaya al infierno.

Responde: «Madi, no abuses de tu suerte. En esta ciudad abundan los planes fáciles». Le golpeo el rostro.

Responde a mis golpes y sale. Me pregunto por qué ya nada me parece divertido.

Más avanzada la tarde llega Danny. Parece estar muy abatida. Acaba de reñir con Harmon Seldes y está pensando en abandonar su empleo. Le digo que es una tonta. Debe continuar realizando su trabajo. El sueldo es bueno. Seldes no puede permitirse el lujo de perderla. La disputa no ha sido más que una ficción creada por dos personas que no pueden decidir qué harán con sus propios cuerpos.

Mather leyó tres veces el fragmento antes de comprenderlo bien. La propia Danny le había aportado todos los indicios necesarios, y sucedía sencillamente que él no había tenido el ingenio necesario para interpretarlos. La relación con Seldes y Hugh Loredon, la identificación de Madeleine como *voyeur* además de participante, las últimas palabras de su informe: «Muchos estamos comprometidos en este asunto, y esperamos que usted lo aclare…».

Dejó sin leer el resto del diario, recogió las fotocopias de los cuadernos de bocetos y los estudió con atención, página por página. Las figuras maníacas, danzarinas, que copulaban, ahora eran personajes reales. Podía asignarles nombres gracias a las cartas, e identificar sus particularidades sexuales gracias a los fragmentos contenidos en los diarios.

Durante el primer examen superficial, en Nueva York, había advertido una sola imagen de Leonie Danziger. Ahora ella se le mostraba en varios cuadros: en un abrazo sáfico con otra mujer, después transformada en una ménade de cabellos desordenados, perseguida en diferentes situaciones por faunos rampantes que debían ser Peter y el Hombre de Hierro.

Dejó los dibujos sobre su escritorio y se puso de pie para beber una copa. Sonó el teléfono. Era Harmon Seldes, rebosante de buena voluntad.

—… He hablado con Berchmans. Le ha causado usted muy buena impresión.

—Soy un hombre impresionante. Usted bien lo sabe, Harmon.

—¿Cómo está ese trabajo sobre Bayard?

—Avanza poco a poco. No es fácil enfocar con claridad a esa mujer.

—¿Qué clase de material ha podido descubrir?

—No es gran cosa. Me baso sobre todo en la versión oral del propio Bayard y en mi propia reacción frente a las obras. Es decir, tengo idea del carácter y la psicología, pero no datos firmes.

—No hay papeles, ni cartas…

—Hasta ahora, no. ¿Por qué?

—Al parecer, Berchmans y ella fueron amantes ocasionales. Y él le escribió cartas.

—Qué estupidez.

—Si esas cartas aparecen, es probable que él quiera recuperarlas.

—Por supuesto. Mi padre tenía un dicho acerca de eso.

—Estoy seguro de que expresaba un concepto profundo —observó en tono seco Seldes.

—Así es —confirmó Max Mather—. Si tienes algo que decir a una mujer, díselo de viva voz. No se lo escribas… Creí que Berchmans tenía inteligencia suficiente para abstenerse de cometer semejante error.

—Uno no necesita ser inteligente —dijo Seldes con voz sombría—. Es suficiente tener dinero como para despreocuparse del asunto.

En una habitación privada de la Clínica Londres, Hugh Loredon estaba sentado en la cama, la espalda apoyada sobre varias almohadas, y conversaba con su médico. A simple vista hubiera podido decirse que eran hermanos: en ambos los mismos cabellos blancos, las mejillas sonrosadas, la elocuencia suave y esquiva característica de los irlandeses de Boston y de los ingleses de las regiones rurales. El médico esbozó un gesto de impotencia.

—Es una situación difícil, Hugh. Y con el tiempo empeorará. Las ramificaciones están extendiéndose. Le queda muy escasa función hepática…

—¿Cuánto duraré? —preguntó Hugh Loredon.

El médico se encogió de hombros.

—Más o menos un mes de movilidad, si se toma las cosas con calma. Después, comenzará a decaer. Podemos facilitarle un poco las cosas, pero en general le quedan unos tres meses.

—No me sentaré a esperar que se cumpla el plazo. —Hugh Loredon estaba irritado—. Si usted no inteviene, lo haré yo mismo.

—Sí, bien… —El médico lo examinó con cierta compasión distante—. Comprendo lo que siente, pero tal y como están las cosas en este país, no puedo hacerlo. Usted es un paciente ocasional. En mis libros no tiene una larga historia clínica. No puedo administrarle una sobredosis permanente de analgésicos. Con respecto a hacerlo usted mismo, es bastante fácil, pero quiero formularle una pregunta. ¿Tiene seguro de vida?

—Sí, considerable —dijo Hugh Loredon.

—¿A quién se paga?

—A mi hija.

—Pero si usted se suicida, ella pierde los beneficios. Por supuesto, a usted le corresponde decidir; me limito a recordarle las consecuencias.

—¿Y eso es todo lo que puede decirme?

El médico estuvo un momento examinando el dorso de sus manos suaves y bien cuidadas. Casi podía decirse que conversaba con las uñas de sus dedos

y no con el paciente.

—Hay otra solución. Si se tratara de una persona de firmes convicciones religiosas ni siquiera me atrevería a sugerirlo; pero como parece que usted no tiene convicciones de ningún género en ese aspecto…

—No las tengo —dijo Hugh Loredon poniendo énfasis en sus palabras—. He vivido sin religión durante toda mi vida. Y a decir verdad, tampoco la necesito ahora. Dígame…

—Todavía tiene fuerzas para viajar. Le sugiero que vaya a Ámsterdam. Le entregaré una carta para un colega que dirige una clínica oncológica de casos terminales. Él lo internará… Y cuando usted se sienta preparado, él hará lo que sea necesario. Es un procedimiento rápido e indoloro, y es cada vez más elevado el número de médicos holandeses que lo ofrece como servicio a sus pacientes. De todos modos, usted es un caso terminal, de modo que no hay problema con el certificado de defunción. Lo único que debe hacer es asegurarse de que reserva el dinero suficiente para pagar el hospital y los gastos de incineración y el envío de sus cenizas de regreso a la patria.

Hugh Loredon reflexionó un momento acerca de la propuesta, y después preguntó:

—¿Ha dicho Ámsterdam?

—En efecto.

—Podría ir en avión, arreglar algunos negocios de la firma, y después ingresar en el hospital.

—Muy bien. El aspecto comercial solo a usted le concierne.

—Es una situación difícil, pero preferiría que mi hija no sepa lo que estoy haciendo. Está trabajando en un proyecto importante. No quiero impresionarla más de lo que es inevitable. Nada de despedidas prolongadas. Y tampoco vuelos de compasión a través del Atlántico… ¿Está seguro de que puede garantizar un fin indoloro?

—No puedo garantizar nada —dijo en tono severo el médico—. Usted es un hombre muy enfermo. Debería ajustarse a las normas del tratamiento. Usted decidió continuar trabajando. Viaja a Holanda. Como haría un buen médico, yo lo remito a un colega, porque necesita ayuda urgente.

Usted lleva consigo la carta. Expone su historia médica. Todos quedamos a salvo… Sea como fuere, piénselo. Hablaremos por la mañana.

—Estoy decidido —dijo Hugh Loredon—. Será Amsterdam.

—Muy bien. Volveré a verlo durante mi visita a primera hora de la mañana. Le entregaré la carta de revisión. Puede salir de aquí alrededor de las diez. Supongo que viajará directamente al Continente.

—Bien, sí… Es posible que deba hacer un par de cosas antes de partir.

—Hugh, usted está viviendo en tiempo prestado. No lo malgaste en pequeñeces. Si se desploma en Londres, tendrá que sufrir hasta el fin mismo…

—Entendido. —Hugh Loredon le ofreció la mano—. Gracias por el servicio. Ahora, haré algunas llamadas y veré cuántos amigos tengo.

Max Mather había ordenado que llevasen café y bocadillos a su habitación. Ardía en deseos de examinar hasta el fin el material de Madeleine Bayard e iniciar un boceto rudimentario del artículo que debía escribir para la revista.

Cuando fijó la atención en los diarios por primera vez cobró conciencia de las fechas de las entradas. Fue más una especie de percepción visual que la decisión consciente de examinar la secuencia de los tiempos. Le sorprendió comprobar que las últimas entradas llegaban hasta el día mismo del asesinato de Madeleine. Sin duda, Loredon había ido al estudio el día del crimen y había retirado el material, de modo que era uno de los principales sospechosos, y el asesino o por lo menos un cómplice del crimen. Por eso mismo, las últimas entradas del diario tenían especial importancia. Mather las leyó muy despacio, varias veces.

> … He vuelto a ver esta mañana al médico. Me ha estado sermoneando durante mucho rato. Dice que no puedo mantener el ritmo de una vida sexual muy activa y el impulso creador necesario para producir la magnitud de trabajo que estoy ejecutando. Insiste en que me calme y complete la serie de sedantes que me ha recetado. Cree que debo someterme a terapia, que debo tratar de imponer cierta unidad a una vida que está fragmentándose cada vez más. Discuto con él, pero sé que tiene razón. El único momento en que me siento un ser entero es aquel en que estoy sola frente a la tela, contemplando el mundo que he creado.
>
> … De todos modos, la gente continúa formulándome enormes exigencias. A veces me siento como Diana de Éfeso, con centenares de pechos, de los cuales el mundo entero se alimenta. Los hombres ya son bastante desagradables. Se muestran bruscos y exigentes; pero una vez satisfechos se marchan. Las mujeres —y pienso sobre todo en Danny y Paula — consumen mucho más de mi sustancia. Reclaman afirmaciones y seguridades, y yo no puedo darlas.

> Edmund se muestra cada vez más inquieto. Lo sé; pero cuando está preocupado me riñe.
>
> Cuando me riñe yo adopto una actitud maligna, y entonces él se enoja y amarga y se aparta de mí. Hay momentos en que creo que podría inducirlo a que me mate. Los sedantes ayudan un poco. Me resultaría fácil convertirme en adicta a esa calma suave y seductora que se insinúa a medida que la dosis prolonga su efecto… Si por lo menos pudiera compartir esto y olvidar los accesos de furia y los celos…

Max Mather cerró el libro y apoyó las palmas de las manos sobre los ojos doloridos. La oscuridad momentánea alivió el resplandor del papel y la secuencia implacable de la escritura a través de las páginas; pero no había modo de alejar las imágenes inquietantes en ese estéril apartamento suizo, a cinco mil kilómetros y doce meses de distancia del estudio de Madeleine en Nueva York. Pronto él mismo estaría viviendo en ese estudio. ¿Escucharía aún la resonancia de la antigua música, vería el movimiento agitado de las cortinas espectrales? ¿Quizá la imagen de Madeleine Bayard continuaría ofreciéndose tan vívida como la encontraba en este momento, yaciendo en su sueño de drogas, el cuerpo blanco desnudo sobre el edredón de colores, esperando el golpe del asesino?

No por primera vez, Mather se preguntó cómo había acabado enredándose en los asuntos de esas personas tan retorcidas. Una con una era mucho más fácil: el caballero con la dama indulgente.

Ambos salían tomados de la mano. Cuando uno cerraba la puerta del dormitorio, excluía al mundo.

Pero ahora no era tan fácil tomar distancia. Él era como Gulliver, arrojado a una costa extraña, despertando para encontrarse inmovilizado con hilos muy finos, pero fuertes como los cables marinos.

De manera inesperada, sonó el teléfono. Hugh Loredon lo llamaba desde Londres. Mather lo saludó sin entusiasmo.

—Anne-Marie me dijo que era posible que usted llamara. Está preocupada por su situación. ¿Cuál es el problema?

—No es un problema, Max. Es una sentencia de muerte. Dicen que le permite a uno concentrar de forma maravillosa los pensamientos.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento muchísimo. ¿Se lo ha dicho a Anne-Marie?

—No… y no pienso decírselo.

—Tiene derecho a saberlo.

—Se trata de mi vida —dijo con sequedad Hugh Loredon—. Y lo que menos necesito ahora es una polémica al respecto.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí. Reúnase conmigo en el Hotel Amstel, de Ámsterdam, el próximo viernes. Pase conmigo un par de días… Miraremos los Rembrandt, almorzaremos con un par de tratantes de arte, a quienes de todos modos usted debería conocer. Después, el lunes ingresaré en una clínica. No saldré de allí.

—¡Oh…! —Max Mather necesitó unos instantes para entender el mensaje —. ¿Eso significa lo que yo creo?

—Sí. Tengo el informe de un médico y un hermoso conjunto de radiografías. Después, habrá un certificado de defunción perfectamente legítimo, y usted será uno de los albaceas de mi testamento.

El otro es Ed Bayard.

—Dios mío, ¿por qué nosotros?

—Es una broma. Lo mejor y la última que yo puedo orquestar.

—Hablando de documentos, tengo aquí la cartera que usted me envió.

—¿Ha leído el material?

—Sí.

—Consérvelo.

—Desearía que me lo explique.

—¿Qué puedo decirle? Para mí, son palabras escritas sobre la arena. El viento y la marea borrarán todo… ¿A quién le importa quién contagió la gonorrea a Gauguin o qué cuchillo usó Van Gogh para cortarse la oreja? Son todos detalles triviales. La muerte nos permite prescindir de todo eso… No me dijo si vendrá a Ámsterdam.

—Llegaré el viernes.

—Bien. Ya he reservado la habitación.

—Lo veo muy seguro de sí mismo.

—Sé que usted no puede resistir los ruegos de una mujer o la historia de una desgracia.

—Hugh, escúcheme. Comprendo lo que está haciendo. Y creo que puedo entender sus razones.

Pero si usted quiere salir limpio de este asunto, tendrá que permitir que Anne-Marie comparta esta última experiencia. Si no lo hace, su actitud equivaldrá a un terrible rechazo infligido a su propia hija… ¿Cómo le explico que usted me llamó y no se comunicó con ella?

—¡Muy sencillo, Max! Usted es nada más que el mensajero a quien se contrata para que comunique la mala noticia. Y es probable que lo maten

como recompensa por su esfuerzo.

Se echó a reír, y la risa concluyó en un sonido ahogado.

—¡Hasta el viernes!

Cuando colgó el aparato, Mather sintió que sus manos temblaban. La idea de la muerte elegida era nueva, y de pronto le pareció muy cercana e incómoda. Se preguntó cómo explicaría todo eso a Anne-Marie. La idea de pasar el resto de la velada solo le pareció intolerable. Guardó bajo llave sus papeles y se dirigió en automóvil al Limmat Quai.

En un sórdido club nocturno llamado Salón Venus bebió *whisky* aguado y pagó una botella de champaña a una dama rumana; después, la invitó a una cena de medianoche a base de carne demasiado cocida y patatas medio crudas. También le pagó cien dólares por su conversación sugestiva y porque lo curó de un acceso ocasional de sensualidad. Ella gozaba de sobriedad suficiente para decirle que si todos los homosexuales hubieran sido tan simpáticos como Mather, el Limmat podría llegar a ser un lugar mucho más agradable.

Cuando regresó a su apartamento estaba convencido de que Hugh Loredon tenía parte de razón.

Si uno deseaba poner fin a su vida con un episodio pulcro y claro, Ámsterdam era un lugar mucho más agradable que Zurich.

CAPÍTULO X

La casa de Alois Liepert estaba a unos quince kilómetros de la ciudad; era un chalet agradable, de estilo rural, construido sobre una pendiente boscosa, que dominaba el lago. El interior sugería dinero —dinero antiguo y nuevo— y cierta discreción tradicional para exhibirlo. La esposa de Liepert era un poco más joven que él; delgada, atlética, y al parecer una mujer que se sentía muy cómoda en las situaciones sociales.

Los tratantes de arte formaban una pareja extraña: el hombre que se ocupaba de los modernos parecía un monje del siglo XIX. El hombre que negociaba en obras antiguas y viejos maestros parecía haber salido un poco antes de las páginas de una revista de modas. El subastador, un individuo un año menor que Mather, tenía una pátina permanente de madurez, como si se tratara de Hugh Loredon pero más joven. Las mujeres de estos personajes eran agradables pero parecían un tanto inquietas, y Mather tuvo dificultades para atraerlas a la conversación. El banquero y su esposa eran una pareja de edad madura, personas altivas pero al mismo tiempo serenas y estables.

Una larga práctica había convertido a Max Mather en un huésped ejemplar, un oyente atractivo y un narrador animado, que sabía despertar el interés con detalles poco conocidos. Sabía que estaba siendo sometido a un examen atento y a una inquisición hábil. Lo confortaba la presencia de la doctora Gisela Mundt, con su sonrisa fácil y sus transiciones fluidas de un idioma a otro cuando la conversación se atascaba en una cuestión de vocabulario.

De todos modos, las disciplinas de la erudición fueron útiles. Max Mather estaba firmemente asentado en la gramática de su propia profesión y no formulaba pretensiones extravagantes al margen de este marco. El material de Belvedere era impresionante. La promesa de un caudal de dólares que afluiría al mercado local de arte era atractiva para todos. El banquero resumió la situación con un breve y airoso espaldarazo:

—Señor Mather, sé que usted trabajará bien aquí. Apreciamos la soliditát.

—Le conseguiré un buen precio por el Tompion —dijo el subastador—. Todos los relojeros tradicionales querrán comprarlo.

—Apenas consiga las diapositivas, le presentaré una orden de compra por los Bayard —dijo el tratante de arte moderno—. Y deseo que usted eche una ojeada a la obra de Davanti. Creo que está en condiciones de salir al mercado.

—Nuestro hombre más eficaz en los dibujos renacentistas es Gisevius, de Basilea —dijo el tradicionalista—. Cuando esté usted preparado, concertaré una cita e iremos juntos a verlo. Tiene un excelente laboratorio. Es un hombre de carácter muy conservador. Su palabra tiene mucho peso en Europa…

El espaldarazo final correspondió a la esposa de Liepert.

—Señor Mather, usted ha sido un huésped muy generoso. Nuestros amigos se sienten muy complacidos de conocerlo… ¿Tendría la bondad de llevar a su casa a Gisela?

—Será un placer para mí.

Mientras volvían en automóvil a la ciudad, Mather experimentó una cálida gratitud por la presencia de Gisela Mundt. Era el sello definitivo de la velada, el sello de la confianza y la aceptación en esa ciudad tan conservadora. De acuerdo con la estrategia clásica de la guerra de viejo estilo, él había avanzado hacia el terreno alto y lo había ocupado. En pocos días más consolidaría una alianza con un príncipe poderoso —Henri Charles Berchmans el Viejo— y también en este caso apelando al recurso clásico del regalo depositado en las manos del príncipe, con lo cual eliminaría una amenaza… Pronto el secreto de Hugh Loredon le pertenecería. Ahora ya no era un cliente, un dependiente, sino un hombre respetado. No habría más indagaciones. Su diploma en la profesión sería tan aceptable como el de otro cualquiera. Pronto, muy pronto, Mather ordenaría los últimos elementos en el escenario de las obras de Rafael, y comenzaría la presentación del drama.

Cuando cruzaron el puente para entrar en la ciudad, Gisela Mundt le indicó dónde estaba su casa, una villa pequeña y anticuada cerca de la Universidad. Él la acompañó hasta la puerta principal. La abogada le entregó su llave y preguntó:

—¿Desearía beber un poco de café?

—Me encantaría —dijo Max Mather—. ¿Está segura de que es legal?

—En Suiza —contestó ella con una sonrisa—, todo lo que no está prohibido es legal.

Lo cual, pensó Mather, era una observación interesante para completar una velada.

A la mañana siguiente Mather llamó a París a Henri Charles Berchmans. No estaba, pero un empleado del tratante de arte le prometió entregar el mensaje. Una hora más tarde Berchmans llamó al apartamento de Mather. Este, acostumbrado ahora a la brusquedad del alsaciano, se sorprendió al oír que hablaba con amabilidad y cortesía.

—Sí, señor Mather, ¿qué puedo hacer por usted?

—Seldes me llamó anoche. Me dijo que usted estaba interesado en ciertos elementos de la colección Bayard.

—Es cierto.

—Los tengo. Seldes no lo sabe.

—Le agradezco que me informe con tal prontitud.

—Voy a Ámsterdam el viernes. Hugh Loredon me pidió que lo viese allí. Está muriéndose.

—Lamento saberlo.

—Estoy seguro de que se mostrará usted discreto con la información. Su hija aún no sabe nada.

—Desde luego.

—Por consiguiente, si a usted le parece bien, cogeré un vuelo temprano de Zurich a París mañana por la mañana, le entregaré los papeles y proseguiré mi viaje a Ámsterdam en un vuelo de la tarde.

—En ese caso, permítame recibirlo en Orly e invitarlo a almorzar en el Veau d'Or. Está tan solo a veinte minutos de distancia. Puedo llevarlo de nuevo al aeropuerto a tiempo para su vuelo a Ámsterdam.

—Bien… Llego en Swissair 731 a las diez y media.

—Una pregunta señor Mather, ¿otras personas han visto esos papeles?

—Por lo que sé, solo la persona a quien fueron dirigidos y la persona que me los entregó.

—¿Son originales o copias?

—Originales.

—Gracias. Espero llegue el momento de verlos. Señor Mather, continúa usted intrigándome.

Mather aterrizó en Orly media hora tarde, en una pista azotada por el viento de marzo y por la lluvia. El chófer de Berchmans lo recibió y lo llevó sin pérdida de tiempo a un pequeño restaurante rural situado en la ruta hacia Fontainebleau. Berchmans lo esperaba en un reservado del restaurante, bien aislado de los restantes comensales. Se mostró cordial y expansivo. Propuso un aperitivo.

Comentó el menú: pescadilla cocida con vino blanco y cortezas de pan, un trozo de cordero y un conejo con ciruelas. Examinó con mucho cuidado la lista de vinos. Aseguró a Mather que podía comer con tranquilidad y regresar al aeropuerto con tiempo sobrado.

A Mather no le desagradaba que lo mimasen, pero también deseaba despachar cuanto antes los asuntos pendientes. De modo que, apenas el camarero anotó lo que deseaban comer, entregó a Berchmans un sobre que contenía las cartas a Madeleine Bayard.

Berchmans echó un breve vistazo a los papeles, los volvió a colocar dentro del sobre, e introdujo este en el bolsillo interior de su chaqueta. Esbozó una breve y avergonzada sonrisa y dijo:

—Gracias… No hay peor tonto que el tonto viejo.

Mather se encogió de hombros y se abstuvo de hacer comentarios.

—Señor Mather, ¿cómo llegaron estas cartas a sus manos?

—Señor Berchmans, es mejor que no pregunte. Son pruebas en un caso de asesinato que aún no está cerrado.

—Un consejo sensato —dijo Berchmans—. Sería una tontería arruinar el sabor de esta comida excelente. Es más, en nuestra profesión es conveniente ser amigo de la Policía.

Después, casi sin variar el tono o la expresión, comenzó a narrar una serie de brillantes anécdotas que se prolongaron desde los entremeses hasta el postre.

Habló del ebanista noruego Casperón, que había llegado a ser tan hábil en la falsificación de los cuadros de Edvard Munch, que pintó uno en tres horas bajo la mirada atenta de la Policía. Explicó que él mismo había reunido una colección de excelentes falsificadores de cierto Jean Pierre Schechroun, originario de Madagascar, un hombre que había estudiado con Leger y que podía producir obras de Braque y Picasso y de Kupka y Kandinsky en un abrir y cerrar de la chequera.

Berchmans explicó que se trataba de un individuo sagaz; nunca trabajaba con óleos, solo con acuarelas, pasteles y bocetos, o sea, los «ensayos» de los maestros en sus respectivos estudios…

Su propia opinión de esos actos delictivos fue interesante.

—En el extremo superior del mercado el efecto es mínimo. La pretensión de que cierto cuadro es una obra maestra se enfrenta al instante con una batería de pruebas científicas. Si la obra es una falsificación, tiene lugar un efecto de contragolpe. Qué astutos son los criminales, y cuánto más astutos los expertos. Cuán valioso debe ser el original puesto que alguien se toma

tanto trabajo para falsificarlo. En los sectores medio e inferior del mercado el único que sufre mucho es el comprador.

Todavía rige la norma de caveat emptor, y también la de caveat mercator, si el tratante quiere continuar trabajando en la profesión. Cuelgue una falsificación de David Stein en su comedor y…, ¿cuál de sus invitados se atreverá a decir que no es un Van Dongen? Los manierismos pueden imitarse con facilidad. El genio es tan inaprehensible como una mariposa, y después de todo la función del genio es inducirnos a crear nuestras propias ilusiones…

Y entonces apareció el veneno en la cola del escorpión:

—Madeleine Bayard tenía esa clase de genio… ¿Qué piensa decir acerca de ella? ¿Cómo la juzgará?

—Aún no estoy muy seguro de comprenderla —dijo Mather—. En la obra de esta mujer hay un rasgo esquizofrénico que todavía me desconcierta… Me gustaría conocer su opinión acerca de ella…, claro está que de forma extraoficial.

—Señor Mather, le prometí un almuerzo, no una entrevista de prensa.

—En tal caso, lo diré de otro modo. ¿Usted compró sus cuadros porque eran amantes, o porque apreció su trabajo?

—Porque aprecié el trabajo. Sin duda, el punto me parece evidente. El mundo está lleno de chatarra, y no veo motivo para invertir dinero en ella.

—De todos modos, fue una amante sugestiva.

—Es la segunda vez que usa usted la palabra. Ella no era una amante. Era la cortesana clásica.

La poule de luxe. Suministraba placer con suma habilidad. Pero ahí terminaba todo. Después, lo devoraba a uno, si se le permitía tal cosa. No por dinero, sino para sentirse más segura. Era una prisionera, hambrienta en su sala vacía, que siempre buscaba el modo de huir, sin importarle quién le facilitaba una salida, o con qué riesgo… —Se interrumpió y echó una ojeada a su reloj—. Ya es hora que se vaya, señor Mather, si no quiere perder su avión en dirección a Ámsterdam. Acercarse de prisa a los aeropuertos es una ocupación letal.

Después de firmar el cheque Berchmans dijo en aparente tono distraído:

—Una cosa más, señor Mather.

—¿Sí?

—Usted me ha prestado un favor especial, y esto le ha costado dinero e incomodidades. ¿Qué le debo?

—Una disculpa —dijo en tono seco Max Mather.

Berchmans lo miró con la boca abierta y se sonrojó hasta la raíz de los cabellos. Pareció que pasaba una eternidad antes de que recuperase la voz o las palabras…

—Tiene razón, he sido muy grosero. Le pido disculpas. Le agradezco lo que ha hecho. Le ruego me perdone.

Le ofreció la mano. Mather aceptó el gesto. No estaba seguro de haber ganado un amigo. Pero no tenía sentido crearse un enemigo poderoso.

El vuelo nocturno de París a Ámsterdam en un avión atestado fue bastante incómodo. Mather dormitó un rato y estuvo pensando en diferentes variaciones de la escena, la que ahora comenzaba a parecer más viable, si él demostraba la paciencia necesaria y esperaba el momento propicio.

No soportaba presiones financieras inmediatas. Por lo menos podía sobrevivir durante dieciocho meses si vivía del capital. Tenía la perspectiva de un ingreso razonable. Las obras maestras guardadas en la bóveda de su Banco se valorizaban hora tras hora… y ahora se le ofrecía otra oportunidad. En su condición de tratante reconocido, y con el respaldo de un banquero bien dispuesto, podía obtener préstamos con la garantía de las obras de Rafael, sin que fuera ni siquiera necesario llevarlas al mercado. Con los préstamos así obtenidos, podía iniciar una serie de operaciones lucrativas, sin arriesgarse demasiado. Después, transcurrido un tiempo, comenzaría a explorar el mercado en busca de obras más importantes… Para bien o para mal, soñar no costaba nada; y antes de que el sueño se hubiese disipado ya estaban descendiendo en el aeropuerto de Schipol.

Entró en Ámsterdam siguiendo un camino mojado de lluvia y sucio de lodo; la ciudad estaba envuelta en una llovizna brumosa; pero el Hotel Amstel le ofreció una comodidad cálida y sólida.

Hugh Loredon le había reservado una habitación adyacente a la *suite* que él ocupaba, de modo que Mather podía disponer de un recibidor además del dormitorio. Como siempre, Loredon iba vestido con pulcritud y acababa de afeitarse, pero su cara otrora rubicunda ahora estaba abotagada y tensa, y comenzaban a amarillearle los ojos. Había ordenado que sirvieran la cena en la *suite*, y para justificarse dijo a Mather:

—… Me fatigo con facilidad. No soporto a la gente. Y por supuesto, ahora no puedo beber. Desagradable situación, ¿verdad?

—¿Cuánto tiempo hace que sabe de esto?

—Estoy luchando con la enfermedad desde hace más de un año. Vine a Inglaterra porque no deseaba que la fase final me encontrase en casa. No vi ningún motivo para representar el papel de cobaya… Hace años decidí que

antes que afrontar una prolongada enfermedad terminal, saldría del cuadro por iniciativa propia. Que es lo que estoy haciendo ahora, por cortesía de ciertos miembros de la profesión médica holandesa…

—¿Qué puedo decirle? —Mather esbozó un breve gesto de impotencia—. Es su vida. Pero quisiera saber por qué no puede compartir por lo menos los últimos días con su hija.

—Porque no tengo el derecho de obligarla a sufrir. Max, soy un hombre vacío. Un actor de un solo papel cuyo contrato ha terminado. La noticia que usted llevará a Estados Unidos es que al dejarme yo tenía muy buen aspecto. Conversamos de algunos asuntos comerciales: aquí vive un joven pintor holandés cuya obra usted verá mañana y que podría ser candidato a la galería de AnneMarie. Se llama Cornelis Janzoon… Después, antes de que usted se marche, sufriré un súbito ataque.

No habrá tiempo para advertencias ni comunicaciones. Me incinerarán y enviarán a casa mis cenizas. Sencillo, limpio, sin complicaciones. Anne-Marie se recuperará pronto. De todos modos, siempre fui una parte muy pequeña de su vida. Usted ha sido para ella más importante que yo mismo.

—Hugh, yo soy el antiguo amante, gastado pero cómodo, como el zapato que uno calza cuando le duelen los pies… Bien, ¿qué le parece si usted y yo dejamos los circunloquios? He leído todo el material acerca de Madeleine Bayard. Está guardado en un depósito de seguridad de Suiza. Y ahora, dígame qué significa.

—Antes de eso… —Hugh Loredon habló con voz dura y enfática—. Espero que esté bien seguro de que desea saber.

—¿Por qué?

—Porque saber es una carga, amigo Max. Es una carga sobre su espalda y es una presión sobre su corazón, y una vez que usted se ponga en esa situación, no podrá liberarse nunca… Y es otra de las razones por las cuales me propongo dar el salto al vacío. De modo que no diga que no le advertí.

—Estoy advertido. Y ahora, explíquese. ¿Quién mató a Madeleine Bayard?

—Pregunta equivocada, Max.

—¿Cuál es la pregunta acertada?

—¿Por qué usted ha tenido el privilegio de leer los papeles de Madi Bayard y de escuchar mi última confesión?

—En tal caso, contésteme a eso.

—Porque usted es como yo, Max. Un individualista, un aventurero del sexo, y el único entre todas las personas a quienes conozco que posee

inteligencia, y dureza y perversidad suficientes para confiarle lo que aún es necesario hacer.

—¡Gracias por el cumplido!

—¡Hijito, no seamos tan sensibles! Estoy a un paso de la ejecución. Me importan un rábano sus sentimientos heridos… Comencemos con el Diario de Madeleine. Ese material explica parte del asunto, pero no todo…

—¿Y cuál es su versión, Hugh?

—¡No es una versión! Es… otra faceta de una verdad que usted no podrá asimilar de una sola vez. Tiene que partir de la propia Madeleine tal como ella se mostraba con cada uno de nosotros…

He estado vendiendo arte durante toda mi vida…, gran arte, buen arte, chatarra sin valor, y he aprendido una cosa: la gran obra de arte es un objeto mágico. Enciende mi propia pasión, y la pasión de la multitud que está frente a uno. Es como… como un viento que barre un campo de trigo.

Sucede lo mismo con los propios artistas. Son personas mágicas. Alrededor de ellos el aire está cargado de electricidad, como el tiempo de tormenta… Carl Jung comentó por ahí este fenómeno.

Lo llamó «numen», es decir la aureola del poder. Madeleine Bayard lo tenía. Era una hechicera, y su magia se cernía sobre todos los que se acercaban a ella… Vea mi propio ejemplo, Max. Me he pasado la vida persiguiendo a las mujeres. ¡Loredon, el hombre que las ama y las abandona! Podía adivinarlas de una ojeada, desde el extremo de los dedos de los pies hasta el movimiento de las pestañas. Pero Madi Bayard me embrujó de tal modo que habría caminado sobre brasas por ella…

Incluso cuando se cansó de mí —lo cual no le llevó mucho tiempo— me sentía feliz de acompañarla, de ser aceptado como parte de su grupo…, los jóvenes y las muchachas y los no tan jóvenes, los que tenían talento y los marginales… Recuerdo que de niño conocí la historia de Circe, y de la manera en que Odiseo llegó a su castillo y la oyó cantar mientras ella entretejía telas maravillosas y deslumbrantes… No se ría de mí, Max. No se ría de ninguno de nosotros. Madi Bayard era nuestra Circe. Tejía sueños maravillosos, pero nos esclavizaba a todos. Podía obligarnos a hacer lo que deseara…

Tenía la frente y el labio superior cubiertos de transpiración. Se limpió la cara y extendió la mano hacia una copa de agua. Mather esperó en silencio.

—Max, el problema es que hay magia negra y magia blanca. También nuestra Circe convertía en cerdos a sus huéspedes. El matrimonio de Madi fue un desastre. Ed Bayard no tenía la inteligencia ni la fuerza necesaria para

controlarla. Se convirtió en un tirano, un tirano quisquilloso y amargado… Ella nunca lo abandonó, porque él se convirtió en la excusa de todas sus aberraciones.

Ya ve, Madi se odiaba a sí misma. Conocía su propio talento. Lo respetaba. Sus cuadros eran los tapices mágicos de Circe. Pero sin Ed Bayard ella hubiera tenido que explicar a la horrible criatura que vivía bajo su piel, cuando la feliz hechicera se ausentaba… Esa criatura jugó juegos terribles y perversos. Los secretos que ella escuchaba de una persona, los explicaba a un rival. Hacía el amor con una mujer y después se burlaba de ella frente a un hombre… Usted ha leído el Diario —que, en realidad, no se trata de un diario, sino de hechos convertidos en ficciones—; por lo tanto, ya sabe cómo ella se mantenía siempre en el centro de su universo…, la diosa negra que vivía devorando a sus feligreses… Danny Danziger fue una de esas feligresas. Quizás usted la haya conocido. Trabaja para Seldes.

—La conozco. He trabajado con ella —dijo con expresión serena Mather —. No puedo decir que la conozca muy bien.

—Se necesita un poco de tiempo para conocerla a fondo —dijo Hugh Loredon—. Yo probablemente la conocí mejor que la mayoría de la gente. Es bisexual, pero cuando por primera vez me relacioné con ella todas sus experiencias las había realizado con mujeres. Fui su primer hombre, y en ese momento me sentía muy orgulloso del hecho…, ¡una victoria especial! ¡Dios mío, qué ingenuo era yo! ¡El encuentro fue un desastre para ambos! Y también provocó un grave problema con Madi. Ella tenía celos de todo lo que no estuviese centrado de manera exclusiva en su propia persona… Podría haberme amenazado con la murmuración y la calumnia, pero se mostró bastante prudente, porque yo sabía demasiado y siempre estaba dispuesto a replicar, incluso a golpearla, si era necesario, porque ella necesitaba a veces la violencia, del mismo modo que otras mujeres necesitan las caricias. Pero Danny Danziger fue una presa fácil para Madi. ¿Recuerda el pasaje del Diario en que ella dice que facilitó a Peter a un encuentro lesbiano entre Paula y Danny?

De ningún modo es como ella lo describe. Peter era un modelo a quien había conocido en Negroni, un garañón, un sujeto muy desagradable. Todo el episodio fue doloroso y humillante para Danny, pero Madi manejó la situación de manera que Danny llegó a depender cada vez más de ella, se sintió cada vez más avergonzada, más afectada por el desprecio de sí misma.

—Empiezo a entender —dijo Max Mather—. No es un cuadro muy agradable.

—Es exactamente lo que ella expresa en sus obras —dijo Hugh Loredon con voz fatigada—. Su fracasada fuga de un lugar insostenible, su propia personalidad desgraciada y destructiva… —Esbozó una breve sonrisa sin alegría—. Una excelente frase. Puede usarla en su artículo. A cambio de nada, pero recuerde brindar por mi espectro.

—Prefiero recurrir al *whisky* —dijo Max Mather—. Por Dios, continúe.

—Comenzó con Danny. Una tarde bastante temprano, a eso de la una y media, Danny recibió una llamada de Madeleine; le pedía que fuese al estudio. De acuerdo con la versión de Danny, la voz de Madeleine sonaba extraña, quizás un poco ebria, y se mostraba insinuante, y formulaba alusiones sexuales. Quería que Danny posara para ella, que fuera a beber una copa, que hicieran el amor…

Danny se excusó. No se sentía en condiciones de afrontar una sesión prolongada y agotadora.

Después, comenzó a inquietarse. Sabía que Madi tomaba sedantes. Se preguntó si no se habría administrado una sobredosis. De modo que fue al estudio. Y encontró a Madi acostada, desnuda y roncando. Era evidente que por allí había pasado una visitante, porque había dos copas manchadas con lápiz de labios y los restos de una botella de champaña. Sobre el caballete, la tela inconclusa de una figura masculina, pero además una serie completa de bocetos con desnudos de la visitante, alguien a quien ella nunca había visto… probablemente una mujer recogida en Negroniós. Era evidente que Madi había llamado a Danny para organizar un encuentro con esa mujer, pero se había dormido y la mujer se marchó. También era evidente que la visitante había revisado el monedero de Madeleine y se había llevado el dinero que había en él.

Hugh Loredon se interrumpió y bebió otro sorbo de agua sosteniendo la copa con ambas manos.

Mather esperó en silencio. Loredon reanudó con cierto esfuerzo la narración.

—Danny estaba muy impresionada por la escena. Dijo que Madi parecía una muñeca obscena, caída sobre la cama, que temblaba y se retorcía y murmuraba en sueños… Danny la envolvió en las mantas y le apoyó la cabeza sobre la almohada, de manera que no se sofocase. Me dijo que en ese mismo instante decidió matarla, y retiró la almohada y Madi quedó tendida de espaldas. Después, entró en el cuarto de baño y encontró un par de guantes de goma que Madi usaba para protegerse las manos de la trementina y los ácidos. Sobre el escritorio de Madi había un regalo que yo le había hecho. Era un

puñal antiguo, una daga que ella utilizaba como abrecartas. Con esa arma mató a Madeleine.

»Después, me llamó. Eran alrededor de las tres menos cuarto. Le dije que limpiase todo lo que había tocado, que depositara el arma en su propio bolso, que saliese cuanto antes de allí y que anduviera seis manzanas antes de llamar un taxi para regresar a su apartamento.

»… Fui a toda prisa al estudio. Aparqué el coche detrás del edificio y retiré todos los documentos comprometedores que pude hallar: el Diario, los cuadernos de bocetos, las notas, los trabajos pornográficos, y por supuesto la agenda de teléfonos de Madi. Utilicé los mismos guantes que Danny había usado. Después, fui al apartamento de Danny y conseguí calmarla. Le quité la daga. La limpié con mucho cuidado y la llevé a casa. Al cabo de un tiempo la incorporé a una colección de armas antiguas. La maldita cosa se vendió por dos mil dólares…

—¿Cómo demonios han conseguido ustedes dos sobrevivir a doce meses de investigación policial? —preguntó Mather.

—Porque Ed Bayard era el principal sospechoso y porque yo había retirado todos los documentos peligrosos; pero sobre todo, porque Danny Danziger ha mantenido la calma. Es una mujer muy especial.

—Y ahora que usted me ha contado todo esto —preguntó Max Mather—, ¿qué pretende que haga con la información?

—Usted creará un mito —dijo Hugh Loredon con súbita energía—. El mito de Madeleine Bayard: una hermosa mujer, un alma de fuego, una gran artista destruida en la flor de la vida. Esa leyenda consolidará la reputación de la galería de Anne-Marie y conseguirá que los cuadros de Madeleine Bayard valgan más que los Rothko o los Pollock. Con eso usted también se beneficiará… y mientras esté en el asunto, ¿se ocupará de que Anne-Marie nunca se case con Ed Bayard?

Max Mather miró asombrado a Hugh Loredon, y después se echó a reír.

—Hugh, ¡usted es un genio! En una sociedad bien ordenada, ya habría subido al patíbulo. Pero no cabe duda de que es un genio.

—Usted ilumina mis últimos momentos —dijo Hugh Loredon con una mueca.

—¡También es un maldito mentiroso!

—¿Qué demonios quiere decir?

—Todo esto es una conversación privada en la habitación de un hotel. Dentro de pocos días usted estará muerto, de modo que nada de lo que aquí se diga podrá probarse. Está apelando al viejo truco de la desinformación.

Quiere usarme como pretexto para confundir la pista. Danny Danziger no mató a Madi Bayard.

—¿Puede demostrarlo?

Max Mather volvió a reírse y se puso de pie para servirse otra copa. Dijo en tono amable:

—En mi profesión, Hugh, existe lo que denominamos prueba interna. Usted trabaja en un manuscrito, que se supone es auténtico; quizá pertenece al siglo III o IV. Usted percibe pequeños detalles que no encajan: usos estilísticos, ideas que no eran usuales en ese período, glosas e interpolaciones en los textos… Apenas uno tropieza con una de estas interpolaciones sabe que se trata de una falsificación. Hugh, su relato es una falsificación… He visto fotografías policiales de todo lo que fue hallado en el estudio de Madeleine. Las imágenes muestran una botella de *whisky* medio llena, una botella de *bourbon* llena y en el frigorífico gaseosas, soda y vinco blanco… No se habla de champaña, o de copas con lápiz de labios… Hugh, ¿a qué viene esta ficción?

Hugh Loredon se encogió de hombros y esbozó una mueca que se convirtió en un gesto de dolor.

—Porque usted es muy cabezota, Max. No está pensando como debe. Usted no debe saber nada, nada en absoluto, acerca del asesinato de Madeleine. Por Dios, usted estaba en Italia, lo mismo que Anne-Marie. El contenido de la cartera es una colección de pruebas desde el punto de vista de la Policía. Para usted, es un auténtico tesoro —bocetos, notas, estudios, diarios, cartas— y muy pronto valdrá una fortuna.

Hugh Loredon se levantó del sillón y avanzó cojeando hasta la puerta para dar paso al camarero con el servicio de la cena.

Comieron poco. Mather no podía soportar la idea de una cena pesada. Hugh Loredon no tenía apetito. Se contentó con mordisquear el queso y las galletas, y la conversación desembocó en el fin inminente del propio Loredon.

—… Cuando uno piensa en ello, comprende que todo es absurdo. Dentro de cuarenta y ocho horas pagaré a un médico holandés muy respetable un honorario profesional muy respetable con el fin de que me mate… Hoy lo he conocido. Es encantador, un hombre muy compasivo. Ha estado mucho tiempo conmigo para asegurarse de que yo entendía lo que iba a suceder, y de que había puesto en orden todos mis asuntos.

—¿Y cómo explicará lo que suceda, Hugh?

—Muy sencillamente. Yo estoy acostado. Él entra, charla un momento, me desea un buen viaje, aplica la inyección. Según dice, no causa el más

mínimo dolor… Compara la experiencia con el salto desde un avión, cuando uno cae al vacío y se duerme al instante.

—¿Y qué sueños pueden asaltarlo…?

—No hay sueños, Max, no hay nada. Esa es la belleza del asunto.

—Pero ¿no cree que Anne-Marie lo llorará? ¿No cree que sus amigos sentirán su desaparición?

—Lo dudo, Max, lo dudo muchísimo… Los días de subasta yo era el rey del castillo. Subía al estrado con mi pequeña maza y toda la gente concentraba sus ojos en mí… Tras formularse la última oferta, cuando descendía, era como si nunca hubiese existido. Los compradores se dedicaban a inspeccionar sus adquisiciones, los postores decepcionados, los curiosos y los empleados de la casa iniciaban el camino de regreso a sus hogares… Lo que en ese momento yo necesitaba más era una mujer, solo para recordar que yo mismo era real.

—Hugh, ¿desea que lo acompañe cuando llegue el momento?

—¡No! —Loredon replicó con énfasis—. No, de ninguna manera. Desearía que espere en Amsterdam hasta que todo haya concluido. De ese modo tendré la certeza de que no quedan cabos sueltos. El médico es muy puntual. Indica la hora. Entonces, sucede lo que sabemos… Vaya a un bar, brinde por mí. Después llame a Anne-Marie… Sea bueno con ella. Usted encontrará las palabras apropiadas… Recibirá una carta escrita por mí, y enviada a través del Consulado norteamericano. También habrá otra carta para usted. Y ahora, hábleme de sus cosas.

—Hugh, usted sabe todo lo que hay que saber. Estoy creándome un lugar en la profesión. Creo que podré operar bastante bien desde Europa.

—¿Qué me dice de los cuadros de Rafael?

—El artículo será publicado a principios de abril. Me imagino que habrá un movimiento de correspondencia y la consiguiente actividad. Entretando, Seldes y Henri Berchmans han unido fuerzas.

—Un equipo formidable… Y usted, Max, ¿dónde encaja?

—En ninguna parte. Soy la partícula flotante. Me gusta así.

—No flote demasiado tiempo, amigo. Uno pierde la costumbre de la vida estable. Yo siempre creí que tenía un talento especial con las mujeres… siempre un chiste, o una broma, o un cumplido que me permitían conseguir una cama para pasar la noche. Transcurrió mucho tiempo antes de que comprendiera que lo único que necesitaba era usar tres palabras: ¿Quieres? ¿No quieres…? Y así se facilitaban las cosas. Pero lo que era difícil —más difícil a medida que pasaban los años— era saber qué decirles después…

Pensaba salir con usted esta noche, pero estoy agotado. Será mejor que me vaya a dormir.

A la mañana siguiente, salieron temprano, y bajo el sol de la primavera avanzaron por la Prinsengracht y la Keizersgracht, con sus casas de ladrillos rojos y sus aleros altos, y los tilos cuya hojarasca proyectaba sombras oscuras sobre el agua aceitosa. En un estudio instalado en una torre, cerca de la antigua iglesia de San Nicolás, encontraron al joven Cornelis Janzoon, que estaba trabajando con entusiasmo febril para documentar la nueva subcultura que comenzaba a manifestarse en la vieja ciudad: los adictos, los rufianes, las prostitutas, los vendedores políglotas de cocaína y heroína y de todas las restantes drogas de la farmacopea clandestina.

Era un joven de cuerpo esbelto y delgado que tenía alrededor de veinticinco años, pero su dibujo y su composición eran tan seguros como los de muchos veteranos de la profesión, y su paleta prodigaba combinaciones extraordinarias de colores modernos que surgían del trasfondo clásico de la bruma marina, la arquitectura de ladrillos gastados por la intemperie y los cielos de los Países Bajos. Su primera exposición había tenido un éxito enorme; pero los críticos se habían ensañado con la segunda, por lo que la actitud del joven pintor era brusca y defensiva.

—Dicen que lo que estoy haciendo es expresionismo anticuado. ¿Qué quieren decir? Vivo aquí.

Expreso lo que siento, lo que es el resultado de mi experiencia… ¿Acaso esos bastardos saben algo, fuera de manejar las palabras? ¿Qué rótulo inventaron para describir la Ronda nocturna? Échenle una ojeada cuando vayan al Rijksmuseum esta mañana. No se aplican rótulos a cosas como esa.

Uno se limita a mirar… y también a escuchar, porque puede oír el repiqueteo del maldito tambor…

Se alegró mucho cuando Mather compró dos telas pequeñas y pidió que le enviasen a Zurich diapositivas de otras obras. Diez minutos más tarde visitaron a una joven, nacida en los campos de tulipanes de Aarlsmeer, que estaba convirtiendo sus recursos de los tulipanes en flor en extraordinarias agresiones ópticas que inducían al observador a pensar en las maravillas primarias de una creación reciente. Cuando se separaron de la pintora y caminaron hacia el Rijksmuseum, Hugh Loredon dijo:

—Me he estado preguntando cuánto tiempo podría soportar la supervivencia, lo que imagino significa cuánto sufrimiento estoy dispuesto a padecer para usar un talento como ese… Parte de mi problema ha sido siempre que nunca me he esforzado por nada… Por el dinero, sí; a veces, por

una mujer. Pero el resultado ha sido siempre una decepción. A mi juicio, el artista siempre está buscando otra cosa, algo mejor…

—Las obras que ellos producen arraigan en la tierra —citó en voz baja Mather—. Pero sé que ellos mismos a menudo alcanzan un cielo que a nosotros nos está vedado…

—Browning —dijo Hugh Loredon—. Andrea del Sarto, el Pintor Perfecto. Cierta vez, en Londres, vendí uno del Sarto. Alguien me mencionó el poema y lo usé en mi discurso… Solía decir que de ese modo probablemente elevé el precio un treinta por ciento… Estoy cansado. ¿Le importa si cogemos un taxi para llegar al Rijksmuseum?

—Podemos regresar al hotel, si lo desea.

—No. Deseo de verdad ver los Rembrandt… Es el regalo de despedida que yo mismo me ofrezco.

Y esas fueron para Max Mather las palabras más tristes que había escuchado en el curso de su vida.

CAPÍTULO XI

Cuarenta y ocho horas más tarde, en una clínica de las afueras de Ámsterdam, una inyección letal acabó con la vida y el tiempo de Hugh Loredon. Se certificó el fallecimiento, sin faltar a la verdad, como consecuencia de un «paro cardíaco». Se comunicó la noticia a Max Mather, que estaba en su habitación del Hotel Amstel. Enseguida llamó a Anne-Marie. La conversación fue breve y sombría.

—¡Max. Cuánto me alegro de que me hayas llamado! ¿Dónde estás?

—En Ámsterdam… ¡Escucha! Me temo que tengo malas noticias para ti.

Oyó que ella contenía la respiración, y después la voz, muy tenue y aniñada.

—¿Muy graves?

—Las peores. Tu padre se desmayó anoche. Padecía cáncer terminal. Lo llevé a una clínica local.

Falleció hace pocos minutos. Lo siento, amor mío. No sabes cuánto lo siento.

—¿Por qué no se me informó antes? ¿Por qué no llamó… Max, por qué no me llamaste?

—Él lo quiso así; nada de despedidas, ni duelos. ¡Te amaba demasiado para imponerte ese sufrimiento!

—¡No, Max! —Ahora había cólera en la voz de Anne-Marie—. No fue eso. Fue sencillamente que nunca pudo afrontar las situaciones desagradables… ¿Y qué sucede ahora, Max? ¿El funeral, los… arreglos?

—Todo está arreglado. Hugh dejó las cosas en perfecto orden.

—Excepto a mí, Max. Soy su hija. ¡No estoy en perfecto orden! ¿Cómo demonios creyó que yo reaccionaría?

—Él te amaba, querida. Tienes que creerlo.

—De este modo, ¡sin duda! Pero no lo suficiente para pensar que yo necesitaba darle un beso de despedida. Solo eso, Max…, darle un beso de despedida. Tú me has llamado, pero él no.

—¿Deseas que regrese a Nueva York? Podría estar contigo en diez horas.

—¡No! Quédate allí. Mantén ordenadas las cosas. Sobre todo, que todo esté en orden. Max, ahora voy a cortar. Necesito llorar, pero no se dónde he guardado mis lágrimas.

Un instante después se apagó la voz de Anne-Marie, y Max Mather bebió una última y solitaria copa en honor del pálido fantasma de Hugh Loredon. Y de pronto, de un oscuro receso de la memoria surgió la convicción de que había que acallar otros espectros, y que el más maligno era el espectro de Madeleine Bayard. Era un espíritu demasiado potente para exorcizarla con un poco de vino. Había que invocarlo, enfrentarse a él, forzarlo a que declarase cuál era su propia naturaleza, si buena o mala; había que exorcizarla apelando a la campanilla, el misal y el cirio.

Mather se sentó en el borde del escritorio, extrajo un montón de papel de cartas con el membrete del hotel, y comenzó a escribir.

Nunca conocí a Madeleine Bayard. La descubrí a través de sus telas, de las conversaciones con sus amigos y amantes, de los documentos de la Policía, del austero paisaje de recuerdos en que ahora habita su esposo. Sin embargo, me persigue. Es como un bello cernícalo, grácil pero siniestro, que planea entre el Sol y yo… Debo convocarla para que descienda, inducirla a posarse sobre mi muñeca, lograr que se mantenga inmóvil para que yo pueda colocarle el capuchón, y así consiga que me hable del universo alto y azul que ella habita. Pues no es un ave común y corriente, es un pájaro mágico, un jinete de la tormenta, un ser capaz de desafiar al Dios-Sol…

Una oleada de energía recorrió su cuerpo y las imágenes comenzaron a formarse y rehacerse en su mente como llamas de una hoguera. Las palabras brotaron de su pluma y el manuscrito comenzó a cobrar forma frente a él, tan claro como el texto mismo de Madeleine Bayard.

Tres horas más tarde había terminado. No lo releyó, y se limitó a introducirlo en un sobre de papel madera con una nota adjunta dirigida a Danny Danziger.

> Estimada Danny:
>
> Hugh Loredon ha fallecido hoy aquí, en Ámsterdam. Ha sido un fin pacífico pero solitario para un hombre tan gregario; pero así quiso que fuese. Conversamos larga e íntimamente antes de su fin, y usted hallará ecos de la conversación en las páginas siguientes. También habló de usted; y yo me extenderé en el tema cuando volvamos a vernos.

Aquí, escrito con sangre y lágrimas —no todas mías— está el artículo conmemorativo acerca de Madeleine Bayard. Le aseguro que es tan sincero y bueno como pude hacerlo. Dejo a su absoluta discreción decidir si corresponde publicarlo o eliminarlo. Si se inclina por la publicación, le concedo la misma discreción absoluta en lo referente a las correcciones. Cuando esté satisfecha con el resultado, envíe copias a Bayard, a Anne-Marie Loredon y a Harmon Seldes.

Desearía que usted hablara con Seldes acerca de la posibilidad de que el trabajo sea más útil si se lo publica la New York Times Review, cuyas demoras son mucho menores que las de Belvedere. Quisiera que este trabajo determinase el efecto más beneficioso posible por lo que respecta a la exposición de Anne-Marie. Sería un gesto bondadoso por su parte llamarla. Hugh se negó a pedirle que fuese a Europa para protagonizar lo que él denominó una vigilia fúnebre.

Por supuesto, está muy conmovida. Todos necesitamos el alivio que se deriva del dolor compartido… Lo cual me retrotrae de nuevo a Madeleine:

Usted la conoció. Usted recibió de ella tanto alegría como dolor. En mi trabajo conmemorativo, realicé los mayores esfuerzos con el fin de respetar su intimidad y la de todos.

Abrigo la esperanza de haber dibujado un retrato que usted y otros puedan aceptar como auténtico. Por favor llámeme, o escríbame, a Zurich. Mañana voy a Saint Moritz a esquiar.

Después, pasaré una semana en Italia.

Saludos afectuosos,

MAX

Descendió a la planta baja y entregó el sobre en recepción, con el fin de que lo mandasen a Nueva York con el correo de la noche. En cierto modo, era un acto final. Ya estaba harto de los juegos de terceros, y del gusto rancio de las fiestas ajenas. Había llegado el momento de retomar su propio camino, y ocuparse de sus propios y exclusivos asuntos. Aún tenía que hallar un final para el relato; pero confiaba en que lograría idear algo. En primer lugar, necesitaba aclarar las ideas y tonificar el cuerpo y ordenar su futuro para lograr fines equilibrados y sencillos. El mejor lugar para llegar a eso era la

última nieve caída sobre las últimas pistas altas antes de que la primavera llegase a Engadina.

Ese fin de semana nevó bastante. El Palacio Badrutts estaba casi lleno. Era el momento preferido por los aficionados al deporte, el último toque del invierno, la primera promesa casual de la primavera, cuando amenazaba el deshielo y se aflojaban las grandes placas de nieve. Años atrás Mather había estado allí con Pía. Todavía tenía su tarjeta de afiliado al Club Corviglia. El personal del hotel lo reconoció y le ofreció la bienvenida que se dispensa a un huésped de honor. Aunque ahora tampoco estaba solo. Todavía deprimido por su experiencia en Ámsterdam, aún perturbado por la situación de Danny Danziger, había invitado a Gisela Mundt a reunirse con él ese fin de semana. Ella estuvo de acuerdo en que esquiar era una actividad completamente legal en Saint Moritz. Podía haber objeciones marginales a los preludios y las posdatas de este acto, pero en todo caso no eran ilegales. De modo que, sí, de buena gana se reuniría con él.

Durante el ascenso ella comenzó, con mucha cautela, a proponer un plan distinto aplicable al asunto de las obras de Rafael.

—… Si te parece, Max, considéralo una solución de emergencia. Aunque somos colegas, no estoy tan segura como Alois de que puedas llevar los cuadros de Rafael al mercado sin litigio… Ya se lo dije. Entre nosotros no hay secretos. Sea cual fuere el precio estimado, cien millones, doscientos, es una suma enorme. Los mejores cerebros legales del mundo se pondrán a trabajar en el caso y te aseguro que la cosa podría continuar durante años y acabarían llevándote a la quiebra si pierdes el juicio, cosa que, tras sucesivas apelaciones, bien puede suceder.

—Así, pues, ¿qué sugieres?

—Que por lo menos eches una ojeada a la solución del diez por ciento.

—¿En qué consiste?

—Es la fórmula con la que trabajan todas las compañías de seguros. Es más barato pagar el diez por ciento para recobrar artículos perdidos o robados que pagar el valor total del seguro… En realidad, es una decisión sencilla. ¿Qué prefieres: diez millones o veinte millones garantizados, o cien millones con el riesgo de un juicio desastroso?

—Me agradaría contemplar seriamente el asunto —dijo Max Mather.

—Eres el cliente —observó en tono amable Gisela Mundt—. Yo aconsejo, pero en definitiva acepto tus instrucciones…

Bien entrada la mañana siguiente Mather y Gisela cargaron los esquís y llegaron al Club Corviglia, para almorzar y después esquiar de regreso a casa.

Sobrevino la ronda usual de presentaciones a miembros de Italia, Francia, Gran Bretaña y Alemania Occidental. En el caso de Max Mather fue el momento de saborear cierta dulce venganza. Había llegado la primera vez a ese lugar como el amante subordinado a una viuda adinerada. Ahora, gracias a una extraña mutación, se lo aceptaba como si fuese otra criatura, recién nacida, pero totalmente adulta, cuyo pasado, a semejanza del de tantos miembros del Club Corviglia, se concebía como un trampolín natural que llevaba al presente. El dinero antiguo y la vieja estirpe aún tenían cierta importancia, pero ¿qué club del mundo podría sobrevivir sin el dinero nuevo y la publicidad esplendorosa que acompañaba a los arribistas? Mather y su acompañante ocupaban un lugar intermedio, una pareja de buenos modales que comprendía el estilo del club y la corte y sabía tomar la sopa sin hacer ruido ni manchar el mantel.

Gisela Mundt se convirtió en una atracción instantánea. Un grupo de jóvenes entusiastas se formó alrededor de ella, y el propio Mather quedó relegado a un rincón, a cargo de un anciano italiano, cuyo nombre era sinónimo de vino, y que comenzó a discursearle de manera tediosa acerca de las locuras del clan Palombini, y de que ninguno de los miembros de la generación actual llegaba ni a la suela de los zapatos de Luca el Estafador.

—¿Usted, lo conoció? —Mather era siempre un buen oyente.

—Muy bien. Tenía quince años más que yo, es decir, que ahora andaría por los ochenta y tantos.

Pero cuando volví de Libia a casa, herido, ¡Dios!, eso fue hace mucho tiempo, y comencé a trabajar en nuestra propiedad se mostró muy bondadoso conmigo. Compró muchos de nuestros productos, me ayudó a impulsar nuestras exportaciones en Europa… Un hombre duro, pero fiel. Decía que cada tonto merecía una buena elección; si el tonto no aprendía, ya no tenía esperanza… Usted y él se habrían llevado muy bien. A propósito, debo aclararle una cosa. Usted ha merecido muchos elogios por el modo de tratar a Pía…

—¿Qué otra cosa podía hacer? Yo la amaba.

—Por supuesto —dijo en tono seco el viejo—, la gente necesitó un poco de tiempo para entender eso.

—A propósito de Luca…

—¿Sí?

—Tenía una amante famosa, ¿verdad?

—Tuvo muchas… a veces dos o tres al mismo tiempo. ¿Se refiere a alguna en especial?

—Camilla Dandolo…

—¿La cantante de ópera? Oh, sí, la recuerdo. En realidad, algunos tenemos recuerdos muy especiales de ella… No era una gran cantante, ¡pero tenía muchos otros talentos! ¿Qué desea saber de ella?

—¿Contrajo matrimonio con un brasileño?

—No… un alemán, nacionalizado en Brasil. Varios intervinimos en esa combinazione. Era un oficial de elevado rango, de la SS, por cierto inquietante. Hicimos un trato con él: si se abstenía de perseguirnos, lo sacaríamos del país para enviarlo a América del Sur antes de que los Aliados le echaran el guante. Camilla fue parte del acuerdo. Camilla y otras cosas… Él estaba locamente enamorado de la dama, de modo que ese aspecto del negocio fue fácil. Lo extraordinario del caso fue que regresó alrededor del año 1947 y se casó con ella… ¿Por qué le interesa la dama?

—Estoy realizando algunas lecturas preliminares con destino a un libro acerca de las divas de La Scala… Me he encontrado con su nombre.

—¡Un tema fascinante! Me pregunto por qué nadie pensó antes en el asunto. Venga a verme cuando esté en Italia. Seguramente podré desempolvar algunos materiales guardados por nuestra familia, y se los mostraré. Todos los varones de mi estirpe fueron aficionados a la ópera, aunque centraban la mayor parte de su interés, no en las divas, sino en las jóvenes y prometedoras sopranos… Le daré mi tarjeta…

—Gracias. Respecto de Camilla Dandolo, ¿aún vive?

—Vive, y reside en Milán. Ahora es una anciana dama. El marido falleció hace pocos años. Ella vendió sus propiedades en Brasil, reunió una buena suma y volvió a casa. El anagrafe local le indicará su dirección. Estoy seguro de que le recibirá bien. A la gente del teatro y la ópera siempre le complace tener público.

Más tarde, mientras almorzaban, Gisela Mundt comentó:

—Pareces un gato con los bigotes manchados de crema. ¿Qué ha sucedido?

—He decidido aceptar tu consejo.

—¿Acerca de los cuadros de Rafael? ¿Por qué no? Es un número de lotería. No puedes ganar si no compras por lo menos uno… Y ahora, ¿puedes contestarme algunas preguntas?

—¿Acerca de qué?

—Pía Palombini. Al parecer, fuisteis amantes. Amantes muy famosos.

—Famosos, no lo sé. Amantes, sí.

—Y ella contrajo una grave enfermedad y tú la cuidaste hasta su muerte.

—Sí.

—¿Estabas enamorado de ella?

—La amaba, que no es lo mismo.

—¿Qué edad tenía?

—Cuarenta y seis…, once años mayor que yo.

—Apruebo eso.

—¿De veras?

—Igualdad de oportunidades. Si los hombres mayores pueden perseguir a las mujeres jóvenes, apoyo totalmente que las mujeres mayores elijan por amantes a los jóvenes, la mayoría de los cuales, de todos modos, necesitan educarse. ¿Tu Benjamin Franklin no dijo nada al respecto?

—Creo que sí, en efecto.

—¿Te molesto, Max?

—Sí.

—¡Magnífico!

—¿Por qué magnífico?

—Porque confirma algo que he intuido acerca de tu persona desde el día en que nos conocimos.

Eres un hombre que durante mucho tiempo ha tenido muy escasa confianza en sí mismo, que siempre había creído que carecía de capacidad para competir con el resto. Por eso siempre buscaste mujeres mayores… y más ricas…

—Creo que esto ha llegado demasiado lejos. —Max Mather estaba tenso —. Ha empezado siendo una broma, pero ahora es maldad. ¡Termina tu almuerzo y salgamos de aquí!

—No es maldad. —Gisela Mundt apoyó una mano fría sobre los dedos apretados de Mather—. En realidad, se acerca bastante a un cumplido… Veo a un hombre que está afirmando su confianza en sí mismo. ¡Cuándo hicimos el amor estabas interesado en mí! En el Club Corviglia eras el individuo que había ganado el lugar que ocupaba… Admiro eso; y me alegro de haber ido contigo al Engadine.

—No habrías tenido dificultad para encontrar a alguien que te acompañase de regreso a casa. —Mather le dirigió una sonrisa renuente y aflojó los músculos—. No he querido ser brusco. Perdóname.

—Estás en tu derecho. Cuando yo me mostraba perversa con mis hermanos, mi madre era capaz de arrancarme la cabeza.

—¿Qué hacía tu padre?

—Era un campesino montañés, lo cual significaba, por supuesto, que tenía que conocer todos los oficios: albañil, herrero, carpintero, partero de animales. Era también un maler, un artista rústico que pintaba cuadros sobre los muros de las casas… Yo solía pensar que era mejor que Durero. Por eso me fascinó la conversación el día de la cena en casa de Alois Liepert… —Gisela Mundt vaciló un momento y después declaró—: Me alegro de ser parte, aunque sea una pequeña parte, de lo que estás haciendo en Suiza. No me refiero a las obras de Rafael, sino al resto de tu plan.

—¿Por qué excluyes los cuadros de Rafael?

—Porque me veo envuelta en un difícil conflicto de intereses.

—¿A saber?

—Tienes derecho por completo legal a hacer lo que estás haciendo. He asumido el compromiso de defender ese derecho. Pero en mi originaria condición de muchacha campesina de costumbres anticuadas, considero que tu conducta es censurable… ¡Bien, ya lo he dicho! Puedes anular el poder que me diste como abogada, y meterme en el próximo tren a Zurich.

Max Mather meneó la cabeza.

—¡No te resultará tan fácil escapar! Me dijiste la primera vez, cuando nos conocimos, que tenía que resolver por mí mismo la cuestión moral. Por lo tanto, ¿qué hay de nuevo en tu actitud?

—Nada. Excepto que para aliviar mi conciencia tenía que decírtelo.

—Me has fastidiado el almuerzo —dijo Max Mather encogiéndose de hombros—. Vayámonos.

El viaje hasta casa es largo.

No fue un camino rectilíneo. Fue una serie de diagonales, cada una con su propio riesgo especial, pero cuando llegaron a la ciudad, las mejillas sonrosadas y sin aliento, Mather sintió un lento renacer de la esperanza. De todas las mujeres que había conocido en el curso de su vida, esta era la menos complicada, la menos…, buscó la palabra implícita…, la menos manchada por el movimiento social y por el discurso peculiar de las sociedades adquisitivas. Mientras se acercaba al hotel, con los esquís de Gisela y los suyos a cuestas, descubrió que respondía con reserva cada vez menor a las preguntas de la abogada.

—Max, ¿qué hacía tu padre?

—Era maestro de escuela… y muy bueno.

—¿Qué enseñaba?

—Lenguas europeas. Lenguas comparadas. Literatura inglesa. Era un hombre muy versátil.

—¿Y tu madre?

—Mi madre era una dama…, provenía de una familia acomodada…, que siempre consideró que se había casado con una persona inferior a ella.

—¡Oh, Dios mío!

—Ella siempre quiso más de lo que teníamos. Presionaba de manera implacable a mi padre. Y él se refugiaba cada vez más en su mundo de estudioso. Al final, ni siquiera yo podía llegar a él… y, a decir verdad, lo quería mucho.

—¿Y a tu madre?

—También a ella la quería. Sabía que jamás podría estar a la altura de sus ambiciones, pero mi seguridad dependía de ella. Ella fue quien se encargó de reunir el dinero suficiente para enviarme a Princeton…, pero mi padre fue quien preparó mi mente para afrontar la universidad. Los quise a ambos. Nunca pude entender por qué no lograban ser felices…

—Max, ha habido muchas mujeres en tu vida.

—Imagino que sí. En realidad, nunca las he contado.

—Y ahora me tienes a mí.

—Solo el fin de semana.

—De acuerdo, el fin de semana; y eso importa poco. Max, ¿cuáles han sido las mujeres con quienes te has sentido de verdad feliz?

—La pregunta está mal formulada. —De pronto, Mather se mostró retraído—. No estoy seguro de haber sabido jamás qué es en realidad la felicidad. —Pero rechazó al instante ese pensamiento tan sombrío—. Iré a tomar un baño sauna y a nadar. ¿Vienes conmigo?

—Por supuesto. Después me acostaré un par de horas. ¿Vienes conmigo?

Lo cual, por supuesto, determinó que esa tarde del sábado fuese muy agradable, pero no resolvió ninguno de los problemas de Max Mather.

Esa noche cenaron en el Stübli, donde no era necesario vestirse de forma especial. El lugar estaba atestado, y poblado por una ruidosa mezcolanza de idiomas. En mitad de la cena, se produjo una súbita pausa en la conversación y entonces, de una mesa vecina llegó el sonido de voces en italiano. Una de las voces era conocida. Mather se giró en su asiento y se vio a Claudio Palombini, que estaba sentado con dos hombres cerca de la ventana. Se disculpó ante Gisela, se puso de pie y fue a saludar a Palombini.

—Claudio, ¿cómo está?

—¡Max! —Palombini se puso enseguida de pie, y lo abrazó—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué hace aquí…? Gianni Ruspoli, nuestro supervisor financiero; Marcantonio, mi primo, que administra nuestros negocios aquí. Invite a la

dama y reúnase con nosotros. Diremos al camarero que les sirva aquí… Ahora, comencemos por el principio. ¿Qué hace en Suiza?

Fue fácil compartir con ellos la euforia fraternal del momento. Les interesó saber cómo iba el proyecto de la galería, el empleo de Belvedere, el sindicato destinado a financiar la compra de obras de arte. Gisela participó con fluidez en la conversación.

Pero no era tan fácil ahogar la punzada de culpabilidad mientras estaba sentado allí, frente al hombre a quien deseaba privar de su patrimonio. Solo la larga práctica del disimulo le permitió sortear el momento. La charla recorría la mesa, fluida y desembarazada, y al fin Mather formuló su propia pregunta a Claudio Palombini.

—¿Y cómo van los negocios? Me pareció percibir una nota de inquietud la última vez que me escribió.

—¡Bah! —La palabra fue como una brusca explosión sonora. El gesto que la acompañó expresaba futilidad y desesperación—. Estamos aquí para ver qué puede hacerse. Mi querida tía, ¡Dios la tenga en paz!, su amada Pía, me dejó como legado un verdadero desastre. Habíamos abrigado la esperanza de salvar algo con la colección de arte, pero como usted sabe eso vale muy poco. Dentro de tres meses estaremos en verdaderas dificultades. Si no conseguimos ampliar los préstamos o no obtenemos una nueva inyección de capital, nos veremos obligados a vender parte de nuestras propiedades y a reorganizar el resto. Y eso no será fácil en las condiciones actuales del mercado.

—Lamento saberlo. —Mather mostró una preocupación sincera—. No tenía idea…

—¿Cómo podía tenerla? —Claudio adoptó al instante una actitud digna —. Era… es… un asunto de familia.

—Por supuesto. Perdóneme.

—Necesitamos un milagro. —Gianni Ruspoli trató de aliviar la momentánea tensión—. Como el de los peces y los panes.

—O la aparición de esas obras de Rafael acerca de las cuales usted me escribió. —Claudio rio al decir esto; pero su risa tenía un sonido hueco—. Estuve soñando en esas condenadas piezas. Bailan frente a mí, pero nunca se ponen al alcance de mi mano. ¿Cree que existe alguna posibilidad de que aparezcan?

—¿Después de todos estos siglos? —El primo Marcantonio se mostró escéptico—. ¡Sería un milagro más grande que el de los peces y los panes! Además, ¿cómo se demuestra la propiedad después de casi cinco siglos?

—Quizá no se trata de cinco siglos —dijo Gisela Mundt. Todos se volvieron hacia ella. La abogada les dirigió una amable sonrisa por encima del filo de su copa—. La primera vez que escuché esta historia tuve la sensación de que le faltaba un final apropiado.

Claudio Palombini se puso de inmediato en guardia.

—Signorina, ¿quizás usted pueda explicarse con más claridad?

—En efecto. Por favor, verifiquen los detalles. Max trabaja como archivista en la casa Palombini. Consagra sus esfuerzos a un proyecto de investigación privada. La persona que lo había contratado, su tía Pía, fallece. El empleo termina. Regresa a Estados Unidos pero continúa sus investigaciones, y en el curso de las mismas descubre una entrada en un viejo libro de cuentas, y la anotación alude a las obras encargadas al maestro Raffaello Sanzio. Un artículo o una serie de artículos acerca de ese descubrimiento está próximo a su publicación. ¿De acuerdo?

—Por completo —dijo Claudio Palombini—. ¿Y ahora qué?

—Esa es mi pregunta —dijo Gisela Mundt—. ¿Se han realizado otras investigaciones para rastrear la historia de los cuadros? Si fueron vendidos, ¿hay recibos? ¿Fueron entregados a otra persona como regalo? La ocasión sin duda fue bastante importante para anotar el hecho en algún lugar. ¿Cuándo fue la última vez, si tal cosa sucedió, que se indicó la existencia de las obras…? Me parece que ustedes están permitiendo que se les escape el activo más importante del cual podrían disponer. ¿Acaso existe en el mundo alguien que sepa tanto como Max Mather acerca del archivo Palombini?

—Madonna Mia! —El primo Marcantonio exhaló un prolongado suspiro de sorpresa—. Venimos a esquiar en Engadina, y nos encontramos con la Sibila de Cumas. Tiene razón, Claudio.

Han sucedido muchas cosas desde el año 1500.

—Y también hay mucha historia reciente —dijo Gianni Ruspoli—: ¡Los fascistas, los alemanes!

Luca l'ingannatore!

—La idea está clara —dijo con frialdad Claudio—. No exageremos. —Se volvió hacia Mather—. Max, este es un asunto que usted y yo podríamos discutir en Florencia. Entiendo que usted tiene compromisos y proyectos de otro género, pero quizá…

—De acuerdo, discutamos el tema —dijo Max Mather.

—Pero como usted me paga para aconsejarle —dijo en tono desenfadado Gisela Mundt—, yo redactaré el contrato.

—Signorina, ¿usted es abogada? —La pregunta fue formulada por el primo Marcantonio.

—¡Y muy cara! Y también enseño jurisprudencia. Soy eficaz sobre todo en los conceptos medievales y su transformación en el derecho moderno. Por ejemplo, los bienes muebles, lo que son los cuadros, y lo que solían ser las mujeres. Sé todo lo que hay que saber acerca de tesoros descubiertos y los derechos del descubridor y el desembargo… Pero sería mucho mejor para ustedes que retuvieran a Max… Y ahora, si me disculpan, caballeros, sé que ustedes tienen que hablar de negocios y yo he soportado un día muy atareado. De modo que les daré las buenas noches.

Después que Gisela Mundt se retiró, Palombini ordenó otra ronda de bebidas y habló de trivialidades hasta que el camarero sirvió el licor. No importaba cuáles fuesen los vicios de los italianos —y tenían muchos—: la gran virtud que los distinguía era el estilo: estilo en la adversidad, en la amistad y en el amor. Tal vez no tuvieran dos monedas en el bolsillo, pero, a pesar de ello, seguían llevando los zapatos lustrosos, el traje gastado bien planchado, la pechera de la camisa inmaculada, las mejillas afeitadas. Cuando aceptaban a alguien, creaban una familia entera alrededor del beneficiario. Cuando odiaban, lo hacían con gran estilo.

Claudio Palombini, el retoño de los portaestandartes de Florencia, estaba arruinándose; pero lo hacía con galanura y medio esperando un milagro; y entretanto Max Mather, erudito, hombre inteligente y respetable, bebía su licor, sonreía como un auténtico Yago y no sabía si bendecir o maldecir a Gisela Mundt.

El primo Marcantonio le acercó la copa y comenzó a presionarlo.

—Max, su amiga es inteligente. ¿Qué opina de su idea?

—Grande en teoría. De hecho, es una probabilidad contra un millón. Claudio sabe qué aspecto tiene ese archivo… Son miles y miles de libros, folios, manejos de papel quebradizo. La posibilidad de encontrar en todo eso algo importante es una contra varios millones. Ustedes no podrían pagarme ni la mitad de lo que cuesta un trabajo semejante… Pero permítanme explicarles lo que sucederá, lo que ni ustedes ni yo podemos cambiar…

Explicó en una secuencia ordenada de qué modo Seldes y Henri Berchmans habían unido sus fuerzas y cómo, gracias a los contactos de estos dos hombres en el mundo entero, comenzarían a revisar el mercado en busca de rastros de las obras maestras perdidas. Pronunció una breve cátedra acerca de los reglamentos de limitaciones y procedencias y las dificultades de demostrar el derecho a la propiedad. Después dijo:

—Pero si Seldes y Berchmans llegan a los cuadros, ustedes pueden renunciar a la idea de recuperarlos. Seldes y Berchmans los tendrán a ustedes esperando y bailoteando durante veinte años, y los cuadros de Rafael pasarán a la clandestinidad antes de que ustedes puedan decir esta boca es mía… ¿Tienen idea de lo que el conjunto de piezas vale en el mercado actual?

—Millones —dijo Gianni Ruspoli.

—Pero ¿cuántos millones? —preguntó Claudio Palombini, y agregó la ominosa posdata—: ¡Solo para dejar constancia de ello, diré que necesitamos veinte en noventa días!

—Los retratos valen por lo menos cincuenta millones de dólares cada uno. Es concebible que lleguen a obtener cien millones. Los dibujos por lo menos un millón y medio cada uno. Por lo tanto, lo que ustedes tienen que preguntarse es qué comisión o recompensa están dispuestos a ofrecer para recuperarlos, con verificación de autenticidad y sin daños. Recuerden que no puede ser menos del diez por ciento, porque eso es lo que un asegurador ofrecería por un artículo que él protege.

—Diez, quince, veinte… ¿qué significa todo esto? —dijo el primo Marcantonio—. Uno no paga más que los resultados. Y yo pagaría de buena gana veinte para obtener ochenta millones en nuestros bolsillos ahora mismo. Piénsalo, Claudio.

—Estoy pensándolo —dijo Claudio Palombini—. Me gustaría saber si también Max está dispuesto a pensar en el asunto.

—Podría, en determinadas condiciones.

—¿Cuáles serían?

—Solo si hubiese un convenio claro que ambos podamos utilizar.

—Estoy seguro de que llegaríamos con toda rapidez a eso.

—Y solo si se me concede mano libre, sin formular preguntas.

—No comprendo eso —se opuso Gianni Ruspoli—. Si estamos pagando sin duda tenemos derecho a…

—Ustedes no pagarán un centavo a menos que yo les presente las obras, y solo a partir del momento en que las presente. Si alguien tiene derecho legal a esos cuadros, ustedes no podrán conseguirlos a un precio más bajo que el precio del mercado. Pero si alguien tiene un título dudoso o cuestionable, entonces quizá, solo quizá, ustedes podrán apelar a la solución del diez por ciento.

Pero la condición será en cualquier caso la misma: nada de preguntas, ninguna respuesta. Es imposible trabajar de otro modo.

—Digamos el quince por ciento y cerremos trato —dijo Gianni Ruspoli.

—No digamos nada hasta que Max y yo hayamos hablado en Florencia. —Claudio Palombini había asumido de nuevo el mando—. Creo que entiendo la posición de Max. Se niega a pedirnos.

Tiene sus propios proyectos, que son interesantes. Si nosotros queremos contratarle, debemos ofrecer el contrato. ¿De acuerdo, Max?

—De acuerdo, Claudio… y ahora, desearía pagar la última ronda.

—¿Y tal vez usted nos diga dónde ha encontrado, en realidad, a esa pequeña Gisela?

—¿Por qué nadie me cree? —preguntó en son de queja Max Mather—. Ya se lo he dicho. Es mi abogada en Zurich.

—Y yo que siempre había pensado que los suizos eran gente tan aburrida, y sobre todo los abogados suizos.

—Es útil tener una mente abierta —dijo Max Mather. Alzó la copa—. ¡A nuestra buena salud!

Mientras bebía el vino, Mather comprendió con sombría claridad el carácter de la condena: es decir, que era un acto autoinfligido e irreversible. Uno comía el manjar que uno mismo había preparado, aunque fuese fuego en la garganta. Uno bebía hasta las heces la copa del traidor; pero antes de que la depositara sobre la mesa ya se la llevaban de nuevo con hiel y gusanos. Las mentiras que uno decía quedaban grabadas en la piedra y uno las llevaba para siempre sobre la cabeza, como un signo de infamia.

El lunes por la mañana, cuando llegaron a la estación de Zurich, Gisela depositó un grueso sobre en las manos de Max Mather y le dijo:

—Este es mi agradecimiento por un maravilloso fin de semana.

—¿Qué es?

—Tres horas de trabajo mientras tú dormías. Es mi versión del único contrato que debes firmar con Claudio Palombini. Creo que es un buen documento. Estoy orgullosa de él.

—¿Y cómo te expresaré mi agradecimiento?

—Bésame… ¡y llámame!

Hizo lo primero y prometió lo segundo. Subieron a un taxi y mantuvieron las manos unidas hasta que llegaron a casa de Gisela, donde ella se transformó en un abrir y cerrar de ojos en la Fráulein Dokter Mundt, abogada, profesora de jurisprudencia y autoridad en Derecho europeo relacionado con los bienes muebles.

Cuando llegó a su propio apartamento, Mather encontró mensajes, cartas y paquetes que lo esperaban. La señorita Loredon había llamado desde Nueva York, y también un señor Bayard.

Ambos sin duda ahora estaban durmiendo; los llamaría después. Había una nota de Henri Berchmans, de París:

> … Usted se ha comportado conmigo con singular cortesía. Lo menos que puedo hacer es retribuir la atención. Por favor, informe a la señorita Loredon que de buena gana permitiré que exponga mis cuadros de Madeleine Bayard entre las obras que no están en venta, durante la inauguración de la galería. Espero complacido que llegue la ocasión…

Había un paquete de diapositivas de Anne-Marie, así como pruebas del catálogo y las notas biográficas. Llamó al joven tratante a quien había prometido el material. El comerciante envió a un mensajero para que recogiera tales elementos. Estaba impresionado por la rapidez y la eficiencia de Mather. Haría todo lo posible para demostrar la misma prontitud. ¿Suponía que podía contar con el descuento normal del tratante si hacían negocios juntos? Por supuesto, dijo Max Mather; y ese asunto quedó resuelto. Finalmente, estaba la carta, escrita por Leonie Danziger y enviada por correo transatlántico:

> Mi estimado Max:
>
> Su trabajo acerca de Madeleine Bayard llegó el viernes. Lo leí al momento, y después lo releí tres veces durante el día. Me asombró. No pude comprender —más aún, aún no puedo— cómo usted, que nunca la conoció, ha podido percibir con tanta rapidez y de forma tan certera la naturaleza esencial de esa mujer y la influencia extraordinaria que ejerció sobre tantas personas, yo misma incluida.
>
> Estoy segura de que nunca le he hablado de mi relación con Madi; pero es evidente que usted está al corriente del asunto, y más evidente aún que está muy cerca de entender su naturaleza compleja. Usted expresó el temor de que yo pudiera sentirme invadida por su texto. Por el contrario, me siento enriquecida por su comprensión. No puedo hablar en nombre de otros, lo hago únicamente en el mío propio.
>
> Entregué una copia a Bayard, tal como usted me pidió. Lo hice personalmente, y le expliqué que usted me había concedido entera libertad para corregir el texto. Me pidió que esperase en su oficina mientras leía el trabajo. Ejerció sobre él un efecto

extraordinario. Su expresión cambiaba de un momento al siguiente. Se reía, fruncía el ceño, y en un momento dado me pareció que estaba a punto de echarse a llorar. Cuando concluyó, se quitó las gafas, se enjugó los ojos, después limpió los cristales… una serie completa de pequeños movimientos destinados a postergar el comentario. Se limitó a decir: «¿Cómo demonios ha podido saber tanto?». Le dije que debía sentirse agradecido por un apitafio tan magistral. Se limitó a asentir. Aún estaba demasiado conmovido para decir gran cosa, pero en todo caso aprobó la publicación.

Lo cual me lleva a Anne-Marie Loredon. La llamé, tal como usted me solicitó. Se mostró muy discreta, muy reservada, y es evidente que aún intenta reconciliarse con el hecho de que su propio padre la excluyó del último rito de paso. Creo que yo podría habérselo explicado, si ella se hubiese mostrado dispuesta a escuchar, pero la herida es demasiado profunda. Necesita que usted hable con ella de todo el asunto.

El último de mi lista, Harmon Seldes. Le expliqué que el trabajo determinaría mejores resultados si se lo publicaba en la New York Times Review, y que ayudaría mucho más a la Exposición Bayard. Realizó su pequeña representación. Usted es su editor ayudante; usted había hablado con él de este artículo… todo lo cual es cierto. También es cierto que él sabe que es una pieza hermosa, conmovedora y sensacional, y no quiere perdérsela. Discutimos una hora; después, aceptó imprimirle como una separata especial de la edición de abril, con la condición —y este es el veneno que lleva en la cola— de que Anne-Marie Loredon pague una página entera de contraportada. Ella ya ha reconocido la importancia del artículo, y aceptó sin vacilar el desembolso. De modo que todo está arreglado. Usted puede conseguir reproducciones al coste si las desea; serán muy útiles para la venta en provincias y el extranjero…

Y ahora viene la pregunta, mi estimado Max. ¿Y ahora qué? En mi caso, la respuesta es más fácil de lo que esperaba. Ahora que Hugh Loredon ha muerto, no queda nadie que pueda burlarse de mis locuras y que pretenda denigrarme. Lo que usted ha escrito me eleva, del mismo modo que ha elevado a

Madeleine Bayard, hasta un lugar más alto, desde el cual puedo ver el esquema de las cosas. He encontrado a una nueva amiga. Se llama Carol. Es artista, como Madi. Ha venido a compartir mi apartamento. Estamos aprendiendo a compartir también la felicidad. Abrigo la esperanza de que usted simpatice con ella.

Le diré más, mucho más cuando le vea. Puedo decirle ahora lo que nunca hubiera podido expresar antes. Lo amo, Max, a mi propio modo, que es especial. Le deseo mejores cosas que las que usted mismo espera obtener.

DANNY

Era la primera vez que ella usaba el sobrenombre en la relación con Max Mather. Al verlo escrito sobre la página sintió una extraña conmoción. La experiencia le dijo que esta vez —por primera vez y quizás eso nunca se repitiera— él había perforado la seca costra de la erudición y había revelado una verdad acerca de la esencia de las cosas.

Cogió el teléfono y marcó el número del estudio de Niccolo Tolentino en el Palacio Pitti, de Florencia.

La voz que atendió era diez veces más grande que el hombrecito deforme que la emitía: una voz vibrante y aterciopelada de barítono que brotaba de la suela de sus zapatos.

—Aquí Tolentino. ¿Quién habla?

—Max Mather…

—¡Max! ¡Querido amigo! ¡Qué placer! ¿Dónde está?

—¡En Zurich! Viajo para verlo pasado mañana. Todo está arreglado. Irá a Nueva York.

—No lo creo…

—Se lo prometí.

—Sé que usted prometió, pero la mayoría de las promesas son como *Madam* Butterfly, «un bello día».

—Esta vez las fechas son ciertas, y tendremos los billetes de avión. Usted se alojará en mi apartamento… Veamos, aquí está mi programa. Vuelo a Milán el miércoles por la mañana temprano. Cojo un vuelo vespertino a Pisa, y luego voy en automóvil a Florencia. ¿Podemos cenar?

—Claro que sí. A las nueve. El Gallodoro. ¿Desea que llame a Guido?

—No. Esta vez seremos solo usted y yo. Tenemos mucho de que hablar, y hay que tomar grandes decisiones.

—¡Increíble! —dijo Niccolo Tolentino—. Precisamente cuando me había convertido en un infiel resignado, ¡sucede el milagro!

El propio Max Mather necesitaba un milagro. Su siguiente llamada fue a la operadora internacional de Milán para identificar en la guía telefónica el número de una viuda cuyo apellido era Eberhardt, pero que ahora podía haber retornado a su nombre de soltera, Dandolo, o a una combinación de los dos.

En sí misma no era una tarea monumental, pero las operadoras italianas destacaban por su poca paciencia, y al más mínimo indicio de dificultad o confusión lo dejaban a uno colgado al extremo de una línea, con una señal de ocupado. Esta vez sucedió el milagro. La operadora se mostró animosa y atenta. Encontró el número en veinte segundos. La señora Camilla Dandolo-Eberhardt, Via del Orso 81… Mather copió la dirección y el número y coqueteó con ella quince segundos más, hasta que la muchacha se echó a reír y le cortó la comunicación. Acto seguido, rezando en silencio para pedir otra intervención milagrosa, marcó el número de Dandolo-Eberhardt. Después de lo que pareció una eternidad, contestó una doncella. Quiso saber quién hablaba y qué deseaba. Con su mejor acento toscano Mather se explicó:

—… Un antiguo amigo de la familia Palombini… de Estados Unidos… Estoy escribiendo un libro acerca de las grandes divas de La Scala…

Y así sucesivamente, hasta que la mujer, abrumada por su elocuencia, consintió en que hablara con la señora. Camilla Dandolo demostraba bastante lucidez, pero era una mujer obstinada y suspicaz. Mather tuvo que repetir otra vez toda la maniobra, y contestar veinte preguntas más antes de que ella consintiera en recibirlo a las once de la mañana del miércoles. Prometió llamar desde el aeropuerto si había retrasos en los vuelos.

A continuación, se dirigió en automóvil a la oficina de Alois Liepert. ¿El abogado podía indicarle un agente de viajes serio? Sí, podía. ¿Podía ordenar a su empleada que realizara una serie de reservas y le encontrase hotel en Florencia? Sí, todo eso era posible. Todo fue ejecutado sin pérdida de tiempo. Al fin, Mather preguntó con cierta cautela si Alois Liepert podía echar una ojeada al borrador de un contrato. Ahora mismo, si tal cosa era posible. Liepert leyó con mucha atención el documento y después miró a Mather con expresión inquisitiva. Dijo:

—Desde su punto de vista, es un contrato maravilloso. Le otorga derechos exclusivos para tratar en nombre de la familia el tema de los cuadros de Rafael. No puede venderlos ni hipotecarlos si los encuentra, pero no está obligado a entregarlos antes de que se le pague. No está obligado a declarar cómo llegaron a su poder. Puede hacer las representaciones que desee,

siempre que no impliquen un acto delictivo… Y nadie puede prescindir de usted para comunicarse con la familia. Lo único que me pregunto es por qué alguien sería tan tonto que firmase este contrato con usted.

—Pero ¿admite que vale la pena intentarlo?

—Si Palombino lo firma, le pagaré la mejor cena de Zurich…

—Acepto. ¿Puede corregirlo y copiarlo para mí, por favor?

—Una pregunta secundaria: ¿quién se lo redactó?

Mather sonrió. También tuvo la elegancia de sonrojarse.

—Gisela Mundt. Acabamos de pasar un fin de semana esquiando en Saint Moritz.

Alois Liepert echó hacia atrás la cabeza en su sillón y se puso a reír de forma descontrolada.

—¡Dios mío! ¡Después de todo mi esposa acertó! Me dijo que había electricidad entre ustedes dos. No la creí. Es una casamentera incorregible. Bien, ¿qué puedo decir? Me siento muy complacido, y espero que dure.

—¿Y no le molesta el asunto del contrato?

—¡Demonios, no! Lo único que puedo decir es que yo no tendría el descaro de redactarlo; ¡pero si consigue que se lo firmen tendrá que regalar diamantes a la dama!

—Solo si los cuadros de Rafael son auténticos.

—Por supuesto, ese es el gran «si» —dijo Alois Liepert, y rio de nuevo—. Elevaré la apuesta.

Les pagaré una cena a los dos.

Con los documentos del viaje y el contrato en el bolsillo Mather fue al Banco, retiró dinero para sus gastos y luego extrajo de la caja de seguridad las fotografías que había tomado, meses antes, de los retratos de Rafael y los cinco dibujos. Sabía que era un riesgo tenerlos consigo; pero si Palombini firmaba el contrato, el riesgo se desvanecería en el acto. Si no lo hacía, tendría que concebir otra táctica, y en ese caso bien podría necesitar las fotografías.

De regreso en su apartamento realizó tres llamadas a Nueva York. La primera fue a Bayard, en su oficina, y la primera pregunta se refirió a Anne-Marie.

—¿Cómo soporta la situación?

—Soportar es la palabra justa —dijo Bayard con acento de incomodidad —. Parece muy controlada, muy retraída, y trabaja sin descanso. ¿Cuánto tiempo permanecerá usted en el extranjero?

—Un par de semanas. Aquí estamos bastante bien organizados. Le envié material de Ámsterdam y Zurich.

—Los Janzoon son notables. Los precios me parecen apropiados. Hablaremos de él apenas usted regrese… Otra cosa, Max.

—Sí.

—Su trabajo acerca de Madeleine. Lo he leído. Me ha conmovido profundamente. Todavía no entiendo cómo ha llegado a percibir tantas cosas. Deseo preguntarle…

—No pregunte, Ed. Deje que el documento se sostenga por sus propios méritos.

—Por supuesto, usted tiene razón.

—Tengo buenas noticias para usted. Berchmans permitirá que se expongan e identifiquen sus cuadros en la exposición.

—Eso es fabuloso. ¡Ganancia pura! ¿Cómo lo consiguió?

—Persuasión gentil.

—Sin duda. Max, usted debería saber una cosa.

—¿Qué?

—La Policía vino a verme ayer.

—¿Alguna razón especial?

—Sí, preguntaron si había alguna relación entre Max Mather y mi finada esposa.

—Y usted les aseguró que no había ninguna.

—Por supuesto. La razón de la pregunta fue una carta escrita por Hugh Loredon dos días antes de su muerte y enviada a la Embajada norteamericana en La Haya, con el fin de que fuera despachada con otros documentos. Al parecer, la carta decía que a su regreso a Estados Unidos usted se encontraría en condiciones de revelar ciertos datos que, de hecho, cerrarían el caso. ¿Tiene idea de lo que eso significa?

—Una idea bastante cabal. Y no me agrada en absoluto.

—¿Puedo ayudarle?

—Quizá más tarde.

—¿Qué cree que intentó hacer Hugh Loredon?

—Aún reservo mi juicio acerca de eso, y además quiero ser discreto cuando hablo por teléfono.

De modo que ya nos veremos. Hasta luego.

Su llamada siguiente estuvo dirigida a Anne-Marie. Mather no estaba preparado para la súbita oleada de profundo afecto que la joven le demostró.

—¡Max! Gracias a Dios que has llamado. Ya estaba enloqueciendo. Después del modo en que me comporté el otro día, pensé que jamás querrías volver a hablar conmigo. Sé que mi actitud fue censurable. No pude evitarlo.

Eras la última persona en el mundo a quien deseaba lastimar. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que sí. Lo sé. ¿Cómo te sientes ahora?

—Mucho mejor ahora que oigo tu voz.

—Tengo buenas noticias para ti.

—Dime.

—Berchmans prestará sus cuadros para la inauguración.

—¡Maravilloso!

—Acabo de enviar las diapositivas a nuestro amigo suizo. Habrá que concederle un descuento de galería. Estoy seguro de que será comprador. En Ámsterdam hay un maravilloso expresionista joven. Se llama Cornelis Janzoon. Estoy seguro de que podríamos lograr que exponga en nuestra galería… y el miércoles salgo para Florencia, donde haré los arreglos para la visita de Tolentino…

—Una gran noticia, Max… Gracias.

—¿Cómo está el edificio?

—Los arreglos se realizan con mayor rapidez de lo que yo preveía. Ya han terminado los ascensores, han puesto las galerías y la mayor parte de la instalación eléctrica, las alarmas y otras cosas por el estilo. Tu apartamento está casi terminado. La mayoría de lo que falta es superficial.

Estaremos preparados el día de la inauguración, la segunda semana de abril.

—Será un gran éxito.

—He leído tu artículo.

—Espero que te haya gustado.

—No es la palabra apropiada. Me conmovió. En cierto modo provocó mis celos más intensos. Es casi como si tú mismo la hubieses amado… Pero es un trabajo maravilloso y dará un tremendo impulso a la exposición… Conseguiste de Hugh parte del material, ¿verdad?

—Gran parte.

—¿Qué te dijo?

—Más de lo que yo deseaba escuchar.

—¿Y el material que él deseaba que tú leyeras?

—¿Qué material?

—Ya sabes, el… ¡oh! —Contuvo una breve exclamación de sorpresa y reconocimiento—. Olvídalo. Seguramente estaba pensando en otra cosa. Tengo tantas cosas en mi mente.

—Todos estamos así, querida. ¿Y cuál es la situación entre Bayard y tú?

—Tranquila. Se muestra muy protector, muy considerado. Sé que le alivia que Hugh ya no esté aquí. No le culpo por eso…

—¿Y tú? ¿Qué sientes?

—Hasta tu llamada de hoy, no sentía nada en absoluto. Seguramente has sido mi despertador. A propósito, ¿cómo va tu vida amorosa?

—¡No preguntes, hermana Anne! Recuerda lo que sucedió en el Castillo de Barba Azul.

—¿Acaso podría olvidarlo?

Lo dijo con ánimo ligero, pero el acento en la voz de Anne-Marie indujo a Max a preguntarse si el secreto de Hugh Loredon continuaba siendo tal. Ese maldito actor era incapaz de promover un corte limpio ni siquiera para salvar su alma. Había nacido para ser el extremo posterior de un caballo de pantomima… ¡Un animal que salía con paso torpe y una última sacudida de su maldita cola!

CAPÍTULO XII

El vuelo a Milán se retrasó quince minutos en Zurich, y otros quince a causa de un embotellamiento en el aeropuerto de Linate. Se perdieron veinte minutos más en la sección de inmigración porque un visitante procedente de Líbano tenía un visado caducado. Mather dispuso apenas del tiempo necesario para comprar un canastillo de violetas amustiadas, meterse en un taxi dos pasos por delante de una turba poseída por instintos asesinos y realizar una nerviosa llegada con quince minutos de retraso.

El apartamento de Camilla Dandolo estaba en el segundo piso de un palazzo del siglo XIX, con cielorrasos altos y abovedados y escalinatas frías como la beneficencia. Una doncella cuyo severo aspecto casi intimidaba le permitió el paso y lo dejó esperando en un salón repleto de muebles de gruesa caoba, fotografías en marcos de plata y paisajes románticos en marcos dorados.

—Tiene un aspecto terrible, ¿verdad? —dijo Camilla Dandolo desde la puerta—. Lo alquilé amueblado y el precio es aceptable.

Era una dama muy anciana, pero todavía una gran dama. Iba vestida con una bata de brocado.

Calzaba chinelas doradas, y sus cabellos blancos estaban sujetos sobre la nuca con una cinta dorada.

La mano que ofreció imperiosa para que él la besara estaba cubierta de anillos. Mather esperó escuchar una voz angélica que entonaba Celeste Aída.

Mather, que no era del todo malo como actor, se puso a tono sin el más mínimo indicio de vergüenza: la reverencia profunda, los labios que apenas rozaron el pergamino viejo de la piel de la dama, el discurso colmado de menciones honrosas… Incluso así, llegó el momento en que se vio en dificultades. La dama no se dejaba halagar con facilidad. Era astuta y tenía el temperamento vivo.

Inclinó la cabeza a un costado como un loro viejo y quiso saber:

—¿Cómo es posible que una persona tan joven como usted conozca la existencia de Camilla Dandolo? ¿Recuerda alguno de mis papeles, a algunos de mis principales acompañantes? Estoy segura de que no.

Mather le dirigió su sonrisa muy especial, mezcla de bondad y seducción, y explicó con expresión sumisa:

—Llegué a saber de usted de un modo muy romántico. Fui archivista de la familia Palombini en Tor Merla. Me fascinaron las anécdotas de los viejos criados acerca de la gran relación entre usted y Luca… Así, la semana pasada su nombre fue mencionado, debo señalar que con mucho afecto, por un miembro del Club Corviglia, de Saint Moritz. Él me dijo que su esposo había fallecido, y que usted ahora vivía en Milán.

—¡Ah! Ahora comprendo. —La dama estaba divertida y se sentía halagada—. ¡De modo que este libro no será acerca de las divas sino de los escándalos de La Scala!

—De ningún modo. Será una obra bien fundamentada. Por ejemplo, sé que usted cantó el papel de Olga en Fedora, con Gigli, en 1939; que Guarnieri la dirigió en L’Amico Fritz y que usted cantó a Mimí con Malpiero… —Se interrumpió y rio—. Como usted ve, he realizado un concienzudo trabajo de preparación. Pero mi interés por usted es distinto. Usted fue amiga de un hombre famoso e influyente como Luca Palombini. Usted fue, no solo una mujer bella, sino una persona influyente por derecho propio… Todo esto lo sé de manera fragmentaria, por referencias. Me gustaría oírlo de sus propios labios, registrado en una serie de entrevistas grabadas.

—Parece un esfuerzo excesivo para mí. Soy una anciana. Mi memoria ya no es tan fidedigna.

—Para eso —dijo Max Mather con una sonrisa—, los entrevistadores tenemos toda clase de recursos, pequeños juegos de asociación que abren puertas de la memoria… ¿Puedo demostrarle lo que quiero decir?

—Por favor.

—Le ruego cierre los ojos.

Extendió la mano y tomó una fotografía enmarcada de un taburete, y la sostuvo directamente frente a ella.

—Ahora, cuando le diga que abra los ojos, concentre la atención en el objeto que está frente a usted, y dígame todo lo que sepa al respecto.

Ella tardó unos instantes en enfocar la mirada y después recitó como un escolar bien adiestrado.

—Esa es una fotografía de mi marido, Franz, que está conmigo en nuestra propiedad, cerca de Brasilia. Los otros son el cónsul general alemán y su

esposa. Los indios que están detrás son peones, las construcciones son cobertizos y depósitos de máquinas…

—Gracias. Ahora intentemos otra vez. Cierre los ojos.

Esta vez Mather sostuvo frente a ella una de las fotografías de las obras de Rafael, la de la doncella Beata Palombini. La dama abrió los ojos, concentró la atención, miró la imagen durante un momento más prolongado, y después dijo insegura:

—Parece un cuadro que teníamos en nuestra casa.

—Intentémoslo otra vez. Cierre los ojos.

Levantó el otro retrato, el de la Donna Delfina.

—¡Abra los ojos!

Esta vez no hubo vacilación.

—Sí, es uno de nuestros cuadros.

—Hábleme de ellos.

Ella se encogió de hombros, irritada.

—¿Qué puedo decirle? El arte nunca me interesó demasiado. Mi marido era el coleccionista.

—Entonces, dígame lo que sabe.

—Mi marido, Franz, durante la guerra compró dos cuadros a Luca Palombini. No conozco los detalles. Durante sus campañas siempre estaba buscando cosas. Se los llevó consigo a Brasil y cuando nos casamos y fuimos a vivir allí esos cuadros aún estaban en la casa. Permanecieron con nosotros hasta que él murió. Después, como yo no deseaba trasladar cosas de regreso a Italia, los vendí con el resto de la propiedad. Se descubrió que eran muy valiosos. Joaquín Camoens, que es uno de los tratantes más importantes de Río, me ofreció un buen precio por ellos.

—¡Ya lo ve! —Mather le dirigió una sonrisa de feliz aprobación—. Ya entiende lo que quiere decir cuando hablo de asociación. Ahí tiene el marco de una historia completa. Su marido, lo que hizo en Italia durante la guerra, y después, su relación con Luca y con usted. De pronto, una historia completa comienza a perfilarse.

—No estoy segura de que sea una idea tan conveniente —dijo Camilla Dandolo—. En realidad, tendría que pensarlo con mucho cuidado.

—Y ese es precisamente el propósito de mi visita —dijo Mather con expresión serena—. Proponerle una idea y ver cómo reacciona. Si le parece algo muy molesto, olvídelo. Nadie saldrá perjudicado. Y yo he tenido el placer y el honor de conocerla. Viajo de aquí a Florencia. ¿Desea que envíe sus saludos a la familia Palombini?

—De ningún modo. —La anciana dama respondió con energía—. La familia de Luca cree que yo les he robado. En realidad, les salvé la vida en más de una ocasión… Pero usted todavía no me ha dicho dónde consiguió esas fotografías.

—Me las envió un tratante de arte de París. —Mather mintió sin el más mínimo atisbo de remordimiento—. No me dijo dónde las consiguió, pero sí me pidió que aclarase el origen de los cuadros. Es probable que el señor Joaquín Camoens esté ofreciendo los cuadros en el mercado internacional.

—Pero ¿cómo los relacionó conmigo? —La dama era una veterana astuta y dura. No aceptaba nada sin examinarlo con mucho cuidado. Mather estuvo a la altura de la situación.

—Estimada señora, responder a eso es muy sencillo. Yo sabía mucho acerca de los asuntos comerciales de Luca… Como usted, yo amé a una Palombini.

—¿A cuál?

—A Pía. Falleció el año pasado.

—Entonces, dejémosla descansar en paz —dijo Camilla Dandolo—. El mundo no se acabará porque usted no escriba su libro. Ha sido un placer conocerlo, señor Mather. Lástima que sea demasiado vieja para profundizar la relación. Mi doncella le mostrará la salida.

Ahora sabía sin sombra de duda lo que siempre había contemplado como una posibilidad: existía una copia o quizá varias copias de los cuadros de Rafael. Por el momento no era posible saber si las obras que estaban en su poder eran los originales o las copias. De una cosa estaba seguro: en cuanto él presentara las obras en el mercado, los restantes cuadros aparecerían como por arte de magia, y comenzaría la lucha inevitable acerca de la autenticidad. Pero no podía vencer solo con sus propias fuerzas; de modo que decidió asegurarse.

Todavía le quedaba tiempo antes de la salida de su avión en dirección a Pisa. Fue a la oficina de correos del aeropuerto de Linate y llamó a Henri Berchmans en París. Berchmans estaba en el salón con un cliente, y Max tuvo que apelar a su capacidad de persuasión para lograr que el secretario lo llamase al teléfono. El tratante se mostró brusco, como de costumbre.

—Confío en que esta llamada justifique su dinero y mi tiempo.

—Señor Berchmans, está mostrándose grosero otra vez. Le prometí información acerca de las obras de Rafael. Eso es lo que estoy haciendo. ¿Tiene tiempo para recibirla?

—Desde luego. Desde luego.

—Estoy en Milán. En el aeropuerto. Vengo de visitar a Camilla Dandolo, que regresó a Italia después de la muerte de su marido en Brasil.

—¿Cómo descubrió eso?

—Fui a esquiar a Saint Moritz. Conocí a uno de sus antiguos amantes. ¿Puedo continuar?

—¡Por favor!

—Tras muchos circunloquios, he comprobado que el marido adquirió, en condiciones no reveladas, dos cuadros de Rafael vendidos por Luca Palombini. Esos cuadros fueron vendidos, a su vez, con el resto de la colección de arte, a un tratante de Río llamado Joaquín Camoens.

—Le conozco —dijo Berchmans con súbito sentimiento—. Un bandido. Podría vender el cadáver de la abuela por el oro de la dentadura. ¿Otra cosa?

—No. Eso es todo.

—¿Qué está haciendo ahora?

—Voy a Florencia a visitar a antiguos amigos. A propósito, gracias por el préstamo de sus Bayard.

—Ha sido un placer.

—Ahora, puede agradecerme esta costosa llamada telefónica y la valiosa información.

Berchmans lanzó una carcajada áspera y dura.

—Mather, usted pretende demasiado. Envíeme la factura por los servicios prestados. Es mucho más simple.

Mientras estaba sentado en el bar con una cerveza y un bocadillo rancio, esperando el momento de la salida de su vuelo, trató de imaginar el movimiento siguiente de Berchmans. Primero, tendría que localizar los cuadros en Brasil, a continuación realizar una autenticación completa, más tarde adquirirlos por opción o compra directa, y finalmente ofrecerlos en venta. Mientras tanto, estaría preguntándose —como lo hacía el propio Mather— si Luca Palombini había vendido una falsificación a Franz Eberhardt. Estaría preguntándose cuántas falsificaciones existían, y con cuánta rapidez comenzarían a aparecer en el mercado.

Y este era el verdadero propósito de la alianza con Niccolo Tolentino. El italiano era la única persona que podía distinguir con absoluta certeza entre el original y la copia.

Naturalmente, el problema estribaba en que, cuanto más elevado era el número de personas que se comprometían en el tema de los cuadros de Rafael, más vulnerable era Max Mather. Y eso lo acercaba un paso más a la más antigua y paradójica de las soluciones, es decir, la confesión franca.

Qué sencillo sería decir: «Vean, me he comportado como un estúpido codicioso. Llévense las obras y borren mi nombre del juego. Permítanme preservar la pequeña reputación que poseo por derecho propio, asígnenme una modesta utilidad después de ser vendidas las obras, y me daré por satisfecho».

Pero la cosa no era tan sencilla. Estaba sometido a la misma divina ironía que el rabino que mientras jugaba al golf el sábado hizo un hoyo con un solo tiro. El ángel de la guarda reclamó castigo. «¡Un momento! —dijo Dios—. ¿A quién se lo dirá?». De modo que parecía que el castigo de Max Mather consistía en continuar construyendo su hermosa y alta residencia por valor de millones de dólares, pero siempre con la conciencia de que reposaba sobre cimientos de arena, y de que un solo golpe de la marea podía derrumbarla.

Y después, puesto que había regresado a Italia, y los árboles de los huertos florecían en toda la Planicie Lombarda, y Palombini podía ser tan estúpido que aceptara firmar el contrato que salvaría a Mather, y esa noche estaría comiendo pasta y pollo al diavolo y bebiendo vino toscano con Niccolo Tolentino, decidió enviar todo al demonio y pidió otra copa.

La salida del avión se retrasó una hora y media. El tráfico había invadido la autopista de Florencia. Las vías de acceso a la ciudad eran un estruendo de bocinas y conductores que discutían a gritos. Cuando llegó a la relativa serenidad del hotel, se sintió como un marciano en un planeta enloquecido. Se afeitó, se bañó, se puso ropas más frescas, deshizo su equipaje, ordenó que le planchasen un traje, llamó a Palombini para concertar la hora del almuerzo del día siguiente, y luego, con mucha lentitud, como un nadador sometido a descompresión, retornó a la normalidad. Con el propósito de prepararse para la velada se armó con el catálogo de la galería, las pruebas del material que se publicaría en Belvedere y las fotografías de los cuadros de Rafael; a continuación partió hacia el Gallodoro.

El primer tema giró en torno a la confirmación de la visita a Estados Unidos con Tolentino.

—… Inauguramos la galería a mediados de abril. Si usted pudiese asistir a la inauguración sería maravilloso. Trataríamos de comenzar la serie de conferencias a lo sumo una semana después.

Usted puede vivir en mi apartamento o alojarse en otro lugar, como prefiera. Además de pagarle el viaje de ida y vuelta, le concederé la garantía de mil dólares semanales durante cuatro semanas, más el cincuenta por ciento de las utilidades; huelga decir que los encargos privados que usted obtenga serán totalmente suyos. ¿Qué le parece?

—Música celestial —dijo Tolentino—. Violines y flautas y un coro de querubines. Max, usted no sabe lo que está haciendo por mí… Pero también debe explicarme lo que desea que haga por usted. Tendré que prepararme, mi inglés está bien, pero eso no basta. Debo realizar una actuación honrosa, tanto por usted como por las personas que pagan para escucharme… y también por esta ciudad, y por los grandes que trabajaron aquí. En fin, dígame qué desea…

—Deseo que usted enseñe y muestre. Por supuesto, habrá estudiantes entre el público, confío en que formarán un grupo numeroso, pero creo que también habrá una importante afluencia de profesionales veteranos; profesores, directores de museos, restauradores, etc. Querrán compartir la experiencia que usted posee, ver sus técnicas… dialogar con usted. También querrán discutir el tema de los falsificadores y sus métodos, el problema del tratante de arte como patrocinador e intermediario… Desearía que usted prepare un programa de cuatro semanas, tres clases por semana… Quiero cobrar bastante, y por eso mismo prefiero no alargar demasiado el asunto. Si la experiencia tiene éxito, siempre podemos prolongarla. Dispondrá de la totalidad del tercer piso, sobre el estudio. Allí hay espacio suficiente para que se reúnan cincuenta o sesenta personas. Si llega un aflujo de inscripciones, habrá que duplicar las clases. ¿Qué le parece? ¿Podría soportarlo?

—Aún me siento maravillosamente —dijo Niccolo Tolentino.

—¿Podrá obtener la licencia necesaria en las Pitti?

—Cuando lo desee.

—¡Magnífico! Ahora, ¿puedo formularle una pregunta muy delicada?

—¡Claro que sí! Adelante.

—Usted tiene que solicitar el visado para Estados Unidos. ¿Hay motivos para suponer que puede haber problemas?

—¿Por ejemplo?

—Antecedentes policiales, tal vez en su juventud.

—¡De ningún modo!

—Hubo rumores, ya hablamos de eso, acerca de falsificaciones. La murmuración decía que usted era muy bueno en eso.

—La murmuración dijo una cosa. Los hechos afirman otra. Permítame explicarle… ¡No, no se preocupe! Sé por qué usted necesita esta explicación, de modo que no me enojo. Ya se lo dije antes: no soy un falsificador, soy un copista; es probable que sea el mejor del mundo. Puedo copiar el cuadro que usted me presente, sea cual fuere, si se me suministran los materiales apropiados. Puedo copiarlo tan bien que el maestro que creó el original casi

pensará que es su propia obra, incluida la firma… Pero eso no es falsificación. Se habla de falsificación cuando se pretende hacer pasar una copia por un original. Yo jamás he hecho eso. Es posible que otros lo hayan hecho con mis obras, pero nunca con mi consentimiento o mi aprobación. Ahora, espere un momento… He dicho nunca.

Hubo ocasiones, durante la guerra, en que los representantes del mariscal de campo Goering y también la gente de Himmler buscaban y saqueaban obras de arte, y forzaban a la gente a venderlas por unas monedas. Entonces, sí… Yo era muy joven y ni muchísimo menos tan bueno como lo soy ahora; pero realicé algunas falsificaciones excelentes… ¿Eso responde a su pregunta?

—Sí, gracias. Ahora puedo firmar la invitación formal, de manera que usted ingrese en Estados Unidos en relación con la galería. Presentará este documento cuando solicite su visado.

—Deberíamos tomar otra copa y brindar por eso.

—Esperemos antes de beber. Antes tengo que mostrarle algo. Cierre los ojos. Ábralos cuando yo se lo diga.

—Ya están cerrados.

Mather depositó sobre la mesa, frente a Tolentino, las dos fotografías de los cuadros de Rafael, y ordenó al italiano que abriese los ojos. Apenas las vio, el rostro de Tolentino se iluminó de placer y reconocimiento. Su voz profunda se convirtió en el murmullo de un conspirador.

—¡Dios mío! Han pasado tantos años, y ahora usted me trae esto. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde están?

—No tan de prisa, viejo amigo. —Mather recogió las fotografías y las volvió a guardar en su bolsillo—. Es muy importante que procedamos según un orden. ¿Qué representan esas fotografías?

—Dos retratos, madre e hija, dos mujeres Palombini pintadas por Rafael en 1505.

—¿Dónde están ahora?

—No lo sé.

—Pero ¿usted los vio?

—¡Sí, los vi! Max, amigo mío, viví con ellos semanas interminables. Copié los dos cuadros pincelada por pincelada.

—¿Para quién?

—Para Luca Palombini.

—En esa época usted seguramente era un jovencito.

—Tenía veintiséis años. La guerra continuaba, pero yo no era apto para el servicio militar.

Acababa de llegar aquí y trabajaba a las órdenes del viejo Cesarini. Fue grande en su juventud, pero por aquellos años su mano había perdido ya seguridad y su ojo para el color no era el mismo de siempre. Así, pues, me traspasó la tarea. ¡Dios mío, de todos modos se llevó la mitad del pago!

—De modo que usted hizo una sola copia.

—Así es.

—¿Qué destino dio Palombini a las copias?

—No lo sé. No pregunté. En esa época no era muy político formular muchas preguntas. Imaginé que se las endosó a alguien.

—Sí tuviese frente a usted, sobre esta mesa, los originales y las copias, ¿podría distinguir unos de otras?

—Yo podría… pero usted no. En realidad, desafiaría a la mayoría de los llamados expertos a mostrar la diferencia, excepto después de prolongados y fatigosos experimentos… Salvo, claro está, que conocieran mi pequeño truco.

—¿Y en qué consiste ese truco? —Mather presionó con cierta aspereza—. Nicki, tengo que saberlo ahora.

Tolentino extrajo su agenda y dibujó un monograma básico. Continuó explicando:

—Tolentino, Niccolo; mis iniciales. En todos los cuadros que yo he pintado, estas iniciales aparecen en un lugar o en otro. Como usted comprenderá, esa era mi defensa si alguien me acusaba de falsificación. Yo estaba copiando a un maestro —después de todo ese es mi oficio—, pero incluso cuando copiaba su firma en la copia, porque después de todo la firma también era parte de la obra, yo firmaba mi propio trabajo. Lo hacía incluso en el caso de una restauración, aunque entonces utilizaba el dorso, de otro modo:

Restauravit, Tolentino Niccolo.

Rebuscó en el bolsillo de su chaleco y extrajo una lupa.

—Ahora, echemos otra ojeada a esas fotografías. Acérquese más a mí, así verá mejor.

Mather se levantó y permaneció de pie detrás del anciano, mirando por encima de su hombro mientras él usaba como indicador la punta de su lápiz:

—Veamos primero a la madre… Donna Delfina. Apliqué mi monograma en el paisaje del fondo, en una de las minúsculas ventanas. Ahora, la hija. Mi marca debería estar precisamente sobre el borde del pliegue inferior de la túnica.

Examinó con cuidado ambas fotografías y después invitó a Mather a examinar bajo la lupa los lugares que él había indicado. Mather meneó la cabeza.

—No veo nada.

—Yo tampoco puedo ver nada —dijo Niccolo Tolentino—. La reducción es excesiva.

—Pero ¿si no tienen su marca?

—En ese caso, son los originales.

—No necesariamente —objetó Mather—. Podría haber otras copias además de las suyas.

—No es posible —dijo con énfasis Tolentino—. Conozco de memoria las pinceladas de Rafael.

Y le diré otra cosa. Los paneles sobre los cuales realicé mis copias son distintos de los originales.

Los míos son de roble viejo. Los originales son de cedro… Y ahora, ¿puede usted explicarme qué significa todo esto?

—Lo haré —dijo Max Mather—. Pero todavía no. Necesito que usted actúe desprovisto de todo prejuicio… y quiero estar en condiciones de jurar que su veredicto es por completo objetivo.

—Quiere decir…

—Quiero decir que usted irá a Nueva York y será famoso de la noche a la mañana y olvidará que haya visto jamás estas fotografías hasta que yo le ponga frente a los propios cuadros, y le pida que diga al mundo cuáles son las obras del maestro.

—¿Y eso es todo lo que me dirá?

—De momento, es todo lo que puedo decirle. Pero apenas haya algo más, usted será el primero en saberlo. Una última pregunta. ¿Podría ir a Zurich apenas yo se lo pida?

—Podría ir ahora —dijo Tolentino con una sonrisa—. Solo que le debo la cena, la cena más feliz de mi vida.

—Yo pagaré mañana por la noche —dijo Max Mather—. Tenemos que hablar otra vez antes de viajar. Traeré a Guido. Lo celebraremos juntos.

Mientras hablaba, Mather oró en silencio pidiendo a Dios que hubiera algo que celebrar. Si lo que tenía en Zurich eran copias, él había perdido mucho tiempo y mucho dinero. Si eran originales, y Claudio Palombini se negaba a firmar el contrato, el propio Mather estaría navegando en aguas muy, pero muy peligrosas.

El almuerzo en Tor Merla fue mucho menos exuberante que en el Gallodoro. Las mujeres de la casa no estaban, y Max Mather pudo ver menos criados que antes. Los alrededores de la villa tenían un aspecto poco cuidado, y el interior de la casa había cambiado. Había menos cuadros colgados de las paredes, y también parecía que había menos muebles. Fue recibido por Claudio Palombini, el primo Marcantonio y un joven a quien no había visto nunca antes, y que le fue presentado como el abogado Stefano Stefanelli. Claudio balbuceó unas palabras de disculpa.

—Ya ve lo que está sucediendo. Hemos reducido los gastos. Aun así, vivimos de los frutos de la tierra y pagamos el sueldo de la cocinera.

Mather solicitó permiso para saludar al personal. Comprobó que se mostraban amables, pero retraídos. También ellos percibían el aura que llegaba del campo de batalla. Solo dos lo abrazaron; el mayordomo Mateo y Chiara, la criada personal de Pía, arrugada como una ciruela pasa, pero todavía combativa y enérgica.

—Era diferente cuando vivía la *Signora* y usted estaba aquí. Incluso mientras ella se moría siempre había algo de lo que reírse. Ahora, es como una tumba después de medianoche.

Mather la besó y le palmeó la mejilla y fue a reunirse con los demás alrededor de la mesa del comedor. La comida seguía siendo buena. El vino producido en la propiedad maduraba bien.

Claudio insistió en que se dejase la conversación de negocios hasta la llegada de la fruta y el queso.

Después, abordó el tema.

—Sin duda, necesitamos a alguien que represente nuestros intereses y realice búsquedas activas en relación con los cuadros de Rafael. También resulta evidente que usted posee ciertas calificaciones importantes para acometer la tarea. Como usted dijo antes, estaría dispuesto a considerar un contrato.

—Este contrato —dijo Mather, y lo depositó sobre la mesa—. Solo este. Tómese su tiempo.

Léalo. Aceptaré un poco más de café, si es posible.

El documento tenía solo media docena de páginas, pero pasaron diez minutos antes de que nadie levantase la cabeza para formular un comentario. El abogado habló en primer término.

—Si usted me perdona, señor Mather, esto parece…, si puedo decirlo así…, un documento muy arbitrario.

—En efecto, lo es. —Mather parecía la ecuanimidad en persona—. Además, no es negociable.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Sí, claro. Primer punto: el descubrimiento de los cuadros de Rafael y su devolución a los Palombini en el mejor de los casos es un proyecto muy dudoso. Punto dos: dada las actuales circunstancias financieras, los Palombini no pueden permitirse el lujo de pagar un solo centavo del coste. Punto tres: cuando se publique mi artículo, a principios del próximo mes, un material acerca del cual usted recibió amplia información, comenzará un verdadero movimiento de oro en el mercado del arte. Punto cuatro: me encontraré en una jungla, poblada por animales muy astutos.

Necesito toda la protección posible.

—Todo eso lo aceptamos sin discutir —dijo Claudio Palombini—. Pero nuestro abogado cree que es necesario afirmar ciertas premisas como preámbulo del contrato…

—Tiene derecho a pedir eso; tengo el mismo derecho a negarme. Llamo su atención sobre las palabras iniciales del contrato. «El mencionado Maxwell Mather no afirma poseer competencia especializada, o conocimientos o calificaciones especiales, y no dice que existan circunstancias especiales relacionadas con la tarea que él aborda. No propone que otros participen de este contrato.

No ofrece más garantía que la promesa de desenvolverse con la mayor eficacia posible, incurriendo en gastos que él mismo afrontará con sus propios recursos». Parece un texto bastante claro, caballeros.

—Desde luego, es muy claro —dijo el primo Marcantonio—. Pero ¿está dispuesto a responder a algunas preguntas?

—No. —Mather habló con absoluta claridad—. Porque las respuestas que yo diera podrían ser consideradas como afirmaciones especiales, y quedarían a merced de cualquier interpretación que ustedes quisieran darles con posterioridad.

Claudio se mostró ofendido.

—¿Cree usted que somos tan desalmados como para llegar a eso?

—Claudio, la historia dice que en efecto, lo son —dijo Mather con una sonrisa—. No lo censuro.

No debemos reñir acerca de este punto. Pero ustedes han sido mercaderes, y durante siglos han buscado oportunidades de lucro. Ustedes no cambian. No hay razón que los induzca a cambiar de actitud. Pero yo sería tonto si les ofreciese la mano para que me la mordiesen.

—Max, usted exagera.

—¿De veras? Permítame recordarle que tuve que disputar con usted para conseguir enfermeras que atendiesen durante las veinticuatro horas a Pía. Tuve que luchar para conseguir una visita diaria del médico… Ustedes siempre imponen condiciones muy duras. ¡Magnífico! Lo sé. Por lo tanto, este es el único acuerdo que aceptaré con ustedes. Tómenlo o déjenlo… Iré a visitar la torre.

Infórmenme de su decisión cuando regrese.

El paseo a la torre fue un error. Evocó una avalancha de recuerdos: Pía cuando le propuso que se quedara en la casa; Pía prisionera de su propia enfermedad; el día en que Max Mather huyó con los cuadros de Rafael en el equipaje, siempre alerta en el viaje a Suiza. Cuando regresó a la casa, Claudio le ofreció una copa de *brandy* y propuso un par de rectificaciones en el contrato.

—Creemos que el quince por ciento es un porcentaje demasiado alto, en vista de las sumas totales en juego.

—No acepto. Si alguien tiene la posesión ilegal de los cuadros, habrá que asustarlo y será necesario pagarle algo. El diez por ciento es una oferta normal en las compañías de seguros. Y también habrá que pagar mi trabajo. Si ustedes creen que pueden obtener resultados pagando menos, me retiro del asunto y ustedes pueden continuar solos.

—Muy bien. Será el quince. Pero es necesario poner un límite de tiempo a su representación.

—¿Qué sugiere?

—Si usted no puede hacer nada antes de fines de junio, estamos acabados… Tres meses.

—Pero si yo empiezo a mostrar resultados, incluso si no se ha llegado a la recuperación de las obras, sin duda ustedes podrán conseguir de sus banqueros una ampliación del plazo. Quiero nueve meses… hasta que finalice este año.

Claudio miró al abogado. Este asintió.

—Serán nueve meses —dijo Claudio Palombini. Y por primera vez sonrió y preguntó—: Ahora, Max, ¿puede decirnos cuáles son nuestras posibilidades?

—Firmemos primero —dijo Mather con voz firme—. Después les diré.

Con el contrato en el bolsillo Mather se sintió mejor y peor, como un paciente febril, que vacila entre los escalofríos y el sudor. El contrato evitaría que fuese a parar a la cárcel. No podía ser acusado de posesión ilegal, de

maniobras fraudulentas, del hurto cometido por un servidor de la casa. Hasta que se pagara su parte, sería el poseedor indiscutible de los cuadros de Rafael. En cambio, estaba obligado a actuar. No podía retirarse de una situación que era ambigua en el origen mismo.

Mientras regresaba a la ciudad en un coche de alquiler que amenazaba con desintegrarse en cualquier momento, se preguntó por qué la situación lo molestaba tanto, por qué una conciencia social, adormecida durante tanto tiempo que estaba casi atrofiada, había despertado para convertirse en una acompañante tan presente e insidiosa.

Y entonces, del cielo claro y despejado descendió el recuerdo de su padre, amarillo y encogido a causa del cáncer que en definitiva lo había destruido, sentado frente a la ventana del dormitorio y mirando los tonos rojizos del paisaje otoñal. Estaba explicándose, rogando una tardía comprensión.

—Yo sabía lo que tu madre necesitaba. Sabía lo que ella deseaba para nosotros. Pero en mi caso, el precio era demasiado elevado. Implicaba traicionar la única posesión integral que yo tenía… es decir, yo mismo. No pude afrontar eso. No pude soportar la perspectiva de mirarme en el espejo todos los días y ver la imagen de un extraño… o quizás una imagen doble, sin saber nunca quién era quién…

Precisamente la analogía de la doble imagen era lo que ahora lo agobiaba. El Max Mather que se reflejaba en los ojos de sus mujeres no era la totalidad de su persona, sino la imagen que ellas preferían. Las imágenes de Berchmans y de Liepert a su vez eran distintas, e igualmente ilusorias…

Ahora, tendría que regresar a Zurich y enfrentarse a Gisela, y ver que se le iluminaban los ojos cuando le dijera que se había firmado el contrato… ¿Y después qué? La cuestión continuaba sin respuesta cuando llegó al hotel. Se detuvo frente a la recepción para pedir al empleado que reservase pasajes a Zurich para él y para Tolentino. Llamó a Guido Valente y lo invitó a cenar. Después se desvistió, se sumergió en el agua caliente del baño y dormitó inquieto hasta que llegó el momento de salir.

Guido Valente, Custodio de los Autógrafos de la Biblioteca Nacional, estaba de buen humor. Se alegraba por la buena suerte de su amigo Niccolo, que iba a viajar a Estados Unidos. El propio Valente también iría, aunque no al mismo tiempo, de acuerdo con los términos de las becas de intercambio ofrecidas por la Asociación Norteamericana de Bibliotecas. Se instalaría en Washington, pero viajaría mucho, para estudiar los métodos de las bibliotecas norteamericanas sus técnicas más modernas de almacenamiento e identificación, y los programas de intercambio de las instituciones. Abrigaba

la esperanza de no ser demasiado viejo para aprovechar la experiencia; pero la llegada de una nueva secretaria a su oficina lo había convencido de que la sensualidad era todavía una posibilidad feliz.

Preguntó solícito acerca de Anne-Marie. Tal vez, pero solo tal vez, llegaría a tiempo para la inauguración de la galería. Y ahora, tenía buenas noticias para su viejo amigo Max. Gracias a la generosidad de una tal Marchesa, una dama norteamericana casada desde hacía mucho tiempo con un italiano, se había establecido en la biblioteca una borsa, una beca, destinada a los estudios de especialización de los posgraduados norteamericanos. La suma era importante, y las condiciones correspondían bien a la disciplina de Max. Valente estaba muy dispuesto a recomendar el nombre de su viejo amigo como primer candidato al subsidio. El hecho de que este mismo amigo hubiese conseguido para la biblioteca el archivo Palombini era obvio que pesaría mucho en la decisión. ¿Entonces…?

Max Mather se sintió conmovido. Prometió pensar seriamente en el asunto y dar pronto una respuesta. Guido debía entender que Max tenía ante sí una serie de alternativas, y que se trataba de un momento decisivo para él. Tan decisivo que consideraba que era necesario pedir más vino.

Niccolo Tolentino convino en ello. Pero antes de beber también él decidió anunciar algo. Había pensado mucho en la clase de regalo que debía hacer a su buen amigo Max. Por fin, lo había decidido. Extrajo una cajita, en la que, descansando sobre un lecho de tela, había un pequeño rectángulo de cobre, cuyo perfil mostraba la cabeza de un joven.

—Esto, mi querido Max, es el primer grabado que realicé. Es la cabeza de mi hermano, que murió en la guerra. Se la regalo porque usted es como mi hermano, franco y generoso… Y aquí —levantó la placa— hay copias, numeradas de uno a cinco, y las he hecho especialmente para usted.

—¡Eh, bravo! —Guido Valente se sonó con mucho ruido la nariz—. Ya se lo decía, Max, ¡usted es un hombre muy querido!

También Max Mather, que había bebido mucho, se emocionó tanto, que casi no pudo contener las lágrimas, mientras el duendecillo que se había encaramado sobre su hombro le repetía con expresión sardónica: ¡Hermanito, si supieran! ¡Si supieran!

En Zurich era viernes, el mediodía de un sombrío día de marzo, y un viento frío barría el lago y castigaba a los ciudadanos todavía protegidos hasta las orejas por sus abrigos. Había grandes parches de nieve sobre los picos más bajos. El invierno había concluido, pero aún faltaba mucho para la primavera. Niccolo Tolentino estaba encaramado en un poste de amarre del muelle,

dibujando. Max Mather se encontraba en la cocina de su apartamento, preparando un almuerzo de carne fría y ensalada para Gisela Mundt. Ella le había advertido que llegaría tarde. Sus clases de los viernes no terminaban antes de mediodía. Serían las doce y media antes de que llegase. Mather había decidido que este sería el día de la verdad: miércoles de Ceniza o Viernes Santo, según el resultado. No podía continuar tolerando esta existencia ambigua, que oscilaba entre las promesas luminosas del futuro y las voces acusadoras de un pasado que rehusaba dejarse sepultar. A salvo ahora de la persecución a causa del contrato con la familia Palombini, podía comenzar a negociar, si no la paz, al menos una tregua, con su conciencia residual.

Llegó Gisela, sonrojada y sin aliento, reclamó que la besara y después le ofreciera una copa.

Brindaron por los dos, y después por el contrato. Gisela no tenía prisa por sentarse a comer. Mather se zambulló en las complicaciones del tema.

—Te diré una cosa.

—¡Oh! La hora de la confesión, ¿eh?

—Si así lo prefieres, sí.

—Dime lo tuyo. Después te diré lo mío.

—No es nada divertido.

—Sé que no lo es. Lo veo por la expresión de tu rostro; es serio de verdad.

—Me refiero a las obras de Rafael…

—¿Bien?

—Lo he decidido. Aceptamos la solución del diez por ciento.

—Creo que es una actitud sensata —dijo Gisela Mundt.

—Había abrigado la esperanza —dijo Max Mather con una sonrisa—, de que me dijeras que soy una persona buena y noble y que ya no merezco la censura.

—¿Cómo puedo saberlo, Max? —Ella le dirigió esa sonrisa feliz y seductora—. He gozado con tu cuerpo. Me encanta tu compañía, pero todavía he visto muy poco de tu alma.

A lo cual Max Mather replicó con aspereza:

—Con respecto a eso, mi querida doctora, está en venta como la de todo el mundo…, ¡siempre que el precio sea justo!

Esa misma tarde, poco antes de la hora de cierre de las oficinas y los negocios, Max Mather, acompañado por Gisela, Liepert y Tolentino, fue al sector de las cajas de seguridad del Union Bank en la Bahnhofstrasse. Allí, con manos inseguras, Mather retiró la cera del envoltorio de lona, abrió el entretejido de cordel de zapatero y depositó el contenido sobre la mesa

cubierta con una lámina de vidrio, en el espacio que quedaba entre las hileras de cajas. Mantuvo los dibujos cubiertos para protegerlos de la luz; pero desplegó los retratos de las mujeres Palombini, Donna Delfina y la Doncella Beata.

En el movimiento que siguió, Niccolo Tolentino mantuvo las obras a la distancia de un brazo, y examinó cada una largo rato. Después, extrajo la lupa de su bolsillo y examinó cada centímetro cuadrado de la superficie. Dejó la lupa y con un pequeño cortaplumas de bolsillo raspó un minúsculo espacio de madera al dorso de cada cuadro, y extendió con mucho cuidado el polvo sobre la palma de su mano antes de soplarlo.

Terminado este examen, depositó los retratos y los cubrió otra vez. Llevó los dibujos al recodo oscuro de la habitación, ordenó a Mather que se pusiese frente a la luz para proyectar una sombra más profunda; y después, en actitud reverente, como si estuviera sosteniendo la hostia de la comunión, alzó cada una de las hojas para inspeccionarlas. Las dejó sobre la mesa y volvió a cubrirlas.

Pareció que pasaba una eternidad antes de que hablase e incluso entonces su voz profunda sonó ronca e insegura.

—Son las obras auténticas, y a partir de ellas yo pinté las copias.

Se le quebró la voz. Mather se sintió impresionado cuando advirtió que el hombrecito estaba llorando. Apoyó un brazo protector sobre sus hombros contrahechos. El anciano reaccionó con lentitud y esbozó una risa temblorosa.

—Son’ pazzo! Estoy loco. Cada vez que miro algo tan maravilloso sé que tiene que haber Dios.

Si no fuera así, ¿cómo un animal horrible como el hombre podría realizar cosas tan hermosas…? Estaba inquieto por los dibujos; pero los veo bien. El aire acondicionado de esta bóveda es más o menos lo que necesitan. ¡Pero basta de luz! Es imperativo que no continúen expuestos a la luz.

Devuélvalos al envoltorio, pero no los selle. No es necesario…

—Ahora —dijo Alois Liepert—, debemos regresar a mi oficina y tomar la declaración de Niccolo, en el sentido de que ha visto e identificado estas obras, de que son auténticas, y de que se encuentran en buenas condiciones.

—Y mientras estemos allí llamaré a Berchmans —dijo Max Mather.

—¿Es un paso sensato? —Liepert se mostraba dubitativo.

—Creo que es necesario. Si no le informo que los cuadros que están en Brasil son copias, creerá que le he engañado. Y es un hombre a quien no deseo tener como enemigo.

—De todos modos, sea prudente —le advirtió Liepert—. No le diga demasiado por teléfono. Y si él quiere extenderse en la conversación, remítalo a una consulta conmigo.

—Für aufklären und konfirmieren, ¿verdad?

—Eso es —dijo Alois Liepert—. Gisela me ha dado instrucciones rigurosas acerca de usted.

—Deseo formularle una pregunta a ambos —dijo en tono seco Gisela—. ¿Quién se hace cargo del seguro por estos artículos?

Parecía que Tolentino no escuchaba. Estaba atareado envolviendo otra vez los cuadros en sus fundas protectoras, manipulándolos como si hubiesen sido tiernos infantes. Mather y Liepert se miraron. Liepert dijo:

—Hablemos del asunto en la oficina.

La declaración redactada en italiano por Alois Liepert y destinada a la firma de Tolentino cubría un terreno amplio.

Hoy, yo, Niccolo Tolentino, ciudadano de la República de Italia, ahora y durante los últimos treinta y siete años empleado como copista residente restaurador de cuadros en las galerías del Palacio Pitti, de Florencia, he ido a la bóveda que contiene las cajas de seguridad del Union Bank en la Bahnhofstrasse de Zurich. He estado allí en compañía de los abogados Alois Liepert y Gisela Mundt y el señor Maxwell Mather, representante oficial de la familia Palombini de Florencia. He inspeccionado dos retratos sobre paneles de madera de cedro, cuadros que según creo son obras auténticas de Raffaello Sanzio, y cinco dibujos del mismo maestro. Estaba familiarizado con los retratos porque a principios de 1941 recibí el encargo de realizar copias de los mismos, tarea encomendada por quien era entonces su propietario, el *Signore* Luca Palombini, de Florencia. Nunca había visto antes los dibujos, pero los identifiqué, lo mismo que los retratos, como muy probablemente la obra del mismo maestro. Dichos trabajos estaban en excelentes condiciones y se les prestaban los cuidados debidos, es decir aire seco, temperatura estable y mínima exposición a la luz. No se me ha ofrecido, ni yo he pedido, ningún tipo de información acerca de su origen reciente. No se me ha ofrecido, ni yo he pedido, honorarios por mis servicios, que han sido prestados como signo de respeto por la familia Palombini y su representante, el *Signor* Max Mather.

Después, Mather llamó por teléfono a Berchmans, en París. Esta vez fue una conferencia telefónica, y así se le previno a Berchmans.

—De nuevo Max Mather. Lo llamo para celebrar una conferencia telefónica desde el despacho de mi abogado en Zurich. El señor Berchmans, el señor Liepert.

—Buenos días, señor Liepert. Ahora, adelante. ¿A qué responde la formalidad?

—Acerca de los artículos brasileños…

—¿Qué hay con ellos?

—Son copias. Buenas, pero copias al fin y al cabo.

—Necesito pruebas de lo que dice.

—En ese caso, me limito a sugerir prudencia hasta que yo tenga la oportunidad de presentarle los hechos.

—Como trato desde mucha distancia con Camoens, estoy en desventaja. Quizás él intente negociar una venta conmigo y fije el precio base. Por eso tengo que preguntarle, señor Mather, cuál es la calidad de su información.

Aquí, Alois Liepert se apresuró a intervenir.

—Señor Berchmans, aporto una opinión de abogado. La información es de primera categoría. El informante es impecable.

—En ese caso, gracias a ambos. ¿El señor Harmon Seldes ha sido informado?

—No. —Mather habló con voz muy controlada—. Mi posición con Seldes es equívoca. Me emplea con el fin de que le suministre ciertos servicios. Nuestra comunicación está mediatizada por ese hecho. En esta cuestión no he tratado con nadie más que con usted; pero usted debe considerarse en libertad de comunicar esta información a quien lo desee.

—Sin embargo, hay un cambio en la situación personal de Mather, y él desea que usted lo sepa —dijo Liepert.

—¿De qué se trata?

—El señor Mather ha sido requerido por la familia Palombini con el fin de que aporte su conocimiento académico y la represente en la cuestión de los retratos de Rafael. Acabo de negociar el contrato, que establece, entre otras cosas, que el señor Mather será el único intermediario entre la familia y el eventual comprador en esta cuestión. El señor Mather desea que yo le informe que usted es la primera persona que recibe esta información, la cual se hará pública a su debido tiempo.

—Lo cual significa —dijo Berchmans en su estilo brutal—, que me borra del asunto.

—Todo lo contrario —dijo Mather—. Usted ocupa exactamente la misma posición que antes, con la diferencia de que ahora tiene un amigo en la corte…, si le agrada mirarme de ese modo. Todo depende de usted, señor Berchmans. Nada cambia, excepto que yo me convierto en el punto de referencia para la familia y que solo ella me paga.

—En ese caso —Berchmans inició una retirada renuente—, gracias por decírmelo. Debemos permanecer en contacto.

—Una actitud sensata. A bientót, señor Berchmans.

Cuando Mather colgó el teléfono, Niccolo Tolentino infló las mejillas y emitió un sonido explosivo.

—¡Bah!, cuánta charla. ¡Yak-yak-yak! ¡Cuánta codicia! Estas son cosas bellas, la obra de un gran maestro. ¡No son huesos que los perros se disputan! Perdónenme. Últimamente me enojo con mucha facilidad. Creo que debo salir a caminar un poco para conversar con los patos.

—No puede —dijo con firmeza Max Mather—. Tenemos que arreglar los trámites de su viaje a Nueva York, extenderle cheques, escribir una carta que acompañe a su solicitud de visado… Alois, ¿su secretaria puede tomar algunas notas?

—Un tirano. —Tolentino elevó las manos y los ojos al cielo—. Un tirano, enloquecido por el ansia de dinero.

Capítulo XIII

Diez días antes de la publicación varios ejemplares anticipados de la edición de abril de Belvedere fueron depositados sobre el escritorio de Harmon Seldes. Seldes llamó al personal para echar una ojeada al material. Todos coincidieron en que era un trabajo notable: material de primera categoría, buena distribución, definición exacta de los colores. El editorial de Seldes se destacaba, las fotografías eran tan sugestivas como él lo había deseado. El artículo de Mather acerca de la Economía Doméstica en Toscana olía a erudición, pero el comentario de Danziger realzaba el contenido.

La sorpresa de la edición fue el artículo acerca de Madeleine Bayard. En lugar de enviar un anuncio convencional para la contraportada, Anne-Marie Loredon había preferido llenar el espacio con una reproducción a todo color de la Dama de los Harapos, la obra central de la futura exposición. Era una pieza espléndida, y armonizaba a la perfección con el tono sumamente emotivo del artículo de Max Mather.

Y después, la gran sorpresa. De pronto, en el mismo número, el erudito de pluma penosa y fatigada se convertía en poeta. Varios de los responsables editoriales de la revista señalaron el hecho, y, como era de esperar, asignaron todo el mérito a la sabiduría de Harmon Seldes, que había descubierto y promovido el talento. La sociedad de admiración mutua seguía reunida cuando se recibió una llamada de uno de los principales vicepresidentes de la casa central, para comunicar sus bendiciones y los cumplidos procedentes de las alturas. ¡Pero ya era suficiente! Había que trabajar. Seldes echó de su oficina a todo el mundo, excepto a la secretaria, con quien comenzó a practicar el más inquietante de los pasatiempos, la «creación de un mercado». La tarea comenzó con las almas favorecidas —los directores de los museos, los grandes tratantes, los críticos— que tenían el privilegio de recibir ejemplares anticipados de la revista, siempre anunciadas por una llamada telefónica ritual del propio maestro:

—¡Charles, amigo mío! (o ¡Anna, mi amor!). Habla Harmon Seldes. Le reservo algunas sorpresas reales este mes. Sí, ahora mismo el correo personal está llevándole el material. Preste atención especial al artículo acerca de los cuadros de Rafael pertenecientes a la familia Palombini.

Por supuesto, nunca oyó hablar de ellos. Son una exclusiva de Belvedere. En realidad, una exclusiva de Harmon Seldes, ¡en fin! La modestia me cohibe… Créame, no lo eche en saco roto. Henri Berchmans y yo hemos unido nuestras fuerzas para continuar la investigación. Además, eche una ojeada a la contraportada: Madeleine Bayard. Quizás esta sea la primera y la última oportunidad para hacer un buen negocio…

En medio de este agradable ejercicio, Henri Berchmans llamó desde París para decirle que Max Mather había sido contratado como representante de los Palombini. Seldes se mostró ofendido.

—¡Bien! ¡Después de todas sus protestas de desinterés! Y ya que hablamos de él, ¿cuáles con sus calificaciones? Ese hombre es paleógrafo. ¡No sabe nada de arte! ¡Es un cachorro pretencioso!

Berchmans lanzó su risa dura como un ladrido.

—Parece que su cachorro se convirtió en mastín. ¿Qué progresos ha realizado en su búsqueda?

—Apenas he tenido tiempo, ¿no le parece? Los ejemplares anticipados de nuestra edición de abril llegaron a mi escritorio hace apenas media hora.

—Amigo mío, equivoca el blanco. Mather ya rastreó copias de los dos retratos en Brasil. Tengo controlado eso, pero no espero demasiado. Lo que me impresiona es el ingenio y la laboriosidad de este hombre.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de su honestidad.

También eso comienza a impresionarme —dijo Henri Berchmans—. Se ha mostrado muy honesto conmigo.

—Pero no conmigo. —Seldes comenzaba a mostrarse petulante—. Después de todo, soy su editor jefe. Le doy de comer.

—Procure que coma de su mano. Le gustan las personas corteses.

—En mi estado de ánimo actual, más bien me inclino a despedirlo.

—Eso podría ser un error costoso. Yo trataría de mantenerlo de nuestro lado.

—Me gustaría saber si nos reserva otras pequeñas sorpresas.

—Por mi parte, espero ver cuáles son sus pruebas, y la naturaleza de sus fuentes.

—Usted me preguntó acerca de los cuadros atribuidos a Rafael. Passavanti es todavía la autoridad más eficaz y autorizada. Tal vez sería

conveniente que usted lo convenza de que eche una ojeada al material brasileño.

—Ante todo, tiene que llegar a mis manos. Camoens es un individuo muy duro. No moverá un dedo si no ve el dinero…

—Por supuesto, usted puede enviarme a Río y yo hablaría con él.

—Lo pensaré… ¡y cálmese, Harmon! Nuestro joven amigo está realizando todo el trabajo para nosotros… Pero no llegará a acercarse siquiera al mercado. ¡En definitiva, los cuadros de la familia Palombini caerán en nuestro canasto como duraznos maduros!

Seldes continuaba reflexionando acerca de esa interesante idea cuando Leonie Danziger entró en su oficina y anunció con brusquedad:

—Harmon, necesito ayuda.

—Para usted, Danny…, lo que quiera. El número de la revista es notable, ¿no le parece?

—Uno de los mejores. Felicidades.

—¿Algo te preocupa?

—Algo me preocupa. Punto. ¿Tiene agenda de las actividades de su oficina?

—Por supuesto… La mejor lección que aprendí jamás: no arrojar los registros a la basura. Uno nunca sabe cuándo puede necesitarlos. ¿Qué fecha desea verificar?

—El 18 de febrero del año pasado.

—¿Qué significa esa fecha?

—Es el día en que asesinaron a Madeleine Bayard.

—¡Oh!

—La Policía quiere saber, y yo también, qué estuve haciendo desde que amaneció hasta el atardecer. He repasado esa cuestión con ellos una docena de veces. Al parecer, aceptaron que yo no tenía coartada; pero ahora han vuelto de nuevo a la carga. Y ahora recuerdo menos que antes. Me desprendo de mis agendas apenas las termino… Y no me sermonee, Harmon. No puedo soportarlos.

A ver…, consulte la entrada correspondiente a ese día. Verifique si se reunió conmigo para discutir alguna tarea.

—Por supuesto. Tranquilícese. Ya sabe dónde está la bebida.

—No, gracias.

Seldes abrió el armario y localizó enseguida la agenda. Volvió las páginas y leyó la entrada correspondiente al 18 de febrero.

—Aspen… Aspen… Aspen… la semana entera. Fue la reunión de esquiadores en casa de los Moulton. Ahora lo recuerdo. Traje la noticia acerca de la venta de su colección Vanvitello. La única existente fuera de Italia. Y aquí, algo que interesaría a Max Mather…, paisajistas menores italianos del siglo XVIII…

—¡Por favor! Harmon. Esto es grave. ¿Qué estuve haciendo durante esa semana?

—Danny, aquí no hay nada. Y si no hay nada, significa que usted pudo estar trabajando en un sitio cualquiera, ¿no es así? Yo no estaba en la oficina. Y de todos modos, usted es una colaboradora independiente. Nos reunimos. Fijamos una misión. Usted se marcha. Y no regresa hasta que ha terminado la tarea.

—Gracias por nada, Harmon.

—¡Por favor! No se ponga así. Deseo ayudarla. ¿Qué anda buscando la Policía después de tanto tiempo?

—No lo sé; pero lo cierto es que poseen muchos antecedentes acerca de este asunto. —Acercó a la nariz de Seldes el artículo acerca de Madeleine Bayard—. Me han estado interrogando acerca de esto: la vida amorosa de Madeleine, sus costumbres sexuales, sus amigos.

—Por lo que recuerdo, usted era una de sus relaciones.

—Harmon, ¿quién no lo era cuando Madi deseaba atraparlo?

—No creo que nuestro artículo haya renovado el asunto.

—Yo tampoco. La Policía mencionó cierto tipo de información procedente de Hugh Loredon. La escribió antes de morir, y la envió a través de la Embajada norteamericana en Holanda… La Policía al parecer está utilizándola como base de esta nueva ronda de interrogatorios. También mencionaron a Max Mather. Pero es imposible que él esté implicado en el asunto.

—Nuestro niño mimado está trabajando duro —dijo Seldes con acentuado disgusto—. Regresará dentro de una semana, poco más o menos, de modo que usted misma podrá preguntárselo. Entretanto, examinaré todos nuestros registros del 18 de febrero del año pasado, para ver si podemos situarla en una posición más segura… No se inquiete demasiado…

—Gracias, Harmon. Felicidades por la edición de abril. De veras, es muy hermosa.

—Gracias, querida Danny.

Pero la querida Danny ya había salido por la puerta y caminaba hacia los ascensores. Hubo un momento en que el pisapapeles depositado sobre el

escritorio de Seldes había tenido precisamente el aspecto de una daga, y la tentación de usarlo había sido casi irresistible.

En el estudio del Soho, los pintores estaban dando la última mano a los interiores, los electricistas probaban los circuitos y desplazaban pantallas de un extremo al otro para verificar la eficacia de los focos. En el apartamento de Mather, correspondiente al último piso, estaban colocando la alfombra y colgando las cortinas. Anne-Marie se encontraba en su oficina con un montón de facturas y otro de cartas sobre el escritorio, y los detectives de homicidios bebían café y formulaban preguntas corteses pero tenaces. Ella ya les había asignado los nombres correspondientes. El joven y apuesto era Sam Hartog, y el mayor, más rudo y menos considerado, era Manny Bechstein. Formaban un equipo armónico. Hartog dirigía el interrogatorio, con actitudes deferentes y preguntas bien pensadas. Manny realizaba las maniobras, volvía sobre el terreno ya cubierto, y retorcía y modificaba una respuesta hasta que parecía algo muy distinto. Sam Hartog bebía su café y desarrollaba con paciencia sus preguntas.

—… ¿Por lo tanto, su padre le dijo que se internaba en la clínica Londres para someterse a exámenes? Y después fue a Ámsterdam.

—Así es.

—¿Por qué fue allí?

—Supongo que por asuntos de negocios. Los artículos ofrecidos en las subastas de gran categoría y los clientes que acuden a esos remates vienen de todos los rincones del mundo. Mi padre viajaba de forma constante entre una subasta y otra.

—Comprendo… ¿Y entonces su padre pidió al señor Mather que se reuniese con él en Ámsterdam?

—Sí.

—¿Por qué Mather y no usted?

—Según me contó, Max, aunque mi padre se sentía muy solo y en una posición muy arriesgada, no quería trastornar mi vida. Sabía que Max y yo cuidamos el uno del otro… De modo que llamé a Max.

—Pero su padre, en realidad, le escribió… una carta que le llegó, con otra correspondencia enviada por él, a través de nuestra Embajada, después de su muerte.

—Así es.

—¿Estaría dispuesta a mostrarme esa carta?

—Desde luego. La tengo aquí.

Rebuscó en su cartera y extrajo el sobre con el sello de la Embajada. Sam Hartog abrió la carta, le echó una ojeada y la pasó a Bechstein, que asintió y la devolvió. Harteg hizo un breve resumen del mensaje:

—Su padre sabe que se está muriendo. Se disculpa porque fue un padre indiferente. Le dice que la quiere… y le ruega que evite a toda costa casarse con Edmund Bayard…

—Cosa que no tengo la más mínima intención de hacer.

—Pese al hecho de que ustedes dos son buenos amigos y juntos realizarán negocios importantes.

—Sería más exacto decir precisamente a causa de ese hecho.

—¿Por qué su padre experimentaba antipatía hacia Bayard?

—Mantuvo una prolongada relación con Madeleine. Consideraba que Ed Bayard la trataba muy mal…, un hecho que él reconoce con franqueza y que lamenta mucho. Mi padre siempre creyó que él era un hombre de temperamento inestable, y un marido inapropiado para una mujer mucho más joven.

—¿Pero no creyó que hubiese problemas en que usted realizara negocios con ese hombre, alquilase su estudio y organizara una exposición de los cuadros de la esposa?

—Mi padre nada tuvo que ver con esos arreglos. Yo los realicé sin consultarle.

—¿Pero intentó convencerla de que no continuara con eso?

—Sin éxito… Ahora, señor Hartog, creo que usted me debe una explicación. Me he mostrado muy franca con usted.

—Así es. Y lo apreciamos.

—Por lo tanto, creo que debería mostrar la misma franqueza conmigo.

Por primera vez Manny Bechstein rompió su silencio.

—Señora, los oficiales de Policía no siempre pueden ser francos. Pero vayamos tan lejos como podamos. Al mismo tiempo que nosotros nos pusimos en contacto con usted, su padre nos escribió una carta dirigida a la Policía de Nueva York. Pidió que la carta fuese autenticada en la Embajada, de modo que posee cierto peso como prueba documental. Es un relato del asesinato de Madeleine Bayard y de su relación con él.

—¿Y cuál es la relación?

—Cómplice por encubrimiento.

—¿Qué significa eso?

—Que otra persona la mató. Su padre ayudó a esa persona a evitar que se la identificase.

—¿Quién la mató?

—No podemos revelar eso… y aún no hemos comprobado la acusación.

—Quiere decir que él pudo haber mentido.

—Es posible.

—Pero ¿por qué? Maldición, cuando escribió esa carta era un moribundo.

—Lo cual no significa que estuviese diciendo la verdad —intervino Manny Bechstein—. Solo que podía decir lo que quisiera y salir bien librado.

—Esa es la razón —dijo Sam Hartog con voz neutra—. Esa es la razón por la cual debemos actuar con cautela antes de mencionar nombres o suministrar información… ¿Cuándo regresa el señor Mather a Nueva York?

—Dentro de una semana.

—En ese momento hablaremos con él.

—Pero ¿qué posible relación…?

—Ese es el problema del asesinato —dijo Manny Bechstein—. Relaciona a las personas más inverosímiles. Gracias por su ayuda, señora. Nos marchamos.

—Mi tarjeta —dijo Sam Hartog—. En caso de que usted desee hablar con nosotros… Y antes de que me olvide, le diré que Manny y yo desearíamos que nos invitara a su inauguración.

—Les enviaré tarjetas. Será una función de gala.

—Lo apruebo. —Por extraño que pareciera, quien había hablado era Manny Bechstein—. Mi madre solía decir que la ropa de noche contribuye a fomentar el respeto. Ella también era artista.

Solía grabar cristales para Corning. Y algunos de sus trabajos eran de primera calidad. Hasta luego, señorita Loredon.

Cuando los policías se marcharon, Anne-Marie se encogió resignada de hombros y volvió a concentrar su atención en la gran cantidad de trabajo que tenía sobre el escritorio: cuentas, dibujos destinados a la publicidad, el borrador de una circular acerca del seminario de Tolentino, listas de huéspedes, llamadas telefónicas que debían ser contestadas, correspondencia con artistas y sus representantes. En algún lugar de su mente sonaba una campana de alarma. Esta adicción al trabajo, esa negativa a abordar los temas personales, esa tendencia compulsiva a evitar el descanso, eran síntomas anormales. Su dolor y su cólera nunca se habían manifestado de forma adecuada. Los enigmas de su relación con Bayard nunca habían sido resueltos. Nunca había sepultado del todo a sus muertos. Por eso sonaba esa llamada de alarma; pero rechazó el sonido y formuló el deseo de que Max

Mather llegase pronto para compartir la carga de la última y misteriosa confesión de Hugh Loredon:

> … Sé que no he sido un padre muy responsable. Nunca me he destacado en otra cosa que no fuese la profesión de subastador y la condición de entretenido compañero de cama. Pero incluso en este último siempre me he desenvuelto mejor con las mujeres que no me tomaban demasiado en serio, ni prestaban excesiva atención a lo que yo hacía. Ahora, todo es condenadamente serio y el tiempo de que dispongo condenadamente escaso para hacer otra cosa que decirte, de acuerdo con mi estilo anticuado, que siempre te he querido y siempre he admirado las cosas buenas que estás haciendo con tu vida.
>
> También debo decirte —y debes creerme— que Bayard no es el hombre que te conviene. Es una persona retorcida. Es inteligente. Desea parecer franco y agradable. No puede serlo. En él no hay alegría. Por supuesto, Madeleine no lo ayudó a mejorar, porque también ella era un ser retorcido. Ambos tenían momentos altos y depresiones, pero nunca de manera armónica. Si hubiesen sido capaces de tocar la cresta de la misma ola, aunque fuese unas pocas veces, quizás hubiesen sido felices.
>
> Madi y yo pasamos algunos momentos buenos, pero yo nunca fui un caballo para distancias largas. Me agradaban los galopes cortos y el rápido cambio de escena. Sé que con Madi me demoré demasiado y todo comenzó a complicarse. He escrito una carta a la Policía, y abrigo la esperanza de que ello contribuya a aclarar las cosas, y les permita cerrar el asunto, y por lo mismo les induzca a dejarte en paz para que hagas tu propia vida.
>
> Max Mather sabrá de qué estoy hablando. Responderá a tus preguntas. Mather me agrada mucho, aunque no estoy seguro de que tampoco él sea muy estable. Y eso es todo por ahora.
>
> Nunca fui un gran escritor. De modo que te diré otra vez que te quiero. He redactado el testamento. Lo que dejo es todo tuyo. No sufras. Brinda por mí y después rompe la copa.
>
> **HUGH**

La primera vez que leyó la carta lloró con amargura. Ahora la lectura le irritó. Era demasiado superficial, demasiado airoso…, la representación mediocre de un mal actor frente a un público al que él no respetaba. El problema era que ella, su propia hija, aún no podía hallar la generosidad necesaria para perdonarle. La nota de Max Mather, escrita pocos días después, la había reprendido de manera amable pero firme.

> Hugh se me escapó al fin, porque ese fue el modo en que él arregló su propia destrucción.
>
> Deseaba estar a solas con su verdugo.
>
> No creo que ninguno de nosotros tenga derecho a negar a otro esa última concesión.
>
> Además, por mucho que a veces lo deseemos, no tenemos derecho de propiedad sobre nuestros padres. Sienten tanta necesidad de escapar de nosotros como nosotros de ellos… y después de todo, él fue un gran artista de la fuga, un Houdini moderno… Enójate si tienes que hacerlo, sonríe si puedes, pero en definitiva, y en beneficio de tu propia paz, tienes que perdonarlo.
>
> Abrigo la esperanza de que también a mí me perdones, tu involuntario subrogado en la última pasión de Hugh Loredon…
>
> Con amor,
>
> **MAX**

Esa era la última prueba, la más difícil y la más amarga. También Max se le escapaba. El amado, infiel e informal Max, compañero de tantos momentos de libertad y goce en Toscana, estaba convirtiéndose en alguien muy distinto. Ahora tenía sus propios propósitos; y no se satisfacía mucho tiempo con la posición de ayudante menor de Anne-Marie Loredon, o para el caso de otra mujer cualquiera. Si ella deseaba conservarlo, y aún no estaba segura de que ese fuese su propósito, tenía que extender la mano y aferrarlo antes de que se alejase con otra mujer, como esa Leonie Danziger, que había llamado para manifestar su simpatía, y al parecer sabía mucho más de lo que decía acerca de Hugh Loredon y los Bayard…

Por otra parte, Anne-Marie no estaba muy segura de que deseara tener cerca a nadie precisamente en este momento. Había mucho que hacer. No deseaba sexo, aunque le hubiera venido bien una presencia afectuosa. La ambición parecía absorber una cantidad terrible de adrenalina. Y además,

siempre le había agradado el sexo sobre todo cuando incluía la alegría… exactamente como había sido el caso del finado Hugh Loredon.

La reanudación de las investigaciones policiales no fue una sorpresa para Edmund Bayard. Sabía desde el principio mismo que la exposición de las telas de Madeleine, en el escenario mismo del crimen, reavivaría los comentarios y los rumores. También estaba claro que la Policía tenía que protegerse de las críticas.

El hecho de que Hugh Loredon hubiese dejado una especie de confesión en el lecho de muerte tampoco le sorprendía. A lo largo de toda su vida ese hombre había sido un saltimbanqui, un perseguidor de mujeres, un entrometido irresponsable en la vida de los demás. No importaba lo que hubiese escrito —que fuese un acto de tardío arrepentimiento o un testamento final firmado por la malicia—; de todos modos podía representar una auténtica molestia, pero carecería de valor ante la ley a menos que estuviese confirmado por otras pruebas, de las cuales Bayard no tenía la más mínima idea. Su propia coartada había sido comprobada varias veces. Aún conservaba su validez, sólida como la roca.

En la nueva línea de preguntas formuladas por la Policía, lo que molestaba sobre todo a Bayard era la mención de ciertos papeles pertenecientes a Madeleine, y el hecho de que él no podía identificarlos. En el aire flotaba la idea de que Max Mather los había visto y de que por eso mismo había podido escribir de manera tan clara y profunda acerca de la vida y la obra de Madeleine Bayard.

Dada la existencia de esos materiales de carácter personal, y la posibilidad de que cayeran en manos de la Prensa, su propia intimidad —ese pequeño reducto de quietud que aún quedaba en su existencia— estaba amenazada de veras. Su frágil respeto por sí mismo podía quedar destruido de un golpe; y nada ni nadie en el mundo podría restablecerlo otra vez.

Esta era la amenaza real, que se cernía como una nube de tormento sobre su vida. Madeleine le había sido infiel centenares de veces. Lo que era todavía peor, lo había obligado a hacer el papel del tonto, el blanco del desprecio de sus amantes y compinches. Bayard había sobrevivido una vez a todo eso, e incluso había estado a un paso de la salvación con Anne-Marie. Pero si eso fracasaba y ella no respondía a su llamada, se enfrentaría al verdadero horror, y su mundo adquiriría perfiles muy sombríos.

Había experimentado antes ese mismo temor. Era un síntoma de la enfermedad depresiva que lo había afectado en ciclos recurrentes a lo largo de su vida, pero que había sido identificada clínicamente solo durante los últimos

años. Bayard había aprendido a dominar los salvajes altibajos de la tendencia a la depresión, sabía cabalgar sobre todo eso del mismo modo que un marino cabalga sobre la marejada, con la tormenta a popa, nunca a proa de la nave, descendiendo y elevándose, pero sin permitir que el mar le destrozara. Pero ahora las olas del mar eran altas como montañas y la cordura parecía una bala más frágil que nunca.

Deseaba tener a Anne-Marie. Deseaba salvar las barreras del afecto medido para llegar al abismo de pasión que se abría después. Seguramente ella tenía necesidades sexuales. No podría vivir siempre como una monja. Y no siempre lo había hecho. Max Mather podía atestiguarlo. ¿Entonces? ¿Quién era su rival? Concedería plazo a Anne-Marie hasta la exposición, y después la obligaría a aclarar su situación.

Lo cual lo llevó de nuevo a pensar en Max Mather. Ese hombre tenía todas las cualidades de un sinvergüenza atractivo: una buena educación, un gusto cultivado a expensas de otros, el encanto de la deferencia, con un rostro armónico y un cuerpo atlético como complemento. Era demasido para un hombre. Y era todavía más que demasiado que hubiese escrito un retrato tan íntimo y exacto de Madeleine, y una imagen tan trágica de su matrimonio maldito y destructivo. Lo que era todavía peor, en la obra de Mather no había malicia; sin embargo, su compasión misma era una afrenta…

Mather podía ser un cliente, el amigo de Anne-Marie, un colaborador valioso en el negocio de la galería, pero en ese momento sombrío se convirtió en el foco de todos los temores y la desconfianza que otrora se habían centrado en Hugh Loredon. La fría razón decía a Bayard que esa era una locura, urgente y peligrosa; pero en el centro del huracán no había raciocinio, solo turbulencia, oscuridad y la simiente de la destrucción… La campanilla del teléfono le devolvía a la realidad.

Descolgó el auricular. Un miembro del sindicato de compradores estaba en la línea.

—Ed, los muchachos han estado mirando las diapositivas de Holanda… ¿Cómo se llama el tipo? ¿Cornelis Janzoon? Les gusta mucho lo que han visto. Desean saber si existen posibilidades, de organizar una exposición en Nueva York. Si eso pudiera lograrse, es evidente que deberíamos comprar algunas obras ahora mismo y conservarlas.

—Sé que Max, en efecto, habló de la exposición con Janzoon. No es probable que haya hablado aún del tema con Anne-Marie. Como usted sabe, el padre murió hace muy poco… Pero deje el asunto en mis manos. Hablaré

del asunto. Si llegamos a comprar, ¿cuánto autorizarían en nombre del sindicato?

—Con una exposición…, cincuenta mil. Como máximo sesenta.

—Hablaré con Anne-Marie y después me comunicaré otra vez con usted. Creemos que Mather llegará más o menos dentro de una semana.

—Ed, ¿está bien? Su voz suena un poco alterada.

—He tenido una mala mañana con un cliente difícil.

—¡Ed, no permita que eso lo afecte! Usted es el gurú; trate de mantenerlos en la ignorancia y la humildad. ¡Qué lo pase bien!

Bayard colgó el teléfono y después llamó a Anne-Marie, que se encontraba en el estudio.

Preguntó:

—¿Ha tenido oportunidad de examinar el material de Janzoon que Max envió de Ámsterdam?

—Sí, lo he visto. Parece muy interesante.

—¿Tan interesante que justifique una exposición?

—Ed, es demasiado temprano para adoptar esa decisión. Tenemos que ver cómo se desarrolla la exposición de Madeleine. Después, hemos firmado contrato con Oliver Swann… Es decir, tendremos dos artistas figurativos seguidos. Creo que debemos considerar una escuela distinta en la tercera exposición. Hay varias alternativas. Me gustaría mantenerlas todas. De modo que no quiero sufrir presiones en esta cuestión hasta que hayamos comenzado.

—Lo sé. Lo que ocurre es que algunos miembros de nuestro sindicato están muy interesados en Janzoon.

—¡Y les gustaría comprar algunas obras y que yo les facilitase el mercado! Ed, no jugaré a ese juego. Estoy segura de que tampoco Max aceptará.

—Él es miembro del sindicato.

—Pero también me representa; de modo que si hay conflicto de intereses, es mejor que quede claro ahora mismo.

El asunto estaba descontrolándose. Bayard trató de suavizar a Anne-Marie.

—Estoy seguro de que no hay nada por el estilo. Max se ha comportado muy bien. Nos envió recomendaciones. Corresponde al sindicato decidir lo que desea comprar… y a usted decidir lo que desea exponer.

—¡Así, pues, todo el mundo conoce las reglas!

—Sin duda. ¿Puedo invitarla a almorzar? ¿A cenar?

—Me encantaría… si usted me garantiza que todos los trabajos concluirán antes de que finalice esta semana. Ahora mismo estoy sobresaturada de trabajo.

—¿Por qué no contrata empleados?

—Porque intento mantener bajos los gastos generales y puedo hacer las cosas a un precio más bajo y con más rapidez si me ocupo yo misma… A propósito, hoy ha estado aquí la Policía.

—¿Y qué demonios querían?

—Comentar una carta que mi padre les escribió antes de morir.

—¿Le han enseñado la carta?

—No.

—En ese caso, confío en que se habrá negado a formular comentarios.

—Más o menos… Me han preguntado que cuándo regresaría Max.

—Le repito mi consejo. No permita que la arrastren a formular comentarios o conjeturas acerca de un material que no están dispuestos a mostrarle.

—Haré como usted dice. Lo llamaré el viernes por la mañana temprano.

—Estaré pendiente de su llamada. ¿Sabe algo de Max?

—Me ha mandado un largo mensaje en el que me habla de Niccolo Tolentino, con una lista de los doce temas de sus clases. Esa es otra cosa que debo comenzar a promover. Max espera llegar el domingo por la tarde con Air France, de París. Será agradable volver a verlo.

—Muy agradable —dijo Bayard—. En efecto, muy agradable.

En Zurich el día estaba llegando a su fin. Niccolo Tolentino había sido abrazado, reanimado, documentado, provisto con fondos de viaje, instado a jurar que guardaría silencio y devuelto a Florencia en un vuelo vespertino. Max Mather y Alois Liepert charlaban sobre los pasos siguientes en relación con los cuadros de Rafael. La recomendación de Liepert fue clara y enfática.

—Ahora necesitamos un período de espera…, por decirlo de algún modo, tenemos que enfriarnos un poco. Usted sabe que posee los originales. Puede presentarlos cuando le parezca bien. Palombini no necesita cancelar sus pagos hasta finales de junio. Los artículos se publicarán ahora. La curiosidad, y por lo tanto el valor de mercado, aumentará… De manera que no haga nada, Max.

Sumerja su alma en un pozo de paciencia. Necesita regresar a Estados Unidos. ¡Vaya! Déjeme un poder y yo podré hacer todo lo que sea necesario. Las compañías funcionan por procuración, de modo que pueden ejecutar actos legales sin usted… Si quiere ser un buen tratante de arte, Max, debe aprender

una lección: paciencia. Y como lo demuestran sus antecedentes, usted no es un hombre muy paciente.

—Coincide con usted, Alois. De modo que haremos lo que dice. Me voy a Estados Unidos.

Usted manda aquí. Pero ¿qué haré con Gisela?

—Perdóneme, amigo mío; pero también está dándose excesiva prisa en ese asunto. Ella es una joven suiza muy inteligente, muy moderna, pero también muy tradicional. Suiza continúa siendo el país de la Reforma. Calvino y Zwingli aún caminan por los senderos de las montañas. Gisela le ama. Aprueba una activa vida sexual entre amantes, pero apenas perciba indicios de que usted incurre en prácticas comerciales un tanto inescrupulosas, se erizará. Ahora que tenemos nuestro contrato, puede manejar la situación de la familia Palombini. He afrontado cosas mucho peores con otros clientes. Como abogada, Gisela también puede encargarse del problema… más aún, ella organizó esta táctica; pero el otro día dejó caer una frase que me dio qué pensar. Dijo: «En un matrimonio es necesario que haya "compatibilidad de la conciencia"…».

—Capto el mensaje. —Mather se encogió de hombros—. Supongo que es lo que estoy tratando de hacer ahora, o sea, hallar el modo de saldar las deudas, financieras y emotivas, sin llegar a la quiebra y arruinar la reputación que estoy empezando a forjarme.

Liepert asintió de forma discreta.

—Apruebo eso. Hay pocos absolutos en las cosas humanas… y la ley es a menudo un asno hecho y derecho.

—¡Por completo de acuerdo! —intervino Gisela, las mejillas sonrosadas después de su caminata desde la Universidad. Los besó a ambos, y después se dejó caer en un sillón—. Alois, ¿qué puede ofrecerme de beber?

—Lo que haya en el armario. Sírvanse ustedes mismos. Regresaré apenas haya firmado la correspondencia y…

Sonó el teléfono. Liepert lo cogió, escuchó unos momentos y después pasó el auricular a Mather.

—De Estados Unidos, para usted.

Casi sin pensarlo, Mather oprimió el botón que establecía la conferencia telefónica. La voz deformada de Leonie Danziger resonó en la habitación.

—Max, habla Danny. Aquí está la Policía. Me han arrestado por el asesinato de Madi Bayard. Es la única llamada telefónica que me permiten hacer. Por favor, ¡ayúdeme!

—¡Eso haré! Ahora, mantenga la calma y contésteme con claridad. ¿Le han leído sus derechos?

—Sí.

—Entonces, aténgase a ellos. Guarde silencio. No diga una palabra hasta que yo le consiga un abogado. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—¿Carol está con usted?

—No. Tiene clases.

—Pregunte al policía que ha ido a arrestarla si le permitirá dejar una nota para informar a Carol de lo sucedido. Diga a su amiga que espere mi llamada. Saldré de aquí tan pronto pueda conseguir un vuelo. Después, veremos si puedo conseguir su libertad bajo fianza. ¿Cuál es exactamente la acusación?

—Asesinato en primer grado.

—¡Oh, Dios mío! No es posible. Pregunte al policía si está dispuesto a hablar conmigo.

Hubo una pausa breve, un murmullo de charla ininteligible y después una voz de hombre contestó:

—Habla Sam Hartog. ¿Quién es?

—Max Mather. ¿La acusación es como dice la señorita Danziger?

—Me temo que sí. Asesinato en primer grado.

—Le conseguiré un abogado.

—Me parece una actitud sensata.

—Por supuesto, él pedirá la libertad bajo fianza.

—Por supuesto… Señor Mather, ¿cuándo supone que regresará?

—Mañana…, al día siguiente, apenas pueda conseguir vuelo.

—Desearíamos conversar con usted en cuanto llegue.

—El deseo es mutuo; deme un número… Gracias. ¿A dónde llevan ahora a la señorita Danziger?

—A la comisaría de Policía. Cuanto antes usted pueda hablar con el abogado, tanto mejor. ¿Desea hablar otra vez con ella?

—Sí, por favor… Danny, está todo bajo control. En una hora, le habré conseguido un abogado. Y muy pronto irá a verla. Tenga valor.

—Oh, Max, ¿cómo puedo agradecérselo?

—Manténgase serena. Estaré con usted en cuanto pueda. Adiós.

—Estoy impresionada —dijo Gisela Mundt—. *Sir* Gallahan, al instante al servicio de una damisela en aprietos. ¿Nos explicará todo esto?

—Lo haré. Ahora, calle y déjeme continuar.

Ya estaba marcando el número de la oficina de Ed Bayard. Según le informó la secretaria, Bayard estaba en conferencia con un cliente.

—Entonces, por favor, ¡sáquelo de allí! Dígale que Max Mather habla desde Zurich y que es un asunto muy urgente.

Bayard se acercó al teléfono. Habló con voz seca e irritada.

—¿Qué demonios es este asunto urgente?

Mather se lo explicó. Bayard guardó silencio, impresionado.

—… Por lo tanto, necesito un buen abogado, ¡ahora mismo!

—No puedo ayudarle, Max. Somos una firma comercial, no un estudio de penalistas.

Mather estalló, furioso.

—¿Qué respuesta es esa?

—Una respuesta prudente. —Bayard respondió con frialdad—. La víctima fue mi esposa. Parece sensato y necesario mantenerse a distancia de la acusada, ¿no cree?

—En ese caso, mantenga su actitud. Deme un número, Ed. Yo resolveré el resto cuando regrese a Nueva York…

—Espere un momento.

Esperó tres largos minutos antes de que una secretaria se acercase al teléfono con la información.

—Señor, el nombre que usted necesita es George Munsel. Código 212, número 735-4141. ¿Lo tiene?

—Sí —dijo Mather, y cortó con brusquedad la comunicación.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Gisela Mundt.

—Todavía no. Pero sírvanos una copa.

Marcó el número de Manhattan y habló con una voz fría de club universitario que se identificó como George Munsel. Mather se zambulló sin rodeos en un enérgico relato de las circunstancias y la necesidad de Danny Danziger.

Munsel preguntó:

—¿Y cómo me ha encontrado?

—He preguntado a Ed Bayard, que es quien me representa. De pronto ha invocado la prudencia y el conflicto de intereses. Lo he mandado al infierno. Su secretaria me ha dado su número. Debo destacar el hecho de que él no lo recomendó.

Munsel se echó a reír. La risa parecía expresar cierto alivio. Preguntó:

—¿Quién paga la cuenta?

—Yo. Recibirá un cheque apenas llegue.

—¿Fianza?

—Danny Danziger tiene un empleo estable y lucrativo, y es dueña de su propio apartamento. No puedo creer que se la considere candidata a la fuga.

—¿Cuánto sabe de todo este asunto?

—No estuve implicado en ello, si a eso se refiere. He estado fuera del país durante estos dos últimos años. Pero a causa de mi relación con Anne-Marie Loredon y su finado padre me he visto arrastrado por las circunstancias. Además, estoy en posesión de los papeles privados de Madeleine Bayard.

—¿Dónde están?

—Aquí, en Zurich.

—Déjelos allí. Traiga un juego de copias certificadas. Repito, certificadas.

—Entiendo. Supongo que ello significa que usted acepta el caso.

—Ante todo, debo hablar con la señorita Danziger. Saldré ahora mismo. Llámeme cuando llegue a Manhattan.

—Lo haré. ¡Y gracias!

Gisela le entregó un vaso de *whisky*. Después, Mather llamó a la galería de Anne-Marie Loredon. Ella acababa de oír por la radio la noticia. Se mostraba casi incoherente a causa de la impresión.

—Max, esto es terrible para nosotros. ¡Faltan tres semanas para la inauguración y tenemos este terrible lío! Te necesito aquí. No puedo afrontarlo sola.

—Llegaré mañana. Mantente firme. No nos atemorizamos por la amenaza, la usamos. Apenas llegue, convocaremos una reunión de nuestros agentes de publicidad y los especialistas en relaciones públicas… ¿Te comunicaste con Bayard?

—No. ¿Y tú?

—Sí. He hablado con él. Le pedí que me encontrase un abogado para Danny Danziger. Ha huido despavorido. Puedes decirle de mi parte que es una basura.

—Max, eso no es justo. Se acusa a esa mujer de haber asesinado a la esposa de Bayard. ¿Cómo puedes pretender que él colabore en la defensa?

—¡No discutamos, querida! Sucederán cosas peores. Necesitamos mantenernos unidos. Te llamaré en cuanto llegue. Tomaremos una copa y celebraremos un consejo de guerra en mi apartamento.

—¿Qué digo a la Prensa?

—Te sientes sorprendida. E impresionada. No puedes creerlo. Abrigas la esperanza de que se hará justicia… y en todo esto hay un extraño eco del drama griego que también ellos percibirán cuando concurran a la exposición,

que, por cierto, comenzará en fecha… Escribe todo esto antes de olvidarlo. ¡Hasta luego!

—¡Y otra mujer agobiaba se anima gracias a la presencia de este joven caballero! —dijo Gisela Mundt con un gesto operístico—. Son dos, hasta ahora. ¿Cuántas más?

A pesar de sí mismo, Mather se echó a reír.

—Bien, podría acudir a una de mis viudas adineradas para reunir el dinero de la fianza. Y si ella no realiza su aportación, tendré que repasar las páginas de mi libro negro… Hablando en serio, todo esto es macabro. Esta es la historia que Hugh Loredon me relató en Ámsterdam. Le dije entonces que era un mentiroso. Pero es evidente que la carta que escribió afirma que Danny Danziger fue la asesina. ¿Por qué? ¿Por qué un hombre tiene que mentir cuando afronta una muerte segura?

—Porque es el momento más apropiado para proceder así —dijo Gisela Mundt—. Uno puede decir lo que se le antoja… Bien, llamemos a Swissair y veamos qué vuelos salen para Nueva York.

Había un asiento libre en un vuelo de las once de la mañana a Kennedy, de modo que disponía del tiempo justo, durante esa misma tarde, para ir al Banco, retirar dinero, fotocopias y documentos.

Pidió un automóvil para las ocho y cuarto de la mañana, y ordenó a Swissair que le reservara una limusina en Kennedy. De modo que tuvo que hacer una sola llamada más antes de que todos salieran de la oficina de Liepert. Mather insistió en llamar a Berchmans, en París. La reacción del anciano fue moderada.

—¿Cree que ella cometió el crimen?

—Sé que no lo hizo.

—¿Puede demostrarlo?

—Espero que sí… Debo decirle una cosa. Estoy haciendo copias de los papeles y los cuadernos de bocetos de Madeleine. Pueden secuestrarlos como pruebas. Usted aparece en las dos series de materiales, aunque de un modo no demasiado conspicuo ni excesivamente escandaloso.

—¿No hay modo de sacarme de la circulación?

—Me temo que no. Con franqueza, los medios de difusión a lo sumo podrán publicar algunos chistes obscenos.

—Sin embargo, ¿puedo confiar en su juicio acerca de este asunto?

—Me temo que no tiene alternativa.

—Bien. En pocos días más voy a Nueva York. Llame a mi oficina en esa ciudad, y le dirán la fecha exacta. Debemos reunirnos otra vez. He hecho

arreglos con el fin de que los dos cuadros de Rafael que están en Brasil sean enviados para su inspección. Me gustaría que los viéramos juntos.

—Gracias. Cuando llegue ese momento creo que tendré más noticias acerca de los originales.

—Los cuales, por supuesto, tendrán que ser verificados.

—Desde luego.

—Deberíamos conversar acerca del modo de poner en venta las obras.

—También eso.

—Ahora, le voy a dar un consejo. Vigile a Seldes. No simpatiza con usted. Siente celos, y puede ser peligroso.

—Gracias por decírmelo.

—Una mano lava la otra —dijo Berchmans, y cortó la comunicación.

Capítulo XIV

George Munsel, abogado defensor de Leonie Danziger, fue hasta cierto punto una sorpresa.

Medía un metro noventa, era delgado como una estaca, y tenía las manos grandes, los pies grandes, un rostro escandinavo que parecía tallado en piedra, un mechón de cabellos rubios y una sonrisa de inocencia infantil. El problema principal de su vida parecía ser adaptarse a la escala de los mortales comunes y corrientes. Se inclinaba para atravesar una puerta; andaba de lado entre los muebles; se esparrancaba sobre una silla; se inclinaba para escuchar a la gente. Mather lo asoció con la imagen de un antiguo sabio nórdico inclinado en actitud compasiva sobre el pueblo llano. En el pequeño apartamento de Max Mather, extendió las piernas largas bajo la mesa del comedor, desdobló sus notas y su cuaderno y presentó su informe en un recitativo dicho con voz de barítono profundo.

—Una rápida reseña. La clienta me acepta, yo la acepto. Necesito un pago inicial de diez mil…

Todavía no sabemos gran cosa, pero la oficina del fiscal se muestra bastante confiada en el sentido de que podrá presentar una acusación de asesinato en primer grado. La muchacha niega la acusación pero acepta la existencia de circunstancias e implicaciones perjudiciales: una asociación lesbiana con la víctima, varias riñas, una visita al estudio el día del asesinato, una llamada a Hugh Loredon…

Mi conjetura es que se nos ofrecerá la posibilidad de una confesión. Mi instinto me lleva a rechazarla, a pedir una fianza razonable y a litigar el caso.

—Fianza —preguntó Mather—. ¿Cuánto?

—Es demasiado temprano para decirlo, y en todo caso no le toca a usted la responsabilidad de pagarla.

—Deseo ayudar si puedo.

—¿Porque ella es su editora?

—Porque es una editora condenadamente buena… y le debo eso.

—Un punto de vista interesante. De acuerdo con su propia confesión, la dama es lesbiana.

—Eso es impertinente —dijo Mather—. ¿Qué más?

—¿Qué más hay en su historia, señor Mather?

Max Mather relató su versión, en tono sereno y sin adornos, y mientras lo hacía se maravilló de comprobar hasta qué punto se había implicado en la cuestión —y en tan breve espacio de tiempo—, es decir, en la vida de todas estas personas. Munsel escuchó, casi siempre en silencio, e interrumpió solo para aclarar cierto elemento del relato o para tener tiempo de anotar un punto… Después, pidió a Mather que lo repitiera todo dos veces, cada detalle de sus encuentros y conversaciones con Hugh Loredon, desde el primer almuerzo en el apartamento hasta el apretón de manos con que se separaron en Ámsterdam.

Luego, dirigió su atención a la carta que Danny Danziger le había escrito y las fotografías que ella le había enviado, y que se referían a la investigación policial. Su comentario definió la inquietud que Mather había sentido, pero a la cual no había podido asignar nombre, cuando por primera vez leyó los documentos.

—Esto me molesta —dijo Munsel—. Escribe en actitud de distanciamiento total, como si sencillamente estuviera resumiendo la información recogida de otros. La única concesión está en las frases «muchos de nosotros estamos implicados en ello»… y así por el estilo. En resumen, en esencia la carta es una falsedad.

—También a mí me molestó cuando la leí —dijo Mather—. Pero entonces no sabía lo que ahora sé. Si usted lee los diarios de Madeleine Bayard, percibirá una razón posible que explica la mentira… Tómese su tiempo. Prepararé un par de copas. ¿Qué prefiere?

—Vodka con agua tónica, por favor. —Munsel ya se había sumergido en la lectura.

Mather sirvió las copas y después pasó al dormitorio para llamar a Anne-Marie. La conversación entre ambos fue breve. La joven se sintió muy complacida por el regreso de Mather. Se reuniría con él para cenar, a las ocho. Oh, y le rogaba que llamase al apartamento de Ed Bayard. ¿Por qué? Ed se sentía muy mal a causa de su propia conducta. Deseaba disculparse y renovar la amistad… A partir del principio de que incluso los amigos como Bayard eran mínimamente mejores que los enemigos, Mather aceptó llamar la mañana siguiente. Telefoneó a Harmon Seldes, y le sorprendió comprobar que el director de la revista le ofrecía una efusiva acogida:

—¡Mi estimado Max! ¡Qué placer tenerlo de regreso! ¡Dios mío! La oportunidad no podría haber sido más propicia… publicamos su artículo acerca de Bayard; arrestan a Danny Danziger… Es evidente que se trata de un terrible error. Tiene que serlo. Todos rezamos por ella.

—En ese caso, estoy seguro de que sería útil que usted apoyase la petición de fianza de Danny Danziger.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Concurra al tribunal. Muéstrese dispuesto a atestiguar que ella tiene empleo fijo, que es muy valiosa para la revista…, ese tipo de cosas. Además, Harmon, eso también será bueno para la moral del personal.

—Veré lo que puedo hacer… Ahora, hábleme de los cuadros de Rafael. Berchmans dice que usted está progresando mucho… y que usted, viejo zorro, se ha enganchado de nuevo a los Palombini.

—Me pidieron que los representase. Habría sido absurdo negarme.

—Sí, claro, comprendo. ¿Cuándo lo veré?

—La acusación no abarcará mucho tiempo. Hablemos después de eso. Tengo una sugerencia acerca de un artículo complementario en relación con la historia de las obras de Rafael.

—Muy bien, hablaremos del asunto. Haré todo lo que pueda para apoyar la petición de la fianza.

Deseo me informe cuanto antes acerca del punto en que se encuentra la investigación de las obras de Rafael. Sé que ha hablado usted de ello con Berchmans, pero el viejo entrega información como si fuese dinero… Usted y yo debemos charlar un rato. Es muy importante. De nuevo… ¡bien venido a casa!

George Munsel continuaba enfrascado en los manuscritos y los cuadernos de bocetos de Madeleine Bayard. Levantó la mirada cuando Mather entró en la habitación, y preguntó en tono brusco:

—¿Por qué Hugh Loredon le entregó este material?

—Nunca he podido aclarar del todo ese punto. Creo que vio en estos papeles un arma contra Bayard. Y cuando leí los textos y vi los dibujos me incliné a coincidir con él.

—¿Por qué retuvo el material? ¿Por qué no se lo devolvió?

—Me dijo que lo guardase.

—¿Le dio una razón?

—Sí. Dijo: «Para la Policía es una colección de pruebas; para usted es el hallazgo del tesoro». Lo cual, dadas las circunstancias, corresponde en realidad a la situación.

George Munsel le ofreció su sonrisa ancha e inocente.

—Pero ¿por qué le entregó a usted este material, y no prefirió enviarlo a su hija?

—Porque sabía que habíamos sido amantes. Siempre me consideró una especie de protector.

—La Policía le formulará otra pregunta.

—¿Cuál?

—Señor Mather, ¿usted comprende el sentido de la palabra «encubrimiento»?

—Sí. Significa ocultar el conocimiento de un delito.

—Bien, ¿qué dirá la Policía?

—Los papeles de Madeleine Bayard no aluden a ningún delito, sino tan solo a las locuras de sus amigos y sus íntimos.

—Actos que, por supuesto, podrían guardar relación con el delito que se cometió después.

—Pero a mí no me competía ni me compete juzgar esa relación.

—En todo caso, es evidente que Hugh Loredon creyó que usted estaba en condiciones de emitir un juicio apropiado.

—¿Lo creyó, en efecto? ¿Cómo se demostrará eso?

—Buena respuesta, señor Mather. ¿Cómo interpretó usted la intención de Hugh Loredon?

—No pude hacerlo con un mínimo grado de certidumbre. Mi conjetura es que él quiso proteger a su hija de la angustia y el escándalo después de su muerte. Es posible también que deseara aportarle una documentación valiosa sobre Madeleine Bayard, pero no podía hacerlo de un modo directo sin comprometerla en el ocultamiento de las pruebas… Así que se dirigió a mí, confiando en que yo protegería los intereses de Anne-Marie.

—Me gustaría tomar otro vodka —dijo George Munsel—. Esta vez sin agua tónica.

—Enseguida.

—Bien, ahora permítame una pequeña sugerencia. Imagine, solo imagine, que Hugh Loredon estaba realizando una última y tortuosa maniobra.

—¿Para llegar a qué?

—Para destruir al hombre a quien temía y odiaba más. Edmund Bayard.

—¿Y para hacer eso involucra a una mujer inocente con una historia inventada? ¡Es absurdo!

—¡No tan absurdo! Observe lo que sucede después de la acusación. La fiscalía tiene una confesión autenticada que es también una acusación. El

acusador está muerto, y no es posible interrogarlo. Si carece de otras pruebas, y sospecho que tienen algunas, pero no bastantes, están en una situación muy embarazosa. En especial cuando yo presente un documento de refutación tan sólido como este material que tengo en las manos.

—Pero todo eso es antes del hecho.

—Excepto para el hombre que lo interpretará.

—¿Quién es?

—Usted, señor Mather.

—No sé a dónde quiere ir a parar.

—Usted es un erudito, señor Mather. Lo he observado con atención. He leído sus dos artículos para Belvedere, pues Danny Danziger me lo indicó. Su disciplina no pertenece al dominio de las bellas artes, sino al estudio de los manuscritos antiguos y modernos. De acuerdo con mi enciclopedia, ese estudio implica descifrar de manera certera los escritos del pasado, examinar manuscritos a la luz de la evidencia interna (a saber, el contenido) y la evidencia externa apoyada por otros documentos disponibles… Usted ya ha revisado varias veces los papeles de Madeleine Bayard. Ha escrito un artículo conmovedor y brillante… Deseo que repase otra vez el mismo material, en su condición de paleógrafo, para hallar pruebas internas y externas sobre la vida y la muerte de Madeleine Bayard. Si mi conjetura es correcta, lograré que usted sea el testigo principal de la defensa…

Mather lo miró asombrado.

—¿Sabe que me está pidiendo? Esto no es un juego. Es una apuesta por la libertad de una mujer y todo dependerá, no solo de mi destreza, sino de los extravíos de la mente de una mujer muerta y las fantasías que ella creó para divertirse o para impresionar o para desorientar… ¡Ni siquiera puedo intentarlo!

—¿Ni siquiera si yo le oriento un poco?

—No veo cómo podría hacerlo.

—Pruebe esto. —Pasó las hojas del Diario hasta llegar a las dos últimas páginas—. Es el principio de la parte correspondiente al último día de la vida de Madeleine… «Hace mucho frío. El estudio parece una tumba. Enciendo todos los radiadores. Incluso así, no controlo mis dedos del todo, no los controlo como debería para llevar a cabo este trabajo de escriba. Sin embargo, la antigua costumbre determina que lo haga, a esta hora y de este modo, porque de lo contrario el resto de mi día no transcurrirá con tranquilidad». Señor Mather, interprete este pasaje para mí. Dígame su sentido tal como lo concibe en este instante. La primera capa de crema, por así decirlo.

—Bien… —Mather repasó tres veces las líneas antes de contestar—. «Este trabajo de escriba…».

Se trata exactamente de eso. En los Diarios ella utiliza un tipo de letra muy formal y regular, basada en un antiguo estilo gótico francés llamado écriture financière. La letra se denomina ronde o redonda, y como es redonda, recta y acentuada en los trazos descendentes, escribir así lleva más tiempo y requiere mucho más cuidado que la cursiva… «A esta hora y de este modo, de lo contrario el resto de mi día…». Este pasaje indica que ella utilizaba el Diario como una especie de ejercicio de calentamiento antes de dibujar y pintar. Además, como sé algo de su trasfondo doméstico, yo diría que es probable que el acto de escribir fuera una actividad que la liberaba y le permitía expresarse después de una noche de tensiones conyugales… Hay también un atisbo de superstición esto es: «Es necesario cumplir el rito, porque de lo contrario el día comienza mal…». «El estudio es como una tumba…». ¡Y a propósito!, ¿en qué consistía la calefacción? En verdad, no era calefacción central…

—¡Bravo! —George Munsel lo interrumpió con una salva de aplausos solitarios—. Muy bien.

De esto exactamente estoy hablando. ¿Lo intentará? Podemos encontrarnos cada día o cada dos días y comentar sus hallazgos…

—Vale la pena intentarlo… Pero ¿qué diré a la Policía cuando empiece a presionarme?

—Una pregunta más antes de que responda a esa. ¿Dónde están los originales de estos escritos y dibujos?

—En una caja de seguridad en Suiza.

—¿Quién es el dueño del material?

—La compañía a la cual se lo entregué, o sea, Artifax S. P. A.

—¿Y si la Policía pide verlos?

—De buena gana los relacionaré con el abogado que representa a la compañía.

—Bien. Y como yo lo acompañaré en esa entrevista, le formularé las indicaciones necesarias.

También llamaré a la Policía y concertaré la hora y el día de la entrevista. Usted estará disponible, pero será muy difícil aislarlo.

—¿Cuándo puedo ver a Danny?

—Con suerte se le concederá la libertad bajo fianza en la sesión de mañana. En caso contrario, lo arreglaré para que usted la vea inmediatamente después. Sin embargo, después de leer este material y oír lo que usted acaba

de decir, creo que se le concederá la fianza con una cifra razonable. La joven posee recursos suficientes para realizar arreglos con un vendedor de fianzas. Preferiría que usted no se comprometa demasiado ni se acerque mucho a ella. Lo necesito como testigo experto, y de ese modo lo presentaré en el juicio.

—Usted comprende que mi testimonio afectará a muchas otras personas; y sobre todo a Ed Bayard, y a Anne-Marie a causa de su padre, sin hablar de todos los hombres y las mujeres que aparecen en los Diarios y en los dibujos.

—Vayamos por orden. ¿Ed Bayard? Recibirá su parte de acuerdo con el desarrollo del juicio. No estamos persiguiéndolo. Defendemos a un cliente. ¿Anne-Marie Loredon? Está en una situación difícil. No cabe duda de que su padre se verá desacreditado. Quizá pierda los beneficios del seguro si la compañía decide considerar suicidio la muerte de Loredon. Sí, será una situación desagradable para ella, pero está en libertad, y nuestra cliente se encuentra encarcelada, y aún tendrá que afrontar un juicio. En cuanto al resto de los afectados…, es su problema, ¿no es cierto? Una de las dificultades del circuito penal es que uno queda atrapado en una maraña que afecta a otras vidas, y nunca sabe quién llamará a su puerta. En este caso, será un hombrecito con un mandamiento que obliga a pasar un día entretenido en la sala del tribunal. ¿Más preguntas?

—¿Qué le dio la idea de utilizarme como testigo experto?

—El material que usted escribió para Belvedere, así como y el juicio de Leonie Danziger acerca de su talento.

—¿Y qué opina usted de ella?

—No estoy seguro de tener todavía una opinión. Es inteligente, educada, pasional, afectuosa, y esto último es algo distinto. Defiende con vehemencia su independencia, pero al mismo tiempo necesita de manera desesperada depender de alguien. Es capaz de establecer vínculos profundos, ya tiene uno con usted, pese a sus gustos lesbianos, y a mi juicio ella sería capaz de asesinar. Pero por otra parte, todos podríamos matar, si la provocación es bastante intensa. En resumen, es un carácter muy complejo, y su imagen no está del todo clara en mi mente; y no tengo la más mínima intención de llamarla al banco de los testigos… Y ahora, señor Mather, dígame lo que piensa de ella.

Mather explicó con voz fatigada:

—Harmon Seldes asignó a Danny la tarea de editora de mis trabajos. También me dijo que ella era una intelectualoide con preferencias sexuales poco corrientes.

—¿Y es así?

—Sí.

—¿Cómo lo confirmó?

—Ella misma me lo dijo.

—¿Y…?

—Y nada. Continuamos colaborando. Es una editora de primera clase. Me ayudó muchísimo. No puedo abandonarla ahora.

—¿Y si el juez la considera culpable? Como usted sabe, podría hacerlo.

—¿Qué quiere que le diga…? ¿Que Max Mather se irá al mismísimo diablo?

—Así es —dijo George Munsel—. Le veré a las diez en el Tribunal N.º 3. Gracias por la bebida.

Recogió sus papeles, estiró su largo cuerpo y salió de la habitación caminando de lado. Eran las seis y media. Mather disponía de una hora y media para comprar provisiones y preparar la cena antes de que llegase Anne-Marie.

Ese encuentro prometía ser difícil. No deseaba celebrarlo en un lugar público. Por lo que a AnneMarie se refería, todo lo que ella amaba estaba en peligro: El nombre de su familia, su herencia, su carrera, sus relaciones comerciales y personales con Ed Bayard. Para el propio Mather lo que se jugaba tenía la misma importancia. Estaba desarrollando su carrera sobre la doble base de los cuadros de Rafael y su representación de la prestigiosa galería de Nueva York. El arresto y el juicio de Danny Danziger eran como el primer retumbo de un terremoto que podía destruir todos los proyectos organizados con tanto esfuerzo por los dos.

Igual que un terremoto, el crimen provocaba extraordinarios efectos secundarios. El asesinato de Madeleine Bayard estaba modificando la vida de diversas personas en Florencia, Zurich, Río y Nueva York. El asunto de las obras de Rafael adquiría una nueva dimensión en el contexto de un tribunal neoyorquino. Las relaciones casuales de Max Mather con Anne-Marie ahora gravitaban a su vez sobre su vínculo cada vez más estrecho con Gisela Mundt. Ed Bayard, a quien Mather había elegido como consejero legal, de pronto adoptaba una actitud hostil, y del mismo modo súbito, ahora buscaba una tregua. George Munsel era un nuevo catalizador que desencadenaba toda clase de reacciones químicas con el fin de organizar la defensa de su cliente. Y el propio Max Mather se había convertido en un hombre mutable, en un auténtico camaleón que cambiaba de color y alteraba la configuración de su presencia para confundirse perfectamente con el trasfondo y protegerse de los depredadores que sobrevolaban siempre la escena de la catástrofe.

Una vez efectuadas sus compras, regresó caminando a su apartamento, puso la mesa y comenzó a preparar los ingredientes en la cocina. Era un ardid al que había recurrido con toda intención para mantenerse atareado durante los diálogos iniciales con Anne-Marie. Lo que menos deseaba era tener una confrontación de intereses o de opiniones. Además, deseaba transmitir ecos reconfortables de Florencia, de las ocasiones en que él servía cócteles en la terraza de Anne-Marie y después se instalaba en la cocina para preparar la cena. Un poco de nostalgia quizás ahora suavizara la velada.

Las duras verdades de la situación podían parecer un poco más gratas en medio de cierta atmósfera florentina… Pero esa cuidada escenografía se hizo pedazos cuando Anne-Marie llegó en compañía de Ed Bayard. Mather se enfureció, pero consiguió reducir su cólera a una opaca cortesía.

—Ed, me temo que solo le invitaré a beber una copa; y después le echaré. Anne-Marie y yo tenemos muchos asuntos de qué hablar y mañana tengo que hacer a la acusación y la entrevista con la Policía.

Era evidente que Bayard se sentía incómodo.

—No he querido entrometerme, Max. Anne-Marie ha insistido. Deseo de veras disculparme por la actitud que adopté cuando usted llamó desde Zurich. Estaba atrapado por la situación; una conferencia difícil, noticias impresionantes, su presunción de que yo podía conseguir un abogado defensor en un abrir y cerrar de ojos… De todos modos, lamento que haya sucedido. Si algo puedo hacer…

—Gracias, no; pero George Munsel parece un hombre inteligente.

—No lo elegí yo. Se encargó de eso mi secretaria.

—Entonces, la llamaré para agradecérselo.

—Ella lo apreciará.

Hubo una pausa embarazosa. Entonces, Anne-Marie formuló su petición con voz balbuceante.

—Max… Ed se preguntaba si podía echar una ojeada al material que mi padre te entregó.

—Me temo que eso es imposible. No lo tengo.

—Entonces, ¿dónde está?

—En Suiza.

—Max, detesto insistir en esto. —Bayard hacía todo lo posible por mostrarse cortés—. Pero los papeles de mi esposa son parte de su herencia, y yo soy el albacea. Debo pedir que se me devuelva ese material.

—Para esa pregunta hay dos respuestas. Primero: Hugh Loredon afirmó que Madeleine le había cedido los documentos. Si lo que dijo es cierto él tenía

perfecto derecho de entregarlos a quien prefiriese… En este caso, a mí. Si hay derechos mejores que los que tenía Hugh, habrá que demostrarlo ante el tribunal. Segunda respuesta: en su propia casa yo sugerí que podría haber material de este carácter circulando por ahí, y que usted debería contemplar la posibilidad de comprarlo. Si no recuerdo mal, usted dijo: «¡Que me ahorquen si voy a comprar eso!». Le dije entonces que yo aceptaría recibir este género de papeles por mi propia cuenta…

Fue eso exactamente lo que dije… ¿Recuerda esa conversación?

—La recuerdo ahora. La había olvidado. De modo que en efecto usted afirma que los papeles de Madeleine le pertenecen.

—Ya no. Ya no los tengo en mis manos. Si lo desea, puedo ponerlo en contacto con los abogados que representan a los propietarios actuales.

—No es necesario. Es obvio que usted estudió esos papeles, porque de lo contrario jamás habría podido escribir ese retrato de Madeleine para Belvedere.

—Sí, los estudié…

—¿Qué… qué clase de imagen sugieren de mi persona y de nuestro matrimonio?

—Una imagen muy íntima —dijo en tono sereno Mather—. Íntima y debo decir que negativa.

—¿Usted o los propietarios actuales tienen la intención de publicarlos?

—No abrigo esa intención. Los propietarios actuales quizá decidan hacerlo, pero no creo que lo hagan. De todos modos, creo muy probable que se citen esos documentos como prueba por la defensa. George Munsel ya me ha comentado tal posibilidad.

—¿Usted vio o sabe lo que Hugh Loredon escribió a la Policía?

—No lo vi. Solo sé lo que me dijo en Ámsterdam; y estoy dispuesto a revelar eso solo a AnneMarie.

—Deseo que él lo escuche, Max. —Anne-Marie intervino de pronto en la conversación—. Tiene derecho. Todo lo que sucede ahora lo afecta. Estoy vendiendo los cuadros de su esposa. Represento su colección. El testimonio de mi padre afecta su vida… Los papeles de Madeleine te fueron entregados.

—¡Precisamente, me fueron entregados! —Max Mather de repente adoptó una actitud hostil—. De modo que yo decido con quién hablo. No reconozco a Ed Bayard en este asunto…, solo a ti. Lo que tú le digas después es asunto tuyo.

—Eso es tonto y obstinado.

—¡No, querida! —Bayard había recobrado el control, y se mostraba equilibrado y cortés—. Max se muestra muy razonable. Ha sido un error por mi parte venir aquí. La llamaré por la mañana a la galería.

Depositó su copa y se dirigió a la puerta.

—Debo decir, Max, que usted ha cambiado desde la primera vez que nos vimos.

—Ha sido un proceso doloroso. —La sonrisa de Mather revelaba escasa alegría—. Es evidente que estoy madurando con retraso. La puerta apenas se había cerrado tras el visitante indeseado cuando el control de Mather se disipó, y él se volvió hacia Anne-Marie.

—¿Qué demonios te habías propuesto al traerlo aquí sin advertírmelo y sin mi permiso? ¡Esta es mi casa, por Dios! Tú estás invitada. Eres una amiga a quien intento ayudar… Bayard es un factor negativo. Tú estás pegada a él y yo quiero mantenerlo a distancia.

—Solo deseaba disculparse…

—¡Al demonio con sus disculpas! Quería saber qué descubrí en Ámsterdam, qué hay en los papeles de Madeleine, en qué clase de lío está metido… ¡De ningún modo! Él fijó las normas básicas cuando no quiso mover un dedo para recomendarme un abogado que defendiese a Leonie Danziger… Quería mantenerse a distancia. Pues bien, por Dios, ahora lo ha conseguido… En fin, por qué no preparas una bebida para los dos mientras yo me ocupo de la cena.

—No quiero cenar. Quiero hablar contigo.

—En tal caso, comeré solo. Puedes hablar mientras yo cocino.

—Max, este es un asunto demasiado grave para reñir.

—Tienes razón. Es un problema que se refiere a la muerte y al desastre. Por eso mismo, ¿qué te ha movido a traer a Ed Bayard a mi apartamento? ¿Querías empeorar las cosas?

—Lo siento. Me ha parecido natural y conveniente en aquel momento. Max, por favor, no sigas riñéndome. No sabes lo que ha sido esto, con la muerte de Hugh y tú tan lejos, y el peso de toda esta situación agobiándome… por ejemplo, hoy mismo. Parecía que todo funcionaba bien, había despachado mucho trabajo… las noticias acerca de Tolentino han salido por correo, y he acabado también las invitaciones para la inauguración. He actuado con bastante eficacia frente a la Prensa.

Después, he decidido recorrer el lugar desde la planta baja hasta el último piso… Tiene buen aspecto, Max. De veras. Los operarios han hecho un trabajo excelente. Tu apartamento resulta muy acogedor… Y mientras estaba

allí el horror se ha cernido sobre mí. En ese lugar había sucedido todo… He tenido la sensación de que el lugar cambiaba ante mis propios ojos. Ha sido como si Madeleine estuviese allí, como si se aferrase a mí y tratara de decirme algo. Me ha dominado el pánico, He corrido hasta la planta baja y he llamado a Ed. Me ha prometido que acudiría de inmediato. He ido al local de Negroni y allí he esperado su llegada. Luego, hemos recorrido juntos la casa y todo había vuelto a la normalidad… De manera que cuando él me ha propuesto venir conmigo para verte, me ha parecido la cosa más natural del mundo… Estoy cansada, Max. Siento miedo de todo. Podrías venderme el puente de Brooklyn solo con que me hablaras en tono afectuoso.

—¡Muy bien! Prepara las bebidas. Siéntate en ese taburete y hazme compañía… Hablaré del modo más afectuoso que me sea posible…

Lo cual no resultó ser una promesa fácil de cumplir dado el carácter tan trascendental y directo de la primera pregunta de Anne-Marie.

—¿Cómo murió mi padre?

—Padecía cáncer terminal. No pudo afrontar la idea de un fin doloroso. Prefirió una muerte compasiva en una clínica holandesa. Me ofrecí para acompañarlo, pero quiso estar solo con el médico que lo hizo.

—¿Cómo fue?

—Con una inyección.

—No puedo comprender por qué rechazó mi presencia… ¿Qué escribió a la Policía?

—No lo sé. Supongo que se trata más o menos la misma historia que me relató.

—Tengo que saber qué te dijo, Max.

—Tendrás que mostrarte paciente, mientras te explico los antecedentes, el tipo de vida que Madi vivía, el mundo que ella organizó en ese lugar… —Mientras hablaba manipulaba los ingredientes de la cena. Los aspectos mecánicos de la preparación, el lavado, el corte y la mezcla de los alimentos aliviaban un poco la faz más sombría de la narración; pero por mucho que lo intentase, no podía evitar la inexorable conclusión: Hugh Loredon había denunciado a Leonie Danziger por un asesinato que él mismo había cometido. No se atrevía a decirlo en palabras, pero tenía la extraña sensación de que Anne-Marie ya había comprendido.

Era aquel un cuadro extraño: Mather con un delantal, frente a la mesada, sosteniendo en la mano un cuchillo grande; Anne-Marie sentada en un taburete frente a él, pálida e inmóvil como una escultura de piedra. Por fin, ella dijo con voz débil y lejana:

—Max, escucho lo que me dices pero no puedo…, no puedo asimilarlo; quisiera hacerlo, pero no puedo… ¿Puedo servirme otra copa?

—Claro que sí. Y sírveme también una a mí.

Ella hizo una pausa, con la botella en la mano y la copa todavía vacía para preguntar:

—Todo esto…, quiero decir, ¿tendrás que explicar todo esto ante el tribunal?

—Sí, es inevitable.

—De modo que tú eres el auténtico verdugo, ¿no es así? Eres el hombre que sostiene el hacha, porque nadie sabe tanto como tú.

—¿Esperas que permita que una mujer inocente vaya a la cárcel?

—Ese es el problema, Max. Nadie es inocente. Todos intervinieron en la muerte de Madeleine:

Bayard, Hugh, la propia Madi, y todos esos amantes anónimos. Todos, Max, excepto tú y yo. Pero ahora, precisamente porque estoy vendiendo los cuadros de Madi, de nuevo he removido el lodo. Y porque mi padre te dijo una mezcla de verdades y mentiras tú eres el hombre que tiene poder de vida o muerte.

—Pero no sobre tu padre. Él ha salido del juego.

—¿Qué crees que le sucederá ahora a Ed Bayard?

—No lo sé. No entiendo por qué Hugh no señaló también a Bayard. Se oponía con tanta firmeza a tu matrimonio con Bayard que habría hecho cualquier cosa para destruir a ese hombre.

Anne-Marie sirvió las dos copas y entregó la suya a Mather. Aún parecía sumida en un desconcertante ensueño.

—Ed Bayard es un hombre triste. En él no hay luz ni alegría. Estar cerca de su persona es como encontrarse frente a una cárcel y ver una cara, un rostro gentil y bondadoso, que espía a través de los barrotes y después desaparece… Pero mi padre es la persona a la que no puedo entender en absoluto… Lo conocí y lo amé como al individuo atrevido, desenvuelto y romántico que subía al estrado y vendía cosas por valor de millones de dólares con su golpe de martillo. Me compraba regalos extravagantes y de ese modo me hizo comprender lo que significaba sentirse halagada y cortejada como mujer… Cuando eres joven, para eso sirven los padres… Pero esta faceta desconocida de su persona, el individuo atemorizado, sombrío, vengativo e intrigante, me resulta completamente desconocida… No sé cómo situarla en mi vida.

—No lo intentes —dijo Mather con voz firme. Comenzó a trabajar de nuevo con los alimentos, y limpió la carne, la alisó con un mazo y esbozó con toda intención gestos ampulosos—. Tienes que pensar en tu futuro y ese futuro está en la galería. Tú y yo conquistaremos por asalto esta ciudad, a la Prensa y a los críticos y los compradores. Convertiremos en triunfo estos malditos desastres.

Mañana iré al tribunal. Después, ya estaré disponible para trabajar con tu encargada de relaciones públicas y con los publicistas y para aceptar entrevistas con los medios de difusión… Tendremos que enterrar a nuestros muertos. Dejémosles, recemos una plegaria y que Dios los ampare.

—¿Y los vivos, Max? ¿Qué me dices de Ed Bayard?

—Él está enamorado de ti. ¿Cuál es tu actitud al respecto?

—Me siento protectora, agradecida… ¡impaciente!

—No hablas de entusiasmo, de pasión ni de sexo…

—¡Claro que no!

En ese caso, estás jugando con él, ¿verdad? Estás utilizándolo como si se tratara de un salvavidas. No se sentirá feliz para siempre con esta actitud. Antes estuvo allí con Madeleine… Y no olvides que en el último mensaje que tu padre me dio me pedía que me asegurase de que nunca te casaras con Bayard. ¿Qué más puedo decir? Ya eres una mujer adulta…

—Podrías decir que me amas y que sería agradable volver ahora mismo a Florencia, beber cócteles en la terraza y contemplar cómo se pone el sol tras los campanarios de las iglesias.

—Podría —dijo Max Mather con voz neutra—. Pero no sería cierto. Estoy pensando en casarme.

—¡Dios mío! —Anne-Marie reaccionó en el acto—. Eso es noticia… Max Mather casado. ¿Quién es, Max? Seguro que es rica… ¿Qué edad tiene… La conozco?

Y de pronto, Anne-Marie comenzó a llorar de manera inconsolada y cuando él intentó calmarla, le golpeó el pecho con los puños, lo apartó con ademán brusco, corrió hacia el dormitorio y cerró la puerta tras ella.

Mather se sintió conmovido por ese estallido sentimental. El concepto que tenía acerca de su propio valor se había visto tan disminuido y debilitado por el movimiento de relaciones casuales, e incluso por la afectuosa desenvoltura del vínculo con Anne-Marie, que aceptaba y esperaba como cosa sobrentendida que ella le considerase un mero anexo en su vida. Ella podía trasladarlo, venderlo, o regalarlo, y nadie tenía derecho de quejarse. Recordó

el antiguo fragmento de Browning «acerca de una Toccata de Galupi»… «me pregunto qué resta en el alma cuando es necesario terminar con los besos».

Por primera vez Mather comenzó a comprender lo que en realidad estaba sucediendo entre él y Gisela. No era como un rayo del cielo sereno. Se trataba más bien del florecimiento lento y constante de un tipo de amor nuevo para él. Gisela le exigía más que cualquier otra mujer de su pasado.

Los besos y la aureola apasionada eran muy gratos, pero no bastaban. Ella extendía las manos para abarcar mucho más y mucho más profundamente, para tocar y retener el corazón y la voluntad de Max Mather.

A su vez, Mather tenía conciencia de que en él mismo habían surgido nuevas dimensiones.

Adoptaba una actitud positiva con respecto a esa mujer. Se sentía celoso de la atención que otros hombres le prestaban. La severa educación intelectual de Gisela le inducía a alcanzar niveles superiores de realización personal y, tenía que reconocerlo, a avergonzarse de su conciencia demasiado superficial con respecto a la vida y al amor.

Sentía afecto por Anne-Marie. Detestaba verla herida o amenazada. Pero con Gisela era un amante y estaba enamorado. Un pretendiente ansioso de demostrar su propio valor.

Una hora después, cuando llamó a Anne-Marie para que saliera a cenar, ella se había serenado, se había peinado y enjugado las lágrimas. Parecía dispuesta a olvidar el estallido.

—Max, necesitaba eso. Me comprendes, ¿verdad?

—Claro que sí.

—No me has dicho nada de tu futura esposa.

—Por buenas razones. Todavía no le he propuesto que se case conmigo.

—¿Quién es?

—Gisela Mundt, mi abogada en Zurich. Es joven e inteligente, y bonita. Tiene una cátedra de derecho en la Universidad. Ha despertado tanto mi corazón como mi conciencia dormida. ¿Qué más puedo decirte?

—Supongo que esto es suficiente. ¿Conoce tu siniestro pasado?

—No le he enumerado la lista completa. Pero sí, lo conoce.

—¿Dónde os instalaríais?

—En el Continente. En Zurich o en Florencia.

—Eso significa que podemos seguir trabajando juntos.

—Por supuesto.

—Háblame de tu sindicato.

Mather le explicó los detalles de la situación. Después, ella le habló de la petición de Bayard de que organizara la exposición de Cornelis Janzoon. Mather se enfureció.

—¡Dios mío! Detesto que me manejen como si fuese un caballo en una escuela de equitación. Al trote, al paso, al galope. No quiero tener nada que ver con eso… Por lo demás, te aconsejo que prestes atención a Janzoon. Pertenece a la gran tradición de los maestros holandeses.

—Max, por ahora no puedo efectuar más gastos. En este mismo momento dependemos por completo de la exposición Bayard.

—En tal caso, hablemos de la campaña. ¿Qué sucedió ayer con la Prensa?

—La mayoría de los contactos fue una sucesión de llamadas telefónicas… personas que intentaban refrescar el episodio del crimen. Les dije que llamasen a Ed Bayard, que posee un buen sistema defensivo en su oficina. Por lo que a nosotros se refiere, anuncié que celebraríamos una conferencia de Prensa cuando tú regresaras, y que además organizaríamos una exposición previa en exclusiva para la Prensa, durante la cual se respondería a todas las preguntas… ¡Max, tendrás que ocuparte tú de ese aspecto!

—No será tan fácil. Quizá te interroguen acerca de tu padre y de la relación que él mantuvo con Madeleine Bayard. ¿Qué contestarás?

—Mi padre vivió su propia vida. Yo estoy viviendo la mía.

—Bien. Ahora, díganos, señorita Loredon, ¿qué papel representa Ed Bayard en su vida?

—Es el propietario de esta casa. Yo me ocupo de vender los cuadros de su finada esposa.

Represento su colección personal.

—¿No hay ninguna relación especial entre vosotros?

—Ninguna.

—Él dice que está dispuesto a casarse contigo en cuanto aceptes.

—Se necesitan dos personas para bailar al son de esa música. Ed Bayard es un buen amigo y espero que él ratifique mi afirmación ante usted; yo soy una excelente tratante de arte… ¿qué le parece, profesor?

—Magnífico. Aférrate a esa línea de razonamiento.

—Y bien, Max, ¿cuál será tu aportación a la entrevista?

—Yo suministro la información comercial: El firme interés que se ha despertado en varios países extranjeros, la propuesta de presentar a nuevos artistas; y, claro está, la figura de Niccolo Tolentino.

Me gustaría que contemples la posibilidad de que él inaugure la exposición.

—¿Con todas esas pirañas de Manhattan? ¡Se lo comerían vivo!

—No estés tan segura. Se trata de un hombre muy especial, que se ha pasado la vida entera en compañía de los grandes maestros y aún es capaz de llorar cuando contempla la maravilla de las obras maestras. No creas que las pirañas se atrevan siquiera a acercarse a él.

—Lo pensaré. La gente espera que una inauguración se ajuste a una rutina más o menos estándar.

—¡Lo sé! La directora de la galería aparece con una copa en la mano, y un canapé y un catálogo, y se pasea entre los visitantes con aire de sabihonda, y formula comentarios ingeniosos y abriga la esperanza de ser el centro de las miradas, y de que nadie se ocupe demasiado de los cuadros. Vamos a darles algo un poco distinto… Te guste o no, de cualquier modo será diferente.

—Tengo miedo de que se produzca un bloqueo.

—No permitiremos que pase tal cosa. Situaremos allí gente de forma indebida, pero la situaremos. ¿Cómo estás económicamente? Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—No esperaba de ti semejante pregunta, Max. ¿Por qué me la has hecho?

—Escucha un momento. ¿Tenía tu padre seguro de vida?

—Sí. Por valor de medio millón.

—El cual heredarás tú, supongo.

—Eso me han dicho. ¿Por qué?

—Porque si la forma en que murió tu padre se hiciera pública, la compañía de seguros podría, digo que podría, iniciar una acción alegando que se ha tratado de un suicidio, y tendrías problemas para cobrar.

—¿Existe alguna razón para que eso se haga público?

—Yo soy la razón. Soy un testigo de la defensa en el juicio de Danny Danziger. Deberé responder a todas las preguntas que me hagan. A lo mejor no me hacen esa en concreto, pero, si es así, mi respuesta te perjudicaría.

—Bueno, de todos modos no sería el fin del mundo. Sorprendentemente, existe un fideicomiso que asciende a un cuarto de millón. No conocía su existencia hasta hace dos días, cuando recibí una carta de Lutz Hengst, los abogados que están a cargo del fideicomiso. Yo soy la beneficiaria. El capital solo podrá ser tocado con el consentimiento de ellos. Sin embargo, no creo que sea necesario.

—Supongo que deberás contar con mayores sumas para publicidad y relaciones públicas.

—Ya he pensado en eso. Estoy dispuesta a gastar si es necesario.

—¿Quién organizó el fideicomiso?

—Mi padre. Hace unos doce meses. Y esa fecha corresponde más o menos al momento en que supo que su vida estaba amenazada. Tú y yo estábamos entonces en Europa. Tu Pía sin duda enfermó también en la misma época.

—Sí, más o menos.

—Max, ¿ahora piensas en ella?

—A veces.

—¿Cómo?

—Con mucha ternura.

—Es agradable oírte decir eso.

—Es extraño… Un día, durante el último período, ella dijo: «Sabes, Max, ¡no podría haberte acarreado más problemas si hubiera sido tu esposa!». Los dos nos echamos a reír, pero tenía razón.

Fueron los momentos en que estuvimos más cerca el uno del otro. Y creo que también más cerca de la relación propia de una pareja casada.

—Max, eres un hombre extraño.

—Puedo llegar a ser más extraño.

—¿Por ejemplo?

—Con suerte, mañana Danny Danziger saldrá en libertad bajo fianza. Me propongo llevarla a la inauguración de la galería. Ella lo miró con gesto de absoluta incredulidad.

—¡No puedes hacer eso!

—Puedo. Y lo haré.

—¡Max! ¡Por Dios! Es mi galería. El edificio pertenece a Bayard. Estamos exponiendo los cuadros de su esposa muerta… ¡y tú propones exhibirte con la mujer acusada del asesinato! ¿Qué intentas hacerme?

—Convertir tu exposición en una venta de gran éxito en lugar de una función normal y fría. Lo convertiré en el éxito más escandaloso de la década. Habrá una cola que dará la vuelta a la manzana y los medios de comunicación cubrirán el edificio de extremo a extremo. El problema es saber si tienes el coraje suficiente para afrontar la situación.

—Ya me conoces…, soy la pequeña huérfana Annie. Siempre afronto las situaciones. Pero ¿qué me dices de Ed Bayard?

—La misma pregunta. ¿Podrá soportar la tensión, o por lo menos tú podrás manejarlo?

Pasó largo rato antes de que ella hablase, y cuando despegó los labios no fue para responder, sino para formular su propia y sombría cuestión:

—Max, ¿por qué, siendo como somos tan buenos amigos, de pronto me amenazas así?

La acusación formal a Leonie Danziger fue un acontecimiento de escaso interés. La Prensa dejó el tema en manos de los cronistas judiciales quienes, partiendo del principio de que el arresto ya había sido publicado y de que los fuegos artificiales llegarían más tarde, apenas le prestaron atención. Los únicos miembros del público en el tribunal fueron Harmon Seldes, Max Mather, una joven fea y regordeta ataviada con un vestido vulgar que dijo llamarse Carol y media docena de curiosos que habían entrado para disfrutar de la calefacción de la sala.

El fiscal leyó la acusación. George Munsel declaró no culpable a su cliente, prometió una defensa muy vigorosa, y después pidió que se dejase a la acusada en libertad bajo fianza, y al cuidado del propio Munsel. Destacó que Leonie Danziger tenía antecedentes inmaculados, que tenía un buen empleo en una revista distinguida, que era propietaria de su propia residencia en Manhattan y que jamás había solicitado pasaporte. La fiscalía no formuló objeciones. Se fijó la fianza en cinco mil dólares. Se estableció que el juicio comenzaría tres meses después.

Leonie Danziger parecía aturdida. Abrazó a Max Mather, dio las gracias a Munsel y a Seldes, y después se entregó a la joven llamada Carol como un convaleciente a su enfermera. Mientras salían del edificio, George Munsel dio una serie de breves instrucciones:

—Carol, ocúpese de contestar las llamadas telefónicas. Danny no está disponible, repito, no está disponible, para los medios de comunicación. Quiero que Max y Danny estén en mi oficina mañana por la mañana, a las diez en punto. Reserven por lo menos dos horas para la reunión. Max, quiero que usted traiga los documentos que estuvimos comentando ayer, y deseo una reseña completa de todas sus conversaciones en Ámsterdam… Eso es todo.

Se alejó, una figura alta y desgarbada que se destacaba de forma considerable, los pigmeos locales. Carol anunció con voz firme y seca:

—Llevaré a Danny a casa.

Detuvo un taxi que pasaba por allá en ese momento, introdujo en el vehículo a Danny Danziger y desapareció sin más trámites.

—¡La madre gallina con su nuevo pollo! —dijo Harmon Seldes—. Me ha parecido que nuestra Danny estaba un tanto apagada.

—Por Dios, sufre los efectos del golpe… Y dos noches en el calabozo no es nada divertido.

—Nuestra Danny es más dura de lo que parece —dijo riendo Seldes—. Y para el caso, lo mismo digo de usted, Max. Lo subestimé.

—Usted deseaba hablar sobre los cuadros de Rafael.

—Así es.

—¿Qué le ha dicho Berchmans?

—Que usted rastreó dos copias de Rafael que se encuentran en Brasil, y que ahora es el agente autorizado de los Palombini para negociar la recuperación de los originales. Desde luego, no conozco los detalles.

—Bien, la designación fue el resultado de una coincidencia. Palombini estaba en Saint Moritz al mismo tiempo que yo. Formuló la sugerencia. No me entusiasmó mucho; estoy atareado con mis propios asuntos. Presionó un poco y realizó una buena oferta. Yo acepté… Así de sencillo.

—Pero esas copias que están en Brasil: ¿copias de qué?

—Los dos retratos. De los dibujos todavía no se habla.

Mientras repetía la narración ahora ya bastante trillada, Mather le agregó muchos detalles y anécdotas destinadas a desviar a Seldes de la cuestión fundamental: ¿cómo era posible afirmar que esos cuadros eran copias si no eran comparados con los originales? Pero Harmon Seldes era demasiado inteligente para caer en esas trampas infantiles. Inevitable como la muerte, se suscitó otra vez el interrogante. Mather contestó con sumo cuidado.

—Niccolo Tolentino fue la clave. Naturalmente, entonces era joven. Luca le encargó copiar los dos retratos. Entregó los originales y las copias a Luca… Cree que las copias fueron llevadas a Brasil. Parece natural que Luca haya deseado conservar los originales. Pero Tolentino tiene un método infalible para identificar su propio trabajo…, un signo personal incorporado al cuadro mismo.

—Y usted, Max, ¿conoce ese signo?

—Sí, lo conozco.

—¿Cómo es posible, si nunca ha visto la copia o el original?

—Ah, hombre de poca fe —se burló Mather—. ¡Estamos hablando del hombre que copió esas condenadas obras! ¡Semanas y meses de trabajo! Me dibujó de memoria el signo, me mostró cómo identificarlo de modo exacto y dónde podía estar.

—¿Puede enseñármelo?

—Lo mostraré, para usted y para Berchmans, cuando los cuadros lleguen de Brasil… Pero me parece que está confundiendo el eje de la cuestión. Ambos somos eruditos. Ambos nos hemos comprometido a escribir acerca del tema, y hasta ahora nuestras teorías parecen confirmarse a la perfección.

—Lo que lamento observar —dijo Seldes, que al parecer no se sentía muy complacido—, es que dos eruditos como nosotros demuestran las hipótesis, y Henri Berchmans recoge la ganancia.

—No puedo hablar por Berchmans; pero no creo que yo constituya una amenaza para usted. La familia me paga de manera directa solo si y cuando recupere las obras. No conozco los detalles de sus arreglos con Berchmans, pero me parece que corresponden al plano del tratante o el subastador… En ese caso, no veo que exista un conflicto de intereses entre usted y yo.

—Solo el siguiente, Max: las bellas artes, el arte renacentista, representan mi disciplina. Les he consagrado la vida entera. En ese terreno soy mejor de lo que usted podrá ser jamás. Mi nombre confirió autoridad a su artículo en Belvedere. Yo le abrí las páginas. Yo le presenté a Berchmans.

Yo acepté su trabajo acerca de Madeleine Bayard…, y de pronto me veo excluido del todo…

—No discuto nada de todo eso. —Mather era la bondad personificada—. Pero aclare su idea, por favor. ¿Está pidiéndome un porcentaje de lo que los Palombini me pagan… si alguna vez llegan a pagar? ¿Está pidiendo una recompensa o bonificación o lo que fuere por las obras de Madeleine Bayard? Como usted sabe, eso está fuera de mis manos. Sin embargo, veo que se siente muy incómodo. ¿Qué puedo hacer para que se sienta mejor?

—En una palabra, Max, pese a que es usted un hombre de realizaciones modestas, usted navega demasiado alto. ¡Usted es un advenedizo!

—Siento causar esa impresión.

—¡Así es, créame! He tratado con Berchmans durante toda mi vida. He gastado con él millones de dólares procedentes de las galerías. Y ahora, él trata con usted y no conmigo. Usted arma un tremendo escándalo con un copista de las Pitti. ¡Dios mío! He conocido y comprado y vendido a los nombres principales de nuestro tiempo… Suponía que una mínima cortesía hubiera debido inducirlo a mencionar mi nombre ante los Palombini…

—¡Cálmese, Harmon! Calle y tranquilícese antes de que diga cosas de las que puede arrepentirse.

Usted es un gran estudioso del Renacimiento. Lo reconozco. De eso no cabe la menor duda. Yo soy un animal mucho más humilde, un paleógrafo no del todo malo. Pero una de las cosas en que soy muy bueno es el método… Es imposible practicar mi profesión sin método. No habría tenido el más mínimo sentido que yo mencionara su nombre o el de Berchmans o el de los colegas suizos de quienes he llegado a ser muy amigo. ¿Qué representa cualquiera de ustedes para los Palombini en esta etapa? Nada, excepto nombres muy

caros… ¡Futuros devoradores de comisiones! Por Dios, Palombini es un mercader. Vive y respira ganancias y pérdidas. Él comprende mi posición. Yo soy un antiguo servidor de la familia, una vieja leyenda de la familia. Sabe qué terreno piso, qué hago, cómo actúo… En resumen, confía en mí. También confiará en mí si, una vez que sepa dónde están los cuadros de Rafael, cómo es posible obtenerlos y venderlos, le digo que es el momento de convocar a los expertos como usted y Berchmans, y quizás a Hürliman, de Zurich… Pero Harmon, ese momento aún no ha llegado. Ni siquiera hablé a Palombini de Eberhardt y Dandolo o de los cuadros que se hallan en Brasil… y hay buenos motivos que me inducen a proceder así, si bien no me considero en condiciones de revelarlos ahora mismo… Eso es todo, Harmon, excepto que debo repetir que conozco a Palombini y él me conoce, y que creo que este es el mejor modo de tratar con él… Si eso me convierte en un advenedizo, lo lamento.

—¡Por favor! Mis expresiones fueron desmedidas. Pero estoy seguro de que usted comprende mi ansiedad…

—Por supuesto. Olvidemos las disputas y hablemos de un artículo complementario sobre las obras de Rafael.

—Esta vez —dijo Seldes—, yo redactaré el material. De este modo me encontraré en libertad de formular conjeturas que quizá no estén a su alcance, en su carácter de representante de la familia.

—Usted es el director, y distribuye las tareas. ¿Desea ver mis notas acerca de otro tema: el Arte y la Criminalidad?

—Sí, claro. Infórmeme cuando las tenga preparadas. Conversaremos… Debo regresar a la oficina. ¿Quiere compartir un taxi conmigo?

—No, gracias. Caminaré un poco más. Después de hablar con usted, tengo mucho en qué pensar…

Y lo que ocupaba un lugar más importante en su mente era el ominoso pensamiento de que Harmon Seldes, con su erudición ofendida, su vanidad lastimada y su codicia transparente, podía complicar mucho la vida de Max Mather. No se necesitaba mucha imaginación para percibir que una vez que Seldes comenzara a intervenir en los delicados mecanismos de información y negociación que Mather había puesto en movimiento, la máquina entera se desintegraría.

Reflexionó durante media hora. Bebió dos tazas de café, comió un bollo recién hecho y se dirigió a su apartamento, para llamar a Gisela Mundt y a Alois Liepert.

CAPÍTULO XV

—¿Lo tiene todo, Alois?

—Hasta la última palabra. —Liepert comenzaba a mostrarse nervioso. La llamada se había prolongado veinte minutos.

—Por favor, léamelo de nuevo.

- Punto uno: con el fin de evitar el intento posible de apoderarse de las obras de arte, los retratos y los dibujos serán distribuidos en tres depósitos diferentes.
- Punto dos: los dibujos irán a parar a manos de Gisevius, de Basilea, que los autenticará y después aceptará la custodia y el cuidado provisionales, a nuestra costa. Seremos responsables del seguro. Lo cual, en este momento, no está al alcance de nuestros recursos.
- Punto tres: si Gisevius acepta la custodia, usted retendrá en su propia caja de seguridad uno de los retratos. Aceptamos la custodia del otro.
- Punto cuatro: llamaré a Claudio Palombini y le diré que estamos sobre la pista de las obras. Le pediremos que se prepare para responder a su petición de una conferencia, en Estados Unidos, Londres o Europa.
- Punto cinco: informo a Palombini que usted suministrará la autenticación de las obras y realizará negociaciones con los poseedores actuales. Además, mantendrá conversaciones exploratorias con Berchmans, de Nueva York, con Hürliman, de Zurich, con Christies de Londres, y con las restantes personas que a su juicio puedan ser apropiadas, para llevar las obras al mercado una vez que sean devueltas. En el momento apropiado, usted incorporará a Palombini a esas mismas discusiones, pero solo cuando se haya definido una posición negociadora satisfactoria.

- Punto seis: le informaré con toda la rapidez acerca de los progresos realizados o los problemas.

«Retiro fondos para gastos y honorarios».

—Alois, esto último es una interpolación.

—¡Pero mi estimado Max, sé que usted desea que yo me alimente!

—En efecto; pero nunca en exceso.

—Y ahora, quizás usted me explique por qué está complicando mi propia vida y la suya.

—Porque si se cierne sobre nosotros una amenaza cualquiera por incumplimiento, por infracción a las normas del contrato, tendremos un seguro. Trataremos una cosa por vez.

—¿Por qué de pronto se muestra tan ansioso?

—Es probable que se deba a que he regresado a Nueva York. Esta es una ciudad muy litigiosa.

La atmósfera lo contagia a uno enseguida.

Era esta una parte de la razón; pero cuando Max Mather colgó el auricular del teléfono, percibió con claridad la otra parte, y no era un espectáculo agradable. La codicia comenzaba a dominarlo. Se sentía tan erizado y sensible como un mastín hambriento, temeroso de que alguien pudiese arrebatarle su cuenco de comida. Necesitó los pocos minutos de conversación afectuosa con Gisela para recobrar su humanidad: la avalancha emocional de la joven, su confesión medio burlona medio lacrimosa.

—No podía creerlo, Max. Cuando te fuiste, vi ese enorme agujero oscuro en mi vida.

—En la mía no hay un agujero. Solo esta habitación, conmigo aquí, y un espejo, y no me gusta ver mi imagen reflejada en él; y mucha gente que espero no llegue, pero que insiste en llamar a mi puerta. Ojalá estuvieses conmigo.

—No puede ser. De modo que tú tendrás que venir a mí. Cuéntame qué sucede.

Se lo contó, pero la narración carecía de realidad, porque de pronto Max Mather cobró conciencia de la inseguridad de las líneas telefónicas, del peligro de una intromisión casual en sus valiosos secretos. Ella pareció entender, y le advirtió:

—Max, temo por ti. Ya hablamos antes de esto. Te muestras muy impaciente. Crees que todo lo que otros hacen exige una respuesta por tu parte. Por eso mismo eres terriblemente vulnerable.

Siéntate con calma, domínate, espera.

—Lo intentaré.

—Creo que haces lo que corresponde cuando divides las obras… y las pones al cuidado de diferentes custodios. Si es necesario, yo misma puedo ocuparme de una parte… y si necesitas un correo…

—Tu nombre ocupará el primer lugar en mi lista. Te amo, Gisela mía…

—Yo también te amo, Max. Llámame pronto.

—Te lo prometo.

Ante él se extendía el resto del día, sin un instante para descansar, y en cambio colmado de exigencias intensas y codiciosas. Llamó a George Munsel, y lo encontró en el mismo instante en que se disponía a ir a almorzar. Le explicó cómo se había desarrollado la velada con Anne-Marie Loredon, y formuló una sugerencia:

—En primer lugar, usted puede verificar si una compañía norteamericana de seguros o un reasegurador ha rehusado o postergado el pago por muertes eutanásicas en Holanda. Segundo, AnneMarie dice que hay un fideicomiso establecido por su padre hace unos doce meses y administrado por Lutz Hengst. He pensado en la posibilidad de que usted realice una investigación de abogado a abogado acerca de las consecuencias de las pruebas que yo pueda aportar en relación con el tema de la eutanasia, y después verifique quién organizó ese fideicomiso y de dónde llegaron los fondos. Como conozco el estilo de vida que llevaba Hugh Loredon, dudo que en toda su vida tuviese doscientos cincuenta mil dólares de una vez…

—Señor Mather, usted tiene algunas ideas originales. —George Munsel parecía divertido—. Verificaré lo que me pide. Me alegro de que haya llamado. Después de nuestra conversación, mañana por la mañana, nos reuniremos con los dos policías que investigan el caso. Aquí tengo sus nombres: Hartog y Bechstein. Terminaremos alrededor de la una. Después, he pensado que usted estaría dispuesto a pagarme el almuerzo.

—Con mucho gusto.

—Bien. También he recibido de la oficina del fiscal un resumen de las pruebas reunidas en el caso Danziger. Por lo que he podido ver, su registro de las conversaciones en Amsterdam y su interpretación de los Diarios adquiere fundamental importancia.

—Llevaré las notas referentes a las conversaciones. Los Diarios exigirán un trabajo laborioso y lento.

—Dispondrá de tiempo. El juicio se ventilará dentro de tres meses. Señor Mather, lo veré a las diez…

Después, dispuso de tiempo para ir a Gino's, cambiar algunas impresiones sentado frente al mostrador, tomar un almuerzo de un solo plato y después dirigirse a Bloomingdale para comprarse algunas prendas sencillas, pues aún faltaban tres meses para que llegase el calor del verano. Por primera vez desde que tenía memoria no estaba con una mujer, y le avergonzaba salir en busca de una. Recordó una prolongada velada, a la luz del crepúsculo, sentado junto a su padre, y lo que el hombre, encogido, con su mezcla de rasgos ancianos y juveniles, le decía:

—Hijo, llegas solo al mundo y te vas solo. Te pasas la vida entera intentando huir de la soledad.

No lo consigues hasta que la aceptas. Un día, te sientas solo en un lugar discreto y empiezas a silbar una tonada, y la tarareas para ti mismo, o quizá te limitas a recitar versos infantiles para reanimarte.

Y entonces, sucede el milagro. Ya no estás solo. Hay personas, tan solitarias como tú, que escuchan la musiquilla, que se incorporan y siguen el ritmo. Te alejas caminando. Te siguen. No sirve de mucho, porque todos están enfrascados, como tú, en sus propios asuntos. Pero ya no estás solo…

Puedes sentirte solitario, pero no estás solo. ¿Tiene sentido lo que te estoy diciendo?

Bien, quizás en aquel momento no lo tenía: pero ¿y ahora? Habría sido agradable pagarle una copa y un plato de pasta en Gino's.

De regreso a su apartamento, telefoneó a las galerías de Berchmans et Cie. Tardó diez minutos en aclarar que, en efecto, el señor Berchmans había llegado; que, sí, el señor Berchmans estaba esperando su llamada y que sí, sí, sí, el señor Berchmans, por supuesto, recibiría su mensaje apenas regresara de su almuerzo. En espera de lo cual Max Mather extrajo su cuaderno de notas y comenzó, línea por línea, a reconstruir sus diálogos de Ámsterdam con el desaparecido Hugh Loredon.

Henri Berchmans llamó a las cuatro de la tarde. Estaría en su galería hasta las seis. Si el señor Mather deseaba pasar por ahí, de buena gana lo recibiría y le mostraría algunas cosas hermosas. Lo cual, sin duda alguna, significaba que habían llegado de Río los cuadros de Camoens, y que Berchmans se sentía muy complacido con lo que había visto. Mather guardó la última hoja de sus diálogos de Ámsterdam, se vistió con unos pantalones grises, una chaqueta azul y una corbata negra, y después caminó a lo largo de Madison, mirando los escaparates de las tiendas mientras avanzaba, para serenarse y calmar sus nervios excitados.

Este encuentro sería el fundamental: su primer enfrentamiento con el gran tiburón blanco; iba a ser un episodio en el que se pondría a prueba toda la fuerza de Mather y se aprovecharían de manera implacable todas sus debilidades. Pasó frente a una pequeña tienda que vendía costosos artículos ópticos. Obedeciendo a un impulso, entró y se compró una lupa. Una calle más lejos entró en otra tienda y compró un cortaplumas muy pequeño, y lo colgó de la cadena de las llaves. Después, a modo de saludo a los más sencillos sentimientos, entró en una floristería y ordenó que enviasen un costoso ramo a Gisela, en Zurich, y una pequeña planta para interiores como saludo de bienvenida a Leonie Danziger. Como gesto final de desafío, compró una rosa roja para su propio ojal. Después, con una vivacidad que no sentía, ascendió los peldaños de acceso a la galería de Berchmans, una mansión de piedra gris en la Calle 73, entre Madison y la Quinta Avenida.

Un portero uniformado lo recibió con expresión grave. Una bonita joven le dio la bienvenida con una sonrisa y ascendió con él en un pequeño y recargado ascensor que lo llevó al segundo piso, donde Henri Berchmans lo recibió en una larga galería de la que habían sido retiradas todas las telas, para dejar solo dos caballetes, cada uno cubierto con un lienzo de terciopelo.

—¡Bien, mi joven amigo, como de costumbre su sentido del tiempo es excelente! Esta mañana nuestras damas llegan del Brasil. Esta tarde usted se presenta aquí… Examinemos juntos estas bellezas. Después, conversaremos.

Con un gesto ampuloso retiró los lienzos que cubrían los cuadros y situó a Mather en el lugar del salón desde el que podían ser contemplados con mejor perspectiva. Mather observó los cuadros durante largo rato. Berchmans miró a Mather.

—¿Puede identificar cada uno de los cuadros?

—El de la izquierda es la Donna Delfina, el de la derecha es la hija, la Doncella Beata.

Discúlpeme un momento.

Utilizando la lupa, examinó el retrato de la Donna Delfina. Sobre el rincón superior derecho había un grupo de edificios dominados por una plaza y una torre almenada cuyas paredes estaban perforadas por ventanas románicas de arco. Sobre la ventana más alta, minúsculo pero claro, estaba el monograma de Tolentino, Mather se movió hacia el retrato de la niña, y a la sombra del último pliegue de la túnica encontró el mismo símbolo.

—¿Qué está buscando? —Berchmans estaba intrigado.

—Aún no he concluido. Por favor, sostenga el cuadro.

Después, como había visto hacer a Tolentino en Zurich, raspó un minúsculo sector al dorso de cada panel, nada más que lo necesario para distinguir el grano y la textura de la madera. Era pura comedia. Mather no sabía lo suficiente para distinguir el fresno del abedul, ni ambos de un roble, o las tres maderas de un agujero en el suelo; pero los monogramas le habían dicho lo que deseaba saber. Devolvió los cuadros a los caballetes. Berchmans refunfuñó:

—Señor Mather, una interesante actuación. Ahora dígame qué significa.

Mather le entregó la lupa e indicó los lugares que debía inspeccionar en los cuadros.

—¿Qué debo buscar?

—Ante todo, dígame lo que ve.

Berchmans necesitó bastante tiempo para enfocar la lente y examinar cada cuadro. Repitió el proceso. Después dijo:

—¿Y usted raspó el dorso para ver qué clase de madera se había usado?

—En efecto.

—Yo hubiera podido decírselo de una ojeada. Roble.

—Ahora, dígame lo que vio en los cuadros.

—Parece una especie de cifra.

—Es un monograma. —Mather extrajo una tarjeta y dibujó el monograma —. ¿Así?

—Exacto. ¿Qué significa?

—Es la cifra personal del hombre que copió estos cuadros de los originales, los que por otra parte fueron pintados sobre cedro, no sobre roble. Se llama Niccolo Tolentino.

—¿Y usted puede demostrar eso?

—Usted puede comprobarlo por sí mimo, señor Berchmans. A mediados de abril traeré a Nueva York a Tolentino.

—Entretanto, señor Mather, creo que usted y yo debemos comenzar a hablar en serio de negocios.

—Eso mismo había yo pensado, señor Berchmans.

—Vayamos a mi oficina.

Se disponía a cubrir de nuevo los cuadros con el lienzo de terciopelo cuando dijo con voz serena:

—Este Tolentino es un excelente pintor por derecho propio. Debería llegar a un acuerdo con él cuando esté en Nueva York; impone respeto —dijo con calma Mather—. Me forzó a examinar mi conciencia.

—Un ejercicio incómodo —dijo con frialdad Berchmans—. Hablemos de negocios.

Por primera vez en el curso de una relación inestable, Berchmans llamó a Mather por su nombre de pila y lo invitó a pasar a la oficina privada donde ofrecía hospitalidad y consejo a los clientes acaudalados. Era un cuarto pequeño, con paneles de fresno blanco, de cuyas paredes colgaban un Gauguin, un Manet y dos Cézanne: una naturaleza muerta de ciruelas y duraznos y una versión de las rocas de Estaque que Mather nunca había visto antes. Le ofreció *whisky*; Mather prefirió un vaso de agua mineral. Berchmans inquirió:

—Y bien, Max, ¿en qué punto estamos de nuestro escándalo?

—Danny Danziger salió en libertad bajo fianza. Munzel parece un abogado defensor eficiente.

Es imposible evitar que se cite como pruebas los Diarios de Madi. Pero lo que yo puedo hacer es conseguirle una fotocopia de los pasajes que lo aluden. Por lo menos, sabrá a qué atenerse.

—Le estoy muy agradecido.

—Y ahora, usted puede hacer algo por mí.

—Por supuesto, si está a mi alcance. ¿Cuál es el problema?

—Harmon Seldes. Usted me dijo que estaba celoso. Cree, y así lo ha dicho, que soy un advenedizo que está cazando de manera ilegal en su dominio, y que me estoy aprovechando de la relación que él mantiene con usted, relación que deduzco que reposa sobre cierta base financiera.

—Así es.

—Cree que yo amenazo dicha relación. No es así. También se propone escribir otro artículo sobre las obras de Rafael. Tiene perfecto derecho a proceder así. Sin embargo, es muy posible que quede como un tonto… y lo arrastra a usted.

—¿Y qué espera que yo le diga en relación con eso?

—Dígale lo que le explicaré dentro de un momento… o parte de lo que yo le diga, hasta donde usted lo crea prudente.

—Max, ¿acaso desea usted hacerme una propuesta?

—No, Henri. Le suministraré cierta información. Usted me dará cierto consejo. Es muy posible que, de nuestro intercambio, surja una situación beneficiosa.

—¿Beneficiosa para usted o para mí?

—Para usted. Mi contrato tiene que ver directamente con los Palombini. Ellos me pagan. No puedo aceptar recompensas, comisiones o

consideraciones de ningún género procedentes de otros interesados.

—En resumen —el tono de Henri Berchmans denotaba cierta burla—, ¿una situación de la más excelsa moralidad?

—No es exacto —dijo Mather con una sonrisa—. Una situación con ciertas grietas legales que, precisamente por eso, exige ser manejada de modo muy legal.

—Estoy intrigado —dijo Berchmans—. Por favor, continúe.

—En primer lugar, soy el representante de la familia, estoy acreditado por un contrato escrito para encontrar las obras de Rafael y negociar su venta. Pero no puedo firmar el convenio definitivo.

Ellos deben hacerlo. Entrarán en escena cuando se haya establecido una base general de acuerdo. ¿Hasta ahora me he expresado con claridad?

—Con una claridad admirable —respondió Henri Berchmans—. Lo que no parece tan claro es por qué una antigua familia de mercaderes quiere designarlo a usted como representante en lugar de manejar ellos mismos el problema.

—Hay una serie de razones. Esta generación de los Palombini nada sabía de la existencia de las obras de Rafael hasta que yo descubrí la referencia en el archivo. Tampoco sabían, y prefirieron continuar ignorando el asunto por razones políticas, de muchas transacciones realizadas por su patriarca durante la guerra, Luca el Estafador. Luca sobrevivió apelando a toda suerte de estratagemas, muchas de las cuales no tendrían hoy un olor agradable. El acuerdo con el alemán Eberhardt constituye un ejemplo apropiado… De modo que nadie desea desenterrar los esqueletos de la familia. Prefieren que permanezcan descansando tranquilos en las bóvedas. Pero yo soy uno de los esqueletos de la familia; yo fui el amante de la última matriarca, es decir, de Pía. Conmigo, la familia no teme el chantaje. Realicé un gesto que agradó al Gobierno italiano: la donación del archivo Palombini a la Biblioteca Nacional de Florencia. Asimismo, y esto es importante para ellos, no desean que surjan dificultades con las Belle Arti acerca de la exportación ilegal de tesoros nacionales. Por lo tanto, soy un emisario útil. ¡Limpio las calles antes de que pase la procesión!

—Entiendo. —Berchmans asintió con un gesto grave—. Tiene un sentido tortuoso, pero sentido, al fin y al cabo. ¿Pero por qué, incluso antes de saber dónde están las condenadas obras, están hablando de su venta?

—Responder a eso es en realidad muy sencillo —dijo Mather con una sonrisa renuente—. La caída del mercado en octubre los afectó. Tienen un déficit de veinte millones de dólares y sus pagarés vencen en julio. Les

escribí, diciéndoles lo que había descubierto en el archivo. Apenas les interesó. Después, cuando nos encontramos por casualidad en Suiza, cambiaron de actitud. Ahora abrigan la esperanza de que los cuadros de Rafael sean su salvavidas.

—Siempre que los encuentren a tiempo. Pero si la familia está arruinada, ¿de dónde obtendrán el dinero para comprar de nuevo las obras? ¿Y después cómo las revenderán con beneficios? Quien las tiene conoce seguramente su valor, y tiene que haber creado algún título que le acredite la posesión.

—Imagino. —Mather no intentó refutar el argumento—. Imagino que no existe un título válido, o bien que es muy débil o en el mejor de los casos discutible. Usted sabe bien que hay una serie de casos recientes en que los tribunales norteamericanos ordenaron la devolución de obras de arte saqueadas durante la ocupación nazi… De todos modos, es la mejor hipótesis que puedo proponerle.

—Hasta ahora, es todo lo que tiene, ¿no es así Max?

—De ningún modo —respondió Max Mather con una sonrisa—. Sé dónde está uno de los cuadros… me refiero al de la Donna Delfina. Más aún, estoy seguro de que puedo realizar un trato para adquirirlo, o, para ser más exactos, para garantizar su devolución a la familia.

—Que lo pondrá de inmediato en venta.

—Así es.

—¿Cómo demostrarán que es auténtico?

—Ya he conseguido que Tolentino lo examinara. Es la obra que utilizó para realizar la copia que usted tiene abajo.

—En tal caso, ¿qué me pide?

—El mismo consejo que estoy solicitando a una reducida lista de subastadores y tratantes de arte: la mejor propuesta para llevar al mercado las obras de Rafael. Cuando realice mis recomendaciones acerca de dichas propuestas, Claudio Palombini decidirá a quién otorga el contrato de venta.

—¿Y quiénes son mis competidores en esta lotería un tanto extraña?

—Otro tratante: Landsberg, de Zurich.

—Lo conozco. Un hombre que conoce mucho este período.

—Dos subastadores: Christies, de Londres, y Hürlinam, de Zurich. En Nueva York, usted mismo.

—Max, ¿por qué eligió a los dos candidatos suizos?

—Porque de acuerdo con mi información poseen una buena clientela y son muy discretos en sus tratos. La única sombra que todavía se cierne sobre esta transacción es la Sovrintendenza delle Belle Arti de Italia. No deseo que

ellos sostengan que los cuadros deben ser devueltos a Italia, por tratarse de un tesoro nacional. Al fin y al cabo, los Palombini viven allí. Lo último que desean es un juicio prolongado con el Gobierno… De modo que estoy dispuesto, lo mismo que los Palombini, a aceptar una procedencia un tanto desdibujada.

—Lo cual no es muy beneficioso si desea obtener un buen precio en la subasta.

—Pero eso no tiene por qué ser un obstáculo en una venta privada… el tipo de transacción en que usted y Landsberg son expertos. Y ahora vienen mis preguntas, Henri. ¿Le interesaría negociar en privado en nuestro nombre?

—Sí.

—¿Con qué porcentaje?

—Necesito pensarlo.

—Por supuesto, recuerde que si vamos a una subasta pagamos el veinte por ciento…

—Pero conviene recordar también que el subastador vende a personas como yo que negocian para grandes instituciones como Getty y el Metropolitan, y a veces negocian artículos absolutamente originales, de modo que prevalece el acuerdo de mantener un precio razonable.

—En otras palabras, una pandilla cuyos miembros tienen acuerdos previos.

—¡Mi querido Max! ¡Eso es calumnioso!

—Claro que lo es. Pero insisto en que la comisión del vendedor debe tener carácter competitivo y que debe existir un precio básico para proteger el interés de mi cliente.

—En el caso de objetos de este valor y rareza puede ser aconsejable un sindicato de tratantes. Cada tratante importante tiene su propia lista exclusiva de clientes. Un sindicato significa que usted puede acceder a un mercado más amplio, sin la publicidad de una subasta. Pero todo esto depende de tres condiciones. Una: que usted pueda ofrecer un título claro del cuadro. Dos: que la obra pueda ser autenticada. Tres: que quien obtenga el primer cuadro y aporte un mercado satisfactorio para la obra merezca la primera preferencia en los restantes artículos, a medida que aparezcan.

—Aconsejaré a Palombini que acepte esas condiciones, con la condición de que la primera cifra por la comisión tenga sentido.

—Me pregunto —dijo Henri Berchmans—, si usted sabe lo que esa comisión representa.

—Creo que sí. —Max Mather adoptó una sorprendente actitud respetuosa —. Para citar a Whistler: «La experiencia de una vida, el prestigio de una vida entera». Créame, no subestimo ese valor. Ojalá un día posea una fracción de esa experiencia y ese prestigio; pero para llegar a eso, debo comportarme como lo hago ahora, y proteger los intereses de mi cliente. Henri, soy una figura muy poco importante. He perdido un montón de años dispersando mis esfuerzos. Pero ahora no estoy jugando… Y hago todo lo posible para aprender de un maestro…

—Yo diría que usted aprende de prisa. —Era difícil decir si Berchmans se burlaba o formulaba un cumplido. Max Mather esperó el final de la frase—. De todos modos, no acepto alumnos ni aprendices. Tengo dos hijos que heredarán la empresa. Utilizo a extraños solo en la medida en que sirven a mis propios propósitos. Pero aquellos a quienes utilizo deben merecer mi confianza.

—Entonces, nos entendemos. Dispone de veinticuatro horas para responder acerca de la cifra de la comisión. De lo contrario, supondré que el asunto no le interesa. Hay otra condición: es necesario que se hagan arreglos satisfactorios con respecto al suministro de fondos y la entrega de las obras.

—El nombre de Berchmans suele ser suficiente.

—La firma de los cuadros de Rafael que están en su estudio es perfecta… De todos modos, las obras no son auténticas.

—Y dígame, Max, ¿cómo puede saber que la firma es perfecta?

—He visto el original. Lo he tenido en mis manos. Durante el período de depósito permanecerá en mi caja de seguridad. Ya ve por qué traigo a colación el asunto.

—También veo —dijo con calma Henri Berchmans— que usted ha avanzado mucho más que lo que yo creía. En ese caso, mi comisión será el veinte por ciento.

—¿Estaría dispuesto a aceptar la operación con un sindicato?

—De mala gana. Incluso podría ser innecesario. Las dos copias que tengo abajo constituyen espléndidos auxiliares en la venta… Es muy posible que vuelva a hablar con usted para hacerle muy pronto una oferta.

—En ese caso, le haré una sugerencia, algo que confiera cierto estilo al trato, un recurso un tanto anticuado.

—Max, ¿qué clase de tontería tiene en la cabeza?

Le llevó cierto tiempo decirlo, pero Henri Berchmans escuchó con atención cada una de las palabras pronunciadas por Mather, y al final el más joven de los dos hombres creyó que veía una chispa en los ojos oscuros y

astutos del otro. O también pudo haber sido una ilusión provocada por la luz que se reflejaba en el granito.

Cuando salió de la galería de Berchmans, la fatiga cayó sobre él como el golpe de un martillo.

Ahora Manhattan era su campo de batalla. Cada hora implicaba una nueva incursión, otra escaramuza. Ya no tenía una mujer a la cual acudir para que le aportase fuerza o serenidad. Tomó una comida rápida e insulsa en una cafetería, y después volvió a su casa, se hundió en la bañera llena de agua caliente, se puso un pijama y una bata y se sentó para realizar otro análisis en los Diarios de Madeleine Bayard. Esta vez decidió examinar las reseñas que ella hacía de todas las personas que habían pasado por su vida, y comparar esas versiones con su propia experiencia. Ed Bayard fue el primero de la lista, no solo porque era el marido de Madeleine, sino porque las entradas cotidianas en el Diario partían del último encuentro entre los dos esposos…

No todos los comentarios eran hostiles o siquiera ásperos. Había momentos de serenidad, y con menos frecuencia de ternura.

Lo extraño era que los encuentros abrasivos iban seguidos de pasajes vivaces, incluso alegres, mientras que los comentarios gentiles desembocaban en explosiones de cólera y frustración:

> … Anoche todo fue tan sencillo, tan gratamente burgués que pareció casi cómico. Ed estaba trabajando en un caso, y yo dibujando bocetos y escuchando la ejecución de un concierto para piano de Mozart por Claudio Abbado… Yo me decía a cada momento: ojalá nada venga a arruinar esto. Y no sucedió nada. Nos acostamos, hicimos el amor, nos dormimos… ¡Pero esta mañana ardía en deseos de salir de casa! Me oprime el tedio. Gravita sobre mí como una capa de plomo, y me asfixia. Miro los bocetos que realicé anoche. Grises, triviales y académicos. Solo cuando me encuentro en este espacio vacío consigo encenderme…
>
> Anoche contemplaba a Ed con amor y ternura. Esta mañana, durante el desayuno, apenas he podido mostrarme cortés con él. Ojalá hiciera algo para ofenderme… Pero no, actúa como un escultor que trata de tallar un ángel con un pedazo imposible de roca… Lo único que consigue hacer es evocar al diablo. He llamado a Peter y le he pedido que posara para mí esta mañana… Este es otra clase de demonio: irreflexivo, estúpido, malo y cruel… pero su cuerpo es perfecto, y mientras le pago es

todo mío… He aprendido a domarlo con el desprecio, porque puedo pagar a veinte como él, y lo sabe…

Pocos días más tarde el tono emocional se invertía por completo:

> Siempre que Ed se siente presionado por los asuntos de su propia profesión reclama de mí una preocupación instantánea. Debo entender en el acto los aspectos complejos del problema, el choque de las personalidades. Debo derramar sobre él mi simpatía y mi solicitud. Le digo que no puedo hacer tal cosa. Mi mente y mis emociones no funcionan de ese modo. Yo jamás pretendería que él me cuidase como a una niña cada vez que tengo problemas con una tela. Si necesita esa clase de consuelo, puede comprarlo en un burdel o llamar a una muchacha de las que se venden a tanto la hora. No me importaría… Sí me importa y me molesta mucho que me tironee por aquí y por allá como si yo fuese una muñeca de trapo… Pero apenas regreso aquí me sereno otra vez. Llamo a Danny. Dice que vendrá y posará para La mujer frente a la ventana. Mientras posa, conversamos. Me explica todos sus problemas, con las mujeres y con los hombres. La tranquilizo hablándole en tono amable. Me proporciona tanto placer ver que sus músculos tensos se aflojan y su cuerpo blanco empieza a transmitir su imagen fluida, que este cambio queda reflejado en la tela.
>
> Cuando hemos terminado, nos besamos un poco y bebemos una copa, y hacemos el amor de un modo reconfortante…

En otro lugar se mencionaba el aspecto maníaco del carácter de Bayard:

> … No incurre en una violencia torpe. No golpea ni rompe cosas. A veces creo que sería más saludable si lo hiciera. Sucede más bien que su cólera se vuelve hacia adentro y se convierte en otra cosa, en una amenaza solapada, como la de un villano en la tragedia.
>
> Excepto que esto no es una obra de teatro, sino la realidad, y confieso que me atemoriza terriblemente. Es como contemplar la cara de Siva, la fuerza de la destrucción. He tratado de recoger la imagen en un boceto, con la esperanza de exorcizarla al llevarla a la tela, pero la mano me ha fallado y mi memoria se

> ha quedado en blanco… Lo único que sucede es que hoy no puedo afrontar la soledad del estudio. Debería salir, pero eso significaría que Edmund me ha derrotado. En cambio, decido llamar a Hugh Loredon… Viene, como siempre apenas chasqueo los dedos, pero sé que él reaccionará del mismo modo ante cualquier mujer hermosa. Hugh no representa un triunfo para mí. Lo puedo convocar como si fuese el bufón de la corte, seguro de que me arrancará una sonrisa; me reiré de mí misma y de él. Pero cuando le hablo de Ed y sus cóleras sombrías menea desesperado la cabeza y me dice: Si no os separáis, uno de vosotros morirá asesinado… Madi, recuerda lo que te digo. No comprendo cómo soportas esta vida, es como un brebaje de brujas hirviente y burbujeante sobre el fuego… Le digo que exagera, pero en el fondo sé que está diciendo la verdad. Me gustaría que me hiciera el amor, pero tiene prisa por irse… Según afirma, para asistir a una exposición. Sé que está ahorrando fuerzas para una de sus clientas. Retenerlo es como tratar de conservar el mercurio…

El único sector de la vida de ambos que parecía hallarse a salvo de la profanación era la pasión mutua por el arte. Los comentarios de Madeleine acerca de una salida para comprar obras eran esclarecedores:

> … Es como cambiar de pareja en medio de una danza. Tan pronto ve algo que le gusta, en este caso una pieza de Georgia O'Keefe, rocas blancuzcas y una flor de cactus, gigantesca sobre el fondo del desierto, se transforma de forma súbita. Es como un exorcismo; los demonios se alejan expulsados, el hombre queda vacío e inocente y tembloroso… Se vuelve hacia mí y dice: «Esto me maravilla. ¿Puedes soportarlo? Dímelo». Yo siempre coincido con él. Sería un monstruo si procediese de otro modo, porque su instinto es tan certero. Yo también admiro la obra, pero entre mi persona y ella se alzan todos los obstáculos del conocimiento, y por qué no, todos los celos de un artista que envidia las cualidades de otro…
>
> He tratado de explicar esto a Henri Berchmans cuando ha venido a pasar unas horas conmigo. Se ha echado a reír y me ha dicho: «Vosotros los artistas sois los niños malcriados de Dios. Él os permite espiar el interior del cielo. ¡Y vosotros todavía

> deseáis fabricar bolas de barro en el infierno!». Después, me ha hecho el amor, como un jovencito campesino en el desván, sobre la pila de heno, de forma rápida y brutal. Pero también él me hace sonreír, y de un modo extraño me ayuda a llegar al perdón de mí misma… Este es el problema con Edmund. Cuando el exorcismo ha terminado y la casa está tranquila y vacía, los demonios retornan, más numerosos que antes, y terrible, terriblemente implacables…

Y allí, según le pareció a Mather, estaba la clave misma de la tragedia: dos personas que jamás podían perdonarse la una a la otra por ser lo que eran. Madeleine se mostraba tan implacable como su marido. Incluso el amor se convertía en un acto de venganza. Los cuadros que ella pintaba representaban todos a diferentes figuras cautivas, que en vano intentaban jugar. Era extraño que las únicas piezas de verdad felices fuesen las fantasías eróticas en que los participantes eran como compañeros de juego en un Edén primitivo. Pero incluso esta ilusión era demasiado frágil, para resultar reconfortante:

> … Sé que Edmund paga el sexo que yo le niego; del mismo modo que yo pago u ordeno o seduzco a los amantes a quienes necesito, en lugar de él mismo. Henri Berchmans tiene razón. Somos ambos niños malcriados de Dios. Soportamos la carga de ciertas dotes, y no sabemos cómo compartirlas… Hoy ha venido a verme Hugh Loredon. Me ha dicho que tenía cáncer, y que el pronóstico no era bueno. Yo sabía que él necesitaba consuelo. De pronto, no he tenido nada que ofrecerle. La presencia de la enfermedad me ha repelido. Me he estremecido ante el contacto de su piel. Se ha ofendido de un modo terrible. Jamás he visto a nadie tan poseído por la ira, tan lleno de odio. Sin embargo, no he podido evitarlo. Por primera vez desde que lo conozco, Hugh no ha tenido nada que decir. Sobre el caballete había una tela a medio terminar. La modelo era una joven de Negroni’s, una bailarina. Hugh la ha contemplado en silencio, después ha cogido un pincel y ha tachado la imagen con pinceladas grandes y desordenadas. Y al fin me ha dicho: «Madi, un día alguien te matará. Quizá yo mismo obtenga ese placer antes de morir». Viniendo de un hombre como Hugh, la frase ha parecido una maldición bíblica… Cuando se ha

marchado, ha retirado la tela del marco y he iniciado una obra completamente nueva…

Mather marcó el pasaje, consciente de que era una explicación demasiado fácil y tentadora de la muerte de Madeleine. De todos modos Hugh Loredon seguramente la había leído; y bien podía haberla utilizado como una suerte de indicio para crear su propia ficción. Era medianoche. Mather sintió que le ardían los ojos. Se disponía a cerrar el libro cuando otro fragmento atrajo su atención.

… Los muchachos y las jóvenes de Negroni’s siempre están experimentando con drogas de diferentes clases. He impuesto la norma de que en mi estudio no se consuman drogas.

Peter, siempre estúpido, ha intentado desafiarme. Fuma marihuana, y aspira cocaína. Esta mañana ha realizado una gran exhibición mientras Danny y Paula estaban aquí. Lo he echado. Se ha negado a salir. Me he dirigido al teléfono y he marcado el número de la Policía. Ha intentado arrebatarme el teléfono. He tomado la daga que utilizo como cortaplumas y he apoyado la punta en su ingle… Ha soltado el teléfono y se ha ido. Le he dicho que nunca, nunca regrese. Esto y el incidente de la violación han sido demasiado… Paula se ha ido un poco después, pero Danny se ha quedado. Estaba muy irritada. Me ha reprochado con amargura: «Yo te amaba, Madi. Habría hecho cualquier cosa por ti. Confiaba en ti.

Intervenía en tus jueguecitos porque creía que tenían un sentido para las dos… Pensaba que eras la mujer más hermosa y con más talento del mundo. ¡Y mírate ahora! Estás destrozándote y destrozando a todos. Pareces una trotona; desde hace varias semanas no has pintado un cuadro decente». Yo estaba furiosa, porque sabía que ella tenía razón. Me he acercado y la he abofeteado. Me ha arrebatado el arma y se ha acercado… He dejado caer los brazos y he permanecido en el mismo lugar. Se ha detenido; después, ha arrojado la daga sobre la mesa. Le he rogado que se quedara y bebiese conmigo. Después, recomenzaríamos todo (nuevos cuadros, amigos diferentes). Ha meneado la cabeza y se ha marchado… He cogido una tela limpia del bastidor, y he empezado a preparar el fondo para describir una tormenta… Más o menos media hora

> más tarde ha llegado Edmund. Ha sido la primera vez que ha venido sin avisarme. Ha dicho: «He tenido una sensación muy extraña, me ha parecido que podías estar en dificultades. He pensado que debía recogerte y llevarte a casa».
>
> Se lo he agradecido, y le he dicho que me complacía que hubiese venido y que estaba dispuesta a salir…

Mather cerró el libro y lo guardó en su cartera, con el resto de los documentos, de modo que quedó preparado para la reunión de la mañana siguiente con Munsel y para la reunión que más tarde debía mantener con la Policía. Sentía una fatiga enorme, pero después de la lectura su mente funcionaba como una máquina. Se sirvió un *whisky*, sintonizó en el televisor un filme de vaqueros y se instaló en un sillón, con el fin de calmar sus nervios. En ese momento llamó el portero. Era inglés, un emigrante reciente, y hacía lo posible para dar un poco de elegancia a Manhattan. En el vestíbulo estaba un tal señor Bayard. ¿El señor Mather estaba en casa?

—Envíelo a mí apartamento —dijo Max Mather con voz cansada. Bayard estaba un poco borracho, pero se le veía bastante bien, y olía a jabón barato y aceite para masajear. Dijo:

—Sé que la hora es inoportuna, pero hay un consejo bib… bíblico: «Nunca dejes que el sol se ponga sobre tu cólera…». El sol se ha puesto, pero ha salido la luna… Anoche estábamos irritados.

—Ahora, ambos estamos cansados. Ed, no prolonguemos el sufrimiento. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me ha llamado Anne-Marie. Ha dicho que usted pensaba poner de relieve todo el asunto de esa mujer Danziger.

—Así es.

—Quiero decirle que estoy de acuerdo… Es la palabra. Estoy por completo de acuerdo.

—Me alegro de que lo vea así.

—¡El único modo posible, Max! Inocente hasta que se demuestre lo contrario…, que se haga justicia…, todo eso. Muy apropiado. Me agradaría un poco de café. Ese lugar que visito tiene mujeres caras, pero las bebidas son gratuitas. He bebido bastante, de modo que mi comportamiento ha sido un tanto cohibido. ¿Sabe a qué me refiero?

—Prepararé café.

Bayard lo siguió a la cocina, sin cesar de hablar.

—Max, coincido con su política acerca de la exposición. La carne está en el fuego. Que crepite. ¿Qué podemos perder? Nada. ¿Qué podemos ganar?

Nada, salvo dinero. De modo que le he dicho a Anne-Marie: «¡Adelante, en cuerpo y alma!». Ni azúcar ni leche. Café solo bien fuerte. Y Max, quería decirle otra cosa…

—¿Vamos dentro con el café?

—Sí, sí, claro. Otra cosa que deseaba decirle, Max, es que me alegro de que ya no seamos rivales.

—Por lo que sé, nunca lo hemos sido.

—Me pareció que sí…, lo que viene a ser lo mismo. Me he enterado de que se va a casar con una señorita suiza.

—¿Y?

—Enhorabuena.

—Gracias.

—Y yo le pediré a Anne-Marie que se case conmigo, inmediatamente después de la exposición.

—Probablemente es mejor que lo deje hasta ese momento; ahora ella se siente muy presionada.

—Pero su apoyo es una gran ayuda, Max, una ayuda enorme. Ahora, con respecto a esa pobre muchacha, Danziger…

—¿Qué pasa con ella, Ed?

—No lo hizo.

—Sé que no lo hizo, Ed. Pero habrá que demostrarlo ante el tribunal, frente a un jurado neoyorquino… Si usted sabe algo que pueda facilitar la defensa…

—Sé que no lo hizo.

—Ya lo ha dicho… ¿Cómo lo sabe?

—El golpe, Max. El arma. No corresponde a una mujer, y menos aún a esta.

—Entonces, ¿por qué se comportó de aquel modo cuando llamé desde Zurich?

—Porque no había tenido tiempo de pensar en ello. Era como recibir un pelotazo en los dientes…

—¿Está dispuesto a testificar en el juicio?

—¡Max! ¡Max! Esta noche piensa usted con mucha torpeza. Lo que tengo es una opinión, no una prueba. Y eso es peor que inútil en un tribunal. Pero si surge otra cosa, de veras que se lo diré…

—Ed, es muy tarde, y deseo acostarme. ¿Para qué ha venido en realidad?

—¡Oh, eso! Sí, bien, una serie de cosas. —Comenzó a contar con los dedos—. Primero, un café, que ya me está despejando. Segundo, hablarle de

Anne-Marie y de mí. Tercero, felicitarlo por su compromiso. Cuarto, decirle que prefiero que su amigo florentino sea quien presente los cuadros de Madi. Lebrun lo hará muy bien. Y quinto… ¿qué demonios era el quinto punto? ¡Oh, sí! Invitarlo a cenar en mi apartamento el próximo miércoles. Es una especie de anticipo de la exposición, la crema de la crema de los conocedores de Manhattan. Veinte personas, corbata negra. Anne-Marie será mi anfitriona. Le asignaré como pareja a la señora Lois Heilbronner. Según ella dice, ustedes antaño se conocieron muy bien.

«¡Oh, Dios mío! —Max Mather rezó en silencio—. ¿Por qué ahora? ¿Por qué a mí?».

Pero ya conocía la respuesta. Dios era un aficionado a las bromas pesadas, que cuidaba de los borrachos y los locos como Bayard, pero no tenía compasión con los casanovas con talento como Max Mather.

CAPÍTULO XVI

—Señorita Danziger, usted se sentará a la cabecera de la mesa. —George Munsel estaba preparando la escena para la conferencia de la mañana—. Max se sentará a su lado, a cierta distancia. Yo estaré frente a él. De hecho, usted se encontrará aislada, como será el caso ante el tribunal; es la situación en que se encuentran todos los testigos, cuando pasan a declarar. En sí misma, es esa una prueba de resistencia y concentración. Esta mañana, en relación con este ensayo, ni Max ni yo somos sus amigos. Somos inquisidores de la vieja escuela, deseosos tan solo de llegar a la verdad. Ambos tenemos información que usted no posee. De modo que lo que usted nos diga será verificado comparándolo con lo que ya sabemos. ¿Está claro?

—Sí.

—No habrá concesiones en el interrogatorio… ni cortesía. ¿Está preparada para eso?

—Sí.

—Si yo decido llamarla a declarar ante el tribunal, y todavía no lo he decidido, usted estará bajo juramento. Una respuesta falsa será perjurio. Ahora, usted contestará como si estuviese bajo juramento. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Durante cuánto tiempo conoció a Madeleine Bayard?

—Unos dos años.

—¿Cómo la conoció?

—Yo estaba trabajando en un artículo para Belvedere, un material titulado «Artistas y Modelos».

Seldes había exhumado viejas fotografías y grabados de Montparnasse y la Via Margutta, de Roma, y del Café de París en Londres. Deseaba demostrar la continuidad con el Soho y el Village moderno. Negroni's fue uno de los lugares que visité. Una de las personas a quienes conocí y con las que conversé fue Madeleine Bayard.

—Se convirtieron en amigas.

—Sí.

—En ocasiones usted posó para ella.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo pasó antes de que se convirtieran en amantes?

—Imagino que un par de meses.

—¿Sus preferencias sexuales se orientan de manera exclusiva hacia las mujeres?

—En aquella época, no. Ahora sí.

—¿Por qué el cambio?

—Creo que porque ya no intento ser lo que no soy.

—¿Su relación con Madeleine Bayard era exclusiva?

—No. Ella tenía otros amantes.

—¿Y usted?

—Yo seguí su ejemplo.

—¿Le gustaba la variedad?

—No. Descubrí que yo… no estaba preparada para eso.

—¿Puede explicarme lo que acaba de decir?

—Sentía que estaba dividiéndome en pedacitos, como una tarta de bodas, y ofreciéndome de modo que otros me consumieran. Temí que los pedazos nunca volvieran a reunirse. Necesitaba y necesito la seguridad de la relación con una sola persona.

—En otras palabras, ¿es usted muy posesiva?

—Sí.

—¿Celosa?

—Sí.

—¿Hasta qué punto es celosa? ¿Mucho, hasta el absurdo?

—Muy celosa.

—¿Lo suficiente para matar a alguien?

—Lo suficiente para preguntarme si podría matar a alguien.

—Sin embargo, usted participó voluntariamente en distintos entretenimientos sexuales con personas de ambos sexos. Estas diversiones fueron organizadas y dirigidas en el estudio por Madeleine Bayard.

—Intervine. No siempre voluntariamente.

—¿Protestó?

—Casi siempre me irritaba, pero en silencio.

—¿Cuándo protestó?

—Cuando un hombre que no me gustaba me forzó a hacer cosas que yo no quería hacer.

—¿Mientras Madeleine miraba?

—Sí.

—¿Y alentaba el episodio?

—Sí.

—¿Y cuando usted protestó?

—Interrumpió la escena.

—Y usted, ¿cómo se sintió?

—La odié.

—¿Para siempre?

—No. Carezco de la fuerza necesaria para eso… No puedo amar u odiar mucho tiempo o con mucha intensidad.

—Con su permiso, George. —Max Mather interrumpió el interrogatorio—. Me gustaría que Danny comentase ciertas notas que tengo aquí. Son notas textuales de los diarios de Madeleine.

Danny, ¿usted sabía que ella llevaba un diario?

—Sí. Pero nunca permitió que yo u otra persona lo leyésemos.

—Ensayaremos algunos fragmentos con usted… «Paula y Danny están celosas la una de la otra. Me he apartado de ellas y las he inducido a hacer el amor con Lindy. Después, he incorporado a Peter. Les explico una y otra vez que el amor debe ser diversión, no furia…». ¿Eso se refiere a la ocasión que usted acaba de mencionar?

—Sí.

—¿Diría que es una versión exacta de lo que sucedió?

—Por supuesto, no lo es. Aquí parece como si se tratase de una serie de juegos despreocupados, y como si nadie fuese… el maestro de ceremonias. No era eso, en absoluto. Fue un episodio grosero y cruel y… ¡peligroso!

—Entonces, veamos esto. —Le leyó el prolongado relato del episodio de las drogas, y el ataque de la propia Danny Danziger a Madeleine con la daga—. ¿Eso es cierto?

—No, no lo es. Ante todo, Paula no estaba; solo estábamos Peter, Madi y yo misma. Madi miente cuando dice que ella no permitía drogas en el estudio. No hubiera podido organizar sus reuniones sin ellas. Pero nunca las consumía. Temía el efecto que podrían tener sobre su trabajo, que era lo único que ella respetaba. Pero sí, los jóvenes de Negroni’s las traían… en esta ocasión Peter me ofreció cocaína. La rechacé. También para mí supone un riesgo demasiado grande.

Dependo de un solo talento. Entonces, Peter comenzó a ponerse difícil. Tenía una especie de rutina… Primero rogaba, después manifestaba una

crueldad juguetona, y finalmente se mostraba violento. Madi se mantenía al margen y miraba. Yo agarré la daga con una mano, y un jarro de trementina con la otra. Le arrojé la trementina a la cara. Eso le enfureció. Hui corriendo, y dejé que Madi lo limpiase… No sé cuál es la fecha de ese episodio, pero no regresé al estudio hasta que Madi me llamó, el día de su muerte.

—En definitiva, lo que usted dice —George Munsel retomó el interrogatorio— es que el diario de Madeleine es un documento poco fiable.

—Lo que estoy diciendo es que no se trata de un documento. Es un relato que ella armaba día tras día para que fuese posible vivir consigo misma… Mire, Madi conocía mi debilidad por ella.

Sabía de mi indecisión acerca de mi propia identidad sexual. Pero me empujaba hacia Peter, ese rufián musculoso… Después, por supuesto, la cosa se descontrolaba. Yo hubiera podido matarlo, o él hubiera podido lastimarme de veras.

—¿Usted podría haber matado a Madeleine?

—A veces, sí.

—¿Lo hizo?

—No.

George Munsel consultó sus notas y después, con la misma voz seca y distante, continuó su inquisición.

—El día del asesinato fue el 18 de febrero. Dígame exactamente qué hizo ese día.

—No puedo decirlo con exactitud. Recuerdo bastante bien la mañana. La tarde es una imagen mucho más confusa.

—Dígame entonces qué recuerda.

—Me levanté a las siete y corrí hasta las ocho. Por la Quinta hasta la Calle 17, crucé hacia Madison, y luego fui de Madison al Gran Central, para regresar a casa.

—¿Qué tiempo hacía?

—Bueno, pero muy frío.

—¿Y después?

—Me duché, preparé el desayuno, y fui a la biblioteca municipal para buscar una referencia.

—¿Sobre qué?

—La falsificación de Miguel Ángel.

—No estoy familiarizado con eso.

—Miguel Ángel envejeció falsamente la estatua de un cupido durmiente para un tratante milanés, que vendió la obra como una antigüedad auténtica al

cardenal San Giorgio…

—Y halló la referencia. ¿Después?

—Me detuve en una papelería para comprar algunos sobres de papel madera y algunos rótulos…

Después, bebí un café.

—¿Dónde?

—Cerca de la Calle 47. Después, cogí un taxi y me fui a casa. En mi contestador automático había un mensaje de Madi. Me pedía que la llamase.

—¿Y lo hizo?

—No enseguida. Había vivido libre de ella durante un tiempo. En realidad, no quería mezclarme de nuevo.

—En definitiva, ¿por qué la llamó?

—En su voz había algo que me inquietaba. Me llamó con voz entrecortada y vacilante, como si estuviese borracha. Después me pregunté si no estaría sufriendo un ataque… Había visto lo mismo en una de mis tías. Lo recordé con mucha intensidad.

—¿De modo que por fin la llamó?

—Sí.

—Y Madeleine contestó.

—Sí.

—¿Qué le pareció entonces?

—Mejor, pero todavía no era ella misma. Le pregunté qué quería. Dijo que no se sentía bien, y me preguntó si yo estaba dispuesta a ir al estudio y almorzar con ella. Le pregunté si estaba sola.

Respondió que sí. Acepté ir a verla.

—¿Qué hora era?

—Alrededor de mediodía.

—¿Antes o después?

—Poco después.

—¿Cómo lo sabe?

—Cuando entré encendí la radio. El programa informativo del mediodía había comenzado poco antes.

—¿Cómo llegó al estudio?

—En taxi.

—¿A qué hora llegó?

—Alrededor de la una menos diez.

—¿Cómo entró?

—Por la puerta principal. Toqué el timbre. Madi me abrió.

—¿Cómo iba vestida?

—Como iba siempre que trabajaba. Una bata sobre los pantalones.

—¿Qué estaba haciendo cuando usted llegó? ¿Pintaba, dibujaba, escribía… qué?

—Pintaba. Había una tela inconclusa sobre un caballete.

—Pero usted dijo que ella no se sentía bien.

—No. Dije que me pareció que no se sentía bien, a juzgar por la voz, y ella en efecto me dijo que no estaba bien. Tenía la cara abotagada, y desde luego su forma de hablar no era normal.

—¿Qué sucedió después?

—Le pregunté qué ocurría. Me explicó que el médico le había recetado sedantes. Se quejó de que eran demasiado fuertes, y de que le producían sueño. Vi la botella de *whisky* y el vaso. Le advertí que no debía beber cuando tomaba sedantes. Me aseguró que había bebido solo un poco.

Después, la convencí de que se quitase la bata y los zapatos y se acostara. La cubrí con las mantas y me senté en el borde de la cama, y le hablé hasta que ella se quedó dormida. No sabía muy bien qué hacer. No deseaba permanecer allí. Tampoco quería dejarla. De modo que fui a la planta baja y de la puerta colgué el letrero: «No regreso hasta las 5.30». Después, llamé al señor Bayard, que estaba en su oficina. Me dijeron que había salido a almorzar. Me preguntaron si deseaba dejar algún mensaje. Me pareció que era mejor no hacerlo. Después, probé con Hugh Loredon. Sabía que los dos habían tenido una grave disputa acerca de algo, pero Hugh siempre adoptaba frente a ella una actitud muy protectora y, de hecho, conmigo también. Habíamos hecho el amor algunas veces, y aunque no era nada fuera de lo común, tampoco era demasiado mediocre… Hugh estaba en su oficina. Me dijo que no me quedase en el estudio, que me asegurase de que Madi estaba bien abrigada y de que los radiadores funcionaban. Llegaría en quince o veinte minutos… Me alegré de salir de allí. Después del episodio de Peter temía a la pandilla de Negroni's. Salí por la puerta del fondo, anduve media docena de calles y tomé un taxi que me llevó fuera de la zona…

—Con su permiso, George —intervino Mather—. Desearía preguntar acerca de los radiadores.

Ese edificio es un almacén enorme y frío. Hemos tenido que instalar acondicionadores de aire para lograr que fuese habitable. ¿Qué usaba Madeleine?

—Calefacción de gas —dijo Leonie Danziger—. Los sistemas que se alimentan con un recipiente lleno de gas. Uno puede trasladarlo de un lugar a

otro, modificar la intensidad y concentrar el calor. Había tres aparatos en el segundo piso y seis en el sexto, pero bajo las vigas no había material que aislase el lugar, de modo que las salas se enfriaban con mucha rapidez.

—Bien —dijo George Munsel—, usted nos ha dado su versión. Ahora, le diré lo que el fiscal explicará al jurado, con el apoyo de algunas pruebas. Después, Max propondrá otro conjunto de variaciones sobre el mismo tema. Pero antes de que lleguemos a eso, Max le formulará una pregunta.

—Usted me envió a Zurich un resumen de los informes policiales y periodísticos acerca del caso.

Me envió fotografías. No mencionó ni uno solo de los hechos que acaba de revelar ahora. ¿Por qué?

—Porque no tenía idea de que estaba bajo sospecha. No vi motivo para complicar mi vida con revelaciones innecesarias. Y nuestra relación, la suya conmigo, Max, se asentaba sobre una base rigurosamente limitada.

—Eso está claro. Gracias. George, continúe.

—La argumentación del fiscal, según usted la escuchará ante el tribunal, es la siguiente. En primer lugar, el tiempo. Un testigo que estaba bebiendo café en Negroni’s declarará que usted entró por la puerta principal del estudio a las dos y diez minutos. Hugh Loredon, el desaparecido Hugh Loredon, afirma en una declaración certificada en presencia de un notario, y realizada poco antes de su muerte, que usted lo llamó alrededor de las tres menos cuarto y le dijo que Madeleine estaba muerta. Él le ordenó que tomase el arma, dejase el estudio por la puerta trasera y anduviera varias calles antes de tomar un taxi para volver a su casa… Él se ocuparía del resto. Más avanzado el día, esa parte del día acerca de la cual usted no tiene recuerdos claros, Loredon fue al apartamento que usted ocupa, y usted le relató cómo había sucedido todo, y él le recomendó que cerrase la boca, no dijese nada, y todo saldría bien… En fin, preguntará el fiscal, ¿qué le parece todo esto, señorita Danziger?

—No es cierto. ¡Sencillamente no es cierto!

—Pero ¿cómo lo demostrará? La vieron entrar en el estudio más de una hora después del momento en que usted dice que llegó. Usted reconoce que llamó a Hugh Loredon. Él afirma que usted todavía se encontraba en el estudio cuando él llegó, y que reconoció haber asesinado a Madeleine. Usted conocía el arma. De acuerdo con los diarios, usted ya había amenazado una vez a Madeleine con esa daga. Incluso en su versión usted asegura que amenazó a Peter. Dijo que llamó primero a Ed Bayard, pero que no le dejó un mensaje. De modo que no hay registro de la llamada.

La declaración de Hugh Loredon afirma que él fue después al apartamento en que usted vive. Usted dice que recuerda muy poco de lo que sucedió esa tarde. ¿Por qué?

—Fui a Roxanne’s.

—¿Y qué es Roxanne’s?

—Es un club, un club de mujeres. Le llaman el Centro Sáfico. Me reuní con algunas amigas.

Bebimos unas copas… en realidad, un número excesivo. Algunas decidimos caminar para recobrar la lucidez. La caminata se convirtió en un desorden de risas y riñas. Lo único que recuerdo con claridad es que regresé bastante tarde a casa y que tuve que pedir prestado al portero el importe del taxi…

—¿Y no recuerda la visita de Hugh Loredon?

—No.

—Volvamos a Madeleine. ¿Dice que la acostó vestida?

—Sí.

—La Policía afirma que estaba desnuda y que sus ropas aparecieron pulcramente ordenadas sobre una silla. Por supuesto, se sugiere que estuvo con una amante… una amante femenina, pues no hay pruebas de relación con un varón. Ahora bien, ustedes dos tuvieron antes ese tipo de relación, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y a veces, como usted nos dijo, terminaron en disputa.

—Sí.

—¿Como esta?

—¡No hicimos el amor! Sucedió tal y como yo le dije.

—Si usted no mató a Madi, ¿quién lo hizo?

—El hombre de Negroni’s. El propio Hugh Loredon. ¿Cómo puedo saberlo?

—¿Quién era el hombre de Negroni’s?

—Tuvo que ser Peter. Me odiaba bastante como para urdir esta trampa.

—Pero ¿cómo pudo saber que usted se encontraría allí?

—Quizá persuadió a Madi de que me invitase. Lo había hecho antes. Madi estaba trabajando en el cuadro de una figura masculina. Es posible que él fuese el modelo.

—Consideremos el otro candidato… Hugh Loredon. ¿Le parece que pudo ser el asesino?

—Nunca llegué a conocer muy bien a Hugh. Al principio me gustó; todo el mundo simpatizaba con él. Él… me ayudó desde el punto de vista afectivo en un momento muy doloroso. Era muy eficaz en los primeros auxilios, pero nunca en la etapa ulterior del tratamiento. —Danny Danziger rio con un gesto breve y nervioso—. ¡Max, en eso usted es mucho mejor! Pero sí, en él había una faceta sombría, y a veces creo que Madeleine la excitaba.

Mather intervino de nuevo en el diálogo. Mostró a George Munsel un cuaderno de bocetos, y el abogado asintió en silencio. Mather explicó el asunto a Danny Danziger.

—Estos cuadernos de bocetos acompañan a los diarios. ¿Los conoce?

—No lo creo.

—Entonces, prepárese para recibir una impresión. Cuando haya conseguido dominarse, quiero que identifique a cada persona que le parezca conocida en cada página.

Le entregó los cuadernos. Los dos hombres la observaron con atención mientras ella asimilaba la primera impresión, y después con movimientos pausados comenzaba a volver las páginas. Por fin, cerró los cuadernos y levantó los ojos. Dijo con frialdad:

—Son como los diarios; el deseo convertido en pensamiento, la pasión recordada mucho después de que haya desaparecido. Son como los dibujos de Beardsley, de exquisito refinamiento, sin redundancias, sin pasos en falso… Pero si ustedes hubiesen visto sus primeros bocetos de un tema, el desenfado, el dominio desaprensivo… ¿dónde están ahora esos dibujos? Sé que existieron, porque estuve en el estudio cuando realizó algunos.

—Quizá —sugirió en tono amable Munsel—, quizá los destruyó la propia Madi después de convertirlos en la forma que usted tiene ante sus ojos.

—Es posible… —Danny Danziger tenía una actitud muy dubitativa.

—Ahora —dijo George Munsel—, repasemos otra vez los bocetos. Asigne un nombre a todas las caras conocidas.

Después, Max Mather realizó otra incursión en la conversación.

—Algo me inquieta… Podemos indicar un motivo que habría inducido a Hugh Loredon a asesinar a Madi… Pero ¿por qué le tendió esta trampa, de manera que usted recibiese el castigo?

No, durante un momento no diga nada… Quiero leerle lo que él me dijo en Ámsterdam. No es textual, pero se aproxima bastante: «Fui su primer hombre, de lo cual me siento muy orgulloso, una victoria especial. ¡Dios mío! ¡Qué ingenuo fui! El encuentro fue un desastre para los dos…». ¿Danny, verdadero o falso?

—Verdadero. —Danny Danziger mostraba una fría cólera—. Fue un lío, un episodio mezquino, desordenado y humillante. Él se desentendió del asunto con una sonrisa. Era su estilo. Yo me sentí ofendida por dentro y por fuera. Lo odié por eso… ¿por qué me tendió esa trampa? Se lo habría hecho a su propia madre de haberle convenido. Pero ¿dónde me lleva todo esto? Madi y Hugh han muerto. ¿Quién habla en defensa de Danny Danziger?

—Yo. —George Munsel sonrió por primera vez—. Y Max está realizando un trabajo espléndido en colaboración conmigo. Usted ha soportado bien una sesión difícil, de modo que creo que tiene edad suficiente para escuchar algunas observaciones francas y al mismo tiempo no comenzar a alimentar falsas esperanzas… El hecho real es que no deseo que este caso se ventile en el tribunal.

Nadie saldrá limpio de este asunto; mucha gente quedará manchada para el resto de su vida; el periodismo hará su agosto y la justicia no saldrá bien parada. A estas alturas, la argumentación del fiscal no es sólida; pero la nuestra tampoco lo es. Entre este momento y la fecha del juicio debemos reunir material suficiente para depositarlo sobre el escritorio del fiscal y convencerlo de que sería un tonto si sigue adelante… Les advierto que no es fácil; no conviene apostar al triunfo; pero lo intentaremos.

—Y entretanto, ¿qué hago?

—Trabaje. Lleve una vida normal. Manténgase en una actitud discreta, aléjese de lugares como Roxanne’s y no discuta el caso con nadie, salvo yo mismo.

—¿Ni siquiera con Max?

—Ni siquiera con él. Es un testigo. Y yo soy su abogado… Lo cual significa…

—¡Lo cual significa que Moisés desciende de la montaña con sus cuernos de fuego! —dijo Max Mather con una mueca.

—También significa —dijo George Munsel—, que la señorita Danziger le entregará ahora un cheque por diez mil dólares, para rembolsarle los honorarios que usted me adelantó.

—¿Dispone de esa suma, Danny?

—Puedo pagarla —dijo Danny Danziger—. Pero aun así, estoy en deuda con usted, Max. Jamás podré agradecerle bastante lo que ha hecho.

Mather meneó la cabeza. Extendió la mano para tocar la de Danny Danziger.

—Ninguna deuda. Ahora estamos en paz. Podemos permitirnos ser amigos. Asimismo, tenemos que trabajar juntos.

—Ahora vuelva a su casa —dijo con brusquedad George Munsel—. Max y yo aún tenemos cosas que hacer.

Apenas Danny Danziger se marchó, Munsel se zambulló en un tema distinto:

—La muerte por compasión a petición del paciente en otra jurisdicción… Hasta ahora las compañías norteamericanas me han litigado para clasificar este acto como suicidio. Si el certificado de defunción emitido por la jurisdicción en que sobrevino la muerte está en orden, el fallecimiento será aceptado como normal y se pagará el seguro… De modo que no debemos preocuparnos si la Policía se entera del modo en que murió Hugh Loredon… Pregunta siguiente: el fideicomiso de un cuarto de millón establecido por Hugh y administrado por Lutz amp; Hengst en beneficio de AnneMarie Loredon. El depósito original fue de doscientos mil dólares; el resto está formado por los intereses acumulados. El creador del fondo fue el mismo Hugh Loredon…

—Lo cual no nos ayuda mucho, ¿verdad?

—¡Un momento, amigo, no se impaciente! ¡Espere! El fondo fue creado con un cheque de banquero contra el Citibank… Y los fondos formaron un débito contra la cuenta personal de Edmund Justin Bayard. La fecha de la transacción fue el 25 de febrero…

—Una semana después de la muerte de Madeleine Bayard.

—Exacto.

—Y eso significa…

—No significa nada. —George Munsel hizo un gesto de advertencia—. Nos lleva a formular una pregunta: ¿qué consideración pudo tener Hugh Loredon, un manirroto notorio, en beneficio de Edmund Bayard a cambio de doscientos mil dólares?

—Hace más de doce meses —le recordó Mather—, cuando Anne-Marie continuaba viviendo en el extranjero, pero Hugh Loredon había recibido las primeras noticias de su sentencia de muerte.

—Reflexionemos acerca del tema —dijo George Munsel—. Dentro de poco usted tendrá que enfrentarse a dos investigadores de homicidios, Hartog y Bechstein… Su actitud será de total cooperación, con mi asesoramiento. Como usted será presentado en la condición de testigo experto, la Policía deberá actuar con cautela, y usted podrá mostrarse tan cordial como su naturaleza benigna se lo imponga.

—Mi naturaleza benigna necesita una taza de café.

—Mientras se la consigo —dijo George Munsel—, pruebe lo siguiente… Hugh Loredon ha recibido la gran noticia. Está sentenciado a muerte. Ed Bayard cumple una sentencia de cadena perpetua con una esposa brillante pero perversa. Hugh Loredon también ha tenido problemas con la misma dama. Por lo tanto, propone un trato. «Yo la liquido, si usted me suministra fondos que dejaré a mi querida hija…». ¿Leche y azúcar?

—No, solo, por favor.

Cuando Munsel regresó con el café, Mather le leyó el pasaje de los diarios que describía el momento en que Loredon anuncia su enfermedad: «Me he estremecido al contacto de su piel…».

Jamás he visto a nadie poseído por la ira, tan lleno de odio… me ha dicho: «Madi, un día alguien te matará. Quizá yo mismo obtenga ese placer…».

Munsel pareció dubitativo y después expresó con palabras su duda.

—Max, no puede quemar la vela por los dos extremos. Si usted dice que los diarios son en parte invención, no puede convertirlos después en evidencia concreta.

—Entonces, ¿qué le parece esto, George? —Consultó sus anotaciones—. Sostuve una conversación con Bayard, en una ocasión después de la cena, en su casa. Hablamos de Hugh Loredon. Bayard dijo: «No lo culpo de nada. No puedo culpar a ninguno de los hombres que tomaron lo que ella ofrecía». Pregunta: ¿por qué Bayard se mostraba tan tolerante frente a un hombre con quien su esposa le había sido infiel?

—Max, eso no basta para demostrar su tesis.

—¡Lo intentamos, hermano George! ¡Lo intentamos!

—¡En efecto! ¡Ahora, atravesemos el corredor y veamos cómo se enfrenta a dos excelentes policías neoyorquinos!

Hartog y Bechstein eran una pareja muy experimentada. Mather asumió la actitud de un testigo dispuesto a cooperar. George Munsel estableció las reglas básicas, en su condición de árbitro razonable.

—El señor Mather está aquí por su propia voluntad para ayudarles en todo lo posible. Como será un testigo importante de la defensa, de vez en cuando tendré que asesorarle. ¿Está claro, caballeros?

Estaba claro. Sam Hartog inició el diálogo.

—¿Cuál es su relación con la acusada, la señorita Danziger?

—Es la editora que se me ha asignado en Belvedere, la revista para la cual trabajo. Es muy eficiente. Nuestras relaciones son amistosas y útiles.

—¿Y su relación con el desaparecido Hugh Loredon? —Se originó en un vínculo anterior con su hija, a quien conocí en Italia, y con la cual ahora

trabajo. Ella me lo presentó.

—¿Mantuvo una relación estrecha con él?

—No. Sabía que yo era buen amigo de su hija. Me asignaba cierta… función de protección.

—¿Protección frente a qué? —Bechstein formuló la pregunta.

—Frente a posibles errores comerciales. Ella acababa de iniciarse en una profesión arriesgada.

—¿Usted sabía que él estaba enfermo?

—Lo supe cuando hablé con Loredon, que estaba en Londres, antes de reunirme con él en Ámsterdam.

—Antes de salir de Nueva York él le entregó una cartera.

—Así es.

—¿Qué contenía?

—Lo que según descubrí después eran diarios, cartas, cuadernos de notas y cuadernos de bocetos que antes habían pertenecido a Madeleine Bayard.

—¿Usted no sabía que ese material constituía una prueba en un caso de asesinato?

—No me fue presentado como tal. El asesinato fue más de un año antes, cuando yo estaba trabajando en Italia. Consideré que el material era un conjunto valioso de antecedentes acerca de la vida y la obra de una excelente artista, cuyos trabajos serían expuestos póstumamente.

—De hecho —dijo George Munsel—, puesto que la investigación ha desembocado en un arresto y una acusación, el material será utilizado como prueba de la defensa, y será presentado a la fiscalía en el momento apropiado.

—Su visita a Hugh Loredon en Holanda. —De nuevo Bechstein—. ¿Cómo sucedió eso?

—Cuando le hablé en Londres, me dijo que se encontraba en la fase terminal del cáncer. Se proponía ir a morir a Holanda. No deseaba que su hija supiera que estaba allí, o fuese a acompañarlo. De modo que me pidió que me reuniese con él.

—¿Para hacer qué?

—Para sostenerle la mano, y escuchar su última confesión.

—¿Quiere decir como un sacerdote?

—Algo por el estilo.

—¿Y qué le dijo?

—Una historia absurda —respondió con firmeza Mather—, acerca de que Danny Danziger asesinó a Madeleine Bayard, después le llamó y él le

recomendó que saliera mientras preparaba la escena para la llegada de la Policía. Ese es el esquema general. Recogí notas detalladas.

—No tocaremos eso en este momento —dijo George Munsel.

—¿Y cuál fue su reacción ante esta información? —Sam Hartog formuló la pregunta. Bechstein permanecía atento como un gato.

—Le dije que era un maldito mentiroso —dijo Max Mather—. Que su historia tenía tantos agujeros como un queso suizo.

—¿Y qué respondió?

—Lo aceptó.

—¿Por qué no nos informó? Usted sabía que estaba en marcha una investigación.

—Porque sabía que Hugh Loredon estaría muerto al día siguiente. Había preparado una muerte por compasión, en el estilo holandés. ¿Qué pruebas tenía yo de una conversación entre dos personas? Claro está que lo que yo no sabía era que él les había escrito, para denunciar como asesina a Danny Danziger.

Bechstein le clavó la mirada.

—Señor Mather, qué palabra extraña… denunciar.

—He vivido mucho tiempo en Italia. Esa es la frase: uno formula una «denuncia», delata a alguien. En los viejos tiempos de Venecia, uno deslizaba una nota anónima en la boca de un león. Y después, el Consejo de los Diez se hacía cargo.

—Una metáfora interesante —dijo George Munsel—. Lo que ustedes quieren, caballeros, es una acusación escrita en articulo mortis por un hombre que paga para conseguir que lo maten… y una declaración que implica perjurio de un testigo de Negroni’s.

—¿Cómo demonios sabe quién es nuestro testigo? —Sam Hartog estaba visiblemente impresionado.

—Les mostraré una fotografía. —George Munsel parecía_la bondad personificada—. Todavía no, por supuesto; cuando hayamos avanzado un poco más. Aconsejaré al señor Mather, ahora que ha respondido a las preguntas básicas, que retenga el resto de la información para el tribunal. Por supuesto, si llegamos a eso.

—¿Qué quiere decir? —Bechstein, un buen sabueso, percibió al instante el filo de la observación.

—Los tribunales están sobrecargados, el poder judicial afronta exceso de trabajo. Ustedes tienen a muchos pandilleros y asesinos en libertad. Si de verdad desean que se haga justicia, hablarán con el juez y le dirán que no

tiene un caso bien fundado, y nosotros de buena gana se lo demostraremos en privado, antes de que haga el ridículo en público.

—Si usted quiere formular una declaración…

—Ninguna declaración. —George Munsel adoptó de pronto una expresión severa—. ¡Ningún acuerdo! Las fuentes que ustedes utilizan no sirven. No tienen una acusación sólida. Están sentados sobre una caja de dinamita.

—Hablaremos con el juez —dijo Bechstein.

—No le gustará —dijo Hartog.

—No le gusta ahora —dijo Bechstein—. Pero eso no significa que no pueda cambiar de actitud.

Su segundo nombre es Billy. Muéstrenle un muro de piedra y tratará de perforarlo con la cabeza.

—Infórmenle —dijo en tono desenfadado George Munsel—, una cucharada por vez.

Después, mientras caminaban en dirección al restaurante para almorzar, Munsel habló a Mather en un tono un poco distinto.

—Hemos dicho cosas ciertas y hemos pronunciado palabras valientes. Todo eso no basta, porque la ley no funciona de este modo. Los muchachos saben que tienen un caso bastante débil; lo mismo puede decirse del fiscal. Pero también saben que no deseamos que los diarios publiquen artículos acerca de las orgías, y el amor lesbiano, y los matrimonios mal avenidos… De modo que lo que el fiscal calculará es si vale la pena recibir un fuerte castigo en el tribunal para sacar a escena una anticuada cacería de brujas: el sexo en el Soho y todo eso. Le llevará un tiempo obtener el resultado de sus cálculos: justicia elemental o un sacrificio humano con una adecuada escenografía…

Dos días después, Max Mather afrontó su propia forma de muerte ritual, a saber, el traslado de su persona y sus posesiones al apartamento y estudio del Soho. Los transportistas a quienes contrató para realizar la mudanza fueron los «simpáticos muchachos judíos» que anunciaban sus servicios en una revista neoyorquina, y que garantizaban conservar la persona de Max y sus pertenencias evitando que sufrieran el más mínimo daño, y dejándolo instalado en cabal lujo al cabo del día.

No fue culpa de los transportistas que lloviese, que hubiese embotellamientos de tráfico en las principales arterias, que los camiones llegaran tarde, que dos de los operarios tuviesen las espaldas doloridas, y otro tuviera problemas con la esposa. Tampoco se les podía culpar en vista de que ya era medianoche cuando Max Mather dejó caer la última bolsa de objetos varios en el lugar de destino, pasó la aspiradora por el último retazo de la

alfombra nueva y se encontró solo, como un animal perdido en territorio poco conocido.

Debajo había dos pisos vacíos, que olían a pintura nueva. Las rejas del ascensor relucían con los apliques de bronce lustrados y el hierro forjado oscuro. Las puertas de la planta baja estaban cerradas con llave y cerrojo, las ventanas contaban con la protección de las barras de acero. Afuera se desplegaba un horizonte extraño y tribus extrañas que ocupaban las calles hostiles. Su único acompañante esa noche era el espectro frágil y doliente de Madeleine Bayard.

Estaba tratando de leer un rato para conciliar el sueño cuando sonó el teléfono. Era Anne-Marie.

—¿Max?… ¿Dónde estás?… Lamento el lío con los transportistas. Siento no haber podido ayudar, pero he estado muy atareada todo el día… Lamento mucho tu situación. No soporto la idea de que pases solo la primera noche en ese cobertizo inmenso. Acabo de pedir la cena en el Chantilly. Tendremos una celebración privada… No te inquietes, tengo una limusina… El chófer te esperará frente a la puerta hasta que tú le abras… No te duermas hasta que yo llegue.

Lo cual, se dijo Mather sin mucha convicción, no era el fruto prohibido, pero sí un regalo inesperado, de modo que sería infantil negarse. En un mundo de terror, uno tenía que agradecer los pequeños favores y mantener siempre un lugar cálido en la cama para el huésped imprevisto.

Fue una especie de festín de amor. En efecto, se pusieron sentimentales al compartir recuerdos… el clamor de las campanas dominicales en Florencia, las copas en el Bar de Harry, cerca del Lung’arno, las salidas a navegar durante el verano en Porto Santo Stefano; todas las esperanzas compartidas que ahora, de un modo extraño y tortuoso, estaban convirtiéndose en realidades.

Consumieron caviar y bebieron champaña, y recorrieron juntos el edificio vacío, planeando dónde colgar este o aquel cuadro, y cómo lograr que el auditorio pareciese un lugar de reunión para los eruditos y sus discípulos… Subieron al último piso en el ascensor, dispusieron la cena y, como no había otro modo de terminar la velada y disfrutar la nostalgia, se acurrucaron en la ancha cama, apagaron las luces y contemplaron la gran luna amarilla que descendía sobre los techos de las casas.

Hicieron el amor, riendo en la oscuridad mientras recordaban antiguos encuentros y costumbres amorosas. Pero después llegó la tristeza lenta e insidiosa, y el silencio de los secretos no dichos.

Anne-Marie se acercó más a él y le dijo:

—Max, me alegro de que estemos así. Es un buen modo de despedirse, ¿no crees?

—El mejor, querida. El mejor. Así, ambos podremos comenzar un capítulo nuevo.

—Todavía no. Sé que estuviste tratando de guiarme y de ayudarme a organizar la exposición. Sé que cuando eso termine te marcharás, y que en adelante seremos nada más que amigos y colegas.

Pero Max, no será tan fácil. No puedes abandonarme mientras estoy caminando por el centro de un campo minado, sin saber cuándo algo me explotará en la cara. Tienes que explicarme muchas cosas ahora mismo, de lo contrario, este lugar será territorio enemigo durante el resto de mi vida.

—Estás pidiéndome que te lastime… que te hiera de forma muy dolorosa.

—Max, es mejor ahora, es mejor aquí, y no después con otro hombre que no entienda.

Él acercó más su cuerpo al de Anne-Marie, y después, sin adornos ni tapujos, le relató todo lo que sabía: acerca de su padre, de Madeleine Bayard, Edmund y Leonie Danziger, e incluso acerca de la sospecha sombría que se cernía sobre el fondo en fideicomiso. Mientras él habló, Anne-Marie no pronunció una palabra. Su única reacción fue la humedad de las lágrimas sobre el pecho de Mather, y el temblor del cuerpo mientras asimilaba cada golpe como un boxeador que soporta una lluvia de puñetazos demoledores.

Cuando concluyó el largo y penoso relato, ella permaneció acurrucada contra el cuerpo de Mather, como si el más mínimo movimiento implicase el peligro de renovar el sufrimiento. Las primeras palabras que pronunció tenían un extraño y sibilino acento:

—¿Recuerdas al viejo Guido Valente, de Florencia? Solía leerme la palma de la mano después de la cena. Decía que lo que estaba escrito en ella era el grafito de Dios, y que nosotros éramos demasiado estúpidos y por eso no lo interpretábamos.

—Lo recuerdo. Guido vendrá para la inauguración de la exposición.

—Max, no sé si podré afrontar su presencia.

—Podrás. Y querrás. Lo peor ya ha pasado.

—No para Ed. Lo ha perdido todo, ¿verdad? Yo misma incluida. Se propone pedirme que me case con él. Ya lo sabes.

—Bien, espera a que formule la petición y le contestas con amabilidad: «¡No, gracias!». Y ahí terminará todo. Acurrúcate ahora y duerme. ¡Pronto amanecerá!

CAPÍTULO XVII

Por la mañana llegó de Zurich una llamada de Alois Liepert. Todo estaba desarrollándose de acuerdo con el plan. Gisevius, de Basilea, se había mostrado muy dispuesto a colaborar en el asunto de los dibujos. Se sentía tan complacido de tenerlos, aunque fuese de forma provisional, que los había incluido en su propia lista de seguros, sin cargo, para alentar, según dijo, la idea de una exposición ulterior. Palombini estaba prevenido de que existía la posibilidad de una reunión poco tiempo después. También se mostraba cada vez más inquieto y curioso. Liepert había necesitado recordarle las severas cláusulas del contrato para tranquilizarlo. Además, parecía que sus sentimientos de ansiedad se habían visto exacerbados por un cable enviado por cierto Harmon Seldes con el fin de pedirle una entrevista especial en exclusiva para la revista Belvedere. Mather estalló:

—¡Qué bastardo! ¡Eso es lo que menos necesitamos!

—Es justo lo que le dije a Palombini, que respondió con una breve negativa y le recomendó que se limitase a tratar con usted.

—¡Recibirá de mí más que una breve negativa!

—Cálmese, Max. Aquí todo está como corresponde. ¿Dónde desea ver a Palombini?

—En Zurich. Necesito que usted asista. Lo llamaré mañana para fijar la fecha. ¿Cómo está Gisela?

—Bien… y deseosa de tener noticias suyas.

—Dígale que la llamaré por la mañana temprano, hora de Zurich.

—Max, ¿eso significa que usted está trabajando hasta tarde en Nueva York?

—Acabo de trasladarme a mi nuevo apartamento. Aún necesito acostumbrarme. A propósito, llame a su amigo de la galería y dígale que esperamos que haya bastante movimiento de venta en la exposición. Si desea reservar cuadros, sobre la base de las diapositivas que le enviamos, es necesario que me informe por télex, y yo me ocuparé de las reservas.

También envíe un mensaje a Hürliman en el sentido de que tal vez desee entrevistarse con ellos cuando regrese. No mencione todavía a Palombini.

—Max, tengo la sensación de que usted es un hombre muy atareado.

—Más que atareado. Estamos a un paso de la inauguración. Conseguimos que dejen a Danny Danziger en libertad bajo fianza, pero aún es necesario ventilar el juicio.

—No se ofenda, Max; pero eso duplicará sus ventas.

—Alois, usted tiene la moral de un saqueador de tumbas.

—¡Max, es el negocio del arte! Al parecer, atrae a los sinvergüenzas y los vagabundos. ¿Qué más necesita?

—Comuníquese con Tolentino. Asegúrese de que ha conseguido su visado y su billete de avión; infórmeme de la hora de llegada y yo lo esperaré en el aeropuerto. Asimismo, llame a la Biblioteca Nacional de Florencia, y vea si pueden indicarle dónde puede encontrar a Guido Valente en Washington. Si se halla en Estados Unidos, desearía que también él asista a la inauguración.

—¿Se propone llamar a Gisela?

—Sí. Pero ella todavía no lo sabe.

—¡Max, será mejor que elimine a todas las restantes damas antes de que ella llegue a Estados Unidos! Le profesa mucho afecto; pero si lo sorprende mirando a otra mujer, descubrirá que tiene ojos de esmeralda y serpientes en los cabellos.

—Lo recordaré. —Mather se echó a reír—. Gracias por la ayuda. Me mantendré en contacto con usted.

Llamó a Henri Berchmans y le informó de la indiscreción de Seldes. Berchmans lanzó una retahíla de maldiciones. Mather agregó algunos secos comentarios.

—Palombini le contestó que tratase solo conmigo. Si lo llamo, perderé los estribos y eso le proporcionará una excusa para despedirme. No necesito el dinero, pero mi cargo en Belvedere es útil para todos en este momento. También útil para él, aunque es demasiado tonto para advertirlo.

—Veamos si yo puedo explicarlo. —Berchmans habló con voz mesurada y discreta—. Esa ocasión… ese negocio acerca del cual hemos hablado. ¿Usted se opondría a asignarle una parte… algo que aliviase su vanidad herida?

—De ningún modo. Mientras haga lo que se le ordena.

—Se lo explicaré —dijo en tono amable Berchmans—, de modo que acepte hacer lo que se le indica.

—Me siento como un alumno reprobado. —Mather emitió una risa breve y agria—. Pero gracias, Henri.

—Usted es nuevo en la profesión. —Berchmans se mostraba tolerante como un maestro de escuela—. Está sufriendo el nerviosismo de la primera noche.

Su nerviosismo era aún más intenso cuando bajó al segundo piso para afrontar la conferencia de Prensa organizada por Anne-Marie y sus encargados de relaciones públicas. Anne-Marie parecía fatigada. Tenía el rostro ojeroso, pero se la veía muy controlada, y en su actitud y su discurso había una dignidad nueva y distante… Mather le cogió la mano y la llevó a un rincón tranquilo del gran salón, lejos del alcance de los periodistas que comenzaban a ocupar las hileras de sillas. Le preguntó:

—Cara, ¿cómo te sientes?

—Muy bien, Max, te lo prometí. Ahora puedo dominarme. Los espectros ya no me atemorizan…

—Algunos asomarán la cabeza dentro de pocos minutos.

—No temo… solo estoy lastimada.

—¿Cuál es el nombre de la especialista en relaciones públicas?

—Chloe Childers.

—¡Dios mío, qué nombre y qué apellido! ¡Me parece increíble! Chloe —alta, brusca y áspera— apartó a Max Mather para darle las últimas instrucciones.

—Están los acostumbrados caballos de guerra de las páginas de arte; pero la mayoría de los que han venido son periodistas. Están también todos los canales de Televisión y la Radio. Yo dirigiré y controlaré la reunión. Usted responde a las preguntas. ¿Listo?

—Los cristianos a los leones —dijo Max Mather—. ¡Adelante!

Solo cuando se encontró en el estrado sin una sola nota en la mano comprendió que la situación tenía todos los rasgos de una broma pesada. Ahí estaban los depredadores: jóvenes, ágiles, hambrientos de carne sangrante. La primera pregunta confirió el tono a las restantes.

—Señor Mather, ¿cuál es su relación con la Galería Liberación?

—La represento, como comprador y vendedor, sobre todo en el mercado europeo, donde ya se ha manifestado un vivo interés por esta exposición.

—Señor, ¿hasta qué punto es intenso este interés?

—Acabo de mantener una conversación telefónica. Espero la confirmación de varias órdenes de un tratante suizo.

—Madeleine Bayard fue asesinada en este edificio.

—Así es… en el piso superior.

—¿Podemos ver el lugar?

—Me temo que no. Ahora es mi apartamento privado.

—¿Está embrujado?

La pregunta provocó risas. Max Mather decidió responder con seriedad.

—Sí, está embrujado. Todo el edificio está embrujado por el recuerdo de una mujer trágica de enorme talento. Dentro de pocos días, colgaremos sus creaciones de las paredes del primer piso; algunas corresponden a las fotografías que ustedes han recibido. Es un vulgarismo pensar que cuando se habla de un lugar embrujado eso significa tan solo terror. También nos embruja la belleza… y lo que Wordsworth denominó «Las sugerencias de la inmortalidad».

—Señor Mather, ¿qué puede decirnos de su muerte?

—Nada. —Mather replicó con voz seca—. Si necesita esa información, puede hallarla en sus propios archivos.

—¿Y de la mujer acusada de matarla, Leonie Danziger?

—Ella se declaró no culpable, y está en libertad bajo fianza. Su caso está sometido a la justicia y no tengo comentarios que hacer, excepto que se encontrará aquí la noche de la inauguración, como invitada de la galería, con el conocimiento y el consentimiento plenos del señor Edmund Bayard.

La noticia les gustó. Era el pedazo de carne sangrante que necesitaban. Comenzaron a mostrar cierto respeto hacia el individuo que se las arrojaba con desprecio mal disimulado. Esta vez la pregunta provenía de una mujer.

—Señor Mather, dicen que Madeleine Bayard vivió una vida muy apasionante, e incluso una vida sexual promiscua. ¿Qué puede decirnos al respecto?

—En primer lugar, señora, a pesar de mi evidente juventud, soy un hombre de ideas anticuadas.

Me educaron de manera que nunca besase y después lo informase a otros, y que nunca hablase mal de los muertos, que no pueden defenderse. Asimismo, está el problema de los vivos, que como usted bien sabe, aún pueden promover juicios por calumnias…

—Pero, señor Mather, usted no cree que…

—Por favor, señora. Usted ha formulado la pregunta, permítame responder. En un sentido muy real, la moral de Madeleine Bayard carece de importancia… Cuando usted contempla el esplendor de la Capilla Sixtina, ¿le preocupa que Miguel Ángel fuese un homosexual torturado? ¿Quién recuerda o a quién le importa que Caravaggio fuese un hombre turbulento y belicoso

que mató a un hombre en una disputa y murió como resultado de la violencia…? Es el tipo de cosas que merecen el calificativo de triviales… y esta es una galería de arte, no una cafetería. Tenemos el privilegio de vender la sustancia de los sueños, lo que en definitiva es todo lo que podemos dejar a otros.

—Hablando de sueños… Ese —informó en un susurro la especialista en relaciones públicas—, pertenecía al New York Times. Señor Mather, parece que usted tiene algunos sueños particulares.

Entiendo que se propone realizar una serie de seminarios en la galería.

—En esta sala —dijo Max Mather—. Nuestro primer invitado será Niccolo Tolentino, a quien se reconoce como a uno de los grandes restauradores italianos. Ofrecerá una serie de doce conferencias en la forma de clases magistrales, acerca de todos los aspectos de su oficio.

—¿Y cree que habrá público para ese tipo de cosas?

—Parece que sí. Sé que desde que se publicaron nuestros primeros avisos hemos recibido más de cien solicitudes de inscripción… más o menos la mitad de estudiantes de los cursos superiores, y el resto de miembros del personal de distintas instituciones de arte.

—Señor Mather, en la revista Belvedere de este mes, usted publicó un artículo referente a unas obras de Rafael, ahora perdidas… ¿Ha provocado alguna reacción?

—Sí, por extraño que parezca. Copias de los dos cuadros, es decir, una copia de cada uno, han sido rastreadas e identificadas.

—¿Quiere decir falsificaciones?

—No, quiero decir exactamente lo que digo… copias. No puedo decirles más por el momento, dado que todavía se trata de un asunto confidencial, pero dentro de poco habrá más noticias.

—¿Acerca de los originales?

—Eso esperamos.

Hubo una pausa momentánea en el interrogatorio, pero fue solo la calma que precede a la tormenta. Una joven que estaba al fondo de la sala mostró una hoja de papel de dibujo.

—Me dicen que esto es un boceto realizado en su estudio por Madeleine Bayard. Es muy erótico.

Algunos incluso podrían decir que es pornográfico. ¿Algún comentario, señor Mather?

—Le daré un consejo. Guárdelo; en muy poco tiempo más será de enorme valor.

—Señor Mather, ¿Madeleine Bayard se dedicó a la pornografía?

—Si usted está preguntándome si pintó o dibujó escenas eróticas la respuesta es inequívocamente afirmativa. Por desgracia, no tenemos esas obras en nuestra exposición, y hasta ahora no se ha ofrecido ninguna a la galería… De todos modos, no veo a dónde quiere ir a parar. J.

M. Turner era *voyeur* y solía visitar los burdeles londinenses para dibujar las escenas que allí encontraba. John Ruskin, que no era muy eficiente en el aspecto sexual, asumió la tarea de destruir esos trabajos. ¿Ganancia o pérdida? ¿Un episodio importante? ¿O solo otra nota al pie del legado de un gran pintor? A usted le toca decidir.

—Señor Mather. —Era una voz quejumbrosa procedente del centro de la sala. La voz pertenecía a una mujer alta y angulosa de edad indefinida, pero con un mentón muy decidido—. Me parece que usted está sermoneándonos. ¿Por qué procede así?

De pronto, toda la tensión que se había acumulado en él se disipó. Se rio y se encogió de hombros, e insinuó un gesto elocuente de rectificación.

—¿Por qué? Porque soy el muchacho nuevo, y cuando alguien me empuja yo devuelvo el empujón. Pero la verdadera razón está frente a ustedes. —Retrocedió un paso, arrancó el lienzo blanco que cubría el caballete y mostró la pieza fundamental de la exposición. La Dama de los Harapos—. Mírenla bien, damas y caballeros, y después digan qué es importante y qué no lo es.

Cuando descendió del estrado, se oyeron algunos aplausos dispersos y después hubo un movimiento general para examinar el cuadro, mientras los fotógrafos se preparaban para obtener sus tomas. Chloe, la especialista en relaciones públicas, esbozó un discreto gesto de triunfo. AnneMarie le apretó la mano y en voz baja le dio las gracias.

De manera que, para bien o para mal, estaba hecho. Se detuvo un momento para ser fotografiado con Anne-Marie, para intervenir en diálogos televisados y responder a algunas preguntas sin importancia de varios periodistas de las columnas de información social; después, subió al piso de arriba para llamar a George Munsel y presentar su confesión.

—… Debo informarle que anoche mantuve una prolongada sesión con Anne-Marie Loredon. Ed Bayard se propone pedirle la mano. He considerado que ella debía conocer la historia completa.

La reacción de Munsel fue más benigna de lo que él había esperado.

—Dudo de que su actitud fuera prudente. Coincido en que probablemente fue necesaria. ¿Cómo reaccionó?

—Creo que bastante bien.

—¿Qué se propone hacer acerca de Bayard?

—Rechazarlo con un gesto de agradecimiento.

—La siguiente pregunta: ¿qué haremos con él?

—¿En qué sentido?

—¿Le avisamos o le permitimos que resuelva solo el problema? Como usted sabe, de nuevo nos hallamos el tema del encubrimiento. Un asunto siempre embarazoso, una especie de equilibrio sobre la cuerda floja. Usted no necesita preocuparse demasiado. Solo deseo que sepa que yo seré quien soporte las pesadillas.

—George, ¿acaso su cliente no le paga para eso? Yo no soy más que un testigo que sirve a la causa de la justicia. Además, acabo de salir de una agotadora conferencia de Prensa.

—Abrigo la esperanza de que se haya mostrado discreto.

—Así ha sido.

—Me interesará ver cómo lo tratan.

—Supongo que me triturarán.

—Antes de que llegue a eso, necesito que usted termine su análisis de los diarios. Si usted necesita ayuda de la computadora, puedo ofrecerle algo.

—Gracias, pero lo haré según el viejo estilo: lápices de color y columnas divididas por rayas.

George, no soy un hombre muy culto.

—Lo sé. Se las arregla con su astucia innata. Es un riesgo terrible. Que pase un buen fin de semana.

El último comentario le sobresaltó. Era viernes. No sentía el menor deseo de pasar un fin de semana solo en Soho. Consultó su reloj. Era casi mediodía. Las seis de la tarde en Zurich. Llamó a Gisela y le dijo:

—… Si me quedo aquí el fin de semana perderé los estribos. Trataré de conseguir un vuelo nocturno que me deje en Zurich mañana a primera hora de la mañana. Podríamos pasar juntos el fin de semana. Mientras tanto, te daré el número de Claudio Palombini. Averigua dónde está. Dile que es cuestión de vida o muerte que lo vea en Zurich el lunes… en mi apartamento, y a solas. Comienza a trabajar ahora mismo. Te llamaré otra vez dentro de dos horas. Sí… por supuesto, de todos modos iré… Tenías razón. En esta ciudad hay muchas tentaciones para un muchacho del campo… Oh, sí, la última novedad es que vendrás a Nueva York para asistir a la inauguración de la galería… Alois te dará permiso. Puedes perderte una clase de la universidad… ¡Di que estás enferma, o haz lo que te parezca! Yo pagaré los gastos… Sé que estoy

gastando como un marinero borracho, pero después del lunes seré rico o iré a la cárcel.

Cuando informó a Anne-Marie ella tuvo un leve sobresalto de sorpresa, y después asintió.

—Entiendo. Pero ¿regresarás a tiempo para asistir a la cena de Ed, el miércoles? No podría afrontar eso sin tu presencia.

—Yo tampoco podría afrontarla sin la tuya. —Le habló de la señora Lois Heilbrunner, el fantasma que venía de su sórdido pasado. Le gustó oír que se reía.

—Este es el Max a quien yo conocía. Temí que se hubiera desvanecido por completo. ¡Tenías un aire tan formidable esta mañana, frente a los periodistas! ¡Caramba!… No estaban preparados para lo que les dijiste. Chloe dice que si bien algunos puede que te critiquen, la galería recibirá buena crítica por parte de la Prensa, y las tomas de la Televisión tendrán un aspecto excelente.

—Así es el juego. —Mather se encogió de hombros—. Creen que pueden ensalzarte o destruirte.

Pueden hacerlo; pero solo si se lo permites. En definitiva, lo que importa es lo que cuelga de las paredes. El material de los sueños es muy duradero.

Max Mather tenía inteligencia suficiente para comprender que la frase sonaba bastante extraña en los labios de un hombre que apostaba por un premio representado por un centenar de millones de dólares en obras de Rafael. Mientras hacía el equipaje —ropas, documentos, los diarios de Madeleine Bayard, todos los papeles importantes—, un dedo pequeño y frío le tocaba el corazón.

Una cosa era jugar a la publicidad en Manhattan; pero avanzar hasta el primer plano y jugar a la verdad y sus consecuencias con los grandes personajes era otra muy distinta. El vuelo nocturno desde Nueva York lo depositó en Zurich a las nueve de la mañana. Gisela, bendita fuese su atenta alma suiza, estaba allí para recibirlo y llevarlo a su apartamento, donde él se bañó, y ambos hicieron el amor y almorzaron, y todo eso les llevó varias horas. Era el reconocimiento tardío pero válido de que una de las cosas que él más había echado de menos en su vida era el sentimiento de que regresaba a casa, de que se encontraba, después de una ausencia breve o prolongada, entre los dioses de su propio hogar. Ese hogar podía ser un lugar provisional, pero las deidades y la figura matronil que mantenía encendidas las lámparas ante aquellas, definían el calor y el centro de la morada.

Gisela había organizado el fin de semana con cierta precisión suiza.

—Tenemos el sábado para nosotros, solo para nosotros. Iremos el domingo al campo y pasaremos el día en el lugar donde nací, y que ahora es mi dote… Tú no sabías que yo era una latifundista, ¿verdad? La pareja que me administra el lugar nos servirá el almuerzo. Alois Liepert y su familia se reunirán con nosotros, porque creo que es preciso que hables con Alois antes de reunirte con Palombini el lunes. Llega a las diez, y vendrá directamente aquí. Alois sugiere invitarlos a ambos a almorzar en la Jägersverein. La noche del lunes será para nosotros dos. El martes ya tienes reservado billete de regreso a Nueva York… Ahora, cuéntame todo lo que has estado haciendo.

Fue un relato extenso, y a menudo inconexo, pero en definitiva condujo a Gisela a formular una pregunta.

—Pero, Max, ¿qué deseas hacer en realidad con tu vida?

—¡Bah! No es fácil responder a eso. Trataré de aclarar algo contigo, porque apenas estoy empezando a percibirlo yo mismo. Te he hablado de mi padre y mi madre, y el conflicto que ellos sostuvieron a lo largo de su vida. No podría soportar ese tipo de lucha en mi propia vida conyugal.

Por eso mismo, la solución sencilla hasta ahora ha sido evitar el matrimonio y conservar siempre la libertad de suspender una relación insatisfactoria… ¡Magnífico! Pero ¿qué era realmente satisfactorio para mí? Pese a todo, no soy un mal erudito. Poseo bases sólidas. Mi tesis doctoral no fue del todo mala… Recibí de mi padre esa herencia: un respeto fundamental por el saber. De mi madre heredé una serie de deseos irrealizados y la idea de que el mundo me debía una vida mejor que la que había conocido… ¡Y con franqueza, me propuse conseguirla! Me preguntas qué deseo hacer con mi vida. Dos cosas. Quiero llenar los vacíos de mi saber, y al mismo tiempo allanar mi camino, y el tuyo, con mis propias cualidades. Me gusta lo que estoy haciendo ahora: la agitación, el movimiento, la negociación. Y me desenvuelvo mejor cuando creo en lo que hago… por ejemplo, la colección Bayard. Comprendo a Niccolo Tolentino y a Guido Valente. Creo que te entiendo; pero además sé que te amo. Eres la clase de persona que mantiene a los individuos como yo en el sendero de la honestidad. Por lo tanto, en un mundo ideal, ¿qué me gustaría hacer? Ganar con lo que hago dinero suficiente para casarme contigo y formar una familia. Disponer de ocio suficiente para aceptar la beca que Guido Valente me propone y empezar a ordenar mi mente académica… —Se interrumpió, y rio con cierto embarazo—. Ese es el plan básico. Dios sabe si podré realizarlo.

—Estoy segura de que podrás, amor mío. —Gisela apoyó una mano fría sobre la mejilla de Mather—. Pero nada de todo eso sucederá hasta que…

—¡Hasta que se pague el precio exigido por la novia y yo me haya lavado en la sangre del cordero! Es lo que estás intentando decirme, ¿verdad?

—¡No digas eso, Max! ¡Es cruel para ti y para mí!

Tenía los ojos llenos de lágrimas. Él la abrazó y la apretó largo rato contra su cuerpo, mirando por encima del hombro de Gisela hacia un futuro muy incierto.

Claudio Palombini llegó al apartamento de Sonnenberg a las once menos cuarto de la mañana del lunes. Max Mather lo esperaba con café recién preparado y un pequeño montón de notas y documentos. Sirvió el café, y después, sin rodeos, inició la conversación.

—… Claudio, estamos muy cerca del éxito. Le he invitado a venir aquí porque los movimientos siguientes son fundamentales, y es necesario que haya comprensión completa por ambas partes antes de que los realicemos. Lo que digamos aquí es privado, y nunca podrá ser demostrado ante un tribunal. ¿Hablo claro?

—Max, lo que usted dice es muy claro. La razón que lo induce a hablar así todavía es un misterio. Tenemos un contrato, firmado y autenticado. ¿Supongo que no pretenderá modificarlo?

—De ningún modo —respondió Max Mather—. Ese es nuestro punto de partida. Ahora, eche una ojeada a estas cosas.

Desplegó sobre la mesa las fotografías de los dos retratos y los cinco dibujos. Palombini las miró, asombrado.

—¿Quiere decir que…?

—Esta es su antepasada, Donna Delfina, y esta la hija, la Doncella Beata. Aquí tiene cinco dibujos correspondientes a un retablo de la capilla votiva de San Gabriel, que se levantaba en los confines de la villa Palombini.

—Nunca oí hablar de ese lugar.

—Existía. Fue el escenario de la violación y el asesinato de una muchacha campesina. Fue desconsagrado y destruido durante el siglo XVII.

—¿Y usted sabe dónde se encuentran estas cosas?

—Sí, lo sé. Las he visto. Las he autenticado. Incluso he visto copias de los dos retratos. Pero refresque con esto su memoria de familia.

Entregó a Palombini la carta que había recibido varias semanas antes, firmada por Guido Valente. Palombini la leyó con mucho cuidado, después se la devolvió. Dijo en voz baja:

—Max, hace mucho afirmé que lo había subestimado. Por favor, continúe.

—Eberhardt falleció en Brasil. Mientras ambos estábamos en Saint Moritz, oí decir que Camilla Dandolo había regresado a Italia y vivía en

Milán. Fui a verla. Le enseñé las fotografías. Identificó los dos retratos y dijo que eran los mismos que su marido había comprado a Luca Palombini durante la guerra. Después de la muerte de Eberhardt, ella los vendió a un tratante de arte brasileño.

Ahora están en Nueva York, y han sido ofrecidos a Henri Berchmans, de Berchmans et Cie., de quien usted sin duda ha oído hablar.

Palombini pareció deprimido.

—De modo que los hemos perdido.

—No. Yo personalmente he comprobado, en presencia de Berchmans, que son copias. La cifra del copista está pintada en ambos cuadros y la madera es roble, no cedro. Ahora, lea esto.

Le entregó una copia de la declaración de Niccolo Tolentino, realizada después de examinar los retratos. Palombini la leyó y comenzó a golpearse la frente con la palma de la mano.

—¡Qué estúpido! ¡Qué estúpido! ¡Qué estúpido! Todo esto sucedió en nuestra ciudad, bajo mis propias narices, y yo no vi nada… Por primera vez comienzo a comprender qué es lo que estoy pagando. Y ahora, la gran pregunta: ¿Dónde están esas cosas?

—Todas en lugar seguro, en distintos sitios. Los dibujos reciben cuidados especiales, en las condiciones propias de un museo.

—¿Quién es el dueño?

—Una compañía que se ocupa de obras de arte… y de otras cosas.

—¿Venderán? ¿Aceptarán negociar basándose en la cifra que usted especificó en su contrato… el diez por ciento como honorario por la recuperación?

—Tengo motivos para creer que lo harán.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—La solución de un problema… en realidad, dos problemas, aunque uno está subordinado al otro. El primer problema es el título y el origen. Supongamos que usted adquiere ahora esos cuadros, y desea ponerlos en venta… un negocio legítimo, no con un descuento propio del mercado negro; tiene que mostrar un título claro. Puede probar tal cosa a partir del documento original de 1505. Puede demostrarlo de manera aceptable hasta llegar a Luca, durante la guerra. Después, hay un enorme vacío, más de cuarenta años. Ahora bien, incluso en una venta privada, sin la publicidad de una subasta, eso inquietará a un comprador acaudalado. Nunca tendrá la certeza de que su propiedad sea indudable. El segundo problema, de menor importancia, porque las obras de hecho están fuera de Italia, es la cuestión de la exportación de los

tesoros nacionales; pero en vista de que hay un lapso de cuarenta años en la historia del asunto, es probable que podamos evitar ese problema.

—Lo cual me indica —Claudio Palombini dirigió a Mather una mirada de aprobación—, que usted ya ha elaborado una solución.

—Es la mejor que jamás se le podrá ofrecer.

—De todos modos, estoy atemorizado —dijo Palombini—. Recuerde que a finales de julio me espera la quiebra.

—Tranquilícese, Claudio… Pazienza!

Comenzó a desplegar documentos sobre la mesa.

- Punto uno: la carta de Valente, la declaración de Tolentino, apunta con claridad a un tráfico de exportación en tiempo de guerra realizado por Luca Palombini… La familia misma ha tenido una presencia comercial permanente en Suiza durante mucho tiempo. Lo cual hasta cierto punto resuelve el problema de la exportación.
- Punto dos: Pía y yo fuimos amantes. De vez en cuando ella me hizo regalos costosos. Estas son las tarjetas de puño y letra de Pía… Aquí tiene dos de esos regalos, un reloj antiguo valorado por lo menos en cien mil dólares, un confitero Luis XIV de mucho mayor precio.
- Punto tres: la fotocopia del testamento ológrafo de Pía, la misma que usted me entregó el día que se leyó el documento en la villa. Usted observará que entre los legados que ella me dejó se incluye un objeto de los archivos, siempre que no se trate de un manuscrito y que el regalo no perjudique la continuidad de la historia de la familia…
- Punto cuatro: este es el objeto que yo elegí, un envoltorio de lona cubierto con cera, los bordes unidos con hilo de zapatero; llevé fuera del país el envoltorio sellado. Nadie, ni siquiera usted, Claudio, se molestó en preguntarme qué había elegido. Usted estaba perfectamente dispuesto a entregar la totalidad del archivo a la Biblioteca Nacional, y este envoltorio habría ido con el resto.
- Punto cinco: los procuradores legales de la compañía que ahora posee las obras de arte harán exactamente lo que sus accionistas les ordenen. De modo que allí, si está dispuesto a usarlos, se encuentran su título y la justificación del origen. Si prefiere discutir el caso, por supuesto estará litigando contra su propio interés, y además será imposible vender de inmediato los cuadros, y el efecto de la disputa se prolongará durante décadas.

Claudio Palombini estuvo largo rato con la mirada fija en las fotografías y documentos expuestos ante él. Mather volvió a llenar su taza de café y se la

entregó. Palombini sorbió el líquido tibio, y después se secó los labios con un pañuelo de seda. Por fin, con voz fría y neutra, dijo:

—¿Todo esto corresponde al contrato original? Si la respuesta es negativa, ¿cuánto más me cuesta?

—El contrato dice el quince por ciento de lo que usted reciba, es decir, una vez hayan sido pagadas las comisiones del subastador o el tratante.

—Así es.

—Usted sabe que eso ascenderá al veinte.

—Sí.

—Por hacer mucho menos de lo que yo he hecho. Sin mi intervención, Claudio, estas cosas se habrían escapado para siempre de sus manos, y se me ha asesorado en el sentido de que estos documentos aporten, en Italia o fuera del país, un argumento razonable para justificar la posesión de las obras de arte. Como usted sabe, un testamento ológrafo es un instrumento muy poderoso. La magnitud de los regalos de Pía siempre fue muy considerable… Yo no era tan solo su amante, era su fiel servidor…

—Max, usted es un mascalzone, un delincuente.

Mather sonrió y se encogió de hombros.

—Yo puedo decir eso, Claudio, usted no, porque los documentos afirman lo contrario. Soy un traficante, como usted; un traficante aprovechado, pero siempre con un paso dentro de la ley o medio paso fuera de ella, como Luca l'ingannatore, ¿eh?

—¡Ah, por Dios! Acabemos esta comedia. Diga el precio.

—El cinco por ciento.

—Es decir, un total del veinte… solo para usted.

—Reconozco que es elevado; pero sin mí usted no tendría nada, ¿verdad?

—No discutamos más. ¿Cómo arreglaremos esto?

—En primer lugar… —Mather era la ecuanimidad en persona—. En primer lugar, iremos a Jägersverein para almorzar con Alois Liepert. A continuación, nos dirigimos a su oficina, donde algunos documentos esperan su firma. El primer documento reconoce que las obras de Rafael pasaron a mi poder, en parte como regalo y en parte como legado de Pía. El segundo documento es una nota de la venta en virtud de la cual por la suma de cinco millones de dólares yo le vendo las obras de Rafael. El tercero es una renuncia a derechos ulteriores, firmados por ambos, en que se reconoce que ninguna de las dos partes presentará otras exigencias. El coste total para usted es el cinco por ciento del precio de mercado, es decir, apenas un tercio de lo que se comprometió a pagarme de acuerdo con el contrato existente.

Claudio Palombini lo miró con absoluta incredulidad.

—No le creo. Usted está renunciando a la suma de diez millones de dólares. ¿Dónde está la trampa?

—La trampa está en lo que sucede si no procedemos así. Sobre la base de los documentos, tengo mejores derechos que usted. Usted me escribió una carta en la que niega poseer conocimiento de las obras de Rafael, ¿recuerda? Además, no estoy sujeto a la jurisdicción del gobierno italiano. Usted sí… Incluso así, podría disputar mi derecho, de modo que la transacción entera acabase en la nada.

Desde mi punto de vista, imagino que he ganado lo que estoy reclamando, porque usted sencillamente no podría haber hecho lo que hizo y convertido las obras de Rafael en un artículo de mercado muy valioso. D'accordo?

—D'accordo! —dijo Claudio Palombini—. Pero hay un inconveniente. No tengo quinientos mil dólares, ni mucho menos cinco millones.

—Eso es fácil —dijo Mather riendo—. Retendremos los cuadros hasta que se vendan. Alois Liepert retendrá los documentos y los presentará según las necesidades. Pero hay que dar otro paso… usted tendrá que decidir quién venderá los cuadros y dónde. Puedo formular algunas sugerencias al respecto… una de ellas es que usted vaya a Estados Unidos.

—Resérvelas para el almuerzo —dijo Claudio Palombini—. Lo que necesito ahora es una buena copa.

—Ambos la necesitamos.

Mientras servía las bebidas, Claudio preguntó:

—¿Por qué, Max? Usted podría gozar de su libertad, pero regresa y cierra un trato inconveniente como este. ¿Por qué?

—He leído a mi Dante. —Mather le sonrió con la copa en la mano—. O digritosa coscienza e netta. ¡Acabo de descubrir la mía!

Por primera vez, Claudio le devolvió la sonrisa y elevó su copa a modo de saludo.

—Los Palombini pertenecen a otra era. Nuestros primeros dientes los cortamos leyendo a Maquiavelo.

El almuerzo en el Jägersverein fue seguido por una visita a las bóvedas para inspeccionar el retrato de Donna Del fina, que ahora era la única de las obras de Rafael que había quedado allí. La reacción de Palombini fue casi la misma que había mostrado Tolentino. Sostuvo el cuadro a la distancia del brazo, y lo miró fijamente, con lágrimas en los ojos. Después, se volvió hacia sus acompañantes con una sonrisa trémula.

—Tienen que perdonarme; pero en este momento parece un icono milagroso, la Madonna del Socorro Perpetuo… No puedo decirles lo que he sentido estos últimos meses, cuando veía que las empresas fundadas por mis antepasados se arruinaban… Debo disculparme, Max. Lo insulté de modo grosero… Sin embargo, esta es la segunda vez que usted ayuda a mi familia.

—Claudio, soy una persona sensible.

—Todos deberíamos mostrar la misma sensibilidad —dijo Alois Liepert —. Regresemos a la oficina y firmemos esos documentos.

—Vaya con Claudio. Me reuniré más tarde con ustedes. Necesito comprar un anillo de compromiso.

—Vaya a Barzini's —dijo Claudio—. Está a pocos metros de aquí, a la izquierda. Preséntele esta tarjeta y le harán un descuento decente. Somos los dueños de la firma… ¡o lo seremos, después que el maestro Rafaello de Urbino pague nuestra hipoteca!

Esa noche, durante la cena, Mather deslizó el anillo sobre el dedo de Gisela y le informó con cierta emoción en su voz:

—Quiero que sepas, amor mío, que eres la mujer más cara que he comprado nunca. ¡Hoy me has costado diez millones de dólares! A lo cual, en su sólido estilo campesino, ella respondió:

—Sin duda, comprobarás que valgo eso y mucho más… estoy muy segura de que duraré más que cualquiera de las otras.

CAPÍTULO XVIII

Cuando llegó al aeropuerto de Kennedy, Mather telefoneó a Henri Berchmans y concertó un encuentro en la galería del alsaciano, de camino al centro de la ciudad. La conversación entre ambos fue concreta y rápida.

—Ahora, Palombini posee un título sólido como propietario de las obras de Rafael, sujeto al pago que debe hacerme. De modo que aún poseo el control de la situación. El origen es evidente y está documentado, aunque preferimos no dar publicidad al asunto.

—¿Y todos los documentos son kosher?

—Sin duda. Un testamento ológrafo, misivas anunciando regalos, nota de venta…

—¿Y mi posición?

—Palombini viene en avión para asistir a la exposición Bayard, pero ante todo para hablar con usted. Ya lo puse en contacto con sus colegas suizos, porque abrigo la esperanza de poder hacer yo negocios con ellos más adelante, así como con usted. Mis sugerencias han sido que se realice un esfuerzo de cooperación en relación con las tres obras o que se practique una división de las obras entre ustedes. La conferencia que usted mantenga con Palombini puede originar otras soluciones.

He cumplido lo que le prometí. De usted depende el resto.

—Aprecio lo que usted ha hecho. Se ha mostrado muy preciso.

—Hay más. Palombini trae consigo la Donna Delfina original. En el avión contará con la ayuda de sus propios guardias. Necesito que su personal de seguridad aporte aquí su colaboración, que haya un lugar seguro de almacenamiento en sus bóvedas, y protección especial durante la exposición. Quizás a usted le convenga aprovechar la ocasión para interesar a un comprador… sobre todo en vista de que aquí estará Tolentino. Hemos convenido los procedimientos que se utilizarán en la exposición.

—Muy bien.

—Se mencionará el préstamo generoso que usted realizó de antiguas obras de Bayard.

—Gracias. Hará usted que me sonroje.

—¿Harmon Seldes hará los honores cuando yo presente a Tolentino al iniciar el seminario?

—Al principio se mostró muy renuente. Todavía está muy irritado con usted. Pero ahora que huele dinero volverá a ser un gatito mimoso… A propósito, pese a ser una pareja de novicios usted y la señorita Loredon no se las han arreglado del todo mal con la Prensa, y las tomas de televisión de la Dama de los Harapos fueron espléndidas. Ya he reservado esa obra.

—Entonces, creo que la cosa está tan bien resuelta como podíamos desear.

—¿Y el resto, Max? ¿La Policía, Danny Danziger, el propio Bayard?

—Todavía hay una serie de minas explosivas alrededor. Espero que ninguna de ellas detone antes de la exposición. ¡Ah! Casi me olvidaba. He traído fotocopias de los pasajes del diario de Madeleine referidos a usted. Y un par de bocetos que podrían resultar útiles para la publicidad.

Berchmans lo revisó todo con rapidez, y después emitió su risa áspera y agria.

—Por lo menos Madeleine elogia con intensidad mi potencia. ¡Dios mío, qué testimonios!

—Me alegro de que esto le satisfaga.

—Véalo de este modo, Max: ¡no tendré que pagar por estos materiales!

—Aquí tiene el número de vuelo de Palombini. Si usted envía la limusina y los guardaespaldas podemos detenernos aquí antes de que usted lo lleve al hotel… Debo marcharme. A bientôt.

—A bientôt. Y de nuevo mis cumplidos. Muy preciso, una mente muy ordenada.

—Henri, le recuerdo algo.

—¿Sí?

—Palombini negociará con usted. No trate de presionarlo demasiado.

—Usted es en verdad un hombre maduro. —Henri Berchmans le dirigió un saludo final—. ¡Vaya a enseñar el oficio a su abuela!

Anne-Marie estaba muy atareada, y por primera vez en los últimos tiempos la veía animada y feliz. Ahora tenía un ayudante, un joven de rostro simpático y sonrisa agradable, y modales corteses. Mostró a Mather los primeros artículos de la Prensa, que cubrían ocho páginas de un libro de recortes. La mayoría eran cordiales, unos pocos muy halagadores, y todos mencionaban el súbito efecto teatral que produjo La dama de los Harapos.

—Max, no hubiera podido ser mejor… Y ya hemos vendido cinco cuadros. Tus amigos suizos han pedido tres. Berchmans desea La dama de los Harapos y uno de los asistentes a la conferencia de Prensa es un editor de arte que también colecciona. Ha comprado una de las telas más pequeñas, El muchacho del Palomar… Parece que nuestra suerte empieza a mejorar.

—Estoy seguro de que así es. ¿Qué sabes de Ed Bayard?

—No mucho. Me envió una lista de los invitados a la cena. Pertenecen todos a las grandes instituciones que tienen colecciones de arte: la Metropolitan, Whitney, Guggenheim… y hay unos cuantos tratantes importantes. He observado que no invitó a Berchmans. ¿Conoces la razón?

—No preguntes. ¿Ha vuelto a hablar de matrimonio?

—No de forma directa. Insiste en que hablaremos y veremos qué terreno pisamos… por supuesto, después de la exposición. Max, él desea con toda su alma tu aprobación. Ahora que sabe que estás comprometido con otra mujer, parece atribuirte el papel de una especie de hermano mayor o de una figura paterna a mi servicio… Además, me dijo que la Policía fue a hablar contigo otra vez. Me siento muy mal, en vista de todo lo que sé…

—¡No pienses! ¡No sientas! —Mather habló en tono imperativo—. Prometiste mantener la boca cerrada. Ahora, hazlo y continúa trabajando.

—Max, ¿por qué te muestras tan brutal con él?

—No es con él. Es contigo. ¡La compasión puede ser mortal para Anne-Marie Loredon! Ahora, sube conmigo mientras deshago el equipaje y te comunico algunas buenas noticias. Tendremos la mejor velada inaugural que Nueva York ha visto en años. Una función doble…

—¡No, Max, por favor!

—¡Nada de por favor, mujer! Espera hasta que te diga las novedades.

Anne-Marie escuchó; protestó; arguyó; pero al fin aceptó. Habría una velada con dos episodios.

Cuando los invitados hubiesen terminado el recorrido ritual de la exposición y pareciera que ya no habría más pedidos de compra, todos pasarían a la sala de conferencias del segundo piso, para ser presentados a Niccolo Tolentino, y escuchar la presentación de su seminario. Había un riesgo. El público estaría adormilado por el champaña, los canapés y la diarrea crítica; los especialistas en arte de Manhattan nunca se habían destacado por su tolerancia ni por sus buenos modales. De todos modos, como dijo Anne-Marie después de un par de copas:

—¡Qué demonios, la suerte nos favorece! Sigamos hasta que tropecemos con el primer obstáculo. —Y después, obedeciendo a cierto pensamiento

irónico, elevó la copa en un brindis.

—¡De modo que mi Max por fin ha sido atrapado! Odio de antemano a tu Gisela. Pero, Max, os deseo a ambos la mejor suerte. ¡De todo corazón!

La cena de Edmund Justin Bayard fue una metáfora alusiva al hombre mismo: formal, puntillosa, abundante en talento profesional, indicativa de la presencia de mucho dinero, antiguo y nuevo. La charla fue la propia de un grupo que constituía una auténtica camarilla; el centro de interés siempre estaba en algún lugar que no era precisamente el interlocutor. En el caso de la señora Lois Heilbronner, el hecho parecía favorable, porque la dama había concentrado la atención en un nuevo y joven tratante de la Calle 57, más que en Max Mather, a quien había relegado a la lista de honor de los amigos apreciados de antaño.

Y a pesar de todo, los invitados respondían a una selección astuta. Había cuatro tratantes principales. El resto estaba formado por los directores de instituciones coleccionistas y sus mujeres, las que encabezaban comités de recolección de fondos y grupos de voluntarias, y campañas para atraer a nuevos miembros. Estos eran los árbitros del gusto, ya que no siempre de la moda. Lo que compraban hoy mañana sería lo más apreciado en el mercado de arte; si bien solo el tiempo mismo podría decir qué obras gozarían de un prestigio duradero, y cuáles se verían desechadas.

El rito de la velada fue una buena copia del procedimiento diplomático. Bayard y Anne-Marie recibieron a los invitados, los camareros ofrecieron champaña y canapés y los condujeron con discreción al salón donde estaba la colección del propio Bayard. Era bastante nutrida y variada para dividir al grupo y aportarle tema de conversación e incluso pretextos para algunos comentarios maliciosos. No se apelaba a nada tan vulgar como los títulos y los cargos. Esta era la auténtica familia de los mayores, a quienes Max Mather abordaba con asidua cortesía:

—No nos conocemos. Mi nombre es Max Mather. Trabajo con Anne-Marie. —Si tenía suerte, originaba una breve charla; si no la tenía, a lo sumo recibía un murmullo cortés, que lo dejaba en libertad de volver a la oscuridad con otra copa de champaña.

Se sirvió la cena en el gran salón donde se exhibían por última vez los cuadros de Madeleine Bayard, un teatral golpe de efecto que dio lugar a exclamaciones de aprobación incluso en los cognoscenti más veteranos. La atención se dividió sin cesar entre los manjares y los cuadros, y se observó una auténtica calidez en los cumplidos formulados a Bayard, que ocupaba un extremo de la mesa, y a Anne-Marie en el otro. Era evidente que se requería

un discurso —ya que no una oración—, y entre el postre y el queso Ed Bayard habló:

—Mis estimados amigos. Gracias por compartir conmigo esta velada, la última que yo pasaré en esta habitación con las telas de Madeleine. Mañana serán trasladadas a la galería de la señorita Loredon, para comenzar la exposición pública y ofrecerlas en venta… Para mí, este es el fin de una etapa de mi vida. Confío en que pueda ser el comienzo de otra mejor. Aquí somos todos amigos. No es secreto que Madeleine y yo nunca conseguimos tener un matrimonio feliz; pero por extraño que pueda parecer, fue una unión estable, y de ella surgió, como las margaritas en un campo de batalla, las obras maravillosas, en verdad maravillosas que aquí nos rodean. Este brindis que ahora les propongo es mi saludo a la mujer que pintó estos cuadros, y mi agradecimiento a la valerosa joven que ha arriesgado todo lo que tenía para exponerlas en su nueva galería… Las uno a ambas en este brindis, porque el artista no puede vivir sin un patrono que lo presente, y sin la artista el patrono queda, como me sucederá, con una habitación vacía… A Madeleine, salud y adiós. ¡A Anne-Marie, bien venida!

Incluso a juicio de Max Mather, que conocía tantos secretos, fue una oración conmovedora.

Varias mujeres lloraban sin disimulo. Los hombres se sonaban la nariz y contribuyeron al brindis con voces un tanto excesivas. Mather dirigió una mirada a Anne-Marie. La vio con el rostro ceniciento, las manos unidas sobre la mesa, los ojos clavados en sus propios nudillos. Hubo una pausa prolongada. Mather se sintió tentado de realizar un breve discurso de agradecimiento en nombre de Anne-Marie, pero lo pensó mejor. Este era un episodio personal de Bayard; que lo manejase a su propio modo. Finalmente, el hombre de Whitney se puso de pie, ofreció una respuesta breve, eficaz y considerada, y se sentó saludado por una salva de aplausos corteses.

El resto al parecer fue nada más que un epílogo. Se sirvió café, se ofrecieron licores. Nadie quiso fumar. La reunión terminó con decoro. Ante la sorpresa de Mather, Anne-Marie fue una de las primeras que se marchó; un criado de Bayard la llevó a su casa. No se ofreció a llevar a Mather, pero, en cambio, dijo en un susurro apremiante:

—Llámame cuando vuelvas a tu casa —y después se perdió en la noche.

Cuando Mather se acercó para despedirse de Bayard, este lo retuvo.

—Por favor, no se vaya todavía. Necesito hablar con usted. Pase a mi estudio. Allí hay café y *brandy*.

No había razones adecuadas para negarse. Mather hizo lo que se le pedía. Pocos minutos después Bayard entró. Parecía hallarse bastante sereno, pero en realidad estaba tenso e irritable.

—Mi discurso ha inquietado a Anne-Marie. Según ella misma ha dicho, estaba irritada y molesta. Ha asegurado que necesitaba estar sola un rato. ¿He dicho algo ofensivo?

—Ofensivo, no. Me ha parecido muy apropiado, un discurso digno. Pero ha revelado poco tacto unir en un brindis a las dos mujeres.

—¡Oh, Dios mío! No ha sido mi intención. Hablaba en serio.

—Eso ha sido evidente.

—Sobre todo en relación con la nueva etapa. ¿Usted lo cree posible?

—En general, siempre es posible.

—¿Pero en mi caso particular?

—¡Ed! ¡No puede preguntarme eso! ¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo puedo decir cuáles son sus necesidades, y qué significa un nuevo comienzo para usted?

—Por lo menos sabe una cosa… mi intención de casarme con Anne-Marie.

—Sé que usted desea casarse con ella; pero ese no es el asunto, ¿verdad? ¡Vamos, Ed! Es tarde… —Trató de convertir el asunto en una broma—. No estoy en el mercado matrimonial. Después de todo, ahora me he comprometido y acabo de comprar un anillo muy costoso para mi Gisela, a quien usted conocerá durante la inauguración.

—Abrigo la esperanza de que no sea artista.

—No. Es abogada, como usted. Enseña jurisprudencia en Zurich.

—En ese caso, usted tendrá cierta posibilidad. —Bayard comenzaba a perder el control de sí mismo. Había cierta intensidad maníaca en su expresión y su lenguaje—. Madi y yo no tuvimos la más mínima posibilidad. La verdad, Max, es que los artistas son distintos del resto de los hombres.

Pertenecen a otro ámbito del ser. Son personas sagradas, mágicas, como las prostitutas del templo o las vírgenes vestales… Lo cual no significa que sean buenas o malas. Son distintas. No nos necesitan. Cuando están tristes o alegres o atemorizadas, no acuden a nosotros; se encierran en su torre de silencio y contemplan paisajes desconocidos para el resto de los mortales, y cuando descienden se han purificado y renovado, y traen consigo sus obras como un talismán de la suerte…

Pero no para nosotros, Max. Aún sufrimos por ellas y por nuestra propia pérdida. Con Madi, el problema no estuvo en las infidelidades, en las

perversidades. Podía soportarlas. Lo hice. Pero nunca pude soportar el distanciamiento, su indiferencia, el hecho de que nunca compartiese nada.

Max, ¿sabe algo acerca de mitología?

—Un poco. ¿Por qué?

—Némesis, Max. Némesis era mujer. Era la Hija de la Noche, la vengadora de aquellos que se mostraban insolentes frente a los dioses, que no atinaban a comprender y respetar el orden de las cosas… Madi fue mi Némesis. Pensé que podía cambiar esa situación que fue grabada en el granito del primer día de la creación. Traté de convertir lo sacro en lo usual, lo mágico en lo trivial. Esta noche he intentado invertir la situación, retornar a la magia, ensalzar de nuevo los signos sagrados.

Pero no ha funcionado… De modo que la Hija de la Noche me exige el castigo correspondiente.

—Ed, amigo mío. Es tarde. Estamos repletos de alimento y vino, el alcohol es muy fuerte.

Dejemos así las cosas, ¿eh?

—Discúlpeme. Eso haremos. Tenemos que hacerlo. Pero necesito de usted una respuesta, Max, solo una.

—Escuchemos la pregunta.

—Si pido a Anne-Marie que se case conmigo, ¿me dirá que sí o que no?

—Ed, no puedo responder a eso. Pregúnteselo a ella directamente.

—Lo he intentado esta noche. Pero se ha limitado a pedir que la llevasen a su casa.

—No puede criticarla. Usted ha pronunciado un discurso muy emotivo. Ha impresionado a mucha gente. Imagine el efecto que ha producido en ella.

—¿Y no puede usted imaginar el efecto que está produciendo en mí? Max, estoy de rodillas.

Estoy rogando. ¿Es excesivo pedir que se me ahorre otra humillación? Max, usted sabe lo que ella piensa. Así me lo dijo Anne-Marie. «Max entiende. Con Max, no necesito ofrecer largas explicaciones. Max acepta…». Eso me dijo, Max. ¿Tengo alguna posibilidad? ¿Vale la pena esperar?

En la habitación hubo un silencio súbito y helado. Lo único que Mather podía ver con claridad era la figura de Anne-Marie, pálida e irritada, sentada en el lugar de Madeleine en la mesa de la cena. Sintió seca su boca. Pronunciar las palabras le costó un esfuerzo.

—No, Ed. No tiene una posibilidad. Jamás se casará con usted.

—¿Ella le ha dicho por qué?

—Ed, usted y yo sabemos por qué.

—Sí. —De pronto, Bayard se serenó. La transformación era asombrosa—. Sí, imagino que lo sabemos. —Se puso de pie y extendió la mano—. Max, gracias por venir. Gracias por ser sincero conmigo. Puede decir a Anne-Marie que no la molestaré más. Lo veré en la exposición. Podrá presentarme a su dama suiza…

—¿No supervisará la distribución de los cuadros?

—No. Eso sería inapropiado. Ahora están fuera de mi alcance. Todo está fuera de mi alcance.

Ah… ¿desea que mi criado lo lleve a su casa?

—No, gracias. Caminaré un rato y tomaré un taxi. De nuevo gracias por la velada.

—Bien venido a mi casa. ¡Buenas noches, Max!

Mather no fue directamente a su casa, sino que fue andando hasta el apartamento de Anne-Marie.

Ella se había puesto una bata y calzaba pantuflas, y estaba sentada frente al televisor con una copa al lado. Le ofreció un *brandy*. Mather rehusó y preguntó:

—¿Qué ha sucedido esta noche? ¿Por qué has huido de este modo?

—Por el discurso, Max. Era sobrecogedor. Fue como si, en presencia de todas esas personas, me estuviese empujando hacia una red y yo supiera que, una vez atrapada, jamás podría salir. Y después, mientras todos charlaban, y bebían café, él me ha llevado a su estudio y me ha presentado lo que según dijo era un regalo de la buena suerte para la inauguración. El anillo de compromiso de Madi. Ha sido la gota que ha colmado el vaso. He tenido que irme, de lo contrario habría empezado a chillar como una histérica. Temo lo que suceda los próximos días.

—No es necesario. He hablado por ti. Le he dicho que jamás te casarás con él.

—¿Cómo ha reaccionado? ¿Se ha encolerizado? ¿Se ha ofendido?

—Tenía una actitud casi maníaca al principio, pero al llegar a ese punto se ha mostrado muy sereno. ¡Asunto concluido, jovencita! No intentes mejorar las cosas y lograr que todo parezca pulcro y limpio. No es así. Es un maldito lío; pero tú estás fuera del asunto. ¡Y debes permanecer fuera! ¿Me oyes?

—Te oigo. ¿Quieres pasar aquí la noche? Tu apartamento queda muy lejos de aquí.

—Será mejor que me vaya; pero de todos modos gracias.

—Max, ¿eso significa que te has reformado?

—Significa que lo intento. He tenido suerte. He llegado a lugar seguro en el último instante. Si echo a perder esto, tal vez no se me ofrezca otra oportunidad. Sogni d'oro, bambina! ¡Felices sueños!

Niccolo Tolentino llegó al día siguiente y ocupó la habitación de huéspedes del apartamento de Mather. Se pasaron un par de horas examinando los textos destinados a la velada inaugural y discutiendo el contenido de las conferencias del seminario. Después, Mather lo traspasó a AnneMarie, con el fin de que examinara de manera crítica la distribución de los cuadros de Bayard. El anciano aprobó lo que tenía ante los ojos, y después pronunció un elogio elocuente de un talento frustrado a edad tan temprana.

Mather se retiró para acudir a la primera reunión con Palombini y Henri Berchmans quienes, filibusteros ambos, mantuvieron una actitud cautelosa y respetuosa, hasta que la Donna Del fina fue desenvuelta y exhibida en la sala. Aquí, los dos callaron. Palombini se persignó. Berchmans murmuró lo que parecía una oración. Mon Dieu! Quelle marveille! Cuando reanudaron la conversación, ya no prosiguió el juego de maniobras mutuas, sino que evaluaron de modo casi reverente la manera en que ese hallazgo milagroso podía ser mostrado a los compradores. Mather, cuya tarea estaba terminada, los dejó hablando y se acercó a las oficinas de la revista Belvedere, para hacer las paces con Harmon Seldes.

El gesto determinó un efecto inmediato, y contribuyó no poco el hecho de que Seldes ahora se beneficiaría en una operación muy lucrativa de Berchmans. Le halagó también la invitación a hacerse cargo de la presentación de Tolentino, y le interesó todavía más la sugerencia de Mather en el sentido de que la revista Belvedere debía patrocinar los seminarios en su carácter de proyecto en marcha. La unión de esta propuesta y el descubrimiento de las obras de Rafael le permitían el acceso instantáneo a la alta dirección de la empresa, y Seldes prometió una pronta respuesta, y si esta era favorable, sería anunciada la noche de la inauguración. En cuanto al propio Max, era evidente que a causa de todo lo que había sucedido podía contemplar una mejora de sus condiciones de trabajo y sus funciones en la revista, si Max estaba dispuesto a continuar prestando su colaboración…

Max estaba dispuesto. La suerte lo favorecía. No le quedaba más alternativa que acompañarla. El único aspecto negativo —importante, si bien se miraba— era el informe de George Munsel acerca de su primera conferencia con el fiscal.

—… Hasta ahora, se mantienen firmes. Juran que tienen un caso excelente y que están dispuestos a luchar hasta el final. Nos permitirán

canjear la acusación por otra menos grave; pero hasta ahí llegan, por el momento. De todos modos, aún es temprano. ¿Continuó trabajando en el análisis de los diarios?

—Todavía no. He estado sumamente atareado.

—Mi tarea es defender la vida y la libertad de una mujer.

—Lo siento, George. Apenas comience la exposición usted dispondrá de mi atención total. Lo cual me recuerda otra cosa. Traeré a Gisela, con el fin de que asista a la inauguración. ¿Usted puede invitar a Danny Danziger como acompañante? Creo que formarán una pareja adecuada: el abogado y su cliente.

—Muy adecuada —dijo Munsel—. Ahora, hábleme de su cena con Bayard.

Escuchó con atención mientras Mather le reseñaba los hechos de la velada, y después hizo que le repitiera tanto el discurso como el último diálogo en el estudio. Su comentario reveló inquietud.

—El problema con Bayard es que se trata de un sentimental.

—¿Eso opina, George?

—Es una frase que está grabada en mi mente desde hace veinte años… George Meredith… Me gustaría saber si alguien continúa leyéndolo.

—¿Qué demonios tiene que ver con Bayard?

—En una obra, creo que fue en Sandra Belloni, escribió: «La desesperación es asunto caprichoso… innata para el sentimental de la mejor categoría».

—¡Vaya! ¡Qué frase tan esnob!

—Me pregunto si es así. —George Munsel adoptó una expresión reflexiva —. No importa cómo la defina, la desesperación es un episodio terminal. Los antiguos teólogos solían denominarla el pecado contra el Espíritu Santo… En fin, ya veremos. Será mejor que telefonee a Danny Danziger y organice las cosas para representar el papel de Príncipe Encantado.

—George, usted tendría más posibilidades como princesa.

—Lo sé; pero no tengo el cuerpo adecuado.

Por el momento, todo consistió en ensayar, encender luces y repasar detalles, con los nervios tensos y las personas diciéndose frases agrias unas a otras sin motivo verdadero. Niccolo Tolentino se ausentó con su cuaderno de bocetos y su caja de pinturas para recoger sus primeras impresiones de la Pequeña Italia. Guido Valente llamó desde Washington para informar que llegaría tarde, pero que su presencia era segura… Hubo un problema fortuito con las luces, pero fue reparado enseguida y los cuadros tenían un aspecto

inmejorable sobre el fondo de las paredes neutras. Mather fue a Kennedy para recibir a Gisela, que estaba excitada como una niña ante su primera visión de Manhattan. Anne-Marie le ofreció una bienvenida más generosa de lo que él había esperado, y murmuró al pasar:

—Excelente, Max. Enhorabuena.

Tres horas más tarde comenzó la inauguración. Un camión se detuvo frente a la galería. Un pequeño ejército de guardias de seguridad se dispersó en las vías de acceso y en cada piso del edificio. Dos de los esbirros de Berchmans introdujeron en el edificio dos paquetes envueltos con todo cuidado, los abrieron en el segundo piso, depositaron los cuadros sobre caballetes y los cubrieron con lienzos. En el apartamento de Mather Anne-Marie y Gisela se vistieron en un dormitorio, y en el otro Mather anudó la corbata de lazo de Tolentino y abrochó los botones de perlas de su anticuada camisa de etiqueta. Hacia las seis y media los guardias estaban en sus respectivos lugares, armados y atentos, y los camareros esperaban con las bandejas de las bebidas y los canapés. El libro de los visitantes estaba abierto, con una pluma de oro asegurada por una pequeña cadena del mismo metal. El empleado estaba preparado para anotar las compras. Anne-Marie y Ed Bayard y Max Mather ocuparon sus lugares para recibir a los visitantes, mientras Niccolo Tolentino tomaba del brazo a Gisela y la llevaba a distancia segura de la entrada, orgulloso como un tío italiano. Como si hubiesen salido de la nada, Hartog y Bechstein llegaron, Hartog muy elegante, Bechstein encogido e incómodo con su camisa y su traje de etiqueta. De pronto, fue la hora de levantar el telón, y comenzó la tragicomedia de una nueva inauguración en Manhattan.

Anne-Marie había temido una recepción muy fría. En cambio, fue casi un tumulto. Todos los nombres de la lista de invitados hicieron acto de presencia. La calle estaba ocupada por los curiosos y los espectadores casuales, atraídos por el espectáculo desusado de una ceremonia de etiqueta al sur de Houston, y había un número de guardias suficiente como para vigilar un campeonato de boxeo. La ceremonia inaugural estaba fijada para las siete, pero eran las siete y cuarto cuando se cerraban las puertas, y Max Mather se acercaba al micrófono para iniciar la ceremonia.

—… La señorita Loredon me ha pedido que hable en su nombre esta noche y que les dé la bienvenida a todos en esta primera muestra de la Galería Liberación. Hay razones que justifican su decisión: yo trabajo aquí, y tengo que cantar para ganarme el pan; soy más alto que ella y mi voz más poderosa; aunque no soy, en absoluto, tan hermoso; finalmente, ella no desea hablar

acerca de esta exposición. Cree que la exposición habla por sí misma. Pero tanto la señorita Loredon como el señor Bayard consideran que sería apropiado que la exposición fuese inaugurada formalmente por la primera persona en Nueva York que compró una tela de Madeleine Bayard… ¡El señor André Lebrun!

De todos modos, antes de que se acercara el señor Lebrun al micrófono, él deseaba llamar la atención de todos sobre un aspecto singular del programa. A las ocho, después que todos hubiesen tenido tiempo de gozar con la visión de las telas de Bayard, sonaría una campanilla y se les pediría que pasaran al piso de arriba, y que lo hicieran en orden, para presenciar el hecho único e histérico en el mundo del arte. El episodio había sido autorizado por cortesía de la familia Palombini y del señor Henri Berchmans, que con tanta generosidad había prestado sus propios cuadros de Madeleine Bayard para adornar la exposición. Sería presentado por el señor Harmon Seldes, director de la revista Belvedere, la patrocinadora del seminario dirigido por el señor Tolentino. Y ahora, sin más trámites, invitaría al señor André Lebrun a inaugurar la exposición…

La elección de Lebrun era un error, pero estaba muy lejos de ser un desastre. Estaba muy excitado. Se mostró prolijo. Su acento aparecía deformado por el micrófono. Pero no cabía duda de la sinceridad de su elogio y del patetismo esencial de la historia que él no atinaba a relatar bien. El público le ofreció una sólida salva de aplausos, y después se dispersó para continuar examinando los cuadros.

Henri Berchmans tocó el hombro de Mather y gruñó en un gesto de aprobación.

—Muy bueno. Breve y a la cabeza. Uno mira los cuadros. No los oye. Le veré arriba.

Anne-Marie le trajo información.

—Ya hemos vendido quince obras, y mis empleados están muy activos frente a su escritorio.

Mantén cruzados los dedos.

—¿Cómo está Ed Bayard?

—Creo que bien. Nos hemos cruzado muy pocas palabras. Eso es todo.

—Berchmans da su aprobación.

—Lo sé. Ha confirmado la compra de la Dama de los Harapos.

—Magnífico.

—Recibo comentarios positivos de todos.

—Yo también. Querida, estás lanzada.

—Que Dios bendiga este barco…

—Y a todos los que naveguen en él.

Brindaron y bebieron. Edmund Bayard se acercó en ese momento, sonriente y sereno.

—¿Podemos repetir ese brindis? Me gustaría beber con ustedes.

Volvieron a beber. Bayard dijo:

—Mis cumplidos, y mi agradecimiento a ambos. Es una noche espléndida. Jamás imaginé nada tan bueno.

—Ed, es el material de Madi.

—Más los cuidados afectuosos que se le han dispensado… Parece que las ventas van bien.

—Muy bien.

—¿No tendrán inconveniente si me marcho antes de la ceremonia del piso de arriba? Me vendrá bien un poco de tranquilidad después de todo esto. Estoy seguro de que ustedes entenderán.

—Por supuesto. ¿Necesita transporte?

—No. Mi chófer espera.

Se separó de ellos y se deslizó entre la gente. Después, llegó George Munsel con Danny Danziger y Carol. Munsel sonreía y estaba muy animado. Danny parecía tensa e inquieta.

—Carol me llevará ahora a casa. Todo esto es excesivo. Primero los cuadros de Madi, y después las miradas y los murmullos cuando paso…

—¿No se quedará a ver los cuadros de Rafael? Después de todo, usted ha tenido un papel importante en eso.

—Me gustaría, Max, pero realmente…

—Ya ha tenido suficiente —dijo en tono brusco Carol—. La llevaré a casa. Les felicito por la exposición. Es magnífica. Quizá más adelante pueda hablarles de mis propias obras…

—Cuando lo desee —dijo Anne-Marie—. Conduzca con cuidado. Mather consultó su reloj.

—Ha llegado la hora de ir arriba. Daré la señal.

Se necesitaron casi diez minutos para llevar a todo el mundo al segundo piso, abandonar las copas y los canapés, reunir a todos y acomodarlos en las hileras de asientos frente al par de caballetes, bajo las miradas atentas de los encargados de la seguridad. Berchmans y Palombini estaban de pie al fondo, en animada charla. Mather buscó a Gisela y ambos fueron a reunirse con los dos hombres. Palombini se sintió muy complacido de verla otra vez, y los ojos oscuros de Berchmans se iluminaron aprobadores. Tras un gesto de

Mather, Harmon Seldes subió al estrado y con su estilo un tanto pomposo reseñó la historia de su primer encuentro con Mather y la decisión de publicar el artículo en Belvedere. Exaltó el poder de la Prensa y el sorprendente alcance incluso de una publicación ecléctica como Belvedere que, lo decía con mucho placer, patrocinaría los seminarios.

Después, antes de descubrir los cuadros, dijo:

—… Ahora, damas y caballeros, todos los que estamos aquí sabemos de bellas artes, algunos más y otros menos; pero todos somos capaces de formular opiniones acerca de la autenticidad y el valor esencial de una obra. Les mostraré dos retratos, retratos del mismo tema, una matrona florentina del siglo XVI. Uno es un original autenticado de Raffaelo Sanzio de Urbino. Es uno de los cuadros perdidos de la familia Palombini, a los que ya me he referido. El otro es una copia perteneciente a uno de los maestros modernos reconocidos en este arte, el maestro Niccolo Tolentino, que esta noche se halla entre nosotros. Les pediré que opinen levantando las manos, y digan cuál es el original y cuál la copia. Pueden acercarse e inspeccionar los dos cuadros, pero por favor absténganse de tocar las superficies. ¿Están preparados…? Voilà!

Retiró los lienzos, y hubo una exclamación de sorpresa cuando aparecieron los dos paneles. Fue una especie de reacción colectiva, una respuesta teatral a un momento básicamente teatral. Después, custodiado por los guardias, el público pasó poco a poco frente a los retratos, y los estudió en silencio. Cuando todos volvieron a sus asientos, Seldes pidió que levantasen las manos para indicar cuál era el original. Los votos representaron una proporción de seis contra cuatro en favor de la copia.

Después, Niccolo Tolentino ocupó el estrado, y con un gesto muy florentino reconoció la votación como un tributo a su propia habilidad, pero con expresión de pesar transfirió el honor al maestro Raffaello de Urbino… Su estilo gustó al público. Todos aplaudieron. Escucharon en absoluto silencio mientras él explicaba la historia del encargo, las exigencias técnicas impuestas a su habilidad de pintor, la búsqueda de los pigmentos y los medios tradicionales, la preparación de los paneles, las diferencias entre una madera y otra… la diferencia entre una copia y una falsificación.

Como conferenciante fue un éxito instantáneo. Su figura pequeña y deforme irradiaba fuerza y autoridad. Su acento extranjero confería encanto a un discurso vivaz y exótico, pero el final de su discurso tuvo en vilo a todos.

—… ¿Cuál es la diferencia entre mi persona y el antiguo maestro que pintó este panel? Pincelada por pincelada, línea por línea… ¡ninguna! Sé

tanto como él sabía, en realidad, sé más. Tengo una gama de auxiliares, de pigmentos, de medios, de disolventes más amplia de la que él tuvo jamás.

Dispongo de una diversidad mucho mayor de instrumentos y técnicas… Pero aun así, cuando me comparo con el maestro, soy un pigmeo al lado de un gigante. Soy la arcilla primitiva antes de que Dios le insuflara el hálito de la vida… Los he visto esta noche a todos ustedes en la galería del piso de abajo, leyendo sus catálogos, hablando de precios y subastas y de quién vendió una cosa y por cuánto. ¿A quién le importa eso? ¿Qué significado tiene? Lo que importa es que ustedes se han sentido conmovidos, lo mismo que yo, por el espíritu vivo de una mujer fallecida demasiado temprano para alcanzar el florecimiento cabal de su genio. O quizá no. Quizás ella había dicho todo lo que necesitaba decir… ¿y quién tendrá la osadía de afirmar que la rosa completamente florecida es más perfecta que el capullo inicial? Supongo que yo sé algo. He venido a esta gran ciudad del nuevo mundo y tengo la audacia de sermonearles. Hay un motivo. Todos los días me instalo frente a las obras de los grandes maestros, un hombre pequeño y deforme que no puede recordar el primer momento en que no tuvo un pincel en la mano, y aun así, pese a que soy un pecador, elevo mi voz hasta Dios. «¿Por qué, Oh Señor?… ¿por qué a ellos sí y a mí no? ¡Una sola vez, solo una vez antes de morir, dame la luz!».

Después de lo cual, como George Munsel observó en su estilo seco, todo el resto fue una posdata… prescindible. Los invitados desfilaron lentamente hacia la salida, y se detuvieron para revisar de nuevo los cuadros de Bayard antes de partir. Los encargados de la seguridad regresaron al camión con los cuadros de Rafael, los auténticos y los falsos, transportados como reliquias preciosas en el centro de la falange. Los camareros empacaron su vajilla y los alimentos y las bebidas. Los dos serenos nocturnos ocuparon sus puestos. El personal de Anne-Marie Loredon y la reducida familia temporal que se había formado alrededor de su persona, con Hartog y Bechstein incorporados como un gesto de buena voluntad, se reunieron para beber la última copa.

Después de tanta excitación parecía difícil creer que eran solo las nueve y media, y aún más difícil creer que en tres breves horas habían vendido veinte telas y reservado cuatro más para varias galerías públicas. Lo que era incluso más notable, pero ni siquiera mereció mención, fue que Berchmans y Palombini habían coincidido en una garantía de cuarenta millones por la Donna Delfina, y que un japonés de cuerpo menudo que había asistido a la ceremonia, conmovido por la elocuencia de Tolentino ya había comprado la

obra por cincuenta millones, porque su compañía tenía un número embarazoso de dólares devaluados y necesitaba gastarlos enseguida.

Palombini, agitado y distraído en Nueva York, y feliz al comprobar que Anne-Marie hablaba con fluidez el italiano, propuso una cena de celebración de la Pequeña Italia, donde un pariente lejano poseía un restaurante denominado La Cenerentola. De modo que, después de dejar la dirección en manos de los serenos nocturnos, en vista de la improbable perspectiva de que alguien llamase para reservar una tela, todos salieron a la calle, donde las últimas limusinas esperaban para transportar a la nueva plutocracia al restaurante.

Edmund Justin Bayard estaba de pie en el comedor de su apartamento, y miraba a su alrededor.

Sin los cuadros, el empapelado era una colección de rectángulos claros y oscuros, creados por la exposición desigual a la luz y a las motas de polvo del sistema de aire acondicionado. El apartamento entero tenía un aire de intolerable sordidez. Había que decorarlo otra vez. ¿Y después, qué? ¿Una nueva colección? ¿Encargar una colección de frescos como un príncipe renacentista? No era del todo imposible. Una fantasía agradable para un solterón acaudalado. Un solo problema: ¿Quién compartiría la fantasía, quién se tomaría siquiera el tiempo o la molestia de entenderla?

En todo eso había algo positivo: ahora no quedaba nada de Madeleine. Era como si al fin se hubiesen dispersado al viento sus cenizas. ¡No sin honor en verdad! No sin compasión y respeto.

Esa velada había sido una ocasión digna de recordarse, como los antiguos traslados de las reliquias sagradas desde los lugares secretos a las grandes basílicas, para ofrecerlas a la veneración pública.

Y por Dios, se había demostrado veneración y respeto. La multitud reunida esa noche era un auténtico colegio de cirujanos, ansiosos de declarar clínicamente muerto el cuerpo, para comenzar a despedazarlo. Pero allí, en ese lugar donde ella había muerto, Madeleine vivía, y dominaba a los espectadores como otrora había denominado a su marido.

Por supuesto, ese era el problema. Para dominar uno necesitaba mostrarse indiferente al dolor, a la privación del placer, a la anulación de los derechos. Él había creído que era un ser tolerante. En sus momentos de cólera, Madeleine le había gritado que era un tirano. En realidad, no era ninguna de las dos cosas. Era un hombre inteligente, pero formado por una arcilla demasiado frágil para soportar los hornos de la pasión. Por eso había salido de todo aquello resquebrajado y deteriorado, y en cambio Madeleine, tras haber

sido quemada la página superficial, parecía un vaso Sung perfecto, un pai Ting con la superficie manchada de lágrimas.

Ya no podía derramar lágrimas, porque no las tenía. Tenía conciencia solo de la serenidad, la calma de un gran desierto, frío y sin viento bajo una luna blanca. Había desaparecido el sentimiento de culpa. Némesis, La Hija de la Noche, había aceptado su rectificación, consciente de que él debería someterse al castigo.

Con respecto a Anne-Marie, había sido una posibilidad por la cual, incluso en esa serenidad sin viento, él aún podía sentir un pequeño temblor de añoranza. ¿Mayo y setiembre? Bien, tal vez hubiera podido funcionar. ¿La Bella y la Bestia? A veces, aunque era menos usual, eso también funcionaba. ¿Max Mather? ¡Un hombre extraño! Un equilibrista sobre la cuerda floja, avanzando a gran altura sin red, y al fin realizando el último movimiento para llegar a lugar seguro… Un hombre a quien envidiar quizá, pero no emular…

De modo que, mientras se desvestía y se ponía su mejor bata de seda, se dijo que al parecer las cuentas al final cuadraban. La Hija de la Noche lo llamaba. Era el momento del tributo definitivo.

Fue al cuarto de baño y extrajo del botiquín una botella de plástico llena de píldoras somníferas.

Después, pasó a su estudio, se sirvió un *whisky* e introdujo en el magnetófono la Novena de Mahler.

De los estantes extrajo un volumen que había pertenecido a su padre, La tras joyeuse, plaisante et recreative histoire du bon Chevalier de Bayard y, mientras comenzaba a leer, abriéndose paso entre las frases arcaicas sorbió el *whisky* y tragó las tabletas.

Las últimas palabras que cruzaron su conciencia cada vez más desvanecida fueron la de un antiguo proverbio: «Siempre que un hombre muere, aquí o allá otro se siente agradecido…». Era una idea que le pareció muy aceptable.

—Su cliente todavía está en una situación difícil. —Bechstein disputaba cada centímetro de terreno—. Tenía motivo… la humillación sexual infligida por Madeleine y sus compañeros de juego; los celos, toda esa maraña de sentimientos. Tuvo oportunidad. Estuvo sola con Madeleine en el momento decisivo, acerca del cual miente, porque tenemos un testigo que sitúa su llegada una hora más tarde. Además, contamos con el testimonio escrito del fallecido Hugh Loredon. Dice lo siguiente: Danny le llamó. Él le ordenó que saliese de inmediato. Más tarde, él fue a la casa y encontró muerta a

Madeleine, retiró el arma y se apoderó de los papeles. Usted tiene una copia de la carta en sus manos.

—Pregunta —comenzó George Munsel—. ¿Por qué se molestó en escribir esa carta? Sabía que estaba a un paso de la muerte. No fue una confesión; fue una acusación contra Danny Danziger.

—Nuestra opinión es que lo dijo exactamente por la razón que manifestó al señor Mather. No deseaba que su propia hija pensara que su padre era un asesino.

—¡Eso no es suficiente! —Mather comenzaba a irritarse—. No explica por qué quiso inculpar a Danny Danziger… En tanto que fue el acto de un hombre que se disponía abandonar la vida, carece de sentido. Es demasiado… ¡demasiado cruel!

—A mi juicio —dijo Bechstein—, es un síndrome bastante usual: el amante rechazado, el violador rechazado, el macho insatisfecho por las razones que fueren, quiere vengarse humillando o destruyendo a la hembra.

—Loredon era un mentiroso nato. Se lo dije en la cara.

—¿Y cuál fue su respuesta, señor Mather?

—Se limitó a decir: «Demuéstrelo».

—Y es precisamente lo que nosotros decimos. —Intervino San Hartog—. Por Dios, no deseamos crucificar a la muchacha, pero tienen que darnos más de lo que tenemos. El suicidio de Bayard nos deja en una situación peor que la de antes. No dejó un solo pedazo de papel: ni despedidas, ni motivos ni causas…

—Nos disponemos a demostrarles a ustedes por qué —dijo George Munsel—. Y es una prueba documentada.

—Entonces, les ruego que la exhiban —dijo Bechstein con expresión fatigada.

—Adelante, Max.

Mather desplegó frente a sí mismo los diarios, los cuadernos de bocetos, el cuaderno de notas y los manojos de cartas, identificando cada cosa a medida que avanzaba. Al lado de los dos policías, dispuso sus propias anotaciones acerca de las conversaciones de Ámsterdam y su análisis de los manuscritos. Después, en actitud académica, comenzó a hablar.

—Distinguimos en primer término entre la prueba interna (la que aparece registrada o está implícita en los documentos) y la prueba externa, que puede obtenerse de otro modo. Cuando las dos coinciden, pisamos suelo muy firme. ¿Están de acuerdo?

Hartog y Bechstein asistieron.

—Comencemos con el período inmediatamente anterior a la muerte de Madeleine. La prueba interna y externa coinciden en los siguientes puntos. El matrimonio Bayard es un desastre. Madeleine vive una vida muy promiscua con amantes de ambos sexos. Hugh Loredon es uno de los varones; Danny Danziger una de las mujeres. ¿Por qué los Bayard no se divorcian? Toda la prueba disponible señala una extraña y perversa dependencia mutua… Los vicios de uno disculpan los fracasos del otro…

Les leyó una serie de breves pasajes de sus conversaciones con Bayard y de los diarios de Madeleine, y después preguntó:

—Entonces, ¿coincidimos en que lo que tenemos es una situación en apariencia estable, pero muy explosiva, tanto en el matrimonio como en el mundo íntimo de Madeleine?

—Acepto eso —dijo Bechstein. Hartog asintió.

—Ahora —dijo Max Mather—, examinemos con mucha atención la prueba interna. Ante todo, las conversaciones de Bayard. Es abogado. Está adiestrado para tener mucho cuidado con la forma de lo que dice. Por ejemplo, me explica que no guarda rencor contra Loredon o contra otro cualquiera de los amantes de su esposa por aceptar lo que ella ofrece. Manifiesta una admiración sin reservas por el talento de Madi. Pero sus actos refutan lo que dice. No permite que Madi exponga.

En la vida doméstica adopta una actitud quejosa, amarga y destructiva. Ahora, consideremos el caso de Madi. Los diarios, el cuaderno de notas y los cuadernos de bocetos nos relatan cada uno de la misma historia, desde un ángulo distinto. Dicen la verdad. Pero no necesariamente nos ofrecen una versión veraz de los hechos.

—Una observación inteligente. —George Munsel aprobó.

—No entiendo —dijo Sam Hartog.

—Mi tío es rabino —observó en tono de crítica Bechstein. Mather retomó el hilo de su argumentación.

—Madeleine era artista. Como todos los artistas, reorganizaba las cosas… en su propia mente, sobre la vida. Modificaba la luz, el eje, la composición, el orden de los hechos y su tono emocional.

Se volvió hacia sus anotaciones y leyó la versión del diario y la versión de Danny acerca del episodio con Peter. Después, volvió las páginas del cuaderno de bocetos y les mostró la versión gráfica del mismo incidente… Toda la fealdad del episodio había desaparecido. Lo único que restaba era una versión bellamente dibujada, un tanto cómica, del frenesí priápico… Mather preguntó:

—¿Ven a dónde quiero llegar, caballeros?

—Sí —dijo Bechstein—. Bien explicado. Pero piensen en el asunto un poco más. Madeleine representó su pornodrama. Tiene la expresión gráfica. Peter recibió su retribución como modelo y se divirtió. Danny Danziger en efecto fue violada… y ahora tiene un excelente motivo para matar.

—Pero no mató —dijo George Munsel.

—Demuéstremelo —insistió Hartog.

Mather señaló la figura masculina del dibujo.

—Este es el testigo, ¿verdad? Es el hombre que está dispuesto a jurar que vio a Danny llegar una hora después del momento en que en efecto estuvo en la casa.

Bechstein y Hartog se miraron. Bechstein dijo:

—Es él.

—Ahora —dijo Mather—, les leeré lo que Madi escribe acerca de ese individuo. —Les leyó íntegra la versión de Madeleine referente al ataque de Peter contra ella, y después volvió a sus anotaciones de Ámsterdam—. Teniendo presente todo esto, deseo que ustedes escuchen con mucha atención la versión de Loredon acerca de la muerte de Madeleine; es decir, la versión que asigna a Danny el papel de asesina. —Les leyó las notas. Los dos policías escucharon atentamente, y a veces se miraban. Después, Mather comenzó a comentar el relato.

—Hugh Loredon es muy inteligente, porque continúa atribuyendo a Madi la función de promotora del encuentro; pero esta vez el acompañante es una mujer. Escuche la descripción de la escena. Está trabajando con notable cuidado: dos copas manchadas con lápiz de labios, los restos de una botella de champaña. ¿Encontraron esas cosas cuando entraron en la casa? Estoy muy seguro de que la respuesta es negativa. Las fotografías de la Policía demuestran que no había allí nada de eso… Después, tenemos los hermosos detalles acerca de los guantes de goma y la daga retirada del cuerpo, y la entrega de todo eso a Danny con el fin de que ocultase dichos objetos. Observo que todo está en la carta que les envió… Según su versión, el episodio se desarrolló entre las dos y media y las tres de la tarde. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Bechstein.

—Cuando Bayard llamó para denunciar el asesinato de su esposa, ¿qué hora era?

—Alrededor de las seis y media.

—¿Y a qué hora llegaron ustedes?

—Quince minutos más tarde, más o menos.

—¿Bayard estaba abrazando el cuerpo de su esposa, y lo hallaron manchado de sangre fresca?

—En efecto.

—Si el cuerpo hubiese permanecido en el lugar durante casi cuatro horas. ¿La sangre no se hubiera coagulado en la medida suficiente para formar una sustancia pegajosa y viscosa?

—¿Qué quiere decir?

—El asesinato fue cometido mucho después de las tres, y Hugh Loredon lo cometió. Desnudó a Madi, que continuaba drogada. Dispuso con pulcritud las ropas sobre la silla y la envolvió en la manta para impedir que la sangre lo manchase todo. Revisó el bolso de Madi, exploró el estudio para descubrir los diarios y los cuadernos, la mató poco antes de que llegase Bayard y salió por la puerta del fondo, llevando consigo el arma.

—¿Usted puede demostrar eso? —La pregunta vino de Hartog.

—Sí. Cuando lo acusé de mentir, y él lo reconoció, me dijo que se había llevado el arma y después se había desembarazado de ella incluyéndola en una subasta de armas antiguas organizadas por Christies. Dijo que se vendió por dos mil dólares.

—Será bastante fácil comprobar eso —dijo Bechstein.

—Ya lo he comprobado —observó Mather—. El objeto fue comprado por un coleccionista de armas antiguas de Connecticut. La pondrá a disposición de la Policía.

—No demostrará nada… Lo que importa es determinar si Loredon la puso en venta.

—Lo hizo. Está registrado.

—De modo que aquí tenemos un incidente favorable a su cliente. ¿Qué más puede ofrecernos?

—El motivo que indujo a Loredon a matarla.

—¿Cuál fue?

—El dinero. Estaba arruinado, o casi arruinado, como era su situación más usual; pero ahora había una diferencia. Había recibido una sentencia de muerte. Quería dejar algo a Anne-Marie: Le avergonzaba pensar que eso no estaba al alcance de su mano.

—Pero era el amante de Madi.

—A esas alturas, un amante muy amargado. También sobre eso tengo algunas anotaciones.

—No se moleste, hábleme del dinero… cuánto se le pagó, quién lo hizo y cuándo.

—Doscientos mil dólares —dijo George Munsel—, entregados por Ed Bayard siete días después de la muerte de Madeleine a un fideicomiso administrado por Lutz amp; Hengst en beneficio de AnneMarie Loredon.

—¿Pueden demostrarlo?

—Hasta el último punto y coma —dijo George Munsel—. Y Bayard sabía que yo podía demostrarlo.

—¿Cómo lo supo? —Bechstein era tan persistente como un hurón.

—Porque —explicó con paciencia Munsel—, cuando Lutz amp; Hengst me suministraron la información, dijeron que como cuestión de forma comunicarían mis preguntas a Bayard.

Hartog agregó su comentario:

—Y Bayard, un caballero a la vieja usanza, decidió que ya tenía bastante, y salió del juego.

—No era un caballero. —Al parecer, Bechstein era el caballero a la vieja usanza—. El bastardo dejó que fueran otros quienes arreglasen el embrollo.

—¡Basta ya! —De pronto, Mather sintió que la discusión le producía náuseas—. Está muerto.

Déjenlo en manos de Dios.

—Con mucho gusto —dijo George Munsel—. Pero antes necesito que se exculpe a mi cliente.

En el patio de Tor Merla, donde antaño los piqueros se ejercitaban y los artilleros encendían sus braseros, los primeros rayos del sol calentaban las viejas piedras y los mirlos se agitaban en el castaño. Más lejos, sobre sus colinas, los cipreses se recortaban oscuros contra el alba. En el valle, los campanarios se elevaban a través de la bruma y resonaba el angelus, unas veces con claridad, y otras apagado, en un contrapunto de sonoridades.

Max Mather estaba de pie frente a la ventana de la torre, y aspiraba el húmedo aire matutino y contemplaba el paisaje, con sus picos, sus depresiones y sus casas de campo que tan bien conocía.

Era un momento acerbo de ternura y añoranza, y sin embargo al mismo tiempo luminoso y reconfortante.

Claudio Palombini había insistido en que volviese a la casa; Claudio, más confiado, su fortuna restablecida, pero en cierto modo distinto, no tan arrogante, ni mucho menos como había sido antaño. El día del arreglo definitivo en Zurich, mientras los cheques certificados cambiaban de manos y el funcionario bancario, sombrío como un enterrador, presidía la ceremonia,

Mather se había sentido incómodo, con un indefinido sentimiento de vergüenza. Claudio había percibido esa incomodidad y entonces dijo:

—¡Max, nada de discusiones! Estamos en la misma situación. Lo dicen los documentos. Lo digo yo. Usted se ganó lo que ahora tiene. Si usted no lo acepta, se lo llevará el recaudador de impuestos.

Mather se encogió de hombros y sonrió incómodo.

—En ese caso, pagaré el almuerzo.

Pero eso no había sido suficiente para Claudio. De pronto se convirtió en el jefe, el confaloniero que dirigía a sus subordinados.

—MaX, me niego a dejar así el asunto. Aquí ya no se trata de dinero; se trata del honor, la familia, la fratellanza! Pero no quiero discutir con usted. Debe retornar a Tor Merla. Traiga a su prometida. Ambos lo necesitan.

—Llegaremos a eso, Claudio; pero no estoy seguro de que pueda afrontar ahora mismo un viaje sentimental. En sí mismo, el matrimonio es un proyecto temible.

—¡No tiene alternativa! Yo mismo invitaré a Gisela. Ella comprenderá cuán importante es. Y ahora, ¡basta de discusiones! Pague el almuerzo…

Todo eso había sucedido varias semanas antes, en Zurich. Ahora Gisela se había levantado, y estaba de pie, descalza, al lado de Max, esperando que él la besara. Y después, ella preguntó:

—Amor mío, ¿qué ves allí?

—Un montón de escenas del pasado. No estoy seguro de que haya sido sensato venir.

—Me alegro de que estemos aquí. Claudio acertó. Era un viaje que ambos debíamos realizar.

—Todavía no estoy seguro…

—¿Por qué?

—¿Cómo decirlo? —era difícil hallar las palabras, y todavía más difícil pronunciarlas—. Lo mejor de mi persona está aquí, sentado allí, en el patio, con Pía, leyéndole, escuchando la música que ella hacía, alegrando el escaso tiempo que le quedaba… Lo peor de mí también está aquí, saliendo en automóvil por esa puerta y descendiendo por el camino con los cuadros de Rafael en mi equipaje, actuando como un canalla, sí, un canalla, temeroso de perder lo que no era mío. Ahora he regresado, enriquecido por un dinero que no merezco, agraciado con una mujer que tampoco merezco…

—Max, ¿eres demasiado orgulloso para aceptar ambas cosas?

—¿Orgulloso? ¡Dios mío! Si tú supieras…

—En efecto, sé. Sé que a menos que puedas perdonarte y aceptarte, continuarás odiando al hombre a quien ves en el espejo. Y cuando te aburras de eso, y llegarás a ese punto, comenzarás a odiarme; ¡y entonces será de nuevo el episodio de Bayard y Madeleine!

—¡Dios no lo permita!

—Así es, Max. ¡Dios no lo permita!

—Pero no te engañes. Amar a Max Mather no es tan fácil como parece.

—¿Quién dijo que amar era fácil? ¡Espera a que lleves seis meses casado conmigo!

En ese momento los mirlos levantaron vuelo desde el castaño y se elevaron en una nube oscura e irregular hacia las montañas, mientras las nueve campanadas del ángelus matutino resonaban y caían y se desvanecían en el silencio de la mañana toscana.

Clareville, Australia, marzo de 1988.

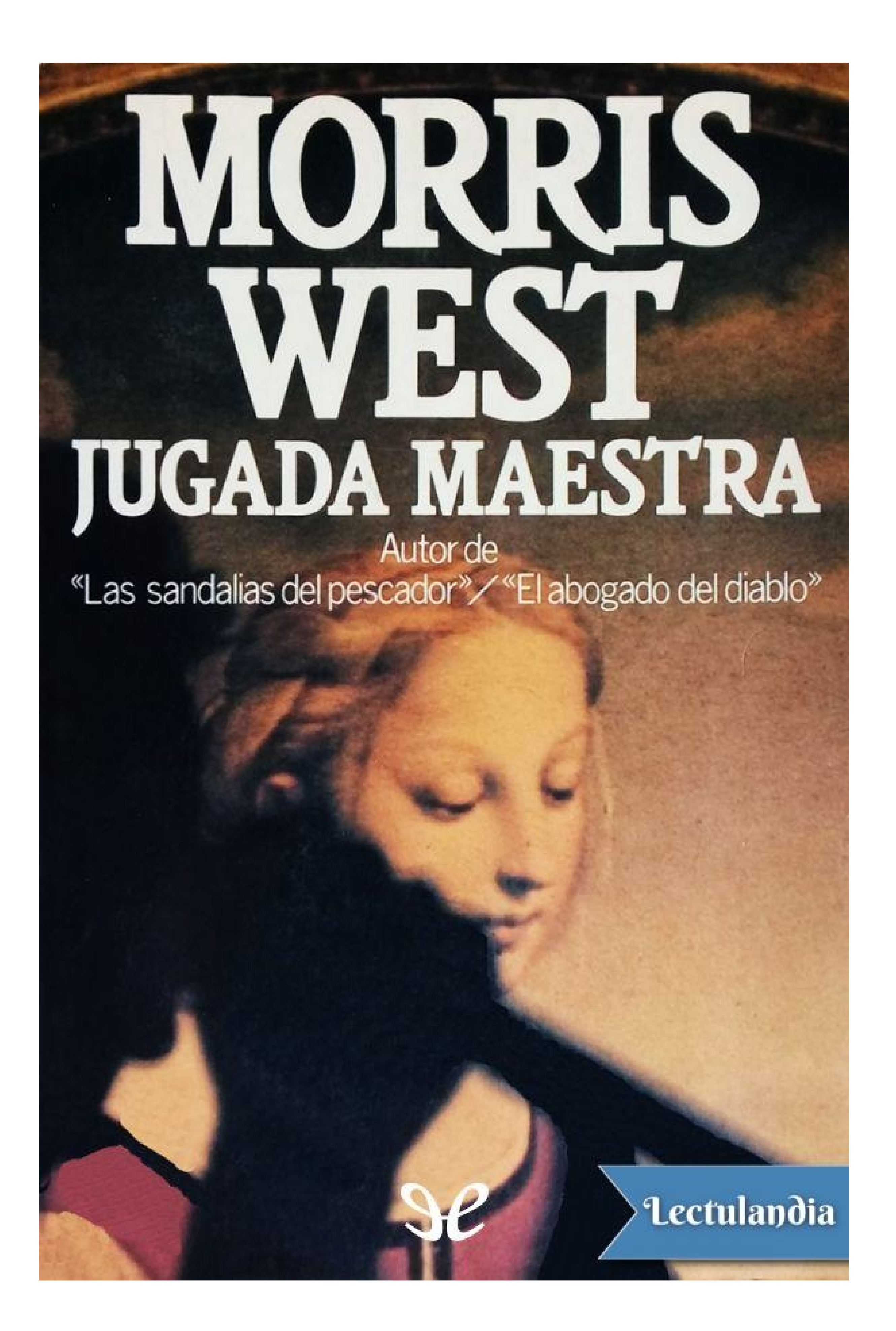


MORRIS LANGLO WEST (Melbourne, 1916 - Sídney, 1999) fue un escritor australiano. Se educó en una comunidad religiosa (cristiana) en la que iba a ingresar, pero que finalmente abandonó antes de jurar los votos solemnes. La educación eclesiástica y teológica de Morris West y el conocimiento profundo de esta comunidad en la que se crio le proporcionaron un enfoque amplio y verídico para la ambientación de varias de sus novelas.

Estudió Idiomas Modernos y Matemáticas en la Universidad de Melbourne. En 1943 tras concluir el servicio militar se convirtió en secretario de William Morris Hughes, en ese momento ex Primer Ministro. Dejó Australia en 1955 y vivió en Austria, Italia, Inglaterra y los Estados Unidos. Volvió a Australia en 1980. Trabajó para la radio y durante diez años fue uno de los propietarios y directivos de The Australasian Radio Productions. Cuando el negocio hizo bancarrota, se trasladó a Sídney y se dedicó a escribir novelas.

Se hizo famoso con la tetralogía que tiene como escenario el Vaticano, y en sus páginas se encuentra un perspicaz análisis de la Iglesia Católica y de su posible acercamiento al hombre común, prescindiendo de su aparato institucional, realizado a través de interesantes estudios psicológicos y con un estilo exento de retórica. Muchas de sus historias han sido llevadas al cine. Es considerado el escritor más leído de la historia literaria de Australia, con 60 millones de ejemplares vendidos y más de treinta libros publicados.

Él mismo realizó adaptaciones al teatro de algunas de sus obras.


MORRIS
WEST
JUGADA MAESTRA
Autor de
«Las sandalias del pescador»/«El abogado del diablo»
Lectulandia